HISTORIA

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Y DE SU SIGLO,

ESCRITA EN VISTA DE LOS DOCUMENTOS ORIGINALES

POR EL CONDE F. L. DE STOLBERG,

Y TRADUCIDA DEL ALEMAN

Y AUMENTADA CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS HISTÓRICAS

POR EL PRESBÍTERO JAGER,

PROFESOR DE HISTORIA ECLESIASTICA EN LA SORBONA:

vertida al castellano con presencia de la Vulgata.

TOMO II.

MADRID: 1844.

Imprenta de D. José Felix Palacios, *Editor.*

CONTINUA EL LIBRO IV.

CAPITULO XV.

Parábola del mayordomo.

Y decia Jesus á sus discípulos: Habia un hombre rico que tenia un mayordomo, y este fue acusado ante él de haber disipado sus bienes. Y le llamó y le dijo: ¿Qué es lo que oigo decir de tí? Da cuenta de tu administracion, porque ya no podrás administrar. Mas el mayordomo dijo dentro de sí: ¿qué haré yo, pues que mi amo me quita la administracion? No puedo cultivar la tierra y me avergüenzo de mendigar. Ya sé lo que haré para que cuando fuere separado de la administracion me reciban en sus casas. Asi convocados cada uno de por sí todos los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes á mi amo? Mas él dijo: Cien cántaros de aceite. Y le dijo: Toma tu escrito, y sientate pronto, y pon otro en cincuenta. Despues dijo á otro: ¿Y cuánto debes tú? Y le dijo: Cien fanegas de trigo. Díjole el mayordomo: Toma tu escrito, y escribe ochenta. Y el amo alabó á este mayordomo de iniquidad, porque habia obrado prudentemente, porque los hijos de este siglo son mas prudentes que los hijos de la luz en su género. Y yo os digo: Haceos amigos con las riquezas injustas, para que cuando faltareis os reciban en las moradas eternas. El que es fiel en lo poco, es fiel en lo mucho, y el que es injusto en lo poco, es injusto en lo mucho. Si pues no habeis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quien os fiará las que son verdaderas? Y si no fuisteis fieles en las agenas, ¿quién os dará las vuestras? Ningun siervo puede servir á dos señores,

porque ó aborrecerá (1) al uno y amará al otro, ó se adherirá á uno y despreciará al otro. Vosotros no podeis servir á Dios y á Mammon (S. Lucas XVI, 1 á 13).»

Facilmente se comprende que el hombre rico de la parábola no alaba al mayordomo por su infidelidad, sino por su prudencia sin atender á su fidelidad. En efecto los hijos de Dios, los hijos de la luz serán confundidos por la actividad constante y prudente con que los hijos del siglo ó de las tinieblas logran sus malos fines, las riquezas, los honores y el poder, al paso que ellos, unas veces adormecidos y otras desalentados se vuelven indiferentes y se exponen al riesgo de perder el precio del combate despues de haber corrido en la liza. (I Cor. IX, 24).

Ya hemos hecho observar en otra parte que Mammon es una palabra siro-caldea, y significa las riquezas y verosimilmente tambien el Dios de las riquezas. Jesucristo llama á estas un Mammon injusto, ya porque conducen facilmente á la injusticia, ya porque en cierto modo son un bien ilegítimo en cuanto las consideramos como exclusivamente propias de nosotros, y nos olvidamos de que nos las confió Dios, á quien daremos cuenta del uso que hubieremos hecho de ellas. Se nos confiaron como una semilla que debemos esparcir en la tierra, y cuyos frutos recogeremos en la eternidad. Si hemos vestido á los pobres que son nuestros hermanos en Jesucristo; si les hemos dado de comer y beber; si hemos empleado los medios que Dios ha puesto en nuestras manos en beneficio temporal y espiritual del prójimo; seremos recompensados en la eternidad con tal que lo hayamos hecho en la simplicidad de nuestro

(1) Esta palabra asi como otra de S. Lucas (cap. XIV, v. 26) no significa otra cosa que *amar menos*.

corazon, es decir, por amor suyo. A la verdad nuestras buenas obras no pueden salvarnos por sí solas; pero ya suponen en nosotros la gracia de Dios si son verdaderamente buenas, es decir, hechas por amor de Dios, ya nos granjean nuevas gracias; á lo cual pueden contribuir poderosamente las oraciones de aquellos á quienes hemos hecho bien. Si estas intercesiones nos han alcanzado gracia delante de Dios, entraremos algun dia alegremente en las mansiones eternas.

CAPITULO XVI.

El repudio prescrito por Moises: indisolubilidad del matrimonio: la virginidad preferida á este.

«Mas los fariseos que eran avaros oian todo esto y se burlaban de él. Y les dijo Jesus: Vosotros sois de los que os justificais delante de los hombres; pero Dios conoce vuestros corazones, porque lo que es grande para los hombres, es una abominacion delante de Dios. La ley y los profetas han durado hasta Juan: desde él es evangelizado el reino de Dios, y todos hacen violencia para entrar en él. (S. Lucas XVI, 14 y 16).»

Los fariseos se burlaban de Jesus, y con tanta mas acritud cuanto que como estrictos observantes de la ley miraban sus bienes temporales como las recompensas prometidas á los que la observaran, aunque aquella segun su espíritu insistia en la santidad y el amor, y ofrecia una recompensa eterna. Nuestro Salvador queria hacerlos entender que desde el tiempo de S. Juan Bautista, de quien dice con razon Tertuliano (*adversùs Marcionem*) que ocupaba en medio entre la ley de Moises y la de Jesucristo, se exigia una santidad mas perfecta: que los pecados debian extirparse en su raiz; y que nadie podia en ade-

lante llegar al reino de los cielos sin hacerse gran violencia. Mas para que no supusieran que querian destruir la ley, añadió: «Mas es mas facil que pasen el cielo y la tierra que el que caiga un solo ápice de la ley (San Lucas XVI, 17).»

¡Cuán propias son estas palabras en boca del que bajó del cielo á la tierra para cumplir la ley entera, y del que nos ofrece tambien fuerzas para santificarnos y para imitarle!

«Y se acercaron á él los fariseos para tentarle diciendo: ¿Es lícito á un hombre repudiar á su mujer por cualquiera causa? Y respondiendo Jesus les dijo: ¿No habeis leido que el que hizo al hombre desde el principio, los hizo varon y hembra, y dijo (1): por esto dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne? Asi ya no son dos sino una carne; no separe pues el hombre lo que Dios juntó. Dícenle los fariseos: Pues ¿por qué mandó Moises dar libelo de repudio y repudiar? Díceles: Porque Moises os permitió repudiar á vuestras mujeres atendiendo á la dureza de vuestro corazon; mas al principio no fue asi. Mas yo os digo que todo el que repudiare á su mujer, á no ser por causa de fornicacion, y se casare con otra, comete adulterio, y el que se casare con la repudiada, comete adulterio.

«Y en la casa le preguntaron otra vez sus discípulos acerca de esto mismo, y él les dijo: Todo el que repudiare á su mujer y se casare con otra, comete adulterio sobre ella; y si una mujer repudiare á su marido y se casare con otro, comete adulterio. Dícenle sus discípulos: Si tal es la condicion del hombre con la mujer, no conviene casarse (S. Mateo XIX, 3 á 10, San Marcos X, 2 á 12 y S. Lucas XVI, 18).»

(1) *Y dijo*, es decir, Adam. (Génesis II, 24).

«Jesus les dijo: No todos comprenden esta palabra, sino aquellos á quienes es dado. Porque hay eunucos que han nacido asi del vientre de su madre, y hay eunucos á quienes los hombres redujeron á este estado, y hay eunucos que se castraron á sí mismos por el reino de los cielos. El que puede entender, entienda (S. Mateo XIX, 11 y 12).»

Como la instruccion de Jesucristo sobre el matrimonio es concerniente á las relaciones mas esenciales de la sociedad de la que traen su origen todas las demas, y como fueron santificadas por una institucion divina y por una dignidad particular que el hijo de Dios unió á ellas; no será inútil hacer algunas observaciones formales sobre esta materia, mucho mas cuando en los tiempos modernos se ha acusado á la iglesia de Jesucristo de haber privado á los maridos de una libertad que les habia dejado el divino fundador de nuestra religion. Para este fin me aprovecharé de las lecciones que he hallado en una disertacion escrita con tanta profundidad como penetracion por el profesor Kistemaker, cuyas reflexiones quisiera yo recomendar á mis lectores, porque me parece que contienen todo lo mejor que puede decirse sobre este asunto (1).

Tampoco será superfluo añadir algo acerca de aquellos que eligen el celibato por el reino de los cielos segun nuestro Salvador.

Cerca de tres años habia que los fariseos buscaban y aprovechaban todas las ocasiones de quitar á Je-

(1) Disertacion exegética sobre S. Mateo (cap. XVI, versículos 18 y 19, y cap. XIX, versículos 3 al 12) ó disertacion sobre el primado de Pedro y sobre el vínculo del matrimonio por J. H. Kistemaker, profesor de la universidad de Munster, é impresa en Gœttinga ya por Henrique Dietrich en el año 1806.

sus Nazareno una consideracion sumamente perjudicial á la suya, por cuanto el Señor brillaba en todo su esplendor, asi por la fuerza penetrante y la dulzura de sus palabras, como por las pruebas manifiestas de su poder sobrenatural, y porque censuraba la malicia de aquellos con la santa libertad de un profeta y les arrancaba la máscara á vista de un pueblo que los habia admirado hasta entonces. Ahora los irritó con la censura de la avaricia que se apropiaban á sí.

Jesus irreprensible en su conducta y santo en su doctrina no dió motivo alguno á la calumnia. Cuando curaba á los enfermos, resucitaba á los muertos y lanzaba á los demonios, no habian podido los fariseos hacerle pasar por un hechicero perverso, que obraba todas aquellas maravillas por el poder de Satanás, cuyo imperio destruia. Un solo medio les quedaba todavía, y era el de ponerle en contradiccion con Moises si podian. Sin duda habian sabido de qué modo se habia expresado ya el Señor acerca del divorcio en el discurso de la montaña, y esperaban hallar en una declaracion terminante sobre este punto alguna cosa que diese márgen á la crítica, ya porque quisieran citarle ante el gran consejo, ya porque solo intentasen desviar el pueblo de él.

La ley de Moises no autorizó formalmente el divorcio; pero tampoco le prohibió: hablaba solo de él como de una costumbre admitida, y que probablemente se introdujo entre los israelitas durante su cautiverio en Egipto (1). Vease cuál debe ser segun la version hebrea el pasaje en que se fundaban los fariseos:

(1) El repudio de Agar no era un divorcio, segun lo han sostenido falsamente muchos. Agar no era la mujer de Abraham, y si este la admitió en su casa, fue á peticion de Sara, cuya esclava fue, para que en el regazo de la señora esteril de la casa le diese un hijo, es decir, un hijo que debia ser mirado como el hijo de Sara. Agar quedaba debajo del poder de la esposa, contra cuya voluntad no hubiera podido Abraham retenerla en su casa. Los musulmanes ceden mucho menos á sus mujeres que los patriarcas y los israelitas; con todo aun hoy no es lícito á un musulman hacer á una esclava su concubina sin el consentimiento de su mujer, que no pierde por eso la autoridad sobre aquella.

«Si un hombre tomare mujer y la poseyere, y esta no hallare gracia delante de sus ojos por alguna deformidad; escribirá aquel libelo de repudio y se le dará en su mano y la echará de su casa. Y si habiendo salido se casare ella con otro marido y este la aborreciere tambien y le diere libelo de repudio y la despidiere de su casa ó llegare á morir; no podrá el primer marido recibirla por mujer, porque está manchada y se ha hecho abominable delante del Señor (Deuteronomio XXIV, 1, 4).»

Este pasaje es absolutamente el mismo en los Setenta. Varios intérpretes judios habian alterado en tales términos el sentido de la expresion hebraica, que los Setenta vierten por *aschêmon pragma* (una cosa indecente y vergonzosa), que algunos de ellos miraban el menor descuido de una mujer, por ejemplo, el dejar quemar una vianda, como causa suficiente para divorciarse de ella: otros pasaban aun mas adelante, y decian que el disgusto del marido hácia su mujer bastaba para repudiarla, aunque no hubiese ninguna culpa por parte de esta.

Treinta años poco mas ó menos antes del nacimiento de Jesucristo los doctores de Israel se dividieron en dos partidos sobre este punto: los unos con el célebre Hillel dejaban al arbitrio del marido la facultad de re-

pudiar á su mujer *por cualquiera causa*: los otros presididos por Chammai, igualmente célebre, reducian este derecho al caso de una culpa grave, y sobre todo de una conducta torpe. La opinion del partido de Hillel tuvo mayor número de secuaces en una época de corrupcion como la del reinado de Herodes el Grande, y pudo servir de regla de conducta en tiempo de nuestro Salvador. Por eso los fariseos le hicieron esta pregunta: ¿Es lícito á un hombre dejar á su mujer por cualquiera causa?

Nuestro Salvador, trayéndoles á la memoria la institucion primitiva del matrimonio, les dice: «¿No habeis leido que el que hizo al hombre al principio, los hizo varon y hembra, y dijo: «Por esto dejará el hombre á su padre y su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne? Asi ya no son dos, sino una carne. No separe pues el hombre lo que Dios juró.»

Parece que nuestro Salvador queria condenar al mismo tiempo la poligamia, cuyo abuso asi como el divorcio quita la dignidad al matrimonio y suele hacer casi necesaria su disolucion. Es probable que en los tiempos primitivos no se conocia ni la poligamia, ni el divorcio. La genealogía del antiguo mundo no nos muestra mas que un solo poligamo, Lamech, descendiente de Cain, que tuvo dos mujeres.

La poligamia no estaba en uso entre los patriarcas, porque no puede considerarse como tal la admision de Agar en el tálamo de Abraham, ni la de Bala y Zelfa en el de Jacob, supuesto que habiéndolas introducido, por decirlo asi, sus propias mujeres sustituian á estas para parir en su regazo, segun una costumbre de que no hallamos ningun rastro fuera de la tienda de Abraham y de Jacob, y que perjudicaba tanto menos los derechos de las mujeres, cuanto que estas obligaban á sus maridos á recibirlas para ganar mas conside-

racion. Asi no tenia el caracter de la poligamia que ofende la dignidad de la esposa, á lo menos en cuanto á las mujeres.

Jacob tenia dos; pero ¡qué circunstancias extraordinarias produjeron este fenómeno! No vemos que ninguno de sus hijos, ni aun Job enmedio de toda la pompa oriental, tuviese mas de una mujer. Esaú tomó dos mujeres que causaron mucha pesadumbre á sus padres; pero el ejemplo de aquel no era capaz de seducir á los descendientes juiciosos de su hermano (Génesis XXVI, 34, 35).

Ademas la poligamia se habia tolerado entre los israelitas como el divorcio. Hallamos una ley que prohibe al hombre que tiene dos mujeres preferir en la particion de sus bienes el hijo menor que ha tenido de la que ama, al hijo mayor que le ha dado la que no ama (Deuteronomio XXI, 15, 17). Pero la poligamia debia ser sumamente rara, supuesto que no encontramos ejemplar de ella hasta el tiempo de Elcana, padre de Samuel, y probablemente no se casó con Fenenna mas que por la esterilidad de Ana que duró muchos años.

Yo no me acuerdo de otro ejemplar de poligamia sino entre algunos reyes de la Judea, aunque la ley prohibió formalmente á los reyes venideros, si no el tener mas de una mujer, á lo menos el tener muchas (Deuteronomio XVII, 17). Herodes siguió en esto el ejemplo de los antiguos reyes; pero parece que él solo tenia muchas mujeres, y que la mala costumbre del divorcio prevaleció por su conducta y fue recomendada por los fariseos.

Volvamos á nuestro Salvador, á quien los fariseos para confundirle y originarle disgustos pedian una explicacion de la ley de Moises sobre el divorcio. El Señor les manifiesta que Moises no habia *mandado* el divorcio, segun ellos decian, sino que solamente se le

habia *permitido* atendiendo á la dureza de sus corazones: ademas que este permiso se concedió al marido, no como ellos afirmaban *por cualquiera causa*, sino únicamente en el caso de adulterio de la mujer. Por consiguiente explicó aqui los términos de la ley como un doctor de Israel: Si él, es decir, el marido, ha hallado alguna deshonestidad en ella, casi como los habia explicado Chammai, y dió su conformidad al mejor partido entre los intérpretes de la ley, á los secuaces de Chammai contra los de Hillel. No se trataba aqui de una nueva ley, de la nueva alianza que no habia fundado aun, sino de la ley de Moises. Esta nueva ley pertenecia *á los secretos del reino de Dios que era dado á sus discípulos conocer* (S. Lucas VIII, 10), y que no debian anunciar hasta despues de su muerte. El evangelista S. Mateo da solo un resumen de esta historia; pero S. Marcos añade lo siguiente que es muy notable: «Y en la casa le preguntaron otra vez sus discípulos sobre esto, y él les dijo: Todo el que repudiare á su mujer y se casare con otra, comete adulterio (S. Marc. X, 10, 12).»

Aqui prohibe Jesucristo sin exceptuar ningun caso, ni aun el de adulterio de la mujer, la entera disolucion del vínculo conyugal, ya se verifique esta por parte del que se casa con otra mujer viviendo la que repudió primero, ya sea por parte del que se casa con la mujer repudiada. Nuestro Señor habla aqui á sus discípulos, no como intérprete de la ley de Moisés, sino como legislador de la nueva alianza. Pruebalo el que propone un caso que no podia ocurrir segun la ley de Moisés, porque dice: «Y si una mujer repudiare á un marido y se casare con otro, comete adulterio.»

Semejante ejemplar no se habia visto nunca entre los judios, hasta que Salomé, hermana de Herodes el Grande, envió á su esposo Kostobares, idumeo distinguido, un libelo de repudio, obrando en esto segun observa formalmente Josefo (Ant. jud. VII, 7, 10) contra las leyes de los judios, las cuales permitian en verdad al marido repudiar á su mujer; pero no concedian á esta la misma facultad, ni permitian á la esposa abandonada casarse otra vez antes de haber obtenido libelo de repudio del primer marido.

Nuestro Salvador hablaba segun hemos dicho como legislador de la nueva alianza á sus discípulos y en ellos á todos los pueblos, porque todos debian ser llamados al conocimiento del Evangelio: por eso suponia un caso que no podia ocurrir segun la ley judaica; pero que podia presentarse segun la de los griegos, romanos y otros.

Tambien alude el evangelista S. Lucas á este modo de ver, cuando pasando en silencio la pregunta que habian hecho los fariseos al Salvador, cita las siguientes palabras sin ninguna conexion: «Todo el que repudiase á su mujer y se casare con otra, comete adulterio: todo el que se casare con aquella á quien su marido ha repudiado, comete adulterio.»

Aqui se prohibe el divorcio como en S. Marcos sin ninguna excepcion. ¿Y con qué se enlazan las palabras de Jesucristo? Véase lo que precede inmediatamente: «La ley y los profetas han durado hasta Juan: desde él es evangelizado el reino de Dios, y todos hacen violencia para entrar en él. Mas es mas fácil que pasen el cielo y la tierra que el que caiga un ápice de la ley»

Nuestro Salvador queria preparar los espíritus á una santidad mas elevada de las leyes de la nueva alianza, por las cuales debia no cesar, sino perfeccionarse la antigua ley.

Pareceme que las palabras del capítulo XIX, v. 9, de S. Mateo, en que fundan los protestantes su opinion cuando dicen que la fornicacion de la mujer da

derecho suficiente al marido para romper enteramente el vínculo conyugal y *casarse con otra*, pierden su fuerza y aun se destruyen por la razon de que Jesucristo explicaba como doctor de Israel la ley de Moisés delante de los fariseos, y en su conferencia con sus discípulos prohibió el divorcio sin ninguna excepcion, porque aquí hablaba de la ley de la nueva alianza. Mas el siguiente pasaje del discurso de la montaña ofrece al parecer mayor dificultad.

«Se ha dicho: El que repudiare á su mujer, déle libelo de repudio. Y yo os digo que todo el que repudiare á su mujer, á no ser por causa de adulterio, la hace adulterar, y el que se casare con la mujer repudiada, comete adulterio (S. Mateo V, 31 y 32).»

Me parece que esta dificultad puede desvanecerse de dos modos, segun se suponga que por las palabras *se ha dicho* alude nuestro Salvador á Moises y á su ley ó á la tradicion de los escribas. En el primer caso que admiten los mas, puede responderse asi: Moises habia permitido á los maridos repudiar á sus mujeres y darles libelo de repudio á causa de la dureza de corazon de su pueblo, segun lo advierte Jesucristo en S. Mateo (XIX, 8) y en S. Marcos (X, 5); con todo solo era permitido en el caso que viesen en ella algo de vergonzoso, lo cual ciertamente no puede aplicarse sino al adulterio. Mas como la decision de la culpabilidad de la mujer se dejaba á la conciencia del marido, podia suceder que este repudiase contra su misma conciencia á su mujer, aunque fuera irreprensible. Jesucristo sin querer declararse aqui contra el divorcio delante de los fariseos, como lo hizo luego delante de sus discípulos, advirtió solamente en el sermon de la montaña que el que usando contra su conciencia de la libertad concedida por Moises repudiaba á su mujer inocente, como si hubiera observado en

ella algo de deshonesto, la exponia cuando era abandonada y despreciada á caer realmente en los desórdenes.

Pero ¿es cierto que Jesus habla de Moises por estas palabras: *Tambien se ha dicho &c.*? Bien sé que cita diferentes pasajes de la ley, á los cuales opone su doctrina mucho mas elevada; pero es seguro que su objeto era manifestar aqui en toda su desnudez, como en otros muchos lugares, las tradiciones de los fariseos, y empieza esta parte de su discurso con estas palabras: «Porque yo os digo que si vuestra justicia no abundare mas que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos (S. Mateo V, 20).» En esta misma parte dice: «Habeis oido que se ha dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo.» Moises manda (Levitico XIX, 10) amar á su prójimo como á sí mismo; pero no dice que se haya de aborrecer á su enemigo. Este último punto podia ser un precepto de los fariseos duros de corazon; y en eso pensaba Jesus en el pasaje de que aquí se trata. Tenia presente esta prescripcion de los fariseos que tanto protegian el divorcio. Segun esto seria posible y hasta verosímil que nuestro Salvador explicase como maestro de Israel la ley de Moises en el discurso de la montaña, segun la explicó mas adelante en S. Mateo, y que la tomase bajo su proteccion contra los doctores de la ley y fariseos que insensiblemente habian relajado y profanado el vínculo santo del matrimonio, de suerte que dejaban contra lo prevenido en la ley de Dios al antojo y capricho del marido el repudiar á su casta esposa, á la mujer de su juventud, á la madre de sus hijos (1).

(1) Josefo el historiador era fariseo, y dice de sí mismo en la historia de su vida: «Yo repudié á mi mujer cuando ya era madre de tres hijos, porque me disgustaba su conducta.» Despues se casó con otra.

Sin embargo no se puede negar que considerados en sí los dos pasajes sobre el divorcio que hallamos en San Mateo (cap. V, v. 31, 32, y cap. XIX, v. 19), parece que dan al marido el permiso de separarse para siempre de su mujer y casarse con otra en el caso que la primera le hubiese sido infiel. Pero hemos visto con qué precision se declara Jesucristo (San Marcos X, 11, 12, y S. Lucas XVI, 18) contra el divorcio en general sin hacer ninguna excepcion. Suponer una excepcion seria seguramente una temeridad, fuera del caso en que los pasajes de S. Mateo no admitiesen esta explicacion: que Jesucristo los pronunció no como legislador de la nueva alianza, sino como intérprete de la ley de Moises. Si es posible tal explicacion, no podemos forzar el sentido de las palabras claras de Jesucristo que prohiben el divorcio sin ninguna excepcion, mucho menos cuando tenemos en esta parte oráculos apostólicos que son decisivos. Véase lo que dice el apostol S. Pablo (I Cor. VII, 10, 11): «Mas á los que estan unidos por el matrimonio los mando, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido, ó si se separare, que permanezca sin casarse ó se reconcilie con su marido, y el marido no deje á su mujer.» Y en el versículo 39: «La mujer está ligada con la ley del matrimonio todo el tiempo que vive su marido; mas si muriere su marido, queda libre: cásese con quien quiera, con tal que sea segun el Señor.»

Algunos teólogos citan tambien á este propósito el pasaje siguiente del mismo apostol (ad rom. VII, 1, 3): «¿Acaso ignorais, hermanos mios (porque hablo á quien sabe la ley), que la ley domina en el hombre mientras vive? Porque la mujer que está bajo la potestad de su marido, está ligada con la ley mientras vive él; mas si muriere este, queda libre de la ley del marido. Asi si estuviere con otro varon viviendo el marido, será llamada adúltera; mas si muriere su marido, queda libre de la ley del marido, de modo que no será adúltera si fuere con otro varon.» Pero este pasaje no es aplicable al caso presente como lo nota con razon Kistemaker, porque S. Pablo habla aqui de la ley de Moisés, y procura demostrar con una comparacion que hemos muerto para la ley de Moises por la muerte de Jesucristo; por lo cual habla del único caso de disolucion del vínculo conyugal que se verifica por la muerte del marido.

Por terminantes que esten los demas doctores sobre este punto, hay que confesar que hubo que dejar transcurrir mucho tiempo para que fuese uniforme y general en los estados cristianos el uso de prohibir enteramente el divorcio. Los emperadores le permitian, y si Constantino, primer emperador cristiano, le dificultó, muchos de sus sucesores le dieron grande latitud. Antes tampoco habian estado acordes las opiniones en esta parte. Orígenes cuenta que algunos obispos habian permitido á personas divorciadas contraer nuevas nupcias. Entre los padres de la iglesia habia tambien algunos que dudaban si podria el marido, en el caso de repudiar á su mujer por haber sido infiel al juramento, casarse con otra, y el mismo S. Agustin dice: «La cuestion de si un marido que puede sin duda ninguna repudiar á su mujer adúltera, debe ser considerado como adúltero si se casa con otra, está tan obscura en las divinas escrituras, que me parece disimulable el error sobre este punto *(Venialiter ibi quisque fallatur. De fide et operib., cap. XIX).*»

Pero los mas de los santos padres y doctores de la iglesia católica, y con especialidad de la latina, se han declarado siempre á favor de la indisolubilidad del matrimonio, cuyo vínculo no se rompe en tal grado ni aun por

el adulterio, que el marido, aunque libre para repudiar á su mujer culpada, pueda casarse con otra en vida de esta, ó la repudiada tomar otro marido en vida del que la repudió. Los cánones llamados *apostólicos* que seguramente tienen su orígen en los primeros tiempos del catolicismo, prohiben formalmente al marido casarse con otra mujer en vida de la repudiada, aunque fuere por causa de adulterio. Los papas Siricio, Inocencio I, Leon el Grande, Estevan y Zacarías prohiben igualmente este género de matrimonios en sus decretales y los declaran adulterinos.

Con todo eso el uso contrario no cesó nunca del todo en Oriente, y se generalizó en todas las iglesias orientales cuando se separaron de la de Roma. Hasta las iglesias griegas que habian permanecido en la union de lá iglesia romana, se dejaron seducir, y el concilio de Florencia que trató de la reunion de las iglesias griegas separadas de la romana, las exhortó seriamente á abandonar aquel abuso, aunque sin excluirlas de la comunion, atendiendo á que la iglesia no habia hecho un artículo de fé dogmático de la indisolubilidad del matrimonio.

El concilio general de Trento declaró que la iglesia desechaba de su seno á todos los que la acusasen de error cuando enseña, segun la doctrina del Evangelio y de los apóstoles, que el vínculo del matrimonio no se rompia por el adulterio del uno ó del otro cónyuge: que ni uno ni otro de los dos esposos, aun el que es inocente, podia contraer otros vínculos en vida del otro consorte; y por último que el que despues de repudiada su mujer adúltera se casaba con otra en vida de la primera, era adúltero, lo mismo que la mujer que se casa con otro despues de separarse de su marido adúltero (Conc. Trid. *Sess. 24 de matrim., can.* 7).

Los protestantes en su origen no permitian la disolucion del matrimonio ni la facultad de casarse otra vez sino en caso de adulterio; pero en esto concedieron el mismo derecho á la mujer que al marido, lo cual no era conforme á la ley de Moises que solo permitia al marido y no á la mujer dar libelo de repudio; sin embargo ni en el Evangelio, ni en ninguna epístola de los apóstoles se halla un pasaje que dé esta facultad á las mujeres. La razon de un derecho recíproco que se intenta buscar en la equidad, no tiene ningun fundamento porque es claro á los ojos de todos que la ofensa hecha por una mujer infiel á su marido es mucho mas grave que la que este puede hacer á aquella, por grandísimo que sea en sí el crimen de un marido adúltero.

Es cierto sin embargo que no siempre han estado acordes las opiniones sobre este punto en los estados cristianos; pero el uso (que prevaleció en algunos) de permitir á las mujeres romper el matrimonio á causa del adulterio del marido y casarse con otro en vida del primero se abolió mucho mas pronto que el que concedia esta facultad á los maridos. S. Gerónimo refiere un caso notable de un divorcio de esta especie. Habiendose divorciado Fabiola, mujer romana, de su marido infiel, se casó con otro en vida del primero. «No sabia, dice el santo doctor, las leyes de la iglesia, segun las cuales podia separarse de su marido en cuanto al tálamo y habitacion; pero no casarse con otro en vida de este. Asi que estuvo mejor informada, hizo pública penitencia delante de la puerta principal de la iglesia de Letran, y edificó con ella á todos los cristianos católicos tanto como los habia escandalizado con su matrimonio (Hier., ep. ad Ocea).

Los protestantes acabaron poco á poco por relajar casi enteramente el vínculo del matrimonio, aunque se levantaron entre ellos muchas voces cristianas para

condenar el abuso anti-evangélico de los divorcios escandalosos; y si algunos estados protestantes amaestrados al fin por la experiencia trataron de atajar la corrupcion de las costumbres que iba siempre en aumento, no se logró destruir el mal porque no se cortó de raiz. Uno de los primeros fenómenos que el trastorno de todas las relaciones divinas y humanas produjo en Francia, fue la libertad desenfrenada del divorcio permitido á los dos sexos, si es que puede llamarse libertad lo que destruye el orden, condicion indispensable de aquella.

Fœcunda culpæ sœcula nuptias
Primùm inquinavere.
HORACIO.

Con la santidad del matrimonio subsisten ó caen todas las relaciones humanas. Esta union, de donde brota la sociedad como de un manantial puro, ocupa el medio entre el cielo y la tierra: pertenece á la religion que le da su dignidad, y al estado que le concede su proteccion, al paso que vela por su propia seguridad.

Jesucristo habia dado á sus discípulos, ministros futuros de la nueva alianza, una instruccion nueva sobre la santidad del matrimonio y la señal de una nueva doctrina que debia parecerles todavía mas extraña que los límites impuestos por el Señor al divorcio.

Entre las bendiciones temporales de la ley antigua que se prometieron como recompensa al temor de Dios, ninguna tenia mas aliciente para las almas sensibles, ni mas valor que la de un casamiento feliz y una posteridad floreciente. Las divinas escrituras ponderan esta dicha de mil maneras, y nos manifiestan como el primer

hombre entusiasmado todavía de su reciente existencia y rodeado de toda la magnificencia de la naturaleza en el paraiso terrenal llama por su nombre á las criaturas vivientes que el Señor le presenta; pero nota á lo que parece con dolor que cada macho tenia una hembra en la tierra y en el aire, y el hombre no tenia aun una ayuda semejante á él (Genesis II, 20). Manifiestannos al Señor formando una compañera del hombre sacada de una costilla de este para que tomada de cerca de su corazon no se aparte jamás de él; y nos muestran al criador mismo presentándole esta compañera. Nos hacen ver cómo Dios presenta, por decirlo asi, al fiel Eliezer la mujer que debia escoger para el hijo de su señor (Génesis XXIV), y cómo envia un angel al joven Tobías para decirle que pida la mano de Sara, y para persuadir al padre de esta que se la dé por mujer porque él teme á Dios (Tobías VI, 13, VII, 12).

El real profeta pondera en el mismo sentido la felicidad doméstica del hombre piadoso, cuando dice en el salmo CXXVII: «Tu mujer será en tu casa como una viña fecunda. Tus hijos como olivos nuevos rodearán tu mesa. Asi será bendito el hombre que teme al Señor.»

Los libros morales y proféticos concuerdan con los poéticos é históricos para celebrar esta bendicion. Y no está probado claramente, como se ha dicho y repetido, que la esperanza sola de ver salir al Mesias de su posteridad determinara á cada israelita á casarse, porque bien sabian todos que el Mesias saldria de la tribu de Judá, de la familia de David, y naceria en Bethleem Efrata. Respetaban, amaban y deseaban la bendicion de la felicidad doméstica, no á causa de esta expectacion divina, sino á causa de ellos mismos; y esta bendicion la veian, no solo en sus hijos que los rodeaban, sino tambien en la mujer que tenian á su lado. No son solo las viñas que nacen de la cepa las que hacen la

mujer agradable al hombre, sino las delicias puras é inocentes que su trato diario le proporciona.

La nueva alianza no se muestra menos propicia al matrimonio que la antigua; al contrario el hijo de Dios le dió una nueva dignidad haciendole indisoluble y elevándole á la categoría de sacramento, y aun en mas de un lugar representó las relaciones que existen entre él y una alma piadosa y su iglesia, bajo la imágen de unos esposos.

Sin embargo su voluntad era que en la economía de la nueva alianza hubiese personas á quienes queria conceder gracias particulares para que renunciando del todo al matrimonio viviesen en perfecta continencia. Escuchemos lo que dice á sus discípulos (S. Mateo XIX, 11, 12): «No todos comprenden esta palabra, sino aquellos á quienes es dado; porque hay eunucos que han nacido asi del vientre de su madre, y hay eunucos á quienes han reducido los hombres á este estado, y hay eunucos que se castraron á sí mismos por el reino de los cielos. El que puede entender, entienda.»

«La naturaleza hace los primeros, dice S. Hilario, la necesidad los segundos, y la voluntad produce los últimos.

El modo con que nuestro Salvador prepara para esta doctrina, y las palabras con que concluye, demuestran claramente que hablaba de una cosa importante, de un *misterio* del reino de Dios en el que queria iniciar á sus discípulos.

Las palabras *del reino de los cielos* pueden interpretarse de dos maneras. Los evangelistas llaman á veces la propagacion del Evangelio el reino de los cielos, y muchos de los que se consagran á una continencia perfecta, lo hacen para poder dedicarse á conservar y propagar el Evangelio como predicadores de la divina palabra y dispensadores de los santos misterios.

S. Juan Bautista, el primero que anunció el reino de los cielos, habia dado ya el ejemplo de una continencia perfecta. La respetable antigüedad atribuye la misma conducta á varios apóstoles. S. Pablo era célibe y se declara en diferentes lugares por el celibato que habian guardado ya la mayor parte de los siervos del Verbo en los tiempos mas remotos, aun antes que una ley de la iglesia le exigiese como condicion para recibir las órdenes. Mas es muy probable que las palabras *por el reino de los cielos* tienen un sentido mas lato y elevado, y significan que algunas personas elegirán el celibato para pasar con menos obstáculos por el camino dificil y la puerta estrecha, ó como lo dice en pocas palabras Clemente de Alejandría, *por amor á Dios*. Y es tanto mas probable, y aun yo diria tanto mas cierto este sentido, cuanto que se vió ya en los primeros tiempos del cristianismo que no solo los sacerdotes, sino muchos seglares jóvenes de uno y otro sexo se consagraban á Dios de un modo especial por la continencia segun el consejo de S. Pablo y verosimilmente tambien segun el que dieron de viva voz los otros apóstoles y sus sucesores. S. Pablo dice (I ad Cor. V, 32 á 35): «Mas yo quiero que vosotros esteis sin inquietud: el que no tiene mujer está solícito de las cosas que son del Señor y de cómo ha de agradar á Dios. Mas el que tiene mujer, está solícito de las cosas del mundo y de cómo ha de agradar á su mujer, y está dividido. Y la mujer soltera y una virgen piensan en las cosas que son del Señor para santificarse en el cuerpo y en el alma. Mas la que está casada, piensa en las cosas que son del mundo y cómo ha de agradar á su marido. Os digo esto para utilidad vuestra, no para tenderos un lazo, sino para inclinaros á lo que es honesto y da un medio de orar al Señor sin obstáculo.» El apostol recomienda el celibato como medio; pero no á todos, por-

que en el versículo 7 del mismo capítulo dice positivamente: «Cada uno tiene su don particular que ha recibido de Dios, uno de un modo y otro de otro.» La expresion de nuestro Salvador *que se han* castrado á sí mismos, excluye toda violencia, la cual es aqui un crimen que puede perder á las almas; y la insinuacion, sobre todo la que proviene de los padres ó de los confesores, es una especie de violencia. El elegir este estado ó inclinar á alguno á que le elija por fines humanos, por vanidad ó avaricia, sea por la supuesta utilidad de aquel á quien se hace violencia, ó por la de otro, es un crimen y una profanacion.

No basta que esta resolucion sea voluntaria, sino que no ha de tomarse por capricho á causa de una pasion desgraciada ó de una esperanza frustrada, por complacencia, ó por un exceso de entusiasmo, ó por una ciega confianza en los consejos de otro, ó en una edad en que no se conoce uno á sí mismo ni conoce las tentaciones. Este paso no debe darse sino despues de haberse probado bien delante de Dios, despues de haber pedido por la oracion conocer su voluntad, y despues de haber transcurrido tiempo suficiente para reflexionarlo. Esta resolucion exige ante todas cosas la simplicidad de corazon que no busca mas que á Dios y lo que es de Dios, y que humilde espera de Dios solo el don y la conservacion de una gracia especial que no se concede á todos. La iglesia de Jesucristo enseña y la experiencia confirma que Dios *que obra el querer y el hacer*, no niega esta gracia á los que se la piden sinceramente.

Sabemos por S. Justino y Tertuliano que el número de estos sacrificios voluntarios era grandísimo en el siglo II del cristianismo, y que se veian personas de ambos sexos que vivian y morian en una perfecta continencia, antes que estuviesen en uso los votos so-

lemnes y se conociesen los conventos. Con todo en el mismo siglo II se vieron ya en algunas iglesias vírgenes que vivian en comunidad. Tertuliano llamaba á estas doncellas *las esposas de Jesucristo*.

Concluyamos este capítulo con las siguientes palabras tomadas del Apocalipsis de S. Juan (cap. XIV, v. 1 á 5):» Y yo ví, y hé aqui que estaba el cordero sobre la montaña de Sion y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenian su nombre y el nombre de su padre escrito en su frente. Y oí una voz del cielo como el ruido de aguas copiosas y como el estruendo de un gran trueno, y la voz que oí, era como la de unos músicos que tocan sus cítaras. Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro animales y de los ancianos; y ninguno podia cantar este cántico, sino los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de la tierra. Estos son los que no se han contaminado con las mujeres porque son vírgenes. Estos siguen al cordero á donde quiera que fuere Estos han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y el cordero, y en la boca de ellos no se ha hallado mentira, porque estan sin mancha delante del trono de Dios.»

CAPITULO XVII.

El rico avariento.

Ya hemos visto que los fariseos se habian aplicado á sí mismos la instruccion de Jesucristo sobre el peligro de las riquezas, y que para sorprenderle en sus palabras le habian dirigido la pregunta relativa al divorcio. Despues los precave de nuevo por la parábola siguiente contra el apego de los hombres á los bienes perecederos y contra el abuso que hacian de ellos.

«Habia un hombre rico que se vestia de púrpura y

lino finísimo y daba todos los dias espléndidos banquetes. Y habia cierto mendigo llamado Lázaro, cubierto de úlceras, que estaba tendido á la puerta de aquel, deseando saciarse de las migas que caian de la mesa del rico; pero iban los perros y lamian sus úlceras. Sucedió pues que murió el mendigo y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico y fue sepultado en el infierno; y levantando los ojos cuando estaba en los tormentos, vió de lejos á Abraham y á Lázaro en su seno, y gritando dijo: Padre Abraham, apiadate de mí y envia á Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua y refresque mi lengua, porque soy atormentado en estas llamas. Y le dijo Abraham: Hijo, acuerdate de que recibiste bienes en tu vida y Lázaro recibió males: pues ahora este es consolado, y tú eres atormentado. Y ademas entre nosotros y vosotros hay un grande abismo, de modo que los que quieren pasar de aqui á donde estais vosotros, no pueden; ni vosotros venir de ahí acá. Y dijo el rico: Pues te suplico, padre, que le envies á casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que los advierta y no vengan ellos tambien á este lugar de tormentos. Y le dijo Abraham: Tienen á Moises y los profetas; que los escuchen. Mas él dijo: No basta, padre Abraham; pero si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia. Y le dijo Abraham: Si no oyen á Moises y los profetas, tampoco creerán aunque resucitare alguno de entre los muertos (S. Lucas XVI, 19 á 31).»

El supremo juez del universo dirá algun dia á nuestros impíos: Yo dejé entre vosotros á los descendientes de Abraham: yo dejé todo un pueblo que á pesar suyo os ha dado testimonio de la verdad, y no habeis creido.

CAPITULO XVIII.

Del escándalo. Del perdon de las ofensas.

«Y dijo Jesus á sus discípulos: Imposible es que no ocurran escándalos; pero ¡desgraciado de aquel por quien vienen! Mas le valia que le ataran al cuello una piedra de molino y le arrojaran al mar, que escandalizar á uno de estos pequeñuelos. Tened cuidado: si pecare tu hermano contra tí, reprendele; y si hiciere penitencia, perdonale. Y si pecare contra tí siete veces al dia, y siete veces al dia se volviere á tí diciendo: me pesa; perdónale. Y dijeron los apóstoles al Señor: Aumentanos la fé. Mas el Señor dijo: Si tuviereis fe como un grano de mostaza, direis á esta morera: Arrancate de raiz y trasplantate al medio del mar, y os obedecerá. ¿Quién de vosotros que tiene un siervo arando ó apacentando rebaños, le dirá cuando vuelva del campo: Ven al punto y sientate á la mesa; y no le dirá: Prepara la cena, ciñete y sirveme mientras como y bebo, y despues comerás y beberás tú? Por ventura ¿estará agradecido á aquel siervo porque hizo lo que le habia mandado? No lo creo. Del mismo modo vosotros cuando hubiereis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que debimos hacer (S. Lucas XVII, 1 á 10).»

CAPITULO XIX.

Peticion indiscreta de sus hermanos: Jesus enseña en el templo de Jerusalem: envidia de los fariseos que quieren prenderle.

«Despues de esto iba Jesus á Galilea, pues no queria ir á la Judea porque los judíos trataban de matar-

le. Y estaba cercana la fiesta de los judíos llamada de los Tabernáculos. Dijeronle pues sus hermanos (es decir, sus primos): Parte de aqui y ve á la Judea para que tus discípulos vean tambien las obras que haces: porque nadie hace una cosa en lo oculto y procura darse á conocer: si haces estas cosas, manifiestate al mundo. Porque ni aun sus hermanos creian en él. Diceles pues Jesus: No ha llegado aun mi tiempo; mas vuestro tiempo siempre está preparado. El mundo no puede aborreceros; mas á mí me aborrece, porque doy testimonio de él que sus obras son malas. Subid vosotros á celebrar esta fiesta; mas yo no subo á celebrar esta fiesta, porque aun no se ha cumplido mi tiempo. Habiendo dicho esto se quedó en Galilea. Mas luego que subieron sus hermanos, subió él tambien á celebrar la fiesta no públicamente, sino como de oculto (San Juan VII, 1 á 10).»

Los primos de Jesucristo no dejaban de tener alguna fé en él, porque si no no le hubieran aconsejado que se presentara en Jerusalem para obrar milagros; pero bien podian inquietarlos la duda y el orgullo, dos tiranos del espíritu del mundo; y deseaban que el Señor hiciese prodigios para que la fama de estos recayese sobre ellos, porque eran carnales y mundanos.

Los hombres del mundo tienen bajo el respeto de los medios en general y el del tiempo en particular mas libertad que el discípulo de Jesus, cuyas acciones todas se regulan por la gloria de Dios y la salud del prójimo. Aquellos tienen muchos medios y se proponen muchos fines; pero fines limitados al tiempo. El verdadero cristiano no tiene mas que un objeto, el de la eternidad y el amor de Dios: sus medios son la oracion y la paciencia, la fé, la esperanza y los combates.

El lector debe admirarse naturalmente de que Jesus subiese á celebrar la fiesta despues de haber ase-

gurado á sus parientes que no subiria (1). La boca de la verdad no podia mancharse con una mentira. Lejos de nosotros una doctrina sutil que trata de paliar una mentira só color de que otro no tiene derecho de indagar ciertas cosas. Es evidente que Jesus queria decir solamente que su intencion no era acompañarlos entonces que se reunian probablemente segun la costumbre de los judíos á la multitud de peregrinos que iban á Jerusalem. La fiesta duraba ocho dias; y unos acostumbraban hallarse en Jerusalem al principio de la fiesta, y otros al fin. Los primos del Señor no podian entender las palabras de este en el sentido de que no iria de ningun modo, supuesto que la fiesta de los Tabernáculos era una de las tres grandes solemnidades que todos los adultos debian celebrar en Jerusalem segun la ley.

«Los judíos pues le buscaban el dia de la fiesta y decian: ¿Dónde está? Y la gente murmuraba mucho de él: unos decian: Es bueno; y otros decian: No, seduce al pueblo. Sin embargo nadie hablaba públicamente de él por miedo de los judíos (es decir, por miedo del gran consejo). Y á la mitad de la solemnidad subió Jesus al templo y enseñaba. Y se admiraban los judíos diciendo: ¿Cómo sabe este las escrituras no habiéndolas aprendido? Jesus les respondió y dijo: Mi

(1) En las ediciones griegas comunes del nuevo testamento en vez de las palabras *yo no subo*, se leen estas: *yo no subo aun* (*oüpo*, *aun no*, en lugar de *ouk*, *no*). Pero los manuscritos mas antiguos, asi como S. Agustin, san Cirilo, la Vulgata, la traduccion siriaca y la persosiriaca, no traen la expresion *aun no*, que probablemente se introdujo en nuestros libros griegos (Vease el padre Calmet). Las impugnaciones de Porfirio prueban tambien que en su tiempo se leia *yo no subo*.

doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado. Si alguno quisiere hacer la voluntad de Dios, sabrá por la doctrina si es de Dios ó si yo hablo por mí (San Juan VII, 11 á 17).»

Una de las almas mas preciosas, grandes y amables que he conocido, se apartó desde su niñez de la religion católica á causa del gran mundo; pero nunca pudo contentarla el mundo: ella tributaba siempre homenaje á la virtud, y buscaba la verdad con aquella sed que Dios solo satisface siempre. Por mucho tiempo tuvo esperanzas de que podria apagar esta sed en la sabiduría de Sócrates, que le habia atraido con una fuerza simpática por su sublime sencillez, su deseo ardiente de lo sobrenatural, su abrasado zelo á favor de las verdades conocidas y su amable modestia. Sin embargo empezó á aspirar á una cosa mas grandiosa y elevada, y habiendo hallado el tipo ideal de lo que se habia figurado, en la conducta y costumbres de algunos cristianos, leyó el evangelio de S. Juan. Aquella elevacion, aquella simplicidad, aquella pureza y aquellos impulsos de amor la arrebataron; y cuando llegó al pasaje en que dice nuestro Salvador: «Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado. Si alguno quisiere hacer la voluntad de Dios, sabrá por la doctrina si es de Dios ó si yo hablo por mí;» se estremeció de gozo y exclamó: «No, nunca habló asi ningun sabio que fuera puramente un hombre: ningun sabio de la tierra sujetó su doctrina á semejante prueba.»

Entonces meditó ella con mas ardor y con un amor siempre creciente suplicando al ser de los seres que se habia manifestado cada vez mas á su corazon como un padre y como un padre en Jesucristo. Sabia perfectamente de quién venia esta doctrina, porque la observaba, y experimentó la dicha de los que no ven y creen. Fue la guia y el consuelo de una multitud de

personas, dando el ejemplo de todas las virtudes admirables y sublimes que puede producir la religion de Jesucristo cuando se practica sin reserva y por amor. Algunos filósofos la admiraron durante su vida, y la inocente juventud del lugar en cuyas pintorescas cercanías habia buscado muchas veces la quietud de la soledad, y donde habia hallado á su Dios en la paz del retiro, esparció flores por el agradecimiento sobre el sepulcro de la noble señora que la habia reunido muchas veces á su rededor con afabilidad para guiarla al gran amigo de los niños, á quien habia amado durante su peregrinacion, y á quien no cesó de alabar hasta que exhaló el último suspiro (1).

Continuemos la narracion del evangelista, que nos comunica las siguientes palabras de nuestro Salvador: «El que habla por sí mismo, busca su propia gloria; mas el que busca la gloria del que le ha enviado, ese es veraz y no hay injusticia en él. ¿No os dió Moises la ley? Y ninguno de vosotros ejecuta la ley. ¿Por qué tratais de matarme? Respondió la multitud y dijo: Tú tienes el demonio: ¿quién trata de matarte? Respondió Jesus y les dijo: Yo he hecho una obra buena y todos os admirais: por eso os dió Moises la circuncision (no porque sea de Moises, sino de los patriarcas), y circuncidais á un hombre en sábado. Si el hombre recibe la circuncision en sábado para que no se quebrante la ley de Moises; ¿por qué os indignais conmigo porque he curado á todo un hombre en sábado (2)?

(1) Amalia, condesa de Schmettau y princesa de Gallitzin, murió en Munster el 27 de abril de 1806. Sus cenizas descansan en el cementerio del lugarcito de Angelmodde al pie de la cerca y debajo de la imagen de Jesucristo.

(2) La circuncision no se hacia solamente el sábado, r. 24.

No juzgueis segun la apariencia, sino juzgad con un juicio recto. Y decian algunos de Jerusalem: ¿No es este el que tratan de matar? Y ved que habla públicamente y no le dicen nada. ¿Por ventura han conocido los príncipes que este es verdaderamente el Cristo? Pero nosotros sabemos de dónde es este; mas cuando viniere el Cristo, nadie sabe de dónde es. Clamaba pues Jesus en el templo enseñando y diciendo: Y vosotros me conoceis y sabeis de donde soy, y no he venido de mí mismo, sino que el que me ha enviado es verdadero, y vosotros no le conoceis. Yo le conozco porque soy por él y él me ha enviado (S. Juan VII, 18 á 29).»

«Trataban pues de prenderle, y nadie le echó la mano porque aun no habia llegado su hora. Y muchos de la multitud creyeron en él y decian: Cuando viniere el Cristo, ¿hará por ventura mas prodigios que los que este hace? Oyeron los fariseos que la multitud murmuraba esto de él, y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos enviaron ministros para prenderle. Díjoles Jesus: Poco tiempo estaré aun con vosotros, y voy á aquel que me ha enviado. Me buscareis y no me hallareis; y donde yo estoy no podeis ir vosotros. Dijeron pues los judíos entre sí: ¿A dónde irá este que no le hallaremos? ¿Acaso irá á los dispersos entre las naciones y á enseñar á las gentes (1)? ¿Qué expresion

sino el dia octavo despues del nacimiento de los niños, segun lo habia mandado Dios á Abraham (Génesis XVII, 12), y por consiguiente tambien el sábado cuando caia este en el dia octavo.

(1) Ademas de la significacion que le es propia, el nombre de *griegos* que se lee en el original, significa tambien los judíos que vivian en la Diaspora, es decir, que estaban dispersos en la Grecia, en el Asia menor, en la Siria y en el Egipto, porque la lengua y costumbres de

es esta que dijo: Me buscareis y no me hallareis, y donde yo estoy no podeis ir vosotros? Y en el último dia grande de la festividad estaba Jesus y clamaba diciendo: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, manarán de su seno rios de agua viva. Dijolo esto por el espíritu que habian de recibir los que creian en él, pues aun no se habia dado el espíritu porque Jesus no habia sido glorificado todavía.»

Esto quiere decir que los dones del Espíritu Santo no se habian comunicado aun á los apóstoles en la misma proporcion que lo fueron despues de la resurreccion y ascension de Jesucristo.

«Habiendo pues oido algunos de aquella multitud estas expresiones suyas decian: Este es verdaderamente un profeta. Otros decian: Este es el Cristo. Y otros decian: ¿Por ventura viene de Galilea el Cristo? ¿No dice la Escritura que el Cristo viene de la descendencia de David y del pueblo de Bethleem donde estaba David? Asi hubo disension en el pueblo por él. Y algunos querian prenderle; pero nadie le echó la mano. Se presentaron pues los ministros á los pontífices y fariseos, y estos les dijeron: ¿Por qué no le habeis traido? Respondieron los ministros: Nunca ha hablado un hombre como ese hombre. Replicaronles pues los fariseos: ¿Por ventura tambien vosotros habeis sido seducidos? ¿Ha creido en él alguno de los príncipes de los sacerdotes ó de los fariseos? Mas esa multitud que no cono-

los griegos prevalecieron en este último pais por los Lágidas, y en la Siria por los Seleucidas. En los Actos de los apóstoles y en las santas epístolas de estos los gentiles son llamados con muchísima frecuencia griegos, sobre todo cuando se contraponen á los judíos. En la Vulgata se lee en este lugar *gentes*, las gentes ó los gentiles.

ce la ley, está maldita. Díjoles Nicodemus, el que fue á buscar á Jesus de noche y era uno de ellos: ¿Acaso nuestra ley juzga á un hombre antes de haberle oido y sabido lo que ha hecho? Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú tambien galileo? Registra las escrituras, y ve que no ha salido ningun profeta de Galilea. Y cada cual se volvió á su casa (S. Juan VII, 40 á 53).»

Sin embargo esto era falso, porque el profeta Jonás era galileo supuesto que habia nacido en Geth-Opher (Lib. IV de los Reyes XIV, 25); y segun el testimonio de S. Gerónimo Elcesea, patria del profeta Nahum, estaba situada tambien en Galilea. (Nah. XI).

CAPITULO XX.

La mujer adúltera.

«Y Jesus se marchó al monte Olivete; y al rayar el dia fue de nuevo al templo, y todo el pueblo acudió á él y sentado los enseñaba. Trajeronle pues los escribas y fariseos una mujer sorprendida en adulterio y la pusieron en medio y le dijeron: Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio; y Moises en la ley nos mandó apedrear á los adúlteros. ¿Qué dices tú? Decian esto para tentarle y poder acusarle. Mas Jesus inclinándose escribia con el dedo en el suelo, y como persistiesen en preguntarle se levantó y les dijo: Aquel de vosotros que está sin pecado, tirele la primera piedra; y volviéndose á inclinar escribia en el suelo. Mas al oir esto se salieron uno tras de otro empezando por los mas ancianos, y se quedó solo Jesus, y la mujer puesta en medio. Levantándose Jesus y no viendo mas que á la mujer le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿No te ha condenado ninguno? Y ella

dijo: Ninguno, señor. Dijo pues Jesus: Ni yo tampoco te condenaré: vete y no vuelvas á pecar mas (1) (San Juan VIII, 1 á 11).»

Los escribas y fariseos tendieron un lazo al Señor con una astucia, de cuyo resultado no dudaban. Si Jesus hubiera dicho que aquella mujer debia ser apedreada, menoscababa los derechos del gran consejo y los de los romanos, porque tocaba al consejo decidir si la acusacion de adulterio era fundada, y se juzgaban en Judea segun la ley todos los casos concernientes á esta; pero la ejecucion de la sentencia correspondia al gobierno romano cuando se trataba de pena capital. Si Jesus absolvia á la mujer, le acusaban como infractor de la ley divina. «Ved, dice S. Próspero, discípulo y amigo de S. Agustin, ved á nuestro Sanson á quien creian tan bien atado, cómo rompe las cadenas con una sola palabra.»

Cuando dice el Señor: *Aquel de vosotros que está*

(1) Esta historia de la mujer adúltera falta en muchos manuscritos griegos antiguos, como ya lo habia notado S. Gerónimo, y los padres griegos la omitieron en sus comentarios; pero otros muchísimos manuscritos griegos antiguos hacen mencion de ella, como tambien la mayor parte de los manuscritos siriacos, árabes y coftos. Taciano que florecia por los años 160 de la era cristiana, habla en su *Armonía evangélica* de esta historia, la cual se cita en las antiguas constituciones de los apóstoles. Algunos de los mismos padres griegos que no decian una palabra de ella en sus comentarios, la citan tambien en otros escritos. En la iglesia latina y griega se mira como canónica; y el santo concilio general de Trento no nos deja duda de su autenticidad en atencion á que declaró generalmente santa y canónica toda la coleccion de nuestros sagrados libros en todas sus partes segun los hallamos en la Vulgata.

sin pecado, no quiere decir el que está exento de todo pecado, sino el que no es reo de la misma culpa de que se acusa á la mujer. Vemos en varios lugares del nuevo testamento que el pecado de impureza es llamado lisa y llanamente *pecado*, á lo que parece por pudor, y que una ramera se designa con la denominacion de *pecadora*. Aquellos astutos hipócritas comprendian muy bien lo que queria decir Jesucristo, y sintiendose íntimamente convencidos temieron que el Señor fuese á escribir su acusacion en la arena y huyeron en silencio. Mas ¿qué es lo que escribia? No lo sabemos, y por consiguiente no tenemos necesidad de saberlo. Absolvió á la mujer porque no tenia el cargo de juez temporal, y la absolvió como salvador con una recomendacion que debia atraerla al camino de la virtud, y con una mansedumbre que podia penetrar su corazon de un profundo arrepentimiento; y la multitud que rodeaba á la mujer, no podia interpretar mal aquella mansedumbre, porque la serenidad de Jesus comparada con la turbacion y fuga de los acusadores demostraba suficientemente quién era él.

CAPITULO XXI.

Otros discursos de Jesucristo.

«Jesus pues les habló de nuevo diciendo: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no camina en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Dijeronle pues los fariseos: Tú das testimonio de tí mismo: tu testimonio no es verdadero. Respondió Jesus y les dijo: Y si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y á dónde voy, mas vosotros no sabeis de dónde vengo ó á dónde voy. Vosotros juzgais segun la carne: yo no juzgo á nadie;

y si juzgo, mi juicio es verdadero porque no soy solo, sino yo y el padre que me ha enviado, y está escrito en vuestra ley que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el padre que me ha enviado da testimonio de mí. Decianle pues: ¿Dónde está tu padre? Respondió Jesus: Ni me conoceis á mí, ni á mi padre: si me conocieseis á mí, conoceriais tambien á mi padre. Dijo Jesus estas palabras en el atrio del tesoro (1) enseñando en el templo, y nadie le prendió porque aun no habia llegado su hora. Dijo despues Jesus: Yo me voy, y vosotros me buscareis y morireis en vuestro pecado. A donde yo voy no podeis venir vosotros. Decian pues los judíos: ¿Si se matará él mismo? Porque ha dicho: A donde yo voy, no podeis venir vosotros. Y les decia: Vosotros sois de abajo, y yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, y yo no soy de este mundo. Ya os he dicho que morireis en vuestros pecados, porque si no creyereis que yo soy, morireis en vuestro pecado (2).

«Dicenle pues: Tu ¿quién eres? Y Jesus les dijo: Lo que yo os digo, el principio (3). Mucho tengo que ha-

(1) Este tesoro, de que hablaré en otra parte, estaba situado en el vestíbulo de las mujeres; asi Jesus hablaba en un lugar público donde siempre habia mucha gente. El evangelista hace notar aqui esta circunstancia.

(2) *Que yo soy*, esto es, *la luz del mundo*, como ha dicho mas arriba.

(3) *Tén arkhên o ti kai laló umin* es uno de los pasajes mas difíciles del Evangelio; por lo cual se ha traducido de varias maneras. En la Vulgata leemos: *principium qui et loquor vobis*: el principio, es decir, el origen de todas las cosas, que estoy hablando con vosotros. Por verdadero y excelente que sea este sentido, el texto original le excluye absolutamente. Si S. Juan hubiese querido expresarle, hubiera puesto *é arkhé* en nominativo y no

blar y juzgar de vosotros; pero el que me ha enviado, es veraz, y yo digo al mundo las cosas que le he oido á él. Y no conocieron que hablaba de Dios su padre. Díjoles pues Jesus: Cuando elevareis al hijo del hombre, entonces conocereis que yo soy y no hago nada por mí mismo, sino que hablo estas cosas segun me enseñó mi padre; y el que me ha enviado está conmigo y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre las cosas que le agradan.

«Diciendo él esto creyeron muchos en él. Decia pues Jesus á los judíos que creyeron en él: Si perseverareis en mi palabra, sereis verdaderamente mis discípulos y conocereis la verdad, y la verdad os libertará. Respondieronle: Nosotros somos la descendencia de Abraham y nunca hemos sido siervos de nadie: ¿cómo dices: sereis libres? Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo que todo el que comete el pecado es esclavo del pecado. Mas el esclavo no permanece siempre en la casa, y el hijo permanece siempre. Asi si el hijo os libertare, verdaderamente sereis libres. Sé que sois hijos de Abraham; pero tratais de matarme porque mi palabra no entra en vosotros. Yo hablo lo que he visto

tén arkhén en acusativo. En otros se lee: Yo soy el que he dicho desde el principio que era. Esta interpretacion se acerca mas al original; pero para eso hay que admitir una singular trasposicion de palabras que no se conforma con la admirable claridad y la noble sencillez de San Juan. Lutero tradujo: Primeramente aquel, yo que os hablo. Este sentido es el mas ruin de todos y no expresa el *oti* del original. El que yo he escogido, ha sido admitido por grandes intérpretes y me parece el mas natural. El hijo de Dios pudo decir muchas cosas de sí; pero no quiso en su respuesta satisfacer la pregunta de los judíos y se contentó por entonces con remitirlos á lo que les habia dicho ya un poco antes: Yo soy la luz del mundo.

en mi padre, y vosotros haceis lo que habeis visto en vuestro padre. Respondieron ellos y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Díceles Jesus: Si sois hijos de Abraham, haced obras de Abraham; mas ahora tratais de matarme á mí, un hombre que os he hablado la verdad que he oido á Dios: Abraham no hizo esto. Vosotros haceis las obras de vuestro padre. Dijeronle pues: Nosotros no hemos nacido de la fornicacion y tenemos un padre que es Dios. Jesus les dijo: Si Dios fuera vuestro padre, me amariais ciertamente, porque yo he salido del padre y he venido. pues no he venido por mí mismo, sino que me ha enviado aquel. ¿Por qué no comprendeis mi palabra? Porque no podeis oir mi palabra. Vuestro padre es el diablo y quereis cumplir los deseos de vuestro padre: aquel era homicida desde el principio y no perseveró en la verdad, porque no hay verdad en él: cuando habla la mentira, habla lo que le es propio, porque es embustero y padre de la mentira. Mas yo si digo la verdad no me creeis. ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Si os digo la verdad ¿por qué no me creeis? El que es de Dios oye las palabras de Dios. Por eso no oís vosotros, porque no sois de Dios. Respondieron pues los judíos y le dijeron: ¿No decimos nosotros bien que tú eres samaritano y que tienes el demonio (1)? Jesus respondió: Yo no tengo el demonio, sino que honro á mi padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí. Mas yo no busco mi gloria: hay quien la busque y juzgue. En verdad os digo, si alguno guardare mi palabra no verá la muerte

(1) Bien sabian que Jesus no era samaritano, ni tomaban tampoco esta tacha en el sentido literal; pero le llamaban asi, porque como intolerantes y rencorosos proscribian con el nombre de samaritano todo lo que les parecia digno de horror.

nunca jamás. Dijeron pues los judíos: Ahora conocemos que tienes el demonio. Abraham murió y tambien los profetas, y tú dices: Si alguno guardare mi palabra, no probará la muerte nunca jamás. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham que murió? Tambien murieron los profetas. ¿Pues por quien te tienes tú? Respondió Jesus: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria no es nada: mi padre es quien me glorifica, de quien decís vosotros que es vuestro Dios y no le habeis conocido; mas yo le he conocido. Y si yo dijere que no le conozco, seré semejante á vosotros, un embustero; pero le conozco y guardo su palabra. Abraham vuestro padre saltó de contento por ver mi dia: le vió y se regocijó. Y le dijeron los judíos: Aun no tienes cincuenta años, ¿y has visto á Abraham? Díjoles Jesus: En verdad, en verdad os digo, antes que naciese Abraham, yo soy. Cogieron pues piedras para tirarselas; mas Jesus se escondió y salió del templo (y atravesando por medio del gentío se fue (1) (S. Juan VIII, 12 á 59).»

Lo que el hijo de Dios condenó con tanta energía en esta plática, no es otra cosa que el espíritu del mundo, que en todos tiempos combate el reino de Dios sobre la tierra y se rebela contra el imperio del hijo de Dios. Aun ahora dice Jesucristo al mundo: «¿Por qué no comprendeis mi palabra? Porque no podeis oir mi palabra.» Los mundanos no pueden oirla porque no quieren oirla, porque el espíritu del mundo los adormece, los ciega ó los precipita.

Cada uno de nosotros deberia meditar seriamente estas palabras del hijo de Dios. ¿Quién se atreve á decir como él en el sentido mas perfecto: El príncipe de este mundo no tiene ningun derecho sobre mí? (San

(1) Las palabras que van puestas entre paréntesis, no se hallan en muchos manuscritos ni en la Vulgata.

Juan XIV, 30). Aun cuando hubieramos roto las cadenas del mundo, no deberiamos dejar de probarnos severamente todos los dias para cerciorarnos si estamos prontos á cargar con el yugo ligero de Jesucristo siempre y en todas circunstancias, sin que nos abata la tristeza ni nos seduzca el canto melodioso de aquel antiguo enemigo de Dios y de nuestra salvacion. Si no es asi, *la verdad no nos ha libertado enteramente*. El que es el *camino*, *la verdad y la vida*, dice: Si el hijo os liberta, sereis verdaderamente libres; mas no liberta enteramente sino al que se da todo á él. ¡Con qué alteza habla aqui Jesucristo, como Jehova, como el *que es*. Asi canta David (Salmo LXXXIX, 1 y 2): «Señor, tú eres nuestro asilo de generacion en generacion. Antes de la formacion de los montes, antes de la creacion de la tierra y del mundo, de la eternidad á la eternidad tú eres el Dios fuerte.»

Del mismo modo el hijo de Dios dice aqui: Antes que Abraham naciese, yo soy.

CAPITULO XXII.

Curacion del ciego de nacimiento: perplejidad de los judios con este motivo. El buen pastor.

«Y pasando Jesus vió á un hombre ciego de nacimiento, y preguntaron al Señor sus discípulos diciendo: Maestro, ¿quién pecó, este ó sus padres, para que naciese ciego (1)? Respondió Jesus: Ni este pecó ni su padre, sino para que se manifiesten las obras de Dios en él. Conviene que yo haga las obras de aquel

(1) Ya he hablado en otra parte de la opinion extravagante de los fariseos sobre la metempsícosis, segun la cual muchas almas debian expiar en un nuevo cuerpo las culpas cometidas en la vida pasada. Algunos discípu-

que me ha enviado mientras es de dia: viene la noche en que nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Habiendo dicho esto escupió en el suelo, hizo barro de la saliva, y untó con este barro los ojos del ciego y le dijo: Ve y lavate en la piscina de Siloe (que se interpreta enviado). Fue pues y se lavó y volvió con vista.

«Mas los vecinos y los que le habian visto antes, porque era un mendigo, decian: ¿No es este el que estaba sentado y pedia limosna? Unos decian: El es. Mas otros decian: No es; pero se le parece. Y él decia: Yo soy. Decianle pues: ¿Cómo se han abierto tus ojos? Y respondió: Aquel hombre que se llama Jesus, hizo barro y untó mis ojos, y me dijo: Ve á la piscina de Siloe y lávate Y fuí, y me lavé, y veo. Dijeronle ellos: ¿Dónde está? Y dijo él: No sé Presentaron pues á los fariseos el que habia sido ciego (1). Y era un sábado cuando Jesucristo hizo el barro y abrió los ojos de aquel. Preguntábanle pues otra vez los fariseos cómo habia visto, y él les dijo: Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo. Algunos de los fariseos decian: Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado. Mas otros decian: ¿Cómo puede un pecador hacer estos prodigios? y habia division entre ellos. Dicen pues otra vez al ciego: Y tú ¿qué dices del que ha abierto tus ojos? Y respondió él: Que es profeta. Mas los ju-

los de Jesus no estaban tampoco exentos entonces de esta idea que servia tambien de fundamento á estas palabras de los judíos del gran consejo, con que reprochaban al ciego haber nacido en el pecado segun veremos bien pronto.

(1) *A los fariseos*, lo cual quiere decir aquí delante del gran consejo, porque este se componia entonces generalmente de fariseos. La expresion ***los judíos*** significa tambien el gran consejo.

díos no creyeron de él que hubiese sido ciego y recobrado la vista, hasta que llamaron á sus padres y los preguntaron diciendo: ¿Es este vuestro hijo que decís vosotros que nació ciego? Pues ¿cómo es que ve ahora? Sus padres respondieron y dijeron: Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; mas cómo es que ahora ve, ó quién ha abierto sus ojos, no lo sabemos: preguntadle á él: edad tiene, que hable por sí. Dijeron esto sus padres porque temian á los judíos, pues ya habian concertado los judíos que si alguno confesaba que aquel era el Cristo, fuese arrojado de la sinagoga. Por eso dijeron los padres Edad tiene, preguntadle á él.

«Llamaron pues segunda vez al hombre que habia sido ciego, y le dijeron: Da gloria á Dios (1): nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Y él les dijo: Si es pecador no lo sé; lo que sé es que siendo yo ciego veo ahora Dijeronle pues: ¿Qué te hizo? ¿Cómo abrió tus ojos? Y él les respondió: Ya os lo he dicho y lo habeis oido: ¿por qué quereis oirlo otra vez? ¿Por ventura quereis vosotros haceros sus discípulos? Maldijeronle ellos y dijeron: Sé tú su discípulo; que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló á Moisés; mas este no sabemos de dónde es. Respondió aquel hombre y les dijo: Pues es admirable que no sabeis vosotros de dónde es, y él ha abierto mis ojos: mas sabemos que Dios no oye á los pecadores; pero si alguno es siervo de Dios y hace su voluntad, le oye. En la vida se ha oido que nadie abrió los ojos de un ciego de nacimiento. Si este no fuera de Dios, no podria hacer nada. Respondieron ellos y le dijeron: Tú has

(1) Modo de jurar usado entre los judíos cuando indagaban la verdad, como se dice en el capítulo VII, v. 19 del libro de Josué, porque la verdad glorifica á Dios. (*N. del T. E.*)

nacido todo en el pecado, y ¿nos vienes á enseñar? Y le echaron fuera.

«Supo Jesus que le habian echado, y habiéndole encontrado le dijo: ¿Tú crees en el hijo de Dios? Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que yo crea en él? Y le dijo Jesus: Tú le has visto, y el que habla contigo, ese es. Mas él dijo: Creo, Señor; y prosternándose le adoró. Y dijo Jesus: Yo he venido á este mundo para el juicio, para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos. Y lo oyeron algunos de los fariseos que estaban con él y le dijeron: ¿Somos tambien nosotros ciegos? Díjoles Jesus: Si fuerais ciegos, no tendriais pecado; mas ahora decís: Vemos, y vuestro pecado permanece (S. Juan, cap. IX)»

Jesucristo, segun acabamos de ver, tocó otra vez el gran pensamiento de que él era la luz del mundo, y la curacion del ciego le presentaba naturalmente la ocasion de hablar de esto (1). Todos nosotros nacemos ciegos, segun el espíritu, para ser iluminados por aquel que es *la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*: luz que conduce á la salvacion á todos los que siguen fielmente la claridad del sol ó de la luna (porque la luna luce tambien con la luz del sol).

Esta luz fortifica los ojos que ilumina; pero sus rayos dejan ciegos á los orgullosos que no quieren dejarse guiar de ella. El sabio Sócrates, tan fiel á la claridad de esta luna, hizo grandes progresos en el conoci-

(1) El pensamiento de que Jesus es la luz del mundo, domina en los capítulos VIII y IX de S. Juan. Me parece que por este medio la explicacion dada en el capítulo precedente sobre el versículo 25 del VIII viene á ser mucho mas verosímil de lo que es, estando enlazada con el versículo 12.

miento de la verdad por la cual murió. Cuando los vanos sofistas de Atenas se jactaban de su aparente sabiduria, el modesto sabio decia que eran unos ignorantes como él; pero que les llevaba la ventaja de estar convencido de su ignorancia, al paso que ellos se figuraban ser sabios.

«Si vosotros fuerais ciegos, dice el hijo de Dios á los orgullosos fariseos, aquellos sofistas de Jerusalem, no tendriais pecado; pero ahora decís: Vemos, y vuestro pecado permanece.»

Conmuevanse nuestros incrédulos al leer esta historia, ya por su grande autenticidad, pues se trata de un ciego de nacimiento á quien conocian como tal los habitantes de Jerusalem, y que despues de haber recobrado la vista fue llamado delante del gran consejo, ya por el caracter indudable de verdad que lleva en sí con una simplicidad admirable y una ingenuidad bondadosa y desnuda de todo artificio. A todo esto se agrega una serie natural de pensamientos é imágenes á que es imposible llegar en una ficcion, y que como sucede tantas veces en la vida ordinaria, es interrumpida, pero no destruida por un acontecimiento inesperado que arrebata en su curso, y del cual toma nuevo pábulo para recobrar enmedio de una porcion de imágenes y expresiones enlazadas estrechamente una vida de verdad que desecha la menor duda, al modo que el viento disipa un vapor ligero.

Nuestro Salvador continúa asi:

«En verdad, en verdad os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, es un ladron y salteador; mas el que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas. A este le abre el portero, y las ovejas escuchan su voz; y él llama por su nombre á sus propias ovejas y las saca fue-

ra. Y cuando ha sacado sus propias ovejas va delante de ellas, y las ovejas le siguen porque conocen su voz; mas no siguen á un extraño, sino que huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños. Díjoles Jesus esta parábola; mas ellos no entendieron lo que les hablaba. Díjoles pues Jesus otra vez: En verdad, en verdad os digo que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido (antes de mí) son ladrones y salteadores, y las ovejas no los han escuchado. Yo soy la puerta: si alguno entrare por mí, se salvará y entrará y saldrá y hallará pastos. El ladron no viene mas que á robar, matar y destruir. Yo he venido para que aquellas tengan la vida y la tengan con mas abundancia.

«Yo soy el buen pastor: el buen pastor da la vida por sus ovejas; mas el mercenario y que no es pastor ni tiene ovejas propias, ve venir el lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebata y dispersa las ovejas. El mercenario huye porque es mercenario y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco á las mias, y las mias me conocen á mí. Asi como el padre me conoce á mí, yo conozco al padre, y doy mi vida por mis ovejas. Y yo tengo otras ovejas que no son de este redil: conviene tambien que yo las traiga, y ellas oirán mi voz, y habrá un solo redil y un solo pastor.

«Por eso me ama el padre, porque yo doy mi vida para tomarla otra vez: ninguno me la quita, sino que yo la doy de mi voluntad, y tengo potestad de darla y tengo potestad de tomarla otra vez. He recibido este precepto de mi padre. De nuevo se suscitó un altercado entre los judíos por estas palabras. Decian muchos de ellos: Tiene el demonio y está loco: ¿por qué le escuchais? Otros decian: Estas palabras no son de un endemoniado: acaso ¿puede el demonio abrir los ojos de los ciegos (S. Juan X, 1 á 21)?»

Por los ladrones y salteadores, de quienes dice Jesucristo que habian venido antes de él, puede entenderse con algunos á los fariseos, que desviaban al pueblo del camino verdadero por su mala conducta, su hipocresía y su orgullo, y con otros puede creerse que quiso hablar de aquellos seductores del pueblo, que segun se ha dicho en esta historia, se presentaron como los salvadores de la nacion, y acarrearon la ruina del estado.

Mas todos los doctores falsos que desvian de Jesucristo, son ladrones y salteadores, y mucho mas peligrosos cuando con la máscara del apostolado procuran debilitar la palabra de Dios con las falsas interpretaciones de su sabiduría monstruosa, cuando só color de combatir la supersticion se arman de pies á cabeza á favor de la irreligion, y cuando negando las potestades del otro mundo porque no han podido descubrirlas, atribuyen á la razon mal ilustrada bastante fuerza para desarraigar la corrupcion del corazon del hombre y levantarnos en alas hasta el cielo. Son unos insensatos que no quieren reconocer que la mayor supersticion es la que con peligro del alma inmortal atribuye á las fuerzas naturales lo que solo es posible á Dios. Del discurso de Jesus, citado en este capítulo y pronunciado durante la fiesta de los *Tabernáculos*, pasa inmediatamente el evangelista S. Juan á lo que dijo el Señor unos tres meses despues, cuando se celebraba la *dedicacion* del templo. El orden de los sucesos nos lleva ahora al evangelio de S. Lucas.

CAPITULO XXIII.

Curacion de diez leprosos. Ultima venida de Jesucristo.

«Y sucedió que yendo Jesus á Jerusalem atravesaba la Samaria y Galilea; y al entrar en un lugar le salie-

ron al encuentro diez leprosos, que se detuvieron á bastante distancia y levantaron la voz diciendo: Jesus, maestro, compadécete de nosotros. Luego que los vió dijo: Id y presentaos á los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban quedaron limpios de la lepra. Uno de ellos, viendo que habia quedado limpio, volvió glorificando á Dios en alta voz, y se postró con el rostro en tierra á los pies de Jesus dándole gracias, y este era samaritano. Mas Jesus dijo: ¿No se han curado los diez? Pues ¿dónde estan los otros nueve? ¿No se ha hallado uno que volviese y diese gloria á Dios sino este extrangero? Y le dijo: Levántate y vete, porque tu fé te ha salvado.

«Preguntado por los fariseos: ¿cuándo viene el reino de Dios? Les respondió: El reino de Dios no viene con ostentacion, ni dirán: está aquí, ni está allí, porque ved que el reino de Dios está dentro de vosotros. Y dijo á sus discípulos: Vendrá el tiempo en que deseeis ver un dia al hijo del hombre y no le vereis, y os dirán: Está aquí ó está allí. No vayais ni le sigais, porque asi como el relámpago que brilla desde una parte del cielo hasta la otra, ilumina lo que está debajo del cielo, asi aparecerá el hijo del hombre en su dia. Mas antes es preciso que este padezca mucho y sea reprobado por esta generacion. Y como sucedió en los dias de Noé, asi sucederá en los dias del hijo del hombre. Comian y bebian, se casaban y celebraban bodas hasta el dia en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y perdió á todos. De la misma manera que sucedió en los dias de Loth: comian y bebian, compraban y vendian, plantaban y edificaban; mas el dia en que salió Loth do Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los perdió á todos. Asi sucederá el dia en que sea revelado el hijo del hombre. En aquella hora el que estuviere en el tejado y tuviere su ajuar en casa, no baje á cojerle, y

el que estuviere en el campo, no vuelva tampoco atrás. Acordaos de la mujer de Loth. Todo el que procurare salvar su vida la perderá, y el que la perdiere la vivificará. Yo os digo: en aquella noche estarán dos en una cama, y uno será tomado y el otro quedará: estarán juntas dos mujeres en el molino: la una será tomada y la otra quedará (estarán dos en un campo, y será tomado el uno y el otro quedará (1)).

«Respondiéronle: ¿Dónde, Señor? Y él les dijo: Donde quiera que estuviere el cuerpo, allí se reunirán tambien las águilas (S. Lucas XVII 11 á 37).»

CAPITULO XXIV.

Perseverancia en la oracion: juez injusto.

«Mas les decia esta parábola para manifestar que conviene siempre orar y no desmayar. Habia en una ciudad un juez que no temia á Dios ni respetaba á los hombres. Y habia en aquella ciudad una viuda, y acudia á él diciendo: Hazme justicia contra mi enemigo. Y él no quiso en mucho tiempo; mas al cabo dijo para sí: Aunque no temo á Dios, ni respeto á los hombres; sin embargo porque esta viuda me importuna, haré justicia, no sea que al fin venga y me llene de

(1) Las palabras que van entre paréntesis, faltan en muchos manuscritos griegos; pero se hallan en las traducciones mas antiguas. Algunos autores creen que del capítulo XXIV, v. 40 de S. Mateo se trasladaron á este de S. Lucas. Por lo demas por muy parecida que sea toda esta profecía á la que trae S. Mateo, no ha de confundirse una con otra, porque Jesus hizo esta cuando iba á Jerusalem á celebrar la fiesta de la dedicacion del templo, y pronunció la otra en dicha ciudad poco antes de su muerte.

improperios. Y dijo el Señor: Oid lo que dice este juez de iniquidad; ¿y no hará Dios justicia á sus escogidos que claman á él dia y noche, y tendrá paciencia con ellos? Yo os digo que pronto les hará justicia. Sin embargo ¿creeis que cuando venga el hijo del hombre halle fé en la tierra? (S. Lucas XVIII, 1 á 8).»

De estas últimas palabras infirieron los donatistas, herejes del siglo IV, que la fé se extinguirá enteramente antes de la venida de Jesucristo; pero es un error manifiesto, como podria probarse facilmente con muchos pasajes de la Escritura. S. Agustin juzga que nuestro Salvador habla aqui de aquella fé poderosa que traslada las montañas; pero ¿no querria mas bien decir que en los últimos tiempos cuando se *haya resfriado la caridad de muchos porque haya abundado la iniquidad* segun frase de S. Mateo (cap. XXIV, v. 12), será corto el número de los creyentes en comparacion del de los incrédulos? En este mismo sentido dice San Juan de la primera venida de nuestro Señor: «Vino á los suyos propios; mas los suyos no le recibieron; pero á cuantos le recibieron &c.»

El evangelista prosigue en estos términos: «Dijo tambien esta parábola para algunos que confiaban en sí mismos como justos y despreciaban á los demas. Dos hombres subieron al templo á orar: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo de pie oraba entre sí de este modo: Dios mio, yo os doy gracias porque no soy como los demas hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano: ayuno dos veces á la semana, y doy el diezmo de todo lo que poseo. Y el publicano manteniéndose á larga distancia no se atrevia ni aun á levantar los ojos al cielo, y se daba golpes de pecho diciendo: Dios mio, sé propicio conmigo pecador. Os digo que este volvió justificado á su casa y

no el otro (1); porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado (S. Lucas XVIII, 9 á 14).»

Un judío que hubiese visto á aquellos dos hombres de pie en el templo, hubiera considerado sin duda como un justo y un santo al fariseo con la vestidura de ancha orla y ceñida la cabeza de la cinta prescrita, al paso que hubiera mirado con desprecio y repugnancia al publicano; y si hubiese encontrado á los diez leprosos, no hubiera dejado de condenar al samaritano. Asi juzgan los hombres; pero Dios juzga de otro modo y se abate para revelarnos la razon de su juicio: todo el que se ensalza será humillado, y todo el que se humilla será ensalzado.

CAPITULO XXV.

Fiesta de la dedicacion. Ovejas de Jesucristo.

«Y se celebró la dedicacion en Jerusalem, y era invierno. Y Jesus se paseaba en el templo por el pórtico de Sa-

(1) Justificado y no el otro, *dedikaioménos-ê gar ekeinos*, es decir, mas que el otro. (la omision del *mallon* no es desusada). Diferentes manuscritos traen como la Vulgata *par'ekeinon*, que expresa lo mismo. Parece que S. Gerónimo habia tenido á la vista un manuscrito en que decia: *par' ekeinon*, de él, *descendit in domum suam ab ilo*; lo cual puede dar un sentido falso. El verdadero modo de leer este pasaje es como si se dijera: el pobre Lázaro fue al fin *mejor* tratado que el rico avariento; porque la palabra *mejor* se emplea mas bien para denotar la oposicion con el *mal* que no se expresa, que para establecer una comparacion con el *bien*. Estas expresiones mitigadas tienen una fuerza que les es propia cuando es imposible la equivocacion.

lomon. Rodearonle pues los judíos y le dijeron: ¿Hasta cuándo tienes suspenso nuestro ánimo? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente. Jesus les respondió: Os hablo y no creeis: las obras que yo hago en nombre de mi padre, dan testimonio de mí; pero vosotros no creeis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y me siguen, y yo les doy la vida eterna, y no perecerán nunca jamás y nadie las arrebatará de mi mano. Mi padre que me las dió, es mayor que todos (1), y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi padre. Yo y mi padre somos uno.

«Cogieron pues los judíos piedras para apedrearle, y Jesus les dijo: Muchas obras buenas os he manifestado en nombre de mi padre: ¿por cuál de ellas me apedreais? Respondieronle los judíos: No te apedreamos por una obra buena, sino por tu blasfemia, y porque siendo hombre te haces Dios. Jesus les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije: Sois dioses? (2).

(1) Este texto se halla tambien en el original griego: *Pater mou, os dedóke moi, meizón pantón estin*. Del mismo modo leyeron los padres griegos, y las traducciones siriacas y árabes expresan el mismo sentido (Grocio y Calmet). Parece que S. Gerónimo leyó en su manuscrito griego: *O. p. m. o dedóke moi meizon pantón estin*, porque traduce: *Pater meus, quod dedit mihi, majus omnibus est*: lo que mi padre me ha dado, es mayor que todo. Por este don entienden algunos la iglesia que el Padre habia dado al Hijo, y otros ven la naturaleza divina de que el Padre habia hecho participante al Hijo por la generacion eterna. Mas á mi parecer la conexion con lo que sigue y la concordancia de los manuscritos griegos no dejan duda ninguna sobre la autenticidad del pasaje: «Mi padre que me las ha dado, es mayor que todos: «Este sentido es natural, noble y adecuado.

(2) Nuestro Salvador alude al salmo LXXXI que empieza asi: Dios se sentó en la junta de los dioses, y sentado enmedio juzga á los dioses. Y mas adelante dice el mismo salmo: Yo dije: Sois dioses é hijos todos del Excelso; mas vosotros morireis como hombres y caereis como uno de los príncipes. Los judíos llamaban frecuentemente todos los libros santos del antiguo testamento *la ley*.

Si llamó dioses á aquellos á quienes se dirigió la palabra de Dios y no puede faltar la escritura, ¿por qué decís vosotros que blasfemo yo á quien santificó el Padre y envió al mundo, porque he dicho: Yo soy hijo de Dios? Si no hago las obras de mi padre, no me creais; mas si las hago, ya que no quereis creer en mí, creed en las obras para que conozcais y creais que el Padre está en mí y yo en el Padre. Trataban pues de prenderle; mas él se escapó de sus manos y se fue otra vez del lado allá del Jordan, al sitio donde bautizaba Juan al principio, y allí permaneció. Y muchos acudieron á él y decian: Juan no hizo ciertamente ningun milagro; mas todo lo que dijo Juan de este, era verdad. Y muchos creyeron en él (S. Juan X, 22 á 42).»

La fiesta de que aqui se trata se instituyó cuando Judas Macabeo mandó reedificar y dedicar el templo que Antioco habia destruido, saqueado y profanado. Celebrabase en el mes de *casleu* ó *cisleu* (los Setenta dicen *chaseleu*) que corresponde á nuestro mes de diciembre, y duraba ocho dias cada año. Mas los judíos habitantes en el pais no tenian obligacion de ir á Jerusalem á celebrar esta fiesta. El pórtico de Salomon se llamó asi para perpetuar la memoria del fundador del primer templo: alli se paseaba Jesus y enseñaba segun costumbre de la antigüedad. La célebre secta de los filósofos estoicos se llamó asi de la palabra *stoa*, pórtico porque Zenon tenia su escuela bajo un pórtico de la

célebre Stoa-Noekilea en Atenas. Por una costumbre parecida se llamaban los filósofos de Aristóteles peripatéticos, es decir, paseantes, porque su maestro daba lecciones en Atenas paseandose. En Roma se enseña todavía el pórtico bajo el cual enseñaba S. Agustin siendo joven la retórica.

Deplorando la ceguedad de los judíos que cogieron piedras para tirarselas al hijo de Dios, porque decia: Yo y mi padre somos uno, debemos confesar (para valerme de una expresion de que hoy se abusa tanto) que eran mas consecuentes que muchos filósofos modernos y muchos predicadores de las sectas religiosas que se han separado de la iglesia católica. Aquellos no creian en Jesus, y por consiguiente debia pasar á sus ojos por un blasfemo cuando decia: Yo y mi padre somos uno. Estos tampoco creen en él como hijo de Dios aunque se llama asi, y si le dan este nombre unen ideas diametralmente opuestas á las que él mismo nos da de sí; y con todo alaban su sabiduría, veracidad y modestia. Aquellos podian ver claro mejor que estos, porque siempre tenian á su disposicion un *sí* ó un *no*: estos se extravían y pierden de un modo lamentable, salen de un laberinto para entrar en otro, y caen de contradiccion en contradiccion con la verdad y consigo mismos.

CAPITULO XXVI.

Párvulos presentados á Jesucristo.

«Entonces le presentaron unos párvulos para que les impusiera las manos y orara por ellos; mas sus discípulos los reprendian, y viendolo Jesus lo llevó á mal y les dijo: Dejad que los párvulos vengan á mí, y no se lo estorbeis, porque de estos tales es el reino de

los cielos. En verdad os digo, cualquiera que no recibiere el reino de Dios como un párvulo, no entrará en él; y abrazandolos é imponiendoles las manos los bendecia (S. Mateo XIX, 13 á 15, S. Marcos X, 13 á 16 y S. Lucas XVIII, 15 á 17).»

Dejad que los párvulos vengan á mí y no se lo estorbeis: esto decia el hijo de Dios. ¡Y descuidaremos nosotros llevarle los niños desde su mas tierna edad, esos niños á quienes recibió ya en el bautismo y en quienes habita el espíritu de Dios! El salvaje americano hace desde muy temprano resonar el cántico feroz de la guerra á los oidos de su hijo: los niños de Esparta se habituaban á la docilidad y á las privaciones desde la tierna infancia y se endurecian con el ejercicio, porque debian ser un dia ciudadanos y guerreros: las primeras palabras que tartamudeaban, eran consagradas á la patria. Sin embargo todo debia venir alli de fuera, y el objeto era limitado por la breve duracion del tiempo presente. Aqui el objeto es la eternidad, y la gracia que obra en silencio, pero con eficacia, en un corazon todavía puro, corresponde á la instruccion exterior. La religion es cosa del corazon y del amor. El niño es capaz de amar, y el amor á aquel que nos amó el primero, al único que puede llenar nuestro corazon, al único que merece todo nuestro amor, constituye la vida de los bienaventurados en el cielo, la vida de la vida eterna.

CAPITULO XXVII.

El jóven llamado á la perfeccion: ventaja de abandonarlo todo por Jesucristo. Parábola de los obreros de la viña. Resurreccion de Lázaro.

«Y acercándose á él un hombre distinguido le preguntaba hincado de rodillas: Maestro bueno, ¿qué

haré yo para adquirir la vida eterna? Jesus le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino Dios solo. Tú sabes los mandamientos: no cometas adulterio, no mates, no hurtes, no levantes falsos testimonios, no hagas fraude, honra á tu padre y á tu madre. Mas el joven respondiendo le dijo: Maestro, yo he observado todo esto desde mi juventud. Jesus mirándole le amó y le dijo: Una cosa te falta; ve, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sigueme. Contristado el joven con estas palabras se fue triste, porque tenia muchas haciendas. Y mirando Jesus al rededor dijo: En verdad os digo que dificilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Y los discípulos se asombraron de estas palabras. Mas Jesus continuando les dijo: Hijos mios, ¡cuán dificil es que entren en el reino de Dios los que confian en las riquezas! Mas facil es que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de Dios (1). Sus discípulos se admiraban mas diciendo entre sí: Pues ¿quién puede salvarse? Y mirándolos Jesus dijo: Para los hombres es imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios (S. Mateo XIX, 16 á 26, S. Marcos X, 17 á 27 y S. Lucas XVIII, 18 á 27).

«Entonces dijo Pedro: Hé aqui que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido: ¿qué tendremos pues nosotros? Y Jesus les dijo: En verdad os digo que vosotros que me habeis seguido, cuando al tiempo de la regeneracion se sentare el hijo del hombre en el trono de su magestad, os sentareis tambien vosotros sobre doce tronos, juzgando las doce tribus de Israel; y nadie que deje su casa, ó sus hermanos, ó sus hermanas, ó su padre, ó su madre, ó sus hijos, ó sus heredades por mí y por el Evangelio, dejará de recibir el céntuplo aun en este siglo, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y heredades enmedio de las persecuciones y la vida eterna en el siglo futuro. Mas muchos de los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros (S. Mateo XIX, 27 á 30, S. Marcos X, 28 á 39 y S. Lucas XVIII, 28 á 30).»

¿Por qué rechazaba el hijo de Dios la calificacion de *maestro bueno*? El joven le miraba seguramente como un profeta; pero no como Dios. Pronto le hubiera adorado como su Dios y Señor si hubiera accedido á sus deseos. Entonces nuestro Salvador quiso hacerle conocer que en el sentido mas verdadero de la palabra solo Dios es bueno (1). Esto puede probarse tambien filosóficamente, y lo enseñó Sócrates, quien decia: Las cosas buenas no son buenas en sí mismas, sino solamente por la participacion de la bondad y de lo que es bueno en sí mismo, por sí mismo y dentro de sí mismo. Asi, segun él, las cosas bellas únicamente lo eran por la parte que tenian de la belleza original &c.

S. Juan oia clamar asi á los escogidos cuando can-

(1) Aunque segun buenos testimonios la voz *kamilos* significase una maroma, es natural entenderla segun el uso proverbial en el sentido de un camello, mucho mas estando escrito *kamelos* y no *kamilos*. Asi dice nuestro Señor de los fariseos en otro lugar que desechan los mosquitos y se tragan los camellos (S. Mat. XXIII, 24). Tambien en Buxtorf hay un proverbio caldeo que habla de pasar un elefante por el ojo de una aguja para dar idea de una dificultad grande y casi imposible.

(1) En la lengua tudesca y en las que se derivan de ella, la calificacion de Dios se funda á lo que parece en esta gran idea. Dios se llama en inglés *God*, y en danés y en sueco *Gud*: *Gud* se traduce en inglés por *Good*, y en danés y en sueco por *God*.

taban el cántico del cordero: Tú solo eres santo (Apocalipsis XV, 4); y todos los dias en nuestros altares sube el grito de adoracion en el *Gloria* de la santa misa, como un eco del cántico de la nueva Jerusalem hácia el cordero de Dios: Tú solo santo.

Los ángeles, los justos perfectos y aun los hijos de Dios, expuestos en este mundo á mil peligros, son llamados muchas veces santos en la Escritura; pero no lo son en sí mismos, porque no lo son para sí mismos: lo son solamente por la participacion de la santidad original. A decir verdad solo Dios en tres personas es grande, bueno, hermoso y santo, porque en toda la fuerza de la palabra él solo *es*: todas las criaturas no tienen ser sino por él y en él. Por tanto nuestra confianza y nuestro amor no deben terminar en una criatura cualquiera, ó á lo menos no deben descansar en ella, de manera que sea para nosotros otra cosa que un medio. Este reposo de confianza y de amor es adoracion, y nuestro corazon no puede ni debe descansar mas que en Dios.

No se diga que los apóstoles habian dejado poco, porque no tenian nada. S. Agustin dice con grande exactitud: «El que abandona lo que posee y lo que desea tener, ese abandona el mundo entero.» ¿Y qué son para un hombre honrado todos los tesoros del mundo en comparacion de una esposa y de unos hijos queridos? Pues muchos de los apóstoles dejaron mujeres é hijos por seguir á Jesucristo.

Ninguna alma cristiana negará sin duda que los apóstoles fueron compensados ya en este mundo con el céntuplo por haber seguido á su divino maestro. Los que en nuestros dias sintiéndose llamados dejan el mundo por consagrarse enteramente al servicio de Dios y no pensar, segun expresion de S. Pablo, mas que en el cuidado de las cosas del Señor y en el modo de agradarle, y los que, como dice el mismo apostol,

tienen mujeres como si no las tuvieran, lloran como si no lloraran, se alegran como si no se alegraran, compran como si no poseyeran, y usan de las cosas de este mundo como si no las usaran, porque la figura de este mundo pasa (I ad Cor. VII, 29 á 31); es decir, los que por los vínculos personales mas suaves y estrechos se empeñan mas para la eternidad que para la vida temporal, y usan de los dones de Dios sin aficionar su corazon á ellos, los que renuncian con gusto á todo lo perecedero, porque estan realmente dispuestos á renunciarlo con toda su alma; esos, digo, hallan ya en la paz interior en la tierra cien veces mas que el mundo puede darles. Tambien reciben como hijos bienes terrenos de la mano de su padre; pero los disfrutan como peregrinos y sin arraigarse en ellos; de donde proviene que siempre estan preparados para la eternidad; pero su amor puro y sincero, con el que ven en el esposo ó esposa el compañero de la vida eterna y nada mas, en los hijos los coherederos del cielo, y en todo lo que puede dar la tierra, la sombra de la mano del que debe un dia embriagarlos de delicias; ese amor tierno y puro les ofrece ya en este mundo infinitas mas ventajas poniéndolos á cubierto del tumulto de las pasiones, de las inquietudes del egoismo, de las esperanzas frustradas y de la espada suspendida de un cabello sobre cada placer mundano, de las quisquillas del amor propio ofendido y de la muerte llena de horror aun bajo la máscara de la vida, que acecha incesantemente á los hijos del mundo, mientras que se empeñan ansiosos en apurar hasta las heces la copa de los deleites, cuyos bordes tocan aun con sus labios ya trémulos.

Pero ademas de esta compensacion céntupla el Dios de la gloria prometió una bendicion particular á sus apóstoles, que debian juzgar un dia á las doce tribus de Israel, porque lo habian dejado todo por se-

guirle. Les prometió persecuciones. ¡Qué promesa tan extraña! se dirá tal vez. Cuando hallamos entre los hombres una misma declaracion repetida en ocasiones análogas, podemos decir que es formal. Asi sucede con la de Jesucristo, como debemos inferirlo de las palabras que dijo á Ananías hablando del gran apostol de los gentiles, del vaso de eleccion: «Yo le manifestaré cuanto tiene que padecer por mi nombre (Actos de los apóstoles IX, 15 y 16).» Estas promesas se cumplieron abundantemente, asi respecto de los doce apóstoles que siguieron á nuestro Señor en su peregrinacion, como respecto de S. Pablo. Su vida estaba sembrada de innumerables miserias; ¿y qué recogieron en este mundo por sus vigilias, por su hambre y por su sed, sino prisiones, maltratamientos, desprecios, el martirio y al fin una muerte violenta y á veces afrentosa? Mas ya disfrutaban en esta vida de las bendiciones de aquellas promesas, porque no solo estaban gozosos ellos, sino que de la plenitud de su alegría sacaban con que animar á sus discípulos y á su rebaño. Hé aqui lo que escribió la cabeza del apostolado en el tiempo de las persecuciones (Epístola I de S. Pedro IV, 13):» Regocijaos de tener parte en los padecimientos de Cristo, para que os regocijeis tambien gozosos en la manifestacion de su gloria.»

S. Pablo dice en el mismo sentido (Ad romanos VIII, 17): «Si nosotros somos hijos, tambien somos herederos; herederos, digo, de Dios y coherederos de Jesucristo, con tal que *padezcamos con él* para que seamos glorificados con él.» Vemos que S. Pablo habla aqui de padecimientos que son una condicion, no solamente del apostolado ó de la corona del martirio, sino tambien de nuestra cualidad de hijos de Dios y del derecho de herencia á la gloria de su hijo, á la cual hemos sido llamados todos.

¿Y no usa el hijo de Dios el mismo lenguaje cuando exhorta á sus discípulos á sufrir la afliccion, los ultrajes, la difamacion y la persecucion, y cuando dice: Si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese á sí mismo, tome su cruz todos los dias y sígame? Esta abnegacion de sí mismo, que consiste en renunciar á su propia voluntad para sacrificarla á Dios, y esta cruz de todos los dias son padecimientos violentos de la naturaleza que se hacen á la verdad mas llevaderos por el amor; pero Jesucristo por amor impone nuevos dolores al amor mismo para purificarle como se purifica el oro en un crisol.

Nuestro Salvador continúa asi: «El reino de los cielos es semejante á un hombre padre de familia, que salió al amanecer el dia á ajustar obreros para su viña. Y habiendo hecho el ajuste con los obreros en un denario cada dia, los envió á su viña. Y como á la hora de tercia salió y vió á otros que estaban de mas en la plaza y les dijo: Id vosotros tambien á mi viña y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Salió otra otra vez al rededor de la hora de sexta y de nona é hizo lo mismo (1). Salió al rededor de la hora undécima y halló otros parados y les dijo: ¿Por qué estais aqui de mas todo el dia? Respondenle: Porque nadie nos ha ajustado. Y les dice él: Id tambien vosotros á mi viña. Llegada la tarde dice el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los obreros y pagales el jornal empezando por los últimos hasta los primeros. Y habiendo llegado los que habian ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno. Llegaron tambien los primeros y juzgaron que recibirian mas; pero recibieron tambien un denario cada

(1) Las ciudades en Israel eran agrícolas; por lo cual los jornaleros que buscaban trabajo, se juntaban en la plaza pública para que los viese el que necesitara ajustarlos.

uno, y al tomarle murmuraban contra el padre de familia diciendo: Estos últimos han trabajado una hora, y los has igualado con nosotros que hemos llevado el peso del dia y del calor. Mas él respondiendo á uno de ellos dijo: Amigo, yo no te hago agravio: ¿no te ajustaste conmigo en un denario? Toma lo tuyo y vete; mas yo quiero dar á este último lo mismo que á tí. ¿O no me es lícito hacer lo que quiero? ¿O tu ojo es malo porque yo soy bueno? Así los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos, porque muchos son los llamados; pero pocos los escogidos (S. Mat. XX, 1 á 16).»

Algunos autores, y Calvino entre ellos, han querido inferir de esta parábola que todas las recompensas son iguales en el cielo: por este medio rebajaban el precio de las buenas obras, y caian en una contradiccion evidente con muchos pasajes de la Escritura. Mas hallaron pocos partidarios á favor de una opinion que concede una gloria igual á la de Abraham, Moisés, san Juan Bautista, los apóstoles &c. á todo hombre á quien la misericordia de Dios libra aun á la hora de la muerte, *como á un tizon del fuego*, segun la expresion del profeta Zacarías.

En opinion de grandes intérpretes nuestro divino Salvador hizo alusion á la vocacion inmediata de los judíos y á la mas tardía de los gentiles, y á la envidia que debian sentir los primeros cuando fuesen los apóstoles despues de la muerte del Señor á anunciar el Evangelio á los últimos. Tal vez entendia Jesucristo por los que fueron ajustados á la hora undécima, la última cosecha de los pueblos que está aun por venir, despues de la cual adorarán á Jesucristo los judíos en otro tiempo los primeros, y entonces los últimos, segun la prediccion que hizo á los romanos el apostol de las gentes que era israelita: «No quiero, hermanos mios, dejaros ignorar este misterio (para que no seais sabios

á vuestros propios ojos): una parte de los judíos está en la obcecacion (1) hasta que entre en la iglesia la plenitud de las naciones. Y despues se salvará todo Israel segun está escrito: Saldrá de Sion un libertador que desterrará la impiedad de Jacob.»

CAPITULO XXVIII.

Resurreccion de Lázaro. Perplejidad de los judíos. Prediccion de Caifás.

«Y habia un hombre enfermo, llamado Lázaro, de Bethania, del pueblo de Maria y de Marta su hermana. (Y Maria era la que ungió al Señor con perfumes y enjugó sus pies con los cabellos, y su hermano Lázaro estaba enfermo). Enviaron pues sus hermanas hácia Jesus diciendo: Señor, el que amas está enfermo. Y oyéndolo Jesus les dijo: Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el hijo de Dios por ella. Y Jesus amaba á Marta, á su hermana María y á Lázaro. Mas cuando supo que este estaba enfermo permaneció todavía dos dias en el mismo lugar, y despues dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á Judea. Dicenle los discípulos: Maestro, ahora te buscaban los judíos para apedrearte, ¿y otra vez vas allá? Jesus respondió: ¿No tiene doce horas el dia? Si alguno anduviere de dia, no tropieza porque ve la luz de este mundo; mas si anduviere de noche, tropieza porque no tiene luz (S. Juan XI, 1 á 10).»

Segun la opinion de algunos comentadores Jesus compara con el dia el tiempo que debia pasar en la tierra conforme á los decretos de su padre. En este tiempo no podia perder la vida hasta que llegase la hora de las tinieblas, en la cual debia la tierra perderle á él que

(1) *Obcecacion.* La palabra *pórósis* puede significar obcecacion, dureza y obstinacion.

era la *luz del mundo*; pero me parece que estas palabras *no tiene luz*, ó *la luz no está en él* (traduciendo literalmente la frase de la Vulgata: *Lux non est in eo*) no autorizan aquella explicacion, y creo que Jesus queria enseñar á sus discípulos que *el que anda en la luz*, es decir, el que anda delante de Dios y trabaja en los negocios de su vocacion (principalmente la mas santa y sublime de todas que es la de procurar la gloria de Dios y el bien de las almas) debe estar gozoso y consolado y no temer ningun peligro. Todo el que no anda en la luz, tropieza aun cuando no lo eche de ver; al paso que el justo no tiene nada que temer, ni en cuanto al alma, ni en cuanto al cuerpo, con tal que ande en la luz. Si llega á morir, irá á descansar en los brazos de su padre celestial, y vivirá aunque haya muerto, segun lo dice Jesus á Marta en este mismo capítulo.

«Esto habló y despues les dijo: Lázaro, nuestro amigo, duerme; pero voy para despertarle de su sueño.»

¡*Nuestro amigo*! ¡qué expresion tan afectuosa! El *nuestro* en cuanto á los discípulos, el *amigo* en cuanto á Lázaro.

«Dijéronle pues sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Jesus habia hablado de su muerte; pero ellos creian que hablaba del sueño. Entonces les dijo claramente Jesus: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí para que creais; pero vamos á buscarle. Dijo pues Tomás llamado Didimo á sus condiscípulos: Vayamos tambien nosotros para que muramos con él. Llegó Jesus y halló que aquel estaba ya en el sepulcro hacia cuatro dias (y distaba Bethania de Jerusalem unos quince estadios) (1). Muchos de los ju-

(1) Es decir, media legua larga ó tres cuartos de hora escasos de distancia.

díos habian ido á consolar á Marta y María por la muerte de su hermano. En cuanto supo Marta que iba Jesus, le salió á recibir; pero María se quedó quieta en su casa. Dijo pues Marta á Jesus: Señor, si tú hubieses estado aqui, no hubiera muerto mi hermano; pero aun ahora sé que todo lo que le pidieres á Dios, te lo dará Dios. Dícele Jesus: Tu hermano resucitará. Y Marta le dice: Sé que resucitará en la resurreccion del último dia. Díjole Jesus: Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en mí, aun cuando hubiere muerto vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá nunca jamás. ¿Crees esto? Y ella le dijo: Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo. Y habiendo dicho esto se fue y llamó á su hermana María en secreto diciendo: El maestro está ahí y te llama. En cuanto ella lo oyó, se levantó prontamente y fue á buscarle, porque aun no habia llegado Jesus al pueblo, sino que estaba en el sitio donde le habia encontrado Marta. Los judíos pues que estaban con ella en su casa y la consolaban, viendo que María se levantó de pronto y salió, la siguieron diciendo: Va al sepulcro para llorar. Cuando María llegó á donde estaba Jesus, viéndole se echó á sus pies y le dijo: Señor, si tú hubieses estado aqui, no hubiera muerto mi hermano. Jesus como la vió llorando, y á los judíos que habian ido con ella llorando tambien, se conmovió interiormente y se turbó y dijo: ¿Dónde le habeis puesto? Respondieronle: Señor, ven y ve. Y lloró Jesus. Dijeron pues los judíos: Ved cómo le amaba. Mas algunos de ellos dijeron: Este que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no podia hacer que no muriese Lázaro? Jesus pues conmoviéndose otra vez interiormente llegó al sepulcro: era este una cueva y estaba cubierta con una piedra: Jesus dijo: Levantad la piedra. Mas Marta, la hermana del que habia muerto,

le dice: Señor, ya corrompe porque tiene cuatro dias. Díjole Jesus: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Levantaron pues la piedra, y Jesus levantando los ojos al cielo dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Bien sabia yo que tú me escuchas siempre; pero por el pueblo que me rodea, he dicho que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho esto gritó en alta voz: Lázaro, sal fuera. Y al punto salió el que habia muerto, atados los pies y las manos y cubierto su rostro con un sudario. Jesus les dijo: Desatadle y dejadle andar.

«Muchos de los judíos que habian ido á casa de María y Marta y visto lo que habia hecho Jesus, creyeron en él; mas otros fueron á buscar á los fariseos y les dijeron lo que habia hecho Jesus. Congregáronse pues los pontífices y fariseos, y decian: ¿Qué hacemos? porque este hombre obra muchos prodigios. Si le dejamos asi, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y tomarán nuestra ciudad y nuestra nacion. Mas uno de ellos llamado Caifás, que era el pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no sabeis nada ni considerais que os conviene que muera un hombre por el pueblo y no perezca toda la nacion. Mas no salió esto de él, sino que siendo pontífice en aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nacion, y no solo por la nacion, sino para congregar en uno á los hijos de Dios que estaban dispersos. Desde aquel dia pensaron en matarle. Mas Jesus no se presentaba ya en público entre los judíos, sino que se fue á una comarca junto al desierto, a una ciudad llamada Efrem (1), y alli habitaba con sus discípulos. Y estaba próxima la Pascua de los judíos, y subieron muchos de aquella comarca á Jerusalem antes

(1) Efrem ó Efraim, lugar ó ciudad corta que distaba unas ocho leguas de Jerusalem.

de la Pascua para santificarse. Buscaban pues á Jesus y decian entre sí en el templo: ¿Qué pensais de que no ha venido á celebrar la fiesta? Mas los pontífices y fariseos habian dado orden de que si alguno sabia dónde estaba, lo declarara para prenderle (S. Juan XI, 11 á 56).»

Caifás era un hombre malo; pero era el sumo sacerdote, y dió un consejo de muerte sin saber que sus palabras encerraban una profecía, y una profecía que anunciaba á Jesus de Nazaret como el Mesías prometido al mundo.

El templo era todavía santo, por indignos que fuesen los ministros del santuario. Los sacrificios figurativos eran todavía valederos mientras no fuese inmolado el cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Aquellas palabras de Caifás fueron sin duda la última inspiracion profética de la antigua alianza. El velo misterioso cubria aun el santo de los santos; pero pronto debia rasgarse como una señal de que el pontífice eterno habia entrado una vez para siempre en aquel sagrado recinto.

Este acontecimiento no deja ninguna duda al lector que reflexiona sinceramente, y cuyo corazon no está prevenido contra la doctrina de Jesus. Bethania, donde se obró este milagro, no distaba tres cuartos de hora del camino de Jerusalem. Allí enferma Lázaro, y sus hermanas se lo participan á Jesus. Este permanece todavía dos dias en el lugar donde recibe la noticia, y luego dice á sus discípulos que su amigo habia muerto y que iba á resucitarle, y pasando el Jordan se dirige á Bethania. Aqui ve á muchos judíos, es decir, judíos distinguidos que habian ido á consolar á las hermanas del difunto. Cuatro dias hacia que Lázaro estaba en el sepulcro formado de una cueva cortada en la peña y cubierta de una piedra. A presencia de las hermanas, de los amigos y del pueblo reunido el Salvador llama

al muerto del sepulcro. El gran consejo de Jerusalem se reune, y Caifás discurre un arbitrio muy natural en su caracter, y profetiza sin saberlo como sumo sacerdote. Jesucristo se retira por breve tiempo; pero pronto le veremos volver para celebrar la última Pascua. Seis dias antes de la fiesta come en Bethania en casa de un hombre llamado Simon, y Lázaro come con él. Gran multitud del pueblo va de Bethania á verle á él y á Lázaro, y al dia siguiente cuando marchó á Jerusalem, salió á recibirle un gran gentío tendiendo palmas por el camino, y saludándole como rey de Israel. Mas él entró montado en un asno segun lo habia anunciado el profeta Zacarías (cap. IX, v. 9) quinientos y cincuenta años antes. ¡Qué concordancia de hechos en que no cabe ilusion, y en que los testimonios son tan importantes como numerosos (1)!

CAPITULO XXIX.

Tercera prediccion de la muerte de Jesucristo. Peticion de los hijos de Zebedeo.

«Y subiendo Jesus á Jerusalem iba delante de ellos y estaban atónitos y le seguian con temor. Y Jesus llamando otra vez aparte á los doce comenzó á decirles lo que habia de sucederle. Ved que vamos á Jerusalem, y el hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas y á los ancianos, y le condenarán á muerte y le entregarán á los gentiles, y le escarnecerán y le escupirán y le azotarán y le matarán y resucitará al tercer dia. Y ellos no comprendieron nada de esto, y esta palabra estaba ocul-

(1) Léase lo que escribió Duguet sobre esto en su excelente *Tratado de los principios de la fé cristiana.*

ta para ellos y no entendian lo que les decia (S. Mateo XX, 17 á 19, S. Marcos X, 32 á 34, y S. Lucas XVIII, 31 á 34).

«Entonces se acercó á él la madre de los hijos de Zebedeo con estos adorándole y diciendo: Maestro, queremos que nos hagas todo lo que pidieremos. Y él les dijo: ¿Qué quereis que os haga? Y dijeron: Concédenos que nos sentemos en tu gloria, uno á tu derecha y otro á tu izquierda. Mas Jesus les dijo: No sabeis lo que pedís: ¿podeis beber el caliz que yo bebo, ó ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y le dijeron ellos: Podemos. Mas Jesus les dijo: Pues bebereis el caliz que yo bebo, y sereis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado; mas el sentaros á mi derecha ó á mi izquierda no me toca á mí concederoslo á vosotros, sino á aquellos para quienes está preparado por mi padre. Y oyéndolo los otros diez empezaron á indignarse contra Santiago y Juan. Mas llamándolos Jesus les dijo: Vosotros sabeis que los que son considerados como príncipes en las naciones, las dominan, y los que son mas grandes, ejercen potestad sobre ellos. Mas no es asi entre vosotros, sino que cualquiera que quisiere hacerse mas grande, será vuestro siervo, y cualquiera que quisiere ser el primero entre vosotros, será el siervo de todos; porque el hijo del hombre no ha venido para ser servido sino para servir, y dar su vida en redencion por muchos (S. Mateo XX, 20 á 28, y S. Marcos X, 35 á 45).»

CAPITULO XXX.

Curacion del ciego de Jericó.

«Y sucedió que acercándose á Jericó estaba sentado un ciego á orillas del camino y pedia limosna; y

oyendo la multitud que pasaba, preguntó qué era aquello. Dijeronle pues que pasaba Jesus Nazareno, y él gritó diciendo: Jesus, hijo de David, apiadate de mí. Y los que iban delante le reprendian para que callase; pero él gritaba mucho mas: Hijo de David, apiadate de mí. Jesus deteniéndose mandó que se le trajeran; y cuando se hubo acercado le preguntó: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que vea. Y le dijo Jesus: Ve: tu fé te ha salvado. Y al instante vió, y le seguia glorificando á Dios; y todo el pueblo que lo vió alabó á Dios (S. Lucas XVIII, 35 á 43).»

CAPITULO XXXI.

Satisfaccion de Zaqueo. Parábola de las diez minas de plata.

«Y habiendo entrado Jesus en Jericó se paseaba por la ciudad, y hé aqui que se presenta un hombre llamado Zaqueo que era gefe de los publicanos y rico tambien, y procuraba ver á Jesus para conocerle y no podia á causa del gentío porque era bajo de estatura. Y adelantándose corrió para subirse á un sicomoro para verle, porque habia de pasar por allí. Y llegando Jesus á aquel paraje levantó los ojos al árbol, y le vió y le dijo: Zaqueo, bajate á prisa, porque es preciso que hoy me aposente yo en tu casa. Y se bajó á prisa y le recibió gozoso. Y todos los que lo vieron murmuraban diciendo que habia ido á parar á casa de un pecador. Mas Zaqueo presentándose al Señor le dijo: Señor, yo doy la mitad de mis bienes á los pobres, y si he defraudado á alguien, restituyo cuatro tantos mas. Díjole Jesus: Esta casa ha recibido hoy la salud, porque este tambien es hijo de Abraham; pues el hijo del hombre ha venido á buscar y salvar lo que se habia perdido.

«Como ellos estaban atentos, añadió esta parábola porque estaba cerca de Jerusalem y juzgaban que se manifestaria pronto el reino de Dios. Dijo pues: Un hombre noble marchó á una region remota á tomar posesion de un reino y volver. Y habiendo llamado á diez de sus siervos les dió diez minas (1) y les dijo: Negociadlas mientras vuelvo. Mas los ciudadanos de aquel pais le aborrecian y enviaron una legacion en busca de él diciendo: No queremos que este reine sobre nosotros. Y sucedió que volvió despues de tomar posesion del reino y mandó llamar á los siervos á quienes habia dado el dinero, para saber cuanto habia granjeado cada uno. Llegó pues el primero y dijo: Señor, tu mina ha ganado otras diez. Y le dijo su amo: Animo, siervo bueno, porque has sido fiel en lo poco tendrás potestad sobre diez ciudades. Vino otro y dijo: Señor, la mina ha dado otras cinco. Y á este le dijo: Tú manda cinco ciudades. Llegó otro diciendo: Señor, aqui está tu mina que he tenido guardada en un sudario, porque te temia á tí sabiendo que eres hombre avaro, que tomas lo que no has puesto, y siegas lo que no has sembrado. Dícele el amo: Por tu boca te juzgo, siervo malo: si sabias que yo soy hombre avaro que tomo lo que no he puesto y siego lo que no he sembrado, ¿por qué no diste mi dinero á negociar para que cuando yo viniese le cobrase con usuras? Y dijo á los que estaban presen-

(1) La mina, porque asi está escrito en el original, era un peso y una moneda de plata: se componia de diez dracmas. Habia muchas especies de dracmas y minas. Aqui se habla verosimilmente de la mina ática que valia unas veces ciento treinta y otras doscientos diez reales poco mas ó menos de nuestra moneda, porque la dracma ática tuvo diferentes valores en diferentes épocas.

tes: Quitadle la mina y dadsela al que tiene diez. Y le dijeron: Señor, ya tiene diez minas. Pues yo os digo que á todo el que tiene se le dará y manará en la abundancia; mas al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene (1). Pero traed acá aquellos enemigos mios que no quisieron que yo reinase sobre ellos, y matadlos delante de mí. Y dicho esto caminaba delante de ellos á Jerusalem (S. Lucas XIX, 1 á 28).

«Y al salir de Jericó le siguió un gran gentío, y hé aqui que dos ciegos que estaban sentados á orilla del camino, oyeron que pasaba Jesus y gritaron diciendo: Señor, hijo de David, compadecete de nosotros. Mas la gente los reprendia para que callasen; pero ellos gritaban mas diciendo: Señor, hijo de David, compadecete de nosotros. Uno de ellos era Bartimeo, hijo de Timeo. Y se detuvo Jesus y los llamó y dijo: ¿Qué quereis que os haga? Dícenle: Señor, que se abran nuestros ojos. Y compadecido Jesus de ellos dijo: Vuestra fé os ha salvado; y les tocó los ojos, y al instante vieron y le siguieron (S. Mateo XX, 29 á 34 y S. Marcos X, 46 á 52).»

CAPITULO XXXII.

María derrama perfumes sobre la cabeza de Jesucristo. Judas lo murmura.

«Jesus pues llegó seis dias antes de la Pascua á Bethania donde habia muerto Lázaro á quien resucitó el Señor; y estaba en la casa de Simon el leproso (2) donde le dispusieron de cenar. Marta servia, y Lázaro era uno de los que estaban á la mesa con él. Pero María tomó una libra de nardo puro y precioso, y ungió los pies de Jesus y los enjugó con sus cabellos, y toda la casa se llenó del olor del perfume (1). Y algunos de sus discípulos se indignaron y decian entre si: ¿A qué viene este desperdicio? Y Judas Iscariotes, uno de ellos, que habia de entregarle, dijo: ¿Por qué no se ha vendido este perfume en trescientos denarios (2), y se ha dado á los pobres? Dijo esto no porque le importaban nada los pobres, sino porque era ladron, y teniendo la bolsa llevaba el dinero que echaban. Mas Jesus dijo: Dejadla que ha hecho una buena obra conmigo, porque siempre teneis pobres entre vosotros, y cuando querais podeis hacerles bien; pero á mí no me tendreis siempre. Ella ha hecho lo que ha estado en su mano: se ha anticipado á ungir mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo que donde quiera que se predicare

(1) En otra ocasion dijo Jesucristo: «Ved pues cómo ois, porque al que tiene se le dará, y á todo el que no tiene se le quitará aun aquello que juzga que tiene (San Lucas VIII, 18).»

(2) El *leproso*, es decir, que lo habia sido y conservó siempre este nombre aun despues de su curacion. Entre los romanos muchos cognomentos ó apellidos tuvieron su origen en algun defecto natural y se hicieron hereditarios por el uso, v. g. Estrabon, Varo, Peto, Verrucoso y otros.

(1) Al vaso le llaman *alabastron* los griegos. Tambien se dió este nombre á unos frasquitos de cristal ó de vidrio, que á veces estaban cerrados por arriba para conservar mejor el perfume, y cuando queria usarse este se rompia el gollete del frasquito. El adjetivo griego del ungüento, *pistikê*, puede significar *natural* y tambien *potable*, es decir, líquido, segun se derive de *pistis*, la fidelidad, ó de *pió*, yo bebo.

(2) Trescientos denarios valen segun el padre Calmet 150 libras tornesas; mas como en aquel tiempo valia el denario cinco dracmas, Judas estimó el precio del nardo en unos 620 rs.

este Evangelio en todo el mundo, se contará lo que ha hecho esta en memoria suya (S. Mateo XXVI, 6 á 13, S. Marcos XIV, 3 á 9 y S. Juan XII, 1 á 8).»

S. Mateo y S. Marcos contemporáneos escribieron esta profecía hecha por Jesucristo en honor de la piadosa mujer. S. Mateo, uno de los apóstoles, y presente cuando la hizo el Señor, la escribió antes de transcurrir ocho años, y nosotros la vemos cumplida al cabo de mil ochocientos; porque la memoria de Maria de Bethania, aquella mujer amante que sentada á los pies de Jesus eligiendo la mejor parte y atendiendo á la sola cosa necesaria derramó perfumes sobre el cuerpo del hijo de Dios, es recordada aun con veneracion en toda la cristiandad por todos los que llevan en su corazon la vida del alma y el amor á nuestro divino Salvador.

«Luego que supieron muchos judíos que estaba allí, fueron no solo por Jesus, sino por ver á Lázaro á quien habia resucitado aquel de entre los muertos. Mas los príncipes de los sacerdotes pensaron en matar tambien á Lázaro, porque por él desertaban muchos de los judíos y creian en Jesus (S. Juan XII, 9 á 11).»

LIBRO QUINTO.

DESDE LA ENTRADA DE JESUCRISTO EN JERUSALEM HASTA SU MUERTE.

CAPITULO I.

Entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem: envidia de los fariseos: llora el Señor sobre aquella ciudad.

«Y acercándose á Jerusalem y habiendo llegado á Bethfage cerca del monte Olivete, entonces envió Jesus dos discípulos y les dijo: Id al lugar que está enfrente de vosotros, y al punto hallareis una pollina atada y su hijo con ella: Desatadla y traedmela; y si alguno os dijere algo, decid que el Señor los necesita, y al instante los dejará. Y fueron y encontraron el pollino atado fuera delante de una puerta en una encrucijada, y le desataron. Y algunos de los que estaban allí les decian: ¿Por qué desatais el asno? Mas ellos dijeron: Porque el Señor le necesita; y se le dejaron llevar. Y le llevaron á Jesus, y echando encima sus vestiduras montó Jesus en él. Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que habia dicho el profeta: Decid á la hija de Sion: Hé aqui que viene tu rey á tí lleno de mansedumbre, sentado en una pollina, cuyo hijo no ha llevado aun el yugo. Al principio no entendieron esto sus discípulos; pero cuando Jesus fue glorificado, entonces se acordaron que se habian escrito estas cosas de él, y que ellos las habian cumplido. Una gran multitud de gente que habia concurrido á la fiesta, sabiendo que iba Jesus á Jerusalem, cogieron palmas y salieron á re-

cibirle gritando: Hosanna, bendito sea el que viene en el nombre del Señor, rey de Israel. Muchos del pueblo tendieron sus vestiduras en el camino, y otros cortaban ramas de los árboles y las echaban en el camino. Y la gente que estaba con él cuando llamó á Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio. Por eso salió á recibirle el pueblo, porque habian oido que habia hecho este milagro. Y la multitud que iba delante y la que le seguia gritaba diciendo: Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor: bendito el reinado de nuestro padre David que viene á nosotros. Hosanna en las alturas. Y la multitud de los discípulos (1) comenzaron á regocijarse y alabar á Dios en alta voz por todos los prodigios que habian visto diciendo: Bendito sea el rey que viene en el nombre del Señor: paz en el cielo y gloria en las alturas. Y algunos de los fariseos que estaban entre el gentío, le dijeron: Maestro, dí á tus discípulos que callen. Y él les respondió: Yo os digo que si estos callaren, clamarán las piedras (2).

(1) *La multitud de sus discípulos.* Ya cuando envió Jesus los setenta los escogió entre sus discípulos que sin duda alguna eran entonces muchísimos.

(2) Hosanna ú Hosianna es una aclamacion de los hebreos. O amado, alcanzad la salud; ó de otro modo: O amado, dad la salud. El uso de llevar palmas y otras ramas verdes de árboles, sobre todo de limoneros, estaba prescrito para la celebracion de la fiesta de los tabernáculos (Levítico XVIII, 40). Con todo esta se celebraba en Otoño, y la de Pascua que estaba entonces próxima, en la primavera; pero como todas las fiestas de los judíos segun la observacion tan exacta como fundada de Grocio se referian al Mesias, aunque se hubiesen instituido para perpetuar la memoria de los grandes acontecimientos, del mismo modo que aun hoy expresan siempre durante la celebracion de la fiesta de los tabernáculos el deseo de que lleguen dias tan felices bajo la dominacion del Mesias; era muy natural que llevasen palmas en aquella ocasion en que saludaban á nuestro Salvador como el Mesias (Hugo Grot., Annot. in nov. Test. ad Matth., XXI, 9). Ya en otro lugar de esta obra he hablado del antiquísimo uso que del Oriente pasó á los griegos y romanos, de echar ramas de árboles, flores, alfombras y vestiduras en el camino por donde habia de pasar aquel á quien se queria honrar. Aun se conservan en la actualidad vestigios de este uso en nuestras procesiones solemnes.

«Dijeron pues los fariseos entre sí: Ya veis que no adelantamos nada: hé ahí que todo el mundo va en pos de él. (S. Mateo XXI, 1 á 9, S. Marcos XI, 1 á 10, S. Lucas XIX, 29 á 40 y S. Juan XII, 12 á 19).

«Y cuando estuvo cerca de Jerusalem al ver esta ciudad lloró sobre ella diciendo: ¡Si tú supieras aun en este dia lo que importa para tu paz! mas ahora todo está oculto á tus ojos: porque vendrán dias sobre tí, y tus enemigos te rodearán de trincheras, y te cercarán, y te estrecharán por todas partes, y te postrarán en tierra á ti y á tus hijos que están en tu seno, y no dejarán en tí piedra sobre piedra porque no has conocido el tiempo de tu visita (S. Lucas XIX, 41 á 44).

«Y habiendo entrado en Jerusalem se conmovió toda la ciudad diciendo: ¿ Quién es este? Mas los pueblos decian: Este es Jesus, profeta de Nazareth de Galilea.

«Jesus entró en el templo y echaba á todos los que vendian y compraban en el templo, y derribó las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendian palomas, y les dijo: Escrito está: mi casa se llamará casa de oracion; mas vosotros la habeis hecho cueva de

ladrones. Y se acercaron á él los ciegos y los cojos en el templo, y los sanó. Mas viendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que habia hecho, y los muchachos que gritaban en el templo y decian: Hosanna al hijo de David; se indignaron y le dijeron: ¿Oyes lo que dicen estos? Y Jesus les dijo: Sí. ¿No habeis oido nunca: Sacaste alabanza perfecta de la boca de los niños y de los que maman? (S. Mateo XXI, 10 á 16).»

CAPITULO II.

Turbacion de Jesus al pensar en los tormentos de su pasion.

«Y habia algunos griegos (1) entre los que habian subido á adorar en el dia de la fiesta. Acercáronse pues á Felipe que era de Betsaida en Galilea, y le suplicaban diciendo: Señor, queremos ver á Jesus. Fue pues Felipe y se lo dijo á Andres, y Andres y Felipe se lo dijeron á Jesus. Mas Jesus les respondió diciendo: Ha llegado la hora en que sea glorificado el hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo que si no muriere el grano de trigo cuando

(1) ¿Eran paganos ó prosélitos de los judíos, ya del pórtico, ya de la justicia? ¿O eran israelitas de nacion y de religion que vivian en paises donde estaban admitidos la lengua y los usos griegos? El nombre de *griegos* puede tener estas diversas significaciones. S. Gerónimo traduce *gentiles*, que quiere decir gentiles ó paganos. La conexion que hay entre esta narracion y lo que sigue, prueba tambien á mi parecer que eran paganos: á estos se les permitia la entrada en un vestíbulo particular del templo, que se llamaba el vestíbulo de los paganos. Ademas ya hemos visto ejemplares de paganos que fueron á adorar al templo de Jerusalem, y que llevaron ó enviaron presentes y hasta ofrendas.

cae en tierra, se queda solo; pero si muriere, produce mucho fruto (S. Juan XII, 20 á 24).»

Esta expresion es riquísima. Jesus debió morir para rescatar con su muerte á todos los que creyesen en él. ¡Qué frutos produjo su muerte! Nosotros debemos morir de muerte natural para participar de la salvacion que nos adquirió; pero á esta muerte natural debe preceder la de nuestros afectos corrompidos, que suelen designarse como la vida natural con una palabra que propiamente significa el alma (*psyché*); y Jesus usa de esta misma voz cuando continúa en los términos siguientes:

«El que ama su vida (ó su alma, *psychên*), la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la guarda para la vida eterna.»

El que logra combatir con la gracia de Dios sus afectos corrompidos y vencer el apego á las cosas perecederas, ganará la vida eterna. Solo la voluntad firme alcanza esta gracia y por ella esta victoria, que puede conseguirse tambien en los ultimos instantes de la vida; pero que pocos deben esperar, y menos aun los que dilatan temerariamente hasta la última hora la resolucion de abandonar el pecado.

Nuestro adorable Salvador prosigue asi:

«Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estoy, allí tambien estará mi siervo. Si alguno me sirviere, le honrará mi padre. Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué diré? Padre, líbrame de aquella hora (1). Pero por eso he venido á este mundo.»

Cuando Jesus decia esto, tenia un vivo presentimiento de los tormentos que le esperaban, y sobre to-

(1) Grocio dice que deben leerse tambien estas últimas palabras en forma interrogatoria: «¿y qué diré? ¿Padre, librame de esta *hora*? Pero etc.»

do de los del alma, de que no eran mas que una pálida imagen todos sus dolores exteriores. Con la naturaleza humana tomó nuestra flaqueza: «Porque el pontífice que tenemos, dice S. Pablo, no es tal que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que fue tentado como nosotros en todas las cosas sin pecado (Epístola á los hebreos IV, 15).» Y asi como «se hizo pobre por nosotros siendo rico, para que nosotros fuesemos ricos por su pobreza,» como dice el mismo apostol (Epist. II á los corintios, VIII, 9); del mismo modo se hizo débil para que nosotros fuesemos fuertes por su debilidad. Por eso se estremecia á la vista de todos los tormentos que iba á padecer. Queria tambien saber lo que sienten los hombres cuando enmedio de los dolores que los oprimen, como una inundacion de agua, claman á Dios: «Un abismo llama á otro abismo al estruendo de tus cataratas: todos tus diluvios y tus olas pasaron sobre mí (Salmo XLI, v. 7.)»

Muy superficial habria sido el estudio de la vida del hombre Dios, si no se echara de ver que todos sus pensamientos, sensaciones, acciones y palabras producian fruto para la salvacion de los hombres. Al primer síntoma de turbacion que le acometió, sin detenerse en sus padecimientos, pensó en nosotros y nos enseñó á imitarle. Despues que la imagen lugubre de los tormentos que le esperaban le arrancó este gemido: «Padre, líbrame de esta hora,» y añadió inmediatamente: «Pero por eso he venido á este mundo;» rogó á Dios que le enviara los tormentos de la reconciliacion porque continuó asi: «Padre, glorifica tu nombre,» y bajó una voz del cielo: «Le he glorificado y le glorificaré otra vez.»

El nombre de Dios habia sido glorificado ya por el nacimiento milagroso del Hijo, por los ángeles que le habian anunciado, por muchos prodigios, por la trans-

figuracion en el Tabor y por las voces que habian bajado del cielo; pero aquel nombre glorioso iba á ser glorificado de un modo todavía mas esplendente por la muerte del Hijo, por el obscurecimiento del sol, por la conmocion de la tierra hasta lo mas hondo de sus entrañas, por la abertura de los peñascos y de los sepulcros, por la aparicion de muchos muertos, por la resurreccion y ascension de Jesus glorificado, por la venida del Espíritu Santo sobre sus apóstoles y por la institucion y propagacion admirable de su iglesia en toda la superficie de la tierra.

«La multitud que estaba allí y lo habia oido, decia que era un trueno. Otros decian: Le ha hablado un angel.»

Los que decian esto eran probablemente algunos prosélitos judíos que habian ido de paises extraños y no sabian el hebreo.

«Jesus respondió y dijo: Esta voz no ha bajado por mí sino por vosotros. Ahora el juicio del mundo es este: ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando fuere levantado de la tierra, atraeré todas las cosas hácia mí (y esto lo decia para manifestar de qué muerte habia de morir). Respondióle el pueblo: Nosotros hemos oido en la ley que el Cristo vivirá eternamente, y ¿cómo dices tú que conviene que el hijo del hombre sea levantado? ¿Quién es el hijo del hombre? Jesus les dijo: La luz está con vosotros todavía algun tiempo. Caminad mientras teneis luz para que no os sorprendan las tinieblas, y el que anda en las tinieblas no sabe á donde va. Mientras teneis luz, creed en la luz para que seais hijos de la luz. Jesus dijo esto y se retiró, y se ocultó de ellos. Mas aunque habia hecho tantos milagros delante de ellos, no creian en él, para que se cumpliese aquel dicho del profeta Isaías: Señor, ¿quién creyó en nuestra palabra? Y ¿á

:

quién fue revelado el brazo del Señor? Por eso no podian creer, porque tambien dijo Isaias: Cegó sus ojos y endureció su corazon para que no vean con los ojos y no entiendan con el corazon, y se conviertan, y yo los cure. Esto dijo Isaias cuando vió la gloria suya, y habló de él.»

Las palabras *Por eso no podian creer &c.* no han de tomarse en el sentido de que la profecía habia sido una razon que impidiese á los judíos el creer, sino que no podian creer, porque oponian á la fé obstáculos que los desviaban de ella, segun lo habia predicho el profeta.

Ya he advertido mas de una vez, segun los mejores intérpretes, que las expresiones *cegar* y *endurecer* no quieren decir que Dios prive á los hombres del conocimiento necesario ó del libre albedrio para precipitarlos en su perdicion: lejos de nosotros esta idea.

Dícese á veces que Dios ha tentado á los hombres; pero el apostol Santiago se expresa formalmente en estos términos (Epístola católica, cap. I, vers. 13 y 14): «Nadie diga cuando es tentado que es tentado por Dios, porque Dios no es tentador para el mal, ni tienta á nadie. Mas cada uno es tentado, arrastrado y atraido de su concupiscencia.» Esto es lo que se entiende tambien por cegar y endurecer. Dios abandona á sus propias fuerzas aquel que arrebatado por sus pasiones no puede ver ni se deja iluminar. El hombre abandonado á sí mismo se precipita en las tinieblas; porque Jesucristo *es la luz del mundo*, y le oiremos decir otra vez: «Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no anda en las tinieblas, sino que tendrá la luz de vida.» El que inclina su voluntad al mal sin detenerla, es abandonado de Dios y se endurece. Asi hiela en el invierno, porque la posicion de la tierra respecto del sol debilita los rayos vivificantes de este; pero no es el sol

el que endurece la tierra y da al agua la consistencia de la piedra. Continuemos la narracion del evangelista.

«Con todo muchos aun de los principales creyeron en él; pero no le confesaban á causa de los fariseos por no ser echados de la sinagoga, porque amaron mas la gloria de los hombres que la gloria de Dios. Mas Jesus exclamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado; y el que me ve á mí, ve á aquel que me ha enviado. Yo la luz he venido al mundo para que todo aquel que cree en mí, no se quede en las tinieblas. Y si alguno oyere mis palabras y no las guardare, yo no le juzgo, porque no he venido para juzgar el mundo, sino para salvar el mundo. El que me desprecia y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado le juzgará en el último dia; porque yo no he hablado por mí, sino que el padre que me ha enviado me prescribió lo que he de decir y hablar, y yo sé que su mandamiento es la vida eterna. Asi lo que yo hablo, lo hablo segun me dijo mi padre (S. Juan XII, 25 á 50).»

No quiere decir nuestro Salvador que no juzgará al mundo, sino que ahora durante su mansion en la tierra no ha venido á juzgar, sino á salvar.

CAPITULO III.

Maldicion de la higuera. Los vendedores arrojados segunda vez del templo. Virtud de la fé y de la oracion.

«Y Jesus entró en el templo de Dios, y mirando al rededor, como ya fuese tarde, salió hácia Bethania con los doce. Y al otro dia al salir de Bethania tuvo hambre, y habiendo visto de lejos una higuera junto al camino, se acercó á ella para buscar alguna fruta

y no halló mas que hojas, porque no era el tiempo de los higos. Y Jesus dijo á la higuera: Nunca nazca fruto de tí perpetuamente. Y al punto se secó la higuera, y viéndolo sus discípulos se admiraron y dijeron: ¡Cómo se ha secado al instante (S. Mateo XXI, 17 á 19; y S. Marcos XI, 11 á 14)!»

El verdadero sentido de la palabra griega *aulizesthai* es pasar la noche al raso: es verdad que se usa tambien para decir *pasar la noche ó dormir en alguna parte*; pero los autores del nuevo testamento no la emplean en esta última acepcion, y S. Lucas dice expresamente que en aquel tiempo pasaba Jesus el dia enseñando en el templo y se marchaba de noche al monte Olivete. Bethania estaba situada cerca de este. Sin duda el Señor habia pasado la noche en el ayuno y la oracion.

En la tierra prometida lo mismo que en nuestros paises el tiempo de sazonar los higos es el fin del verano; con todo hay una especie de higuera que madura tres veces al año: asi ya podia haber higos en sazon por Pascua. Muchos santos padres han visto la imagen del pueblo judío en esta higuera; y esta explicacion me parece tanto mas natural, cuanto que nuestro Salvador habia comparado ya en el curso de este mismo año aquel pueblo con una higuera, cuyo dueño no cogiendo fruto de ella tres cosechas seguidas mandó cortarla; pero á ruego del jardinero la dejó en pie por ver si daba fruto aquel año. La sinagoga semejante á este arbol hacia pomposa ostentacion de sus hojas; pero no producia ningun fruto. Todavía se observaban los usos santos y misteriosos en aquel templo magnífico; pero no se pasaba de estos usos puramente exteriores. «Y al punto vendrá á su templo el dominador que vosotros buscais, y el angel de la alianza que quereis,» dice Malaquías, cuya profecía se cumplió, y

aquella generacion le desconoció. Estaba pues madura para el juicio.

«Y entró Jesus en el templo y arrojó á todos los que vendian y compraban en el templo, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los que vendian las palomas; y no permitia que nadie llevase ninguna vasija por el templo. Y enseñaba diciéndoles: ¿No está escrito que mi casa será llamada casa de oracion por todas las naciones? Mas vosotros la habeis hecho una cueva de ladrones. Y enseñaba todos los dias en el templo. Mas los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley y los principales del pueblo trataban de perderle y no hallaban cómo hacerlo, porque todo el pueblo estaba ansioso de oirle. Y llegada la tarde salió de la ciudad (S. Mateo XXI, 12 y 13, S. Marcos XI, 15 á 19, y S. Lucas XIX, 45 á 48).»

Nuestro Salvador habia limpiado ya el templo de Dios de todo género de traficantes en el primer año de su predicacion, segun dijimos en otro lugar.

«Y pasando por la mañana cerca de la higuera le vieron los discípulos seca hasta las raices. Y recordando Pedro dijo á Jesus: Maestro, mira cómo se ha secado la higuera que maldijiste. Y respondiendo Jesus les dijo: Tened la fé de Dios. En verdad os digo que todo el que dijere á esta montaña: Quitate y arrojate al mar, y no dudare en su corazon, sino que creyera que se ha de hacer todo lo que él diga, se hará. Por eso os digo: Todo lo que pedís orando, creed que lo recibireis y se os cumplirá. Y cuando estuviereis en oracion (1), perdonad si teneis algo contra alguno para

(1) Los judíos estaban las mas veces de pie cuando oraban, á lo menos cuando oraban en el templo: asi lo vemos en la parábola del fariseo y del publicano, que refiere S. Lucas en el cap. XVIII. Verosimilmente Ana es-

que vuestro padre, que está en los cielos, os perdone vuestros pecados. Mas si vosotros no perdonareis, tampoco os perdonará vuestros pecados vuestro padre que está en los cielos (S. Mateo XXI, 20 y 22 y S. Marcos XI, 20 á 26).»

Aquel á quien Dios concede esa fé viva que puede trasladar montañas, es guiado del espíritu de Dios, de modo que no hace ningun milagro fuera de tiempo sin la inspiracion del Espíritu Santo, cuyo auxilio le es necesario por otra parte. No solo los apóstoles, sino otros despues de ellos han resucitado muertos, que es mas que trasladar montañas; y si el número de milagros es mucho menor hoy que en un tiempo en que los necesitaba la reciente fundacion de la iglesia, sin embargo se obran de cuando en cuando en su seno algunos que testifican que aquella es la iglesia de Dios. Ademas la duracion predicha de la nacion judía que se mantiene dispersa por toda la superficie de la tierra, es un milagro perpetuo. Subsiste en pie como una higuera seca y como un monumento vivo de la justicia de Dios; pero esta higuera producirá todavía frutos, y

taba tambien de pie delante del tabernáculo, porque si hubiese estado de rodillas, con dificultad hubiera podido creer Helí que estaba ebria (Libro I de los Reyes I, 13). Del mismo modo juzgo que se habla de la oracion que se hacia públicamente en la iglesia, cuando manifiesta Tertuliano que los cristianos no oraban de rodillas los domingos ni desde Pascua hasta Pentecostes (Tertuliano *de Corona III*). Daniel oraba tres veces al dia hincado de rodillas en su casa de Babilonia: oraba y glorificaba y daba gracias á su Dios, como dice él mismo en el cap. VI de su profecía. David se postró en tierra cuando pedia por la vida de su hijo (Libro II de los Reyes XII, 16). Nuestro Señor se hincó de rodillas en Ghetsemaní, y se prosternó con el rostro pegado al suelo,

pronto refrigerará á las naciones con la frescura de su sombra y la dulzura de su fruto, como un monumento de la misericordia de Dios y de la eterna alianza que contrajo con los patriarcas.

Nuestro Salvador terminó su discurso con la gran ciencia del Evangelio que quiso imbuir diariamente en nuestros corazones por medio de la oracion que nos enseñó: «Mas si vosotros no perdonais, tampoco vuestro padre, que está en los cielos, os perdonará vuestros pecados.»

CAPITULO IV.

Pregunta sobre el bautismo de S. Juan y respuesta de Jesus. Parábola de los malos viñadores.

«Y sucedió un dia que estando enseñando al pueblo en el templo y evangelizando, acudieron los príncipes de los sacerdotes y los escribas con los ancianos del pueblo, y le hablaron así: Dínos ¿con qué potestad haces esto? ¿O quién es el que te ha dado esta potestad? Y Jesus respondiendo les dijo: Yo tambien os preguntaré una palabra, y si me la dijereis os diré yo con qué potestad hago esto. El bautismo de Juan ¿era del cielo ó de los hombres? respondedme. Mas ellos pensaban entre sí diciendo: Si decimos del cielo, dirá: Pues ¿por qué no creisteis en él? Mas si dijeremos de los hombres, todo el pueblo nos apedreará, porque están ciertos de que Juan era un profeta. Y respondiendo á Jesus dijeron: No sabemos. Y él les dijo: Tampoco os digo yo con qué potestad hago esto (S. Mateo XXI, 23 á 27, S. Marcos XI, 27 á 33 y S. Lucas XX, 1 á 8).»

«Y comenzó á decir esta parábola al pueblo. Un hombre tenia dos hijos, y llegándose al primero le dijo: Hijo mio, ve hoy á trabajar en mi viña; mas él respondió: No quiero. Pero despues arrepentido fue.

Acercándose el padre al otro hijo le dijo lo mismo; mas este respondió: Voy, señor, y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Y le dicen: El primero. Jesus añadió: En verdad os digo que los publicanos y rameras os precederán al reino de Dios, porque Juan vino á vosotros en la senda de la justicia y no le creisteis; mas los publicanos y rameras le creyeron, y vosotros viéndolo ni aun despues os arrepentisteis para creer en él (S. Mateo XXI, 28 á 32).»

«Oid otra parábola: Un hombre, padre de familia plantó una viña, y la cercó de un seto y abrió en ella un lagar, y edificó una torre, y la arrendó á unos labradores y se partió á lejas tierras. Y habiendose acercado el tiempo de los frutos envió sus siervos á los labradores para que recibiesen los frutos que le pertenecian. Y los labradores habiendo cogido á sus siervos hirieron á este, mataron á aquel y apedrearon al otro. Envió otra vez otros siervos en mas número que los primeros, é hicieron lo mismo con ellos. Por último les envió su hijo diciendo: Respetarán á mi hijo. Mas los labradores viendo al hijo dijeron entre sí: Este es el heredero, vamos á matarle, y tendremos su herencia. Y apoderándose de él le echaron fuera de la viña y le mataron. Cuando viniere el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores? Dicenle: Hará perecer miserablemente á los malos, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen los frutos á su tiempo. Diceles Jesus: ¿No habeis leido nunca en las escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban, ha venido á ser la piedra angular? El Señor ha hecho esto, y es cosa admirable á nuestros ojos. Por eso os digo que se os quitará el reino de Dios y se dará á una nacion que produzca los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra, se quebrantará; mas ella destruirá á aquel sobre quien cayere.»

La profecía que cita nuestro Salvador, se halla dos veces en el antiguo testamento. En el salmo CXVII, v. 22 y 23 se lee en estos términos: «La piedra que desecharon los que edificaban, ha venido á ser la piedra angular. El Señor ha hecho esto, y es cosa admirable á nuestros ojos.» El profeta Isaias se expresa asi (cap. XXVIII, v. 16): «Por eso dice el Señor Dios: he aqui que yo echaré en los cimientos de Sion una piedra, una piedra escogida, angular, preciosa, afirmada en el fundamento: el que creyere, no se apresure.» Los apóstoles S. Pedro y S. Pablo citan esta profecía relativa al Mesías.

Las palabras de nuestro Salvador: «El que cayere sobre esta piedra, se quebrantará; mas ella destruirá á aquel sobre quien cayere,» se explican asi: el que durante su vida no ha reconocido al Mesías en él, y se ha escandalizado en él, ha causado gran perjuicio á su alma; pero aquel que haya perseverado en la incredulidad, será destruido por esta piedra en el dia del juicio.

«Y los príncipes de los sacerdotes y los escribas trataban de prenderle en aquella misma hora, porque vieron que habia dicho aquella parábola por ellos; pero temieron las turbas porque le miraban como á un profeta, y dejándole se fueron (S. Mateo XXI, 33 á 46, S. Marcos XI, 27 y XII, 11 y 12 y S. Lucas X, 1 á 19).»

CAPITULO V.

Parábola de las bodas: vestidura nupcial.

«Y continuando Jesus les dijo tambien en parábolas: El reino de los cielos es semejante á un rey que celebró las bodas de su hijo y envió sus siervos á llamar á los convidados á las bodas, y estos no querian ir.

Otra vez envió otros siervos diciendo: Decid á los convidados: Ved que he preparado mi banquete: he mandado matar mis bueyes y otros animales cebados, y todo está dispuesto: venid á las bodas. Mas ellos no hicieron caso y se marcharon el uno á su granja y el otro á sus negocios; y los demas prendieron á los siervos, y despues de llenarlos de injurias los mataron. Habiendo llegado á noticia del rey se irritó, y enviando sus ejércitos exterminó aquellos homicidas y quemó su ciudad. Entonces dijo á sus siervos: El banquete nupcial está preparado; pero los convidados no han sido dignos: salid pues á las encrucijadas y convidad á las bodas á cuantos hallareis. Y saliendo sus siervos á los caminos juntaron á todos los que hallaron, malos y buenos, y se llenó la sala nupcial de convidados. Mas entró el rey para ver á los que estaban á la mesa, y descubrió allí un hombre que no estaba vestido con la vestidura nupcial, y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aqui sin tener la vestidura nupcial? Y él calló. Entonces dijo el rey á sus criados: Atadle de pies y manos y echadle á las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechino de dientes; porque son muchos los llamados y pocos los escogidos (S. Mateo XXII, 1 á 14).»

Segun el uso de Oriente los hombres distinguidos, y con mas razon los reyes, daban en sus banquetes vestiduras blancas á los convidados. En las santas escrituras se representan la inocencia pura y la virtud bajo el emblema de una túnica blanca. «Tus sacerdotes se vistan la justicia,» dice el profeta rey (salmo CXXXI, v. 9). El profeta Zacarías ve en una vision al sumo sacerdote Jesus, su contemporaneo, vestido de vestiduras manchadas, y el angel en pie delante de él, que le dice: Quitadle las vestiduras manchadas; y añadió: Hé aqui que te he quitado tu iniquidad, y te he puesto un vestido nuevo (ó un vestido de repuesto) (Zacarías,

cap. III, v. 1 á 5). Los antiguos orientales, lo mismo que los modernos, eran menos esclavos que nosotros de las modas siempre variables: una túnica muy blanca era el adorno mas precioso de los hombres. Si tenian mas de un vestido, *vestidos de repuesto*, era por la limpieza. Gustaban de que fueran no solo blancos, sino brillantes; por lo cual entre los romanos se les daba con mas frecuencia el epíteto de *candidus* que el de *albus*. En ellos se notaba la menor mancha y el grano mas pequeño de arena que se les pegase: era pues una vestidura enteramente limpia, sin mancilla y sin defecto, y por consiguiente una imagen patente de la inocencia y la santidad. El apostol S. Judas dice: «Aborreced la vestidura manchada de la carne,» es decir, el deleite.

De este modo viene á ser muy natural el sentido de la parábola del convidado que no tenia la túnica nupcial. Nosotros no podemos comparecer delante de Dios con nuestra propia justicia, es decir, con una justicia engañosa, asi como el convidado no pudo presentarse al rey. Es menester que se perdone nuestro pecado, y que se nos aplique la justicia de Jesucristo. Si queremos agradar al padre que quiere convidarnos al banquete nupcial, debemos haber lavado nuestro vestido en la sangre del cordero. En el Apocalipsis (cap. XIX, v. 8) se dice de la esposa del cordero: Y le fue dado vestirse de finísimo lino blanco y brillante.

Nuestra propia justicia, virtud natural, no nos hace aceptables á Dios, mucho menos cuando nos creemos ricos en virtudes como el obispo de Laodicea, sin saber que somos desgraciados, miserables, pobres, ciegos y desnudos.

El convidado, vestido de una manera indecorosa, fue arrojado á las tinieblas exteriores, es decir, fue echado fuera de la sala magníficamente alumbrada y fuera del primer patio, de modo que no podia ver el

menor resplandor de la fiesta y se encontraba en la obscuridad, porque el banquete nupcial se daba de noche.

CAPITULO VI.

Se ha de pagar el tributo al Cesar. Los saduceos confundidos.

«Entonces los fariseos retirándose tuvieron consejo para sorprenderle en sus palabras, y le enviaron sus discípulos que fingieron ser justos, con los herodianos (1) para entregarle á los magistrados y á la potestad del gobernador (romano): los cuales yendo le dicen: Maestro, sabemos que tú eres veraz y enseñas el camino de Dios y no haces caso de nadie, porque no miras á la persona de los hombres. Dínos pues lo que te parece: ¿Es lícito pagar el tributo al Cesar ó no? Mas Jesus conociendo su malicia dijo: ¿Por qué me tentais, hipócritas? Enseñadme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Díjoles Jesus: ¿Cuya es esta imagen é inscripcion? Y ellos le dicen: Del Cesar (2).

(1) Trátase de saber si los herodianos son llamados asi únicamente porque eran galileos y súbditos de Herodes, ó porque pertenecian á su partido que era muy devoto de los romanos. En el primer caso pudieron muy bien ser de la secta de Judas el Gaulonita, cuyo patriotismo fanático aceleró la ruina de la nacion. En el segundo caso querian averiguar astutamente la respuesta de Jesus para ver si era adversa á los romanos, del mismo modo que los fariseos le hubieran hecho odioso al pueblo si el Señor se hubiese declarado por el pago del tributo.

(2) Los emperadores romanos se llamaban asi por Julio Cesar y Augusto que tomó este nombre en calidad de hijo adoptivo de Cesar. Los griegos decian *kaisar*, de donde vino el *kaiser* de los alemanes.

Entonces les dice Jesus: Dad pues al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios. Y oyendole ellos se admiraron y no pudieron tachar sus palabras delante del pueblo, y dejandole se retiraron (S. Mateo XXII, 16 á 22, S. Marcos XII, 13 á 17 y S. Lucas XX, 20 á 26).»

«En aquel dia se acercaron á él los saduceos que dicen que no hay resurreccion, y le preguntaron diciendo: Maestro, Moises dijo: Si alguno muriese sin tener hijo, cásese su hermano con su mujer y dé sucesion á su hermano muerto (Deuteronomio XXV, 5). Pues habia entre nosotros siete hermanos, y el primero murió despues de casado, y no teniendo sucesion dejó su mujer á su hermano. Lo mismo sucedió al segundo, al tercero y sucesivamente hasta el séptimo. Últimamente ha muerto la mujer de todos. En el dia de la resurreccion ¿de cuál de los siete será mujer? Porque todos la poseyeron. Y respondiendo Jesus les dijo: Estais en el error no sabiendo las escrituras ni el poder de Dios. Los hijos de este siglo se casan y celebran bodas; pero los que serán dignos de aquel siglo y de la resurreccion de los muertos, ni se casarán, ni tomarán mujeres, porque ya no podrán morir, pues son iguales á los ángeles é hijos de Dios cuando sean hijos de la resurreccion. Mas acerca de que resucitan los muertos ¿no habeis leido en el libro de Moises cómo le habló Dios enmedio de la zarza diciendo: Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Pues Dios no es el Dios de los muertos sino de los vivos, porque todos viven para él. Estais pues en un grande error. Y respondiendo algunos de los fariseos le dijeron: Maestro, has dicho bien. Y el pueblo que lo oia, se admiraba de su doctrina (S. Mateo XXII, 23 á 33, S. Marcos XII, 18 á 27 y S. Lucas XX, 27 á 39).»

Entre las muchas pruebas de la inmortalidad de nuestra alma que podia sacar del antiguo testamento el hijo de Dios, escogió la mas noble y la que honraba mas nuestra especie, porque Jehová se llamaba el Dios de los muertos que han vivido en él. Los saduceos obcecados que querian sorprenderle en sus palabras, no sospechaban siquiera que el que habia hablado á Moises desde la zarza, estaba delante de ellos.

«Mas los fariseos sabiendo que habia impuesto silencio á los saduceos se congregaron, y uno de ellos que era doctor de la ley le preguntó: Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento en la ley? Y Jesus le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel, el Señor tu Dios es un solo Dios; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento. Mas el segundo se le parece: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. No hay ningun mandamiento mayor que este. En estos dos mandamientos consiste toda la ley y los profetas. Y le dijo el escriba: Maestro, tú has dicho la verdad; que hay un solo Dios y que no hay otro mas que él, y que se le ha de amar de todo corazon, con todo el entendimiento, con toda el alma y con todas las fuerzas; y que el amar al prójimo como á sí mismo es el mayor de todos los holocaustos y sacrificios. Viendo Jesus que habia respondido con sabiduría le dijo: No estás lejos del reino de Dios (S. Mateo XXII, 34 á 40 y S. Marcos XII, 28 á 34).»

«Y habiéndose congregado los fariseos los preguntó Jesus diciendo: ¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo? Dicenle: De David. Y él les dijo: Pues ¿cómo David que era inspirado, le llama Señor diciendo: Dijo el Señor á mi Señor: Sientate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos por escabelo de tus pies? Si pues

David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie podia responderle una palabra, ni se atrevió ninguno desde aquel dia á preguntarle mas. Y una gran multitud le oyó con gusto (S. Mateo XXII, 41 á 46, S. Marcos XII, 35 á 37 y S. Lucas XX, 41 á 44).»

CAPITULO VII.

Doctores y fariseos malditos. Tercera prediccion de la ruina de Jerusalem.

«Entonces habló Jesus á la multitud y á sus discípulos diciendo: Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moises. Asi guardad y haced todo lo que os dijeren; pero no obreis segun sus obras porque ellos dicen y no hacen. Atan cargas pesadas é insoportables y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero no quieren moverlas con su dedo. Hacen todas sus acciones para que las vean los hombres, por lo cual ensanchan sus filacterios y adornan sus orlas. Y gustan de los puestos preeminentes en los convites y de los primeros asientos en las sinagogas y de pasearse con largos trajes y ser saludados en las plazas públicas, y que los hombres los llamen maestros. Mas vosotros no querais ser llamados maestros, porque uno solo es vuestro maestro, y vosotros sois todos hermanos. Y no llameis á nadie vuestro padre en la tierra, porque solo uno es vuestro padre que está en los cielos, ni os llameis maestros, porque solo uno es vuestro maestro, Cristo. El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo, porque el que se ensalzare sera humillado, y el que se humillare será ensalzado. Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque cerrais el reino de los cielos á los hombres y no entrais vosotros ni dejais entrar á los que entran. ¡Ay de vosotros, escribas

y fariseos hipócritas! porque devorais las casas de las viudas haciendo largas oraciones: por eso sufrireis un juicio mas rigoroso. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipocritas! que recorreis la tierra y el mar para hacer un solo prosélito, y cuando le habeis hecho, le haceis hijo del infierno dos veces mas que vosotros. ¡Ay de vosotros guias ciegas! que decís: Cualquiera que jurare por el templo, no está obligado á nada; mas el que jurare por el oro del templo, tiene obligacion. ¡Insensatos y ciegos! pues ¿qué es mayor? ¿el oro ó el templo que santifica el oro? Y cualquiera que jurare por el altar, no está obligado á nada; mas el que jurare por el don que está sobre aquel, tiene obligacion. ¡Ciegos! pues ¿qué es mayor? el don ó el altar que santifica el don? Aquel pues que jura por el altar, jura por él y por todo lo que hay en él; y el que jura por el templo, jura por él y por el que habita en el mismo; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que está sentado en él. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que pagais el diezmo de la yerbabuena, del anis y del comino, y dejais las cosas mas importantes de la ley, el juicio, la misericordia y la fé. Preciso era hacer esto y no omitir aquello. Conductores ciegos que desechais un mosquito y os tragais un camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque limpiais lo que hay por fuera del plato y de la copa, y por dentro estais llenos de rapiña é inmundicia. Fariseo ciego, limpia primero lo interior del plato y de la copa para que quede limpio lo que está fuera. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos á los hombres, y por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda corrupcion. Asi vosotros por fuera pareceis justos á los hombres; pero por dentro estais llenos de hipocresía é iniquidad. ¡Ay de vos-

otros, escribas y fariseos hipócritas! que edificais sepulcros á los profetas y adornais los monumentos de los justos y decís: Si nosotros hubieramos vivido en los dias de nuestros padres, no hubieramos sido cómplices suyos en derramar la sangre de los profetas. Asi servís de testimonio á vosotros mismos que sois hijos de aquellos que mataron á los profetas: y vosotros llenareis la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huireis del juicio del fuego? Por eso ved que os envio profetas y sabios y doctores, y de ellos matareis á muchos, y á otros los crucificareis, y á otros los azotareis en vuestras sinagogas y los perseguireis de ciudad en ciudad para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, á quien matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo, todas estas cosas caerán sobre esta generacion. Jerusalem, Jerusalem, que matas á los profetas y apedreas á los que son enviados á tí, ¡cuántas veces quise reunir á tus hijos á la manera que reune la gallina sus pollos bajo sus alas, y no quisiste! Hé aqui que vuestra casa os quedará desierta, porque yo os digo que no me vereis ya hasta que digais: Bendito el que viene en el nombre del Señor (S. Mateo XXIII, S. Marcos XII, 30 á 40 y San Lucas XI, 39 á 52 y XX, 45 á 47).»

Jesucristo toma estas últimas expresiones de las aclamaciones de júbilo con que le habia saludado el pueblo dos ó tres dias antes, y anuncia á este que iba á dejarle para no visitarle mas con su gracia hasta el dia en que convertido Israel al Señor le reconozca por el Mesías y adore en él al hijo eterno del padre eterno. El discurso animado del hijo de Dios concluye con un pasaje á manera de trueno, con un ardiente estremecimiento y una emocion viva por la suerte reservada á

Jerusalem y por último con una ojeada hácia lo futuro y una promesa que aparece en el cielo obscurecido como el arco iris de la alianza divina. Nuestro Salvador dió á entender tambien con estas palabras que no volveria mas al templo.

Jesus hablaba en este discurso con energía, como quien tiene autoridad y no como los escribas y fariseos: hablaba como un profeta, porque estos se expresaban libremente sin atender al tiempo ni hacer acepcion de persona como que Dios hablaba por su boca. En calidad de tal llamó el Señor á los fariseos *raza de víboras* del mismo modo que diera un dia el nombre de *zorra* á Herodes (S. Lucas XIII, 32). Ya he citado en otro lugar este discurso con reflexiones que seria superfluo repetir aqui.

CAPITULO VIII.

La limosna de la viuda.

«Y estando sentado Jesus enfrente del tesoro del templo, miraba cómo la gente echaba dinero en el cepo (1), y muchos ricos echaban muchas monedas. Ha-

(1) El cepo se llamaba en hebreo *korban*. Componiase de trece cajas que tenian como los cepos de nuestras iglesias y los de los pobres una abertura por arriba. Las nueve cajas primeras estaban destinadas para las ofrendas de obligacion, y las cuatro últimas para los dones voluntarios. Se habia introducido la costumbre que todo el que iba al templo echase alguna moneda de plata en el cepo. Este estaba puesto en el vestíbulo de las mujeres, llamado asi porque no podian las mujeres pasar de allí, del mismo modo que los paganos estaban obligados á quedarse en el vestíbulo mas exterior, que se llamó el vestíbulo de los paganos ó de las naciones. Mas el vestíbulo de las muje-

biendo llegado una pobre viuda echó dos monedas pequeñísimas que componen un cuadrante, y Jesus llamando á sus discípulos les dijo: En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado mas que todos los que han echado en el cepo, porque todos han echado de lo que les sobraba; pero esta ha echado de su pobreza todo lo que tenia, todo lo que le quedaba (S. Marcos XII, 41 y 44, á S. Lucas XXI, 1 á 4).»

Despues de haber sostenido tantas discusiones con los fariseos capciosos é hipócritas, y despues del enérgico discurso que acababa de pronunciar contra sus vicios, bien podia nuestro Salvador necesitar algun descanso segun la observacion de un autor juicioso á la par que docto (1); pero el descanso de Jesus era tambien saludable. Dios quiso que la piadosa simplicidad

res estaba ocupado durante el oficio divino por hombres y mujeres, con la diferencia que aquellos se quedaban en el piso bajo, y estas subian á unas galerías, segun se practica aun hoy en las sinagogas. Entre este vestíbulo y el patio de los sacerdotes habia otro vestíbulo estrecho llamado de Israel, porque allí se reunian unos hombres especiales que oraban y glorificaban á Dios mientras duraba el oficio en nombre de las tribus de Israel. Paréceme que se podrian comparar á nuestros canónigos (Prideaux).

El cuadrante era una moneda romana que valia la cuarta parte de un sueldo.

Los cambistas tenian tambien sus mesas en el vestíbulo de las mujeres. En general se habla de este siempre que se dice que nuestro Salvador ó sus apóstoles estaban en el templo. Allí era donde enseñaba al pueblo que acudia en tropa al tiempo de las ofrendas diarias.

(1) El padre Ligny en su Historia de la vida de Jesucristo.

de una pobre viuda viniese á consolar su corazon despues de haber luchado con los fariseos malvados y artificiosos.

El que crió los mundos, para nada ha menester de nuestros dones; pero pide nuestros corazones. Lo que puede decirse de los dones exteriores, visibles y palpables, se entiende tambien de los dones espirituales y del corazon. Muchos ofrecen á Dios grandes facultades intelectuales y ardientes sentimientos, y con todo no le dan su corazon entero: echan en el cepo invisible menos que muchas almas pobres de entendimiento y de corazon, que dan su corazon entero á aquel que solo es digno de nuestro amor.

CAPITULO IX.

Prediccion de la ruina del templo. Juicio final.

«Y al salir Jesus del templo se acercaron sus discípulos para enseñarle la estructura del templo, y uno de ellos le dijo: Maestro, mira qué piedra y qué estructura. Y Jesus respondiendo le dijo: ¿Ves todo esto? No quedará piedra sobre piedra que no se destruya. Y estando sentado en el monte Olivete enfrente del templo, le preguntaban aparte Pedro, Santiago, Juan y Andres: Dínos, ¿cuándo sucederán estas cosas? Y ¿cuál será el signo de tu venida y de la consumacion del siglo? Y respondiendo Jesus les dijo: Mirad que no os seduzca alguno, porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo, y seducirán á muchos. Y vosotros oireis hablar de guerras y voces de guerras: mirad no os turbeis, porque es preciso que esto suceda; pero aun no es el fin, porque se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá peste,

hambre, terremotos en diversos lugares, y habrá en el cielo señales y grandes prodigios. Y todas estas cosas son el principio de los dolores. Mas cuidad de vosotros mismos, porque os entregarán á los tribunales y sinagogas, sereis azotados y conducidos delante de los gobernadores y reyes por mí en testimonio para ellos. Poned pues en vuestros corazones el no premeditar cómo habeis de responder, porque yo os daré palabras y una sabiduría á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos.. Y sereis entregados por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y os condenarán á muerte á muchos de vosotros, y sereis aborrecidos de todos por mi nombre; mas no perecerá un solo cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseereis vuestras almas.

«Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y como abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos; mas el que perseverare hasta el fin, ese se salvará. Y este Evangelio del reino se predicará en todo el mundo (1) como un testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá la consumacion.

«Mas cuando viereis que Jerusalem es cercada por un ejército, sabed entonces que se ha acercado la desolacion de esta ciudad. Cuando viereis la abominacion de la desolacion en el lugar santo, que fue predicha por el profeta Daniel, el que lee entienda. Entonces los que estan en la Judea, huyan á las montañas, y los

(1) *En todo el mundo*: segun el griego (*en olê tê oikoumenê*) *en toda la habitada*, es decir, la tierra con la elipse ordinaria. Esta expresion designaba entonces las mas veces el imperio romano. Ya antes de la destruccion de Jerusalem se habia anunciado el Evangelio en las provincias romanas de Asia, Europa y Africa.

que estan en la ciudad, salgan de ella, y los que estan en los campos, no entren en ella. El que esté en el tejado, no baje para llevarse algo de su casa, y el que esté en el campo, no vuelva á tomar su túnica, porque aquellos dias son dias de venganza para que se cumpla todo lo que está escrito. ¡Ay de aquellas que esten preñadas y criando en aquellos dias, porque este pais será oprimido de males, y pesará la ira sobre este pueblo, Pedid pues que no suceda vuestra huida en invierno ó en sábado, porque entonces será grande la tribulacion como no la ha habido desde el principio del mundo, ni la habrá, y si no se abreviasen aquellos dias, no se salvaria ningun viviente; pero se abreviarán aquellos dias por los escogidos. Y caerán al filo de la espada, y serán llevados cautivos á todas las naciones, y Jerusalem será conculcada por las gentes hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.

«Entonces si os dijere alguno: Aqui ó alli está el Cristo, no creais, porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán prodigios y portentos para seducir hasta á los escogidos si puede ser. Precaveos pues vosotros: ved que ya os lo he predicho todo. Si pues os dijeren: Ved que está en el desierto; no salgais: Mirad que está en lo mas interior de la casa; no creais nada; porque asi como el relámpago que sale del oriente y aparece en el occidente, del mismo modo será la venida del hijo del hombre. Donde quiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán tambien las águilas.

«Mas inmediatamente despues de la tribulacion de aquellos dias habrá prodigios en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra la consternacion de las naciones por el estruendo confuso del mar y de las olas, consumiéndose los hombres de temor, y en la expectacion de lo que sobrevendrá á todo el mundo, porque el

sol se obscurecerá, y la luna no dará su luz, y caerán del cielo las estrellas, y se conmoverán las virtudes de los cielos; y entonces aparecerá el signo del hijo del hombre en el cielo, y entonces llorarán todas las tribus de la tierra, y verán al hijo del hombre que viene sobre las nubes del cielo con gran poder y magestad. Y enviará sus ángeles con la trompeta y un gran estruendo, y reunirán á sus escogidos por los cuatro vientos desde un extremo del cielo hasta el otro. Y cuando empezaren á suceder estas cosas, levantad las cabezas y mirad arriba, porque se acerca vuestra redencion. Oid una parábola tomada de la higuera. Cuando las ramas son tiernas y empiezan á nacer las hojas, sabeis que está cerca el verano. Asi cuando vosotros viereis todas estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios, y que el hijo del hombre está á la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generacion sin que suceda todo esto. El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán. Mas acerca de aquel dia ó aquella hora nadie lo sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre.

«Y asi como sucedió en los dias de Noé, asi sucederá cuando la venida del hijo del hombre, porque á la manera que en los dias antes del diluvio los hombres comian y bebian y se casaban y casaban á sus hijas hasta el dia en que entró Noé en el arca, y no conocieron nada hasta que vino el diluvio y los llevó á todos; del mismo modo será á la venida del hijo del hombre. Entonces estarán dos en un campo, y el uno será tomado y el otro quedará: estarán dos mujeres moliendo en el molino, y la una será tomada y la otra quedará (S Mateo, XXIV, 1 á 41, S. Marcos, XIII, 1 á 32, y S. Lucas, XXI, 5 á 33).»

Segun se ha observado ya y probado con una multitud de ejemplos, el signo característico de las pro-

fecías de la sagrada escritura consiste en que hablan muchas veces de un porvenir próximo, al mismo tiempo que de un porvenir remoto. A veces el suceso mas cercano no tiene ninguna relacion directa con el suceso mas lejano; pero el cumplimiento del primero responde del cumplimiento del último. Otras el acontecimiento sucedido primero es una figura del que debe sobrevenir despues. Asi el nacimiento del hijo de Isaías y la libertad de la tierra santa de manos de sus enemigos vinieron á ser una figura de la emancipacion de las naciones de la tierra, que Dios queria obrar un dia por su propio hijo, el hijo de la Vírgen. Asi tambien la profecía del hijo de Dios tiene por objeto dos cosas muy distintas, el juicio de Jerusalem y el juicio final: el primero no es mas que la figura del segundo. Por lo tanto el cumplimiento de las amenazas proferidas contra Jerusalem es una seguridad del cumplimiento de los últimos sucesos todavía mas terribles.

Notemos con S. Juan Crisóstomo que la sabiduría misericordiosa de nuestro Dios quiso que tres de los cuatro evangelistas, que escribieron su Evangelio mucho antes de la destruccion de Jerusalem (1), nos transmitiesen esta profecía, al paso que la omite S. Juan que escribió el suyo despues de aquel suceso, temiendo sin duda que los impíos de los tiempos posteriores le echasen en cara que habia escrito, no la prediccion de su divino maestro, sino la historia de los hechos ocurridos á su vista.

(1) Segun la opinion comun S. Mateo escribió su Evangelio treinta años antes de la ruina de Jerusalem, S. Marcos veinte y siete, y S. Lucas veinte. La destruccion de aquella ciudad ocurrió treinta y siete años despues de la profecia.

Admiremos cuán naturalmente se presentó la ocasion que dió margen á esta profecía, y que fue traida por la divina providencia. La vista del templo magnífico sorprendió de nuevo á los discípulos, y en efecto era un edificio digno de admiracion: «Maestro, mira qué piedra y qué estructura.» Estaba construido de marmol blanco, y algunas piedras tenian cuarenta y cinco codos de largo por cinco de alto y seis de ancho, como dice Josefo (*De bello judaico*): aquel edificio tan suntuoso como colosal parecia de lejos una montaña blanca, y brillaba de cerca por el marmol pulimentado y por las relumbrantes planchas de oro de que estaba adornado por todas partes, como tambien por los dentellones del mismo metal de que estaba cubierto el tejado para que no fueran á anidarse los pájaros y le mancharan. La antigüedad pagana miraba aquel templo como una de las obras mas preciosas de la magnificencia y del arte, y el judío se sobrecogia de respeto á vista de un santuario donde no habitaba á la verdad el Dios á quien no pueden coger los cielos y el cielo de los cielos segun Salomon; pero donde era adorado y donde habia glorificado su nombre con multiplicadas maravillas.

Este respeto tan fundado al templo de Dios habia dado probablemente margen á la preocupacion de que subsistiria aquel edificio hasta el fin de los tiempos; preocupacion casi general entre los judíos y de que participaron los discípulos. Por eso cuando nuestro Salvador les hubo predicho la destruccion del templo, creyendo algunos de ellos que ocurririan al mismo tiempo estos dos acontecimientos que tenian por igualmente remotos, los confundieron en esta sola pregunta: Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas, y cuál será el signo de tu venida y de la consumacion del siglo?

El espíritu de Dios habla por boca de Jesucristo y

da sus oráculos en nuestras santas escrituras. Asi nos enseña lo que nos es útil saber sin cuidarse de nuestra curiosidad. Jesucristo predijo á sus discípulos lo que debian ver todos en parte y lo que el discípulo amado debia ver por entero, para que en el tiempo de la tribulacion los guiase su sabiduría y se convirtiesen á él muchos millares de hombres por el cumplimiento de su palabra. Yo me anticiparia á hablar de sucesos posteriores que han de ocupar su lugar en esta historia, si me detuviera ahora á tratar del cumplimiento literal de la profecía de Jesucristo respecto del pueblo judío y de la ruina de Jerusalem. Este acontecimiento que se verificó de un modo visible y con todas las circunstancias predichas, ha facilitado armas á los cristianos de todos tiempos contra la incredulidad de los judíos y de los paganos; y estas armas sirven todavía para confundir la impiedad de nuestros incrédulos modernos, porque los tres evangelios que mencionan esta profecía, se leian en tres partes del mundo muchos años antes de la destruccion de Jerusalem.

Como los discípulos habian confundido los dos acontecimientos en uno solo, nuestro Salvador los confunde tambien en su respuesta. Sin embargo ha habido comentadores, y los hay aun, que aplican toda la profecía á la suerte final de la nacion judía, á la ruina de Jerusalem y al incendio del templo, asi como otros suponen que nuestro Salvador habla solamente del fin del mundo; opinion que no se concilia ni con la circunstancia que dió márgen á esta profecía, ni con la mencion formal de Jerusalem. Me parece bastante claro que nuestro Salvador pasa de los sucesos mas pequeños y próximos á otros mas grandes y remotos; pero no de modo que no haya nada que se refiera al juicio final en la primera parte de su discurso, ni nada en la última que diga relacion con la ruina de Jerusalem,

pues que al contrario se habla formalmente de ella. No debemos admirarnos de que haya en las dos partes de la prediccion algunos pasajes que pueden explicarse de dos maneras, y que efectivamente tienen dos sentidos: esto es muy natural, porque como hemos dicho, el suceso mas próximo es una figura del suceso mas remoto, aunque el estado caduco, vano y corrompido de la constitucion judía asi civil como religiosa pudiera tener gran semejanza con el estado de disolucion política y con la incredulidad impía de los últimos tiempos. Las palabras *donde quiera que estuviere el cuerpo, alli se juntarán las águilas* concluyen la primera parte de la profecía (1), é inmediatamente despues se trata de un orden de cosas mas elevado en el cual es inútil comprender el obscurecimiento del sol y de la luna, la caida de las estrellas (que pueden aludir tambien á mi parecer á la rebelion de los doctores comparados muchas veces con estrellas en la sagrada escritura), y por último la aparicion de los ángeles con las trompetas que congregarán á los justos de un cabo al otro del universo (Li-

(1) Sin ir á buscar muy lejos el sentido de este pasaje solo haré observar que es una expresion proverbial sacada al parecer del libro de Job (cap. XXXIX, v. 30), y que no hay necesidad de aplicarla á las águilas de las legiones romanas, aunque no quiero negar esta alusion ya sabida, supuesto que se concilia muy bien con el pasaje del profeta Daniel que citó Jesucristo, porque se dió culto divino á las águilas de los estandartes romanos; lo cual fue en Jerusalem una verdadera *abominacion en el lugar santo*. El *sôma* en una profecía anterior donde se emplean las mismas palabras (Lucas XVII, 37), asi como el *ptoma* usado aqui puede significar un cadaver humano y el cadaver de un animal. Esta última version parece que es aqui mas exacta en la comparacion; porque nuestro Señor ha hablado del juicio de un pueblo obcecado.

bro de los Números XXIV, 17, Daniel VIII, 10 y Apocalipsis I, 16 á 20 &c.) Mas pasando de nuevo con la comparacion de la higuera al acontecimiento mas cercano dice el Salvador que esto ocurrirá antes de acabarse la generacion que vivia cuando él hablaba. Inmediatamente despues vuelve á tratar de los últimos tiempos del género humano que se comparan á los dias anteriores al diluvio, y nuestro Salvador emplea los mismos términos que habia usado ya algunos meses antes durante la fiesta de la dedicacion del templo (San Lucas XVII, 20 á 37).

Mas ¿cuál será el signo del hijo del hombre? ¿Por qué nos hemos de apartar de la opinion de los santos padres que es recomendada tambien por la iglesia de Jesucristo cuando canta: *Hoc signum crucis erit in cœlo, cùm Dominus ad judicandum venerit*: Este signo de la cruz estará en el cielo cuando venga el Señor á juzgar? Y en efecto ¿qué signo pudiera ser mas estimable para los que aman á Dios crucificado? ¿Qué signo de mayor consuelo para los que habiendose negado á sí mismos han tomado sus cruces todos los dias y le han seguido? ¿Para quiénes pudiera ser mas temible este signo que para quienes Jesucristo habia venido á ser un *escándalo y una locura*, como dice el apostol (epistola I ad Corintios I, 23)? Qué signo mas expresivo para todos que esta cruz con que los hijos de la iglesia han señalado su frente en todo tiempo (1)?

(1) Vease lo que dice Tertuliano que vivia en el siglo II y murió por los años 216: «A cada paso que damos, cuando entramos y salimos, cuando nos calzamos y nos bañamos, cuando nos ponemos á la mesa, cuando nos sentamos y cuando comenzamos cualquiera tarea, señalamos nuestra frente con el signo de la cruz.»

CAPITULO X.

Vigilancia cristiana.

Nuestro Salvador se aprovechó de esta profecía tan grave por su asunto y tan rica en expresiones, para recomendar la vigilancia espiritual á sus discípulos y á todos nosotros.

«Cuidad pues de que vuestros corazones no se emboten en la gula y la embriaguez y los cuidados de esta vida (1), y os sorprenda de repente aquel dia, porque caerá como un lazo sobre todos los que estan sentados sobre la haz de la tierra. Asi velad en todo tiempo orando para que seais dignos de evitar todo lo que ha de suceder y presentaros delante del hijo del hombre, porque no sabeis cuándo será este tiempo (2). Sabed pues que si un padre de familia supiera la hora á que habia de venir el ladron, vigilaria seguramente y no dejaria asaltar su casa. Por lo tanto estad preparados, porque á la hora que no sabeis vendrá el hijo del hombre. ¿Quién juzgais que es el siervo fiel y prudente á quien constituyó su señor sobre su familia para que les dé el sustento á tiempo (3)? Dichoso aquel siervo á quien

(1) *Los cuidados de esta vida. Merimnai biotikai* podria significar tambien los cuidados de la ambicion y los cuidados de los mundanos.

(2) Aunque yo creo que aqui se trata de la segunda venida de Cristo, no debo ocultar que las palabras *pasa gé* pueden designar toda la Judea lo mismo que toda la tierra. Mas la irrupcion de los romanos en aquel pais no se hizo inopinadamente como si se echara un lazo.

(3) Esto se explica por el uso de la antigüedad, en virtud del cual distribuia el mayordomo cada semana cierta

hallare su señor cuando viniere obrando así. En verdad os digo que le constituirá en la administracion de todos sus bienes. Mas si aquel siervo malo dijere en su corazon: Mi señor tarda en venir; y comenzare á castigar á sus consiervos y á comer y beber con ebrios; vendrá el señor de aquel siervo en el dia que no espera y á la hora que no sabe, y le separará y le pondrá con los hipócritas: allí será el llanto y el rechino de dientes. Velad pues porque no sabeis cuándo ha de venir el dueño de la casa, si por la tarde ó á media noche, á la hora de cantar el gallo ó por la mañana, para que si viniere de repente no os halle dormidos. Y lo que os digo lo digo á todos: Velad (S. Mateo XXIV, 42 á 51. S. Marcos XIII, 33 á 37 y S. Lucas XXI, 34 á 36).»

La idea del juicio final nos asusta, y nos olvidamos de que podemos ser llamados delante del tribunal de Dios hoy ó mañana, por la tarde ó á media noche, ó á la hora de cantar el gallo ó por la mañana. He ahí la razon por que dice el Salvador á sus discípulos cuando estaba aun sobre la tierra *no para juzgar el mundo sino para salvarle*: Lo que os digo, lo digo á todos.

CAPITULO XI.

Parábola de las diez vírgenes. Parábola del siervo malo. Separacion de los buenos y los malos en el juicio final.

Nuestro Salvador continúa recomendando la vigilancia y expone la parábola siguiente:

«Entonces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes que tomando sus lámparas salieron á re-

medida de granos, harina etc. á los criados, especialmente á los que estaban establecidos en sus casas.

cibir al esposo y la esposa. Cinco de ellas eran fatuas y cinco prudentes: las cinco fatuas al tomar las lámparas no llevaron aceite consigo; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasos juntamente con las lámparas. Como el esposo tardase en venir, dormitaron todas y se durmieron. Mas á media noche se oyó un grito: Ahí viene el esposo, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y prepararon sus lámparas, y las fatuas dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite porque se apagan nuestras lámparas. Las prudentes respondieron diciendo: No sea que no nos alcance á nosotras y á vosotras, id mas bien á los que le venden y comprad para vosotras. Mas mientras fueron á comprarle vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él en la sala de bodas y se cerró la puerta. Por último vienen tambien las demas vírgenes diciendo: Señor, Señor, abrenos. Mas él respondiendo dijo: En verdad os digo no os conozco. Así velad, porque no sabeis el dia ni la hora (S. Mateo XXV, 1 á 13).»

Para entender bien esta parábola es menester conocer los usos que se practicaban en las bodas entre los orientales y particularmente entre los israelitas. Estas bodas duraban por lo regular siete dias en la casa del padre de la novia, donde se daba la bendicion nupcial entre los judíos, y donde se celebraban grandes festejos. Concluidos los siete dias de boda el novio acompañado de sus amigos buscaba la novia y la conducia acompañada de algunas doncellas á su casa. Esta ceremonia se hacia de noche; por eso se habla de lámparas en la parábola, porque las diez vírgenes son compañeras de la novia que habian salido con ella de la casa paterna para ir á recibir al esposo, y que la acompañaban á la casa de este donde se daba un gran banquete, que era el verdadero banquete nupcial. Pre-

sidiale á su nombre uno de los jóvenes que le acompañaban, é instaba á los convidados á comer y beber, y hacia las veces del dueño de la casa. Con él se compara S. Juan Bautista cuando dice estas notables palabras (Evangelio de S. Juan III, 29): «Aquel de quien es la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo que está de pie y le escucha, está lleno de gozo (ó segun la expresion enérgica de los orientales se regocija con gozo) á causa de la voz del esposo. Pues mi gozo está cumplido (1). Es preciso que él crezca y yo disminuya.» Despues del banquete los jóvenes bailaban aparte con el esposo, y las doncellas con la esposa segun el uso oriental. Antes de conducir á esta al aposento nupcial se rezaba una oracion análoga á las circunstancias. Tal vez se conocia ya entonces el uso de cantar el esposo una oracion durante el banquete, que existe actualmente entre los judíos; en cuyo caso podia muy bien S. Juan Bautista aludir á esta voz del esposo. Despues entraba la esposa en el aposento nupcial á donde la seguia el esposo, y las doncellas que la habian acompañado cantaban un epitalamio á la puerta segun algunos autores (2). El salmo XLIV que David habia compuesto particularmente para su nuera la hija del rey de Egipto, es sin duda alguna un epitalamio, en que el sublime poeta se eleva en alas de la inspiracion divina hácia el hijo de Dios, el esposo de su iglesia. Resulta de su contenido que le cantaron las doncellas no delante del aposento nupcial, sino cuando conducian á la

(1) Porque la ocupacion de un paraninfo no duraba mas que siete dias; pero el novio era ya esposo.

(2) Tal era el uso entre los griegos, como vemos por el bello epitalamio que Teócrito en su Hedilio décimo octavo pone en boca de doce doncellas lacedemonias que eran las damas de honor de Helena.

esposa en busca de Salomon que la recibió en su palacio.

Las vírgenes de la parábola representan á la iglesia en la tierra, asi como á todos los que confiesan realmente á Jesucristo; pero hacen una vida que por un lado es agradable á Dios y por otro solo lo es en apariencia. Todas llevaban lámparas y todas querian recibir al esposo, porque todas querian participar de la alegre solemnidad. De este modo desean salvarse todos los cristianos, aun los que no tienen mas que la fé histórica. Como tardaba el esposo, todas se durmieron; asi los hijos de Dios no siempre estan prevenidos. En cuanto despertaron al grito *de ahí está el esposo*, tomaron las lámparas, y entonces echaron de ver las vírgenes fatuas que no tenian aceite. Sus lámparas estaban apagadas, es decir, su fé muerta no daba ningun fruto, no era mas que una fé histórica sin amor á Dios.

Nuestro Señor contínúa asi:

«Asi como un hombre que partiendo á pais lejano llamó á sus siervos y les encomendó sus bienes, y al uno le dió cinco talentos (1), y al otro dos y al otro uno, á cada cual segun sus propias fuerzas, y al punto se marchó: fue pues el que habia recibido cinco talentos y negoció con ellos, y ganó otros cinco. Igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos. Mas el que habia recibido uno solo, fue é hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos y les pidió cuentas. Y acercándose el que habia recibido

(1) La palabra *talento* (*talanton*) significa un peso y una cantidad determinada de dinero. Habia diversos talentos en las dos especies. Comunmente con el simple nombre de talento se designaba el talento menor ático, que venia á valer unos 1450 rs. de nuestra moneda.

cinco talentos, presentó otros cinco diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste: aqui tienes otros cinco que he ganado encima. Y le dijo su señor: Ea, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor. Se acercó tambien el que habia recibido dos talentos y dijo: Señor, dos talentos me entregaste: aqui tienes otros dos que he ganado. Y le dijo su señor: Ea, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor. Mas acercandose el que habia recibido un solo talento, dijo: Señor, yo sé que eres un hombre severo, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, y temeroso fuí y escondí tu talento en tierra: aqui tienes lo tuyo. Su señor le respondió: Siervo malo y perezoso, si sabias que yo siego donde no siembro y cojo donde no esparcí, ¿no convenia que entregases mi dinero á los cambistas, y cuando yo viniera hubiera recibido lo que es mio con usura? Quitadle pues el talento y dadsele al que tiene diez talentos, porque á todo el que tiene se le dará y estará en la abundancia; mas al que no tiene, se le quitará hasta lo que parece que tiene. Y arrojad al siervo inutil á las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechino de dientes (S. Mateo XXV, 14 á 30).»

Debe uno admirarse de la semejanza que hay entre esta parábola y la que el Salvador habia dicho poco antes al pasar entre Jericó y Jerusalem cuando su último viaje; sin embargo parece que entonces aplicaba su parábola á solos los judíos, siendo asi que en esta hablaba á todos los hombres en general.

Es tan claro que por los talentos de la parábola se entienden los dones que Dios ha encomendado á cada uno de nosotros, que en las lenguas modernas se ha tomado de aquella el uso de la palabra talento; pero estos dones encierran mas que lo que nosotros llama-

mos ordinariamente con este nombre. Los talentos de la parábola abrazan todo lo que hemos recibido de Dios, todo lo que poseemos y todo lo que somos, todo lo que es innato en nosotros ó nos ha sido dado ó hemos adquirido, todos los dones exteriores ó interiores, todos los dones de la naturaleza y de la gracia, porque todos los dones deben consagrarse á Dios y contribuir á servirle y á hacernos útiles á nuestros prójimos por el amor divino. Si no empleamos conforme á la voluntad de Dios todo lo que Dios nos ha prestado, y llegamos á morir en este estado sin haber hecho penitencia; se nos aplicará á la letra la primera sentencia: se dará á los que tienen; mas á los que no tienen, es decir, á los que no han adquirido *bienes* para la eternidad con los *medios* que Dios les habia dado, y con la gracia divina que se les habia ofrecido, se les quitará hasta lo que parece que tienen, es decir, hasta los medios de que no hicieron uso en vida, ó de que abusaron, y que escondieron, por decirlo asi, en la tierra, empleándolos en fines terrenos.

Nuestro Salvador nos enseña por las palabras que se siguen inmediatamente, de qué modo debemos enriquecernos para la eternidad.

«Y cuando viniere el hijo del hombre en su magestad y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su magestad, y serán congregadas todas las naciones delante de él, y separará los unos de los otros como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á su izquierda. Entonces dirá el rey á los que esten á su derecha: Venid, benditos de mi padre: poseed el reino que os está preparado desde la creacion del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: era huesped, y me recogisteis: estaba desnudo, y me cubristeis: estaba

enfermo, y me visitasteis: estaba en la carcel, y vinisteis á mí. Entonces le responderán los justos diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, ó sediento y te dimos de beber? O ¿cuándo te vimos huesped y te recogimos, ó desnudo y te cubrimos? O ¿cuándo te vimos enfermo ó en la carcel y te visitamos? Y respondiendo el rey les dirá: En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis con uno de estos hermanos mios menores, lo hicisteis conmigo. Entonces dirá á los que esten á la izquierda: Apartaos de mí, malditos, é id al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber: era huesped, y no me recogisteis: estaba desnudo, y no me cubristeis: estaba enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces le responderán los mismos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó huesped, ó desnudo, ó enfermo, ó en la carcel, y no te socorrimos? Y él les responderá diciendo: En verdad os digo que en cuanto no lo hicisteis con uno de estos pequeños, no lo hicisteis conmigo. Y estos irán al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna (S. Mateo XXV, 31 á 46).»

Ved qué obras nos exige el hijo de Dios, y cómo las pone por condicion de nuestra salvacion eterna: quiere obras de caridad practicadas á causa de él y por él en la persona de los pobres. ¿Cómo podemos contentarnos tan fácilmente con lo poco que hacemos por ellos, y tranquilizarnos en cuanto al motivo que nos determina á ello? Somos sordos á la voz del desgraciado, y tenemos el oido abierto á la de la avaricia, la prodigalidad, la comodidad de la vida, los respetos humanos y la ambicion. ¡Cuán inclinados somos á dejarnos engañar y á engañarnos á nosotros mismos, y á apartar los ojos de las desgracias del prójimo

y de nuestros deberes! ¡Desgraciados de nosotros si la gloria del juez del mundo cuando aparezca hace levantar por primera vez nuestras miradas, y si la ilusion que tanto amabamos, se disipa solo delante de aquel cuyos ojos parecen como una llama de fuego segun dice S. Juan (Apocalipsis I, 14)! ¡Desgraciados de todos nosotros, vuelvo á decir, si la gracia no precede á la justicia! Mas nadie debe lisonjearse de tener esta gracia si no ama á Dios. «Si un hombre que tuviere los bienes de este mundo, dice el discípulo amado (Epístola I de S. Juan, III, 17 y 18), y viere á su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas; ¿cómo ha de permanecer la caridad de Dios en él? Hijitos mios, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y en verdad.»

«Y estaba enseñando en el templo por el dia, y por la noche salia y se retiraba al monte llamado Olivete. Y todo el pueblo madrugaba para ir á oirle en el templo (S. Lucas XXI, 37 y 38).»

Estas últimas palabras se refieren sin duda á los dias precedentes, porque parece que nuestro Salvador no volvió al templo despues de aquel discurso vehemente que terminó con estas palabras: En verdad os digo que no me vereis mas hasta que digais: Bendito el que viene en nombre del Señor.» Pronunció este discurso el martes.

Para concluir me creo obligado á hacer una observacion: las últimas palabras de nuestro Salvador: *Cuando venga el hijo del hombre*, en que únicamente se trata del juicio final, dan á mi parecer mas peso á la opinion por otro lado probable de que la última parte de la primera profecía que hallamos en el capítulo XXIV de S. Mateo, en el XIII de S. Marcos y en el XXI de S. Lucas, se aplica igualmente al juicio final.

CAPITULO XII.

Consejo contra Jesus. Pacto de Judas.

«Y sucedió que habiendo acabado Jesus todos estos discursos dijo á sus discípulos: Sabeis que dentro de dos dias se hará la Pascua, y el hijo del hombre será entregado para ser crucificado. Entonces se congregaron los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás, y celebraron consejo para apoderarse de Jesus con engaño y matarle. Mas decian: No se ha de hacer en dia festivo, no sea caso que se suscite un tumulto en el pueblo (S. Mateo XXVI, 1 á 5, S. Marcos XIV, 1 y 2, y S. Lucas XXII, 1 y 2).»

«Y entró Satanás en Judas, que se apellidaba Iscariotes, uno de los doce, y este fue y habló con los príncipes de los sacerdotes y los magistrados, y les dijo: ¿Qué quereis darme y yo os le entregaré? Y ellos se regocijaron y le prometieron treinta monedas de plata (1). Y desde entonces buscaba él la ocasion de entregarle sin tumulto (S. Mateo XXVI, 14 á 16, san Marcos XIV, 10 y 11, y S. Lucas XXII, 3 á 6).»

Los evangelistas S. Mateo y S. Marcos ponen inmediatamente antes de esta diligencia de Judas el ungimiento de Jesucristo en Bethania; sin embargo este se

(1) Estas monedas de plata valian poco mas ó menos unos siete reales de la nuestra. Tal vez los príncipes de los sacerdotes marcaban con un desprecio particular esta suma que en tiempo de Moises parece que fue el precio ordinario de un esclavo ú esclava, porque se habia señalado como indemnizacion para aquel cuyo criado ó criada era muerto por el toro de otro (Exodo XXI, 32).

verificó segun S. Juan seis dias antes de la Pascua. El mismo evangelista nos da la razon por que los otros dos escritores sagrados parece que refieren el ungimiento de Jesus á la traicion de Judas. Este estaba indignado del gasto de los perfumes preciosos, porque hubiera preferido que se vendiesen y se le entregase su precio para los pobres, porque *era un ladron* (S. Juan XII, 6 y 7 y VIII). Por grande que fuese la mansedumbre de nuestro Señor en esta circunstancia, Judas se ofendió, porque veia con sentimiento que se le habia escapado el botin. El que ha abandonado á Dios, y por consiguiente ha abierto su corazon al pecado, puede ser precipitado por la menor circunstancia en los crímenes mas horribles, y facilitar la entrada al espíritu maligno que anda al rededor de nosotros como un leon rugiente buscando á quién devorar (S. Pedro V, 8).

Era muy natural la inquietud de aquellos indignos caudillos de Israel, que temian que la prision de Jesus durante la fiesta en que acudian tantos galileos á Jerusalem, tuviese algun peligro para ellos, ó á lo menos presentase graves inconvenientes. Una vez preso Jesus no habia que temer ninguna manifestacion un poco grave de parte del pueblo, porque el pueblo siempre es pueblo. De ahí provino el mudar ellos de resolucion, y de ahí su gozo cuando les prometió Judas arreglar las cosas de manera que lograsen sus fines sin alboroto. No sabian que esta misma circunstancia, es decir, la presencia de todos los hombres de Israel en Jerusalem se encaminaba á la mayor gloria del Mesías y á la propagacion mas rápida de su fé.

CAPITULO XIII.

La cena pascual: el lavatorio: la traicion predicha: institucion del santísimo Sacramento.

«Llegó pues el primer dia de los ázimos en que era preciso inmolar el cordero pascual. Y Jesus envió á Pedro y Juan diciendo: Id y preparadnos la Pascua para que comamos. Mas ellos dijeron: ¿Dónde quieres que la preparemos? Y les dijo: Al entrar vosotros en la ciudad os saldrá al paso un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle á la casa en que entre, y direis al padre de familia de la casa: El maestro dice: Mi tiempo está cerca: yo celebro la Pascua con mis discípulos en tu casa: ¿dónde está el aposento donde coma yo el cordero pascual con mis discípulos? Y él os mostrará un gran cenáculo adornado (1), y allí preparad la Pascua. Y yendo sus discípulos á la ciudad hallaron lo que les habia dicho, y prepararon la Pascua. Y cuando llegó la hora, entró Jesus en la casa y se sentó á la mesa y los doce apóstoles con él.»

El evangelista S. Lucas no los llama aqui los discípulos ó sus discípulos como de ordinario, sino que los señala con una expresion en cierto modo solemne, que no deja de tener su objeto para los lectores, y que

(1) Es decir, un comedor adornado de alfombras para recostarse en ellas. Entre los antiguos estas salas estaban ordinariamente en el piso alto de la casa: de ahí viene que la voz latina *cœnaculum*, comedor, significa tambien á veces el piso alto. *Preparar la Pascua*: esto quiere decir que cuidaron de proporcionar el cordero pascual, pan ázimo y las legumbres prescritas para aquel banquete sagrado.

por ser tan sencilla como sublime hace mayor impresion: *Se sentó á la mesa y los doce apóstoles con él.* Asi nos prepara para el misterio de este banquete. Como este hay muchos ejemplos en las santas escrituras.

«Y les dijo: He deseado con deseo (1) comer esta Pascua con vosotros antes de padecer: porque yo os digo que de aqui en adelante no la comeré hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y tomando el caliz dió gracias y dijo: Tomad y repartid entre vosotros; porque yo os digo que no beberé del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios (S. Mateo XXVI, 17 á 20, S. Marcos XIV, 14 á 17 y S. Lucas XXII, 7 á 18).»

No era este aun el pan misterioso ni el caliz místico del santísimo banquete, sino solamente la figura de él, á la manera que toda la fiesta de Pascua, durante la cual se teñia con la sangre del cordero el umbral de la puerta de cada israelita, para que el angel exterminador pasase adelante sin hacer daño, era un tipo de la muerte reconciliadora de Jesucristo. Abrasado este de amor celebró aquella cena con sus discípulos, los primogénitos de la nueva alianza, y para encender en sus corazones un amor recíproco mas ardiente les dijo que habia deseado con deseo comer aquella Pascua con ellos antes de padecer. Pero quiso prepararlos para la cena de amor, para aquel banquete sagrado de la nueva alianza, con la humildad, sin la cual el amor no es nada, y darles él mismo un ejemplo de tan preciosa virtud. Escuchemos la narracion del discípulo amado.

«Antes de la fiesta de Pascua sabiendo Jesus que es llegada su hora para pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y acabada la cena habiendo ya puesto el diablo en el corazon de Judas Is-

(1) Esta es una expresion enérgica de los orientales.

cariotes, hijo de Simon que le entregase, y sabiendo Jesus que su padre le dió todas las cosas en las manos, y que salió de Dios y vuelve á Dios; se levanta de la mesa y se quita sus vestiduras, y tomando un lienzo se le ciñó. Despues echa agua en una palangana y comienza á lavar los pies de los discípulos y á enjugarlos con el lienzo que tenia ceñido. Llega pues á Simon Pedro, y le dice Pedro: Señor, ¡tú me lavas á mí los pies! Jesus respondió y le dijo: Lo que yo hago, no lo entiendes tú ahora; pero lo sabrás despues. Dícele Pedro: No me lavarás los pies nunca. Jesus le respondió: Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo. Dícele Simon Pedro: Señor, no solamente mis pies, sino tambien las manos y la cabeza. Jesus le dice: El que está lavado, no necesita mas que lavarse los pies y está todo limpio. Y vosotros estais limpios; pero no todos. Porque sabia quien era el que le habia de entregar; por eso dijo: No estais todos limpios (S. Juan XIII, 1 á 11).»

El que está limpio, es decir, el que se halla en estado de gracia, bien haya conservado la inocencia bautismal, bien se haya purificado por el sacramento de la penitencia que da la remision de los pecados, no necesita mas que las purificaciones cuotidianas de los pecados diarios, que se pegan á él como el polvo del camino y ensucian las partes inferiores; pero que no pueden desviar el corazon de Dios mientras este quiere permanecer unido á él por la humildad y el amor. Sin embargo estas culpas diarias pueden, si se desprecian, contaminar el corazon, debilitar el amor y la humildad, destruirlos por fin y desterrar la gracia.

«Luego pues que lavó los pies de los discípulos y se puso sus vestiduras, sentándose otra vez á la mesa les dijo: ¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais señor y maestro, y decís bien, porque lo soy. Si pues yo señor y maestro os he lavado

los pies, tambien vosotros debeis lavaros los pies unos á otros; porque yo os he dado el ejemplo, para que á la manera que he hecho con vosotros, asi hagais vosotros tambien. En verdad, en verdad os digo: el siervo no es mayor que su señor, ni el apostol es mayor que aquel que le ha enviado. Si sabeis estas cosas, sereis dichosos si las hiciereis. No hablo de todos vosotros: yo sé los que he elegido; pero para que se cumpla la Escritura: El que come el pan conmigo, levantará su carcañal contra mí. Ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando sucediere creais que yo soy. En verdad, en verdad os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe á mí; y el que me recibe á mí, recibe á aquel que me ha enviado (S. Juan XIII, 12 á 20).»

Jesus los habia exhortado á la humildad de que él mismo les dió ejemplo. Quizás era su intencion manifestarles aqui lo que ya les habia dicho antes: Todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. Quizás tambien como les habia predicho su pasion, y debian ellos sus siervos y enviados experimentar iguales tormentos, quiso para consolarlos recordarles cuán grande era la dignidad del apostolado, y cuánto los honraria Dios mismo mirando como si se hiciera con él todo lo que hiciesen por ellos.

«Habiendo dicho Jesus esto se turbó en su espíritu y habló claramente y dijo: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará. Y se entristecieron mucho, y se miraban unos á otros dudando de quién hablaria. Y comenzaron á decir uno por uno: ¿Por ventura soy yo, Señor? Mas él respondiendo les dijo: Uno de los doce que mete la mano conmigo en el plato. Y el hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el hijo del hombre! Bueno fuera para él no haber nacido.

Y respondiendo Judas que le entregó, dijo: ¿ Soy yo, maestro? Y le respondió: Tú lo has dicho. Mas uno de sus discípulos á quien amaba Jesus, estaba reclinado en el seno de Jesus. Hízole pues señas Simon Pedro y le dijo: ¿Quién es de quien habla? Y reclinándose aquel en el pecho de Jesus le dice: Señor, ¿quién es? Jesus respondió: Aquel á quien yo alargare un pedazo de pan mojado. Y mojando el pan se le dió á Judas Iscariotes, hijo de Simon. Y en cuanto tomó un bocado entró Satanás en él. Y le dijo Jesus: Lo que haces hazlo pronto. Mas ninguno de los que estaban á la mesa, supo por qué le dijo esto. Algunos creian que como Judas llevaba la bolsa le habia dicho Jesus: Compra las cosas que necesitamos para la fiesta, ó que diese algo á los pobres. En cuanto Judas tomó aquel pedazo de pan, salió, y era de noche.»

Parece que nuestro Salvador respondió en voz baja á Juan que le habia preguntado de la misma manera: Juan podia manifestar por una seña á Pedro lo que este le habia preguntado tambien por señas. Parece asimismo que nuestro Salvador respondió en voz baja á la pregunta de Judas, ó hizo de un modo milagroso que los discípulos no entendiesen lo que Judas solo debia entender.

«Y estando ellos cenando tomó Jesus el pan y le bendijo, y le partió, y le dió á sus discípulos diciendo: Tomad y comed: ESTE ES MI CUERPO que es dado por vosotros: haced esto en memoria mia. Igualmente tomó el caliz despues que cenó diciendo: Bebed todos de él, porque ESTA ES MI SANGRE, la *sangre* de la nueva alianza que será derramada por muchos (1) para remision de los pecados (S. Mateo XXVI, 26 á 28,

(1) En los libros santos del nuevo testamento se usa muchas veces la palabra *polloi*, *muchos*, por *pantes*, *todos*.

S. Marcos XIV, 22 á 24, y S. Lucas XXII, 19 á 20).»

En tan breves palabras y con términos tan sencillos nos refieren tres evangelistas la institucion de esta cena misteriosa de amor. ¡Ojalá que en este pasaje en que habla el hijo de Dios, desaparezca con Judas toda especie de duda! ¡Ojalá que nuestra humildad, nuestra esperanza y nuestro amor queden solos con aquel que se entregó por nosotros!

Mas ¿por qué el discípulo amado no dice nada de la cena de amor, ya que habla del banquete en que se instituyó? Porque S. Juan que escribió mucho despues que los tres evangelistas, omitió muchas cosas que estos habian escrito antes de él, y sobre todo lo que ya habian referido los tres. Verosimilmente dispuso así el Espíritu Santo las cosas en esta circunstancia para asegurar que en el discurso que habia pronunciado Jesus un año antes sobre este sacramento no instituido todavía, y que solo S. Juan nos ha transmitido poniendole inmediatamente despues de la multiplicacion de los panes, no se trataba únicamente de la recepcion espiritual, sino de la recepcion real del cuerpo y sangre de Jesucristo en el santísimo Sacramento. S. Juan es tambien el único que nos habla de la conversion del agua en vino en las bodas de Caná. Esta conversion y la multiplicacion milagrosa de los panes que dieron á Jesucristo ocasion de pronunciar su discurso sobre la recepcion de su cuerpo y sangre, debian preparar eficazmente los discípulos para recibir el divino sacramento, mucho mas cuando podian recordar como despidió el Señor á aquellos discípulos que se escandalizaron de su discurso y dijeron: Esta expresion es dura; ¿y quién puede entenderla? y no se explicó sobre el sentido de sus palabras; lo cual hubiera hecho de seguro si le hubieran entendido mal, ó si él hubiese hablado de una recepcion puramente espiritual.

Cuando se considera solo la narracion de S. Lucas, se inclina uno á creer que Judas se hallaba aun presente cuando la institucion de la sagrada eucaristía, y que tomó parte en ella segun creen muchos autores; mas como nuestro Salvador habia pronunciado antes las palabras relativas á Judas segun los evangelistas San Mateo y S. Marcos, y la respuesta de Jesus hizo salir al traidor del cenáculo segun S. Juan; es muy probable á mi entender que debió retirarse, tanto para no poner el colmo á su condenacion con la recepcion indigna del augusto sacramento, cuanto para no turbar á los demas apóstoles con su presencia.

CAPITULO XIV.

Disputa de los apóstoles sobre la primacía.

«Y se suscitó una disputa entre ellos sobre cual debia parecer el mayor. Mas Jesus les dijo: Los reyes de las naciones las dominan, y los que tienen potestad sobre ellas se llaman sus bienhechores (1). Mas vosotros no sois asi, sino que el que es mayor entre vosotros, se ha de hacer como el menor, y el que precede como el que sirve; porque ¿quién es mayor, el que está á la mesa ó el que sirve? ¿no es el que está á la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve (S. Lucas XXII, 24 á 27).»

S. Lucas recuerda muchos hechos sueltos y discursos que S. Mateo y S. Marcos omitieron; pero no señala la época. Me inclino pues á creer que este movimiento de envidia nació entre los apóstoles al principio del banquete pascual, y que nuestro Salvador se aprovechó de la ocasion para darles una leccion de humildad lavandoles los pies.

(1) Los reyes se apellidaban voluntariamente *evergetes*, es decir, bienhechores, y aun dos de los Tolomeos tomaron esta denominacion como un cognomento.

Jesucristo continuó asi: «Mas vosotros habeis permanecido conmigo en mis tentaciones (1). Y yo os dispongo el reino como mi padre me le ha dispuesto para que comais y bebais á mi mesa en mi reino, y esteis sentados sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel (S. Lucas XXII, 28 á 30).»

Estar sentado á la mesa con los patriarcas era una expresion que usaban los judíos para manifestar la quietud y el gozo de la vida eterna; pero han podido aplicar esta expresion á las delicias de un banquete muchas personas cuyo espíritu no se elevaba hasta las ideas sublimes de que hallamos tan admirables ejemplos en las santas escrituras de la antigua alianza y sobre todo en los salmos. En boca de Jesus debe tomarse esta expresion en sentido figurado para denotar la gloria futura de los apóstoles, que debian tomar una parte especialísima en la gloria del hijo de Dios, en su reino eterno, porque habian participado de sus tribulaciones y tormentos. Esta gloria será con grados diferentes la herencia de todos aquellos que hayan sido fieles admiradores de Jesucristo hasta el fin del mundo. Por eso dice S. Pablo (Epístola á los romanos VIII, 17): «Mas si somos hijos, tambien somos herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo, siempre que padezcamos con él para que seamos glorificados con él.»

Jesucristo despues de llamar la atencion de sus dis-

(1) En mis tentaciones, *en tois peirasmois mou*. Aqui *peirasmoi* no significa tentaciones sino pruebas y padecimientos, que á los ojos de los demas hombres prueban la inocencia del que se ve oprimido de ellos.

cípulos sobre la gloria que les está prometida los previene contra las tentaciones del demonio que los esperaban, y se dirige á Pedro que era el mas expuesto al peligro, y tal vez tambien porque habia de ser la cabeza de la iglesia.

«El Señor dijo despues: Simon, Simon, hé aqui que Satanás ha pedido acribaros como el trigo; mas yo he rogado por tí para que no flaquee tu fé; y tú cuando te conviertas, confirma á tus hermanos (S. Lucas XXII, 31 á 32).»

La expresion griega significa propiamente: *Satanás os ha pedido*; y tambien leemos en la Vulgata: *Satanas expetivit vos*, tal vez por alusion á la historia de Job. El demonio no puede sin licencia de Dios tentar á los hijos del Señor. La intencion del diablo es mala; pero yerra muchas veces el golpe: otras le sale bien al principio, y luego se ve burlado por la penitencia del que ha sido tentado sin poder lograr otra cosa que la purificacion de este, como el trigo que se acriba, por medio de la humildad y el arrepentimiento nacido del amor.

La súplica de Jesucristo por la conservacion de la fé de S. Pedro ha producido los mismos efectos sobre los sucesores de este, segun lo han observado muchas veces los santos padres. La unidad de fé con la iglesia de Roma se ha mirado siempre en la iglesia de Jesucristo como el signo característico de la verdadera doctrina; y la historia de todos los siglos nos enseña que enmedio de todas las nubes que han rodeado la cátedra de Pedro de tiempo en tiempo, siempre se ha conservado la fé en toda su integridad.

CAPITULO XV.

Jesucristo predice la negacion de S. Pedro: presuncion de este.

«Habiendo pues salido (Judas), dijo Jesus: Ahora es glorificado el hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, tambien Dios le glorificará en sí mismo y al punto le glorificará. Hijitos, todavía estoy con vosotros un poco de tiempo: me buscareis; y como he dicho á los judíos: A donde yo voy no podeis venir vosotros; ahora os lo digo á vosotros. Os doy un nuevo precepto: que os ameis mutuamente, y que os ameis mutuamente como yo os he amado á vosotros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tuviereis amor unos á otros. Dícele Simon Pedro: Señor, ¿á dónde vas? Jesus respondió: A donde yo voy no puedes tú seguirme ahora; pero me seguirás despues (S. Juan XIII, 31 á 36).

«Y dijo Pedro: Señor, ¿por qué no puedo yo seguirte ahora? Yo estoy pronto á ir contigo á la carcel y á la muerte: Yo daré mi vida por tí. Jesus le respondió: ¿Darás tu vida por mí? En verdad en verdad te digo, no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces (S. Juan XIII, 37 y 38, S. Lucas XXII, 33 y 34).

«Y les dijo: Cuando yo os he enviado sin bolsa, ni alforjas, ni calzado, ¿os ha faltado alguna cosa? Y ellos dijeron: Nada. Díjoles pues: Ahora el que tiene bolsa lleve igualmente alforjas; y el que no tiene (1), venda su túnica y compre una espada; porque yo os digo que es preciso que se cumpla aun en mí lo que está escrito: Y

(1) *El que no tiene*, es decir, el que no tiene bolsa (dinero en la bolsa), venda su túnica etc.

fue contado entre los inicuos (Isaías LXIII, 12). Porque las cosas que se han predicho de mí, tienen su fin. Mas ellos dijeron: Señor, aqui hay dos espadas. Y él les dijo: Basta (1) (S. Lucas XXII, 35 á 38).»

Inútil seria advertir que estas palabras de Jesucristo eran simbólicas para manifestar á los apóstoles los sinsabores que los aguardaban: les estaban reservadas el hambre, la sed, la desnudez, la prision, las persecuciones y la muerte. Ellos no entendieron entonces el verdadero sentido de las palabras de Jesus, y este que habia previsto que no le entenderian, se contentó con aquello por el pronto, previendo con la misma certeza que comprenderian algun dia el verdadero sentido de sus palabras, y que obrando en consecuencia no contarian con la plata, ni con el oro, ni con el acero guerrero, sino con aquel *que nos ha rescatado no con cosas corruptibles como el oro y la plata, sino con su preciosa sangre*, segun dice S. Pedro (Epístola I, cap. I, versículos 18 y 19); con aquel que queria concederles dones que los hiciesen capaces de decir: *No tengo plata ni oro; mas te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno levántate y anda* (Actos de los apóstoles, capítulo III, v. 6); con aquel finalmente que queria darles bastante fuerza para que pudieran exclamar con un transporte de celestial alegría: ¿Quién pues nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion ó la espada? Segun está escrito: Por tí somos entregados á la muerte todos los dias, y somos reputados como ovejas del sacrificio. Pero en todo esto vencemos por aquel que nos amó; porque estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fuerza, ni la alteza, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Jesucristo nuestro Señor (S. Pablo, epístola á los romanos, capítulo XIII, v. 35 á 39).»

(1) Nuestro Salvador acababa de llegar de Galilea donde habia siempre muchos salteadores, y probablemente habian ido á Jerusalem algunos de ellos con pretexto de asistir á la fiesta; y como por entonces mismo acostumbraba nuestro Salvador pasar las noches en el monte Olivete, los discípulos guiados de una excesiva prudencia humana juzgaron tal vez que era necesario proveerse de algunas armas. Josefo dice que hasta los austeros esenios las llevaban en sus viajes.

CAPITULO XVI.

Discurso del Señor despues de la Cena: promesa del Espíritu Santo.

Nuestro Señor acababa de decir á sus discípulos: Vosotros no podeis venir á donde yo voy; y aunque inmediatamente dijo á Pedro, y por decirlo asi á todos ellos: Pero tú me seguirás despues; turbabalos sin embargo en su corazon la idea de una separacion próxima. Jesus pues continuó asi su discurso:

«No se turbe vuestro corazon. Vosotros creeis en Dios: creed tambien en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones: si no fuese asi, os lo hubiera dicho, porque voy á prepararos un lugar. Y cuando fuere, y os preparare un lugar, volveré y os tomaré conmigo para que esteis donde yo estoy. Y sabeis á donde voy y conoceis el camino. Dicele Tomás: Señor, nosotros no sabemos á dónde vas: ¿cómo pues podemos saber el camino? Dicele Jesus: Yo soy el camino y la verdad y la vida: nadie va al Padre sino por mí. Si me hubierais conocido á mí, hubierais conocido á mi Padre; y pronto le conocereis y ya le habeis visto. Felipe le dice: Señor, muestranos tu padre y nos basta. Di-

cele Jesus: Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y aun no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve tambien al Padre: ¿cómo pues dices: muestranos tu Padre? ¿No creeis que yo estoy en mi padre y mi padre está en mí? Yo no hablo por mí mismo las palabras que os hablo; mas el Padre que permanece en mí, hace las obras. ¿No creeis que yo estoy en mi padre y mi padre está en mi? A lo menos creed por las mismas obras. En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, hará las obras que yo hago, y las hará mayores porque yo voy á mi padre.»

Jesus hablaba á sus apóstoles, á quienes queria enviar su espíritu, por el cual hicieron despues cosas tan prodigiosas, porque curaban como él á los enfermos, lanzaban los demonios, resucitaban los muertos, y su sombra sola restituia la salud á los que la habian perdido. Tambien hablaron diversas lenguas que no habian aprendido, y como dice S. Juan Crisóstomo, era un gran signo de la gloria de Cristo que en su ausencia se hicieran por él prodigios que no habia hecho él cuando estaba presente.

Nuestro Salvador prosiguió en estos términos:

«Y cualquiera cosa que pidiereis á mi padre en mi nombre, la haré yo para que sea glorificado el Padre en el Hijo. Si me pidiereis algo en mi nombre, lo haré. Si me amais, guardad mis mandamientos. Y yo pediré á mi padre y os daré otro paráclito (1) para que per-

(1) La voz griega *paraclètos*, que significa literalmente lo mismo que la latina *advocatus*, tiene un sentido latísimo, y no puede trasladarse por una sola palabra; por lo cual S. Gerónimo ha dejado en la Vulgata *paraclitum*. Esta palabra significa uno que ha sido llamado para prestar una asistencia personal (un mandatario ó abogado, *advocatus*), y tambien un intercesor, un con-

manezca con vosotros eternamente el espíritu de verdad, á quien no puede recibir el mundo porque no le ve ni le conoce; mas vosotros le conocereis, porque permanecerá entre vosotros y estará entre vosotros. Yo no os dejaré huérfanos: vendré á vosotros. Dentro de poco tiempo no me verá ya el mundo; mas vosotros me vereis, porque yo viviré y vosotros vivireis. En aquel dia conocereis que yo estoy en mi padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese me ama. Y el que me ama á mí, será amado por mi padre, y yo le amaré tambien y me manifestaré á él. Dicele Judas (1), no el Iscariotes: Señor, ¿por qué te has de manifestar á nosotros y no al mundo? Jesus respondió y le dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi padre le amará, y nosotros vendremos á él y haremos mansion en él: el que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habeis oido, no es mia, sino del Padre que me ha enviado. Os he dicho esto mientras permanezco aun con vosotros. Mas el Espíritu Santo paráclito á quien enviará mi Padre en mi nombre (2), os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho.

solador, y aun uno que hace recordar, un amonestador, segun expresa estas diferentes acciones el verbo de que se forma aquella voz.

(1) Judas apellidado Lebbeo y Tadeo, uno de los doce apóstoles. Parece que su pregunta se referia á un reinado terrenal del Mesías. No habia cosa mas propia que los discursos de Jesucristo para desterrar del corazon de los discípulos toda idea de las grandezas humanas.

(2) Es decir, en nombre de mi encarnacion, de mi vida, de mi pasion, de mi muerte, de mi resurreccion y de mi intercesion.

«Yo os dejo la paz, yo os doy mi paz, y no os la doy como os la da el mundo. No se turbe ni intimide vuestro corazon. Habeis oido que os he dicho: Voy y vuelvo á vosotros. Si me amaseis os alegrariais ciertamente de que voy á mi padre, porque mi padre es mayor que yo (1). Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando sucediere creais. Ya no os hablaré mucho, porque viene el príncipe de este mundo, y no tiene ningun derecho sobre mí. Pero para que conozca el mundo que amo á mi padre y obro aqui segun me ha mandado mi padre, levantaos y salgamos de aqui (S. Juan, cap. XIV).»

Con la licencia de Dios el príncipe del mundo, el desventurado angel que desobedeció á Dios y que obra poderosamente sobre los hijos rebeldes, armó sus partidarios contra el hijo de Dios, sobre cuya humanidad no tenia ningun derecho ni él, ni *la muerte*, que es *el estipendio del pecado* segun el apóstol (Ad Rom., VI, 23). Jesus no rehusó este combate en que debia vencer al demonio y á la muerte, y no le rehusó por amor al Padre cuya mision queria cumplir. En la conferencia con Nicodemus nos da el Hijo la razon por que le habia enviado el Padre: «Dios amó tanto al mundo que dió su Hijo único para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna (S. Juan III, 16).»

Asi todo viene á parar en el amor de Dios y en nuestra fé en él, que está ligada íntimamente con el amor que le tenemos, y que nos hace observar sus mandamientos. El amor de Dios á nosotros es el ma-

(1) *El Padre es mayor que yo.* No se trata aqui mas que de la naturaleza humana de Jesucristo: segun la naturaleza divina es igual al Padre, y el Espíritu Santo es igual á este y al Hijo.

nantial primitivo de nuestro ser y de nuestra salvacion: el destino de nuestro ser es nuestra salvacion, y nuestra salvacion es nuestra reunion eterna con Dios, el cual es tambien el Océano en que desaguan los espíritus que no son dichosos sino por él.

«Y despues de haber dicho el himno (1) iba segun costumbre al monte Olivete, y le siguieron sus discípulos (S. Mateo XXVI, 30, S. Marcos XIV, 26, y S. Lucas XXII, 39).»

CAPITULO XVII.

Jesucristo es la verdadera vid: exhortacion al amor mútuo.

Era el dia decimocuarto del mes (porque era el de Pascua), y por consiguiente el plenilunio, cuando nuestro Salvador fue al monte Olivete con sus discípulos. Tenia costumbre de sacar comparaciones de los objetos visi-

(1) Este himno que nuestro Señor y sus discípulos rezaron ó cantaron al fin del banquete pascual, era tal vez lo que se llamaba entre los israelitas *hallal*, que se componia de seis salmos correlativos empezando por el CXII: *Alabad, niños, al Señor*, y concluyendo por el CXVII (ó segun el orden de los hebreos desde el CXIII al CXVIII). Los israelitas concluian todas las solemnidades con el *hallal*; mas como este uso no estaba prescrito por la ley que se dió mas de cuatrocientos años antes de componerse los salmos, puede que nuestro Salvador rezase ó cantase un himno particular con sus discípulos. El Señor dió gracias cuando partió el pan, las dió cuando tomó la copa, y al fin de la Cena rezó un himno. Aquel á quien parezca una antigualla la costumbre de decir una breve oracion antes y despues de la comida, manifiestenos francamente si quiere seguir el ejemplo de Jesucristo ó el del mundo.

bles, y en especial de las maravillas de la naturaleza y de las faenas campestres que se ofrecian á la vista, para levantarse en sus discursos á las cosas mas sublimes de su reino. Es probable que las viñas plantadas cerca de la ciudad le suministraron ocasion de anudar el hilo de su último discurso con las palabras siguientes, mientras caminaba hácia el monte Olivete, ó luego que hubo llegado á él.

«Yo soy la verdadera vid, y mi padre es el viñador. Podará todas las ramas que no den fruto en mí, y limpiará todas las que producen fruto para que den mas. Vosotros ya estais limpios por la palabra que os he hablado: permaneced en mí y yo en vosotros (1). Asi como la rama de la vid no puede producir fruto por sí misma si no permanece en la vid; asi tampoco vosotros si no permaneciereis en mí. Yo soy la vid y vosotros las ramas: el que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí no podeis hacer nada. Si alguno no permaneciere en mí, será arrojado fuera como la rama, y se secará, y la cogerán, y la echarán al fuego, y arderá (2). Si vosotros permaneciereis en mí y mis palabras permanecieren en vosotros, pedireis todo lo que querais y se os cumplirá. Mi padre será glorificado en que vosotros produzcais mucho fruto y os hagais mis discípulos.»

(1) En las traducciones se lee: *Permaneced en mí y yo en vosotros*. El original dice: *Meinate en emoi, k'agô en umin*, es decir, *menô, yo permanezco*, que está sobreentendido. Como quiera, el sentido es ciertamente este: «Si vosotros permaneceis en mí, yo permaneceré en vosotros.» Dios no nos abandona: nosotros somos los que le abandonamos.

(2) En Oriente asi como en los paises meridionales de Europa suelen echar á la lumbre sarmientos secos para calentarse en tiempo de invierno.

¿Por qué habian de hacerse lo que ya eran? Porque todo lo que toca acá en la tierra á la vida espiritual, está en lo porvenir. El que se cree perfecto en este mundo, se aparta mucho mas de su objeto.

«Como mi padre me ha amado á mí, asi os he amado yo á vosotros. Perseverad en mi amor. Si guardais mis preceptos, perseverareis en mi amor, asi como yo he guardado los preceptos de mi Padre y persevero en su amor. Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo.»

Iba á experimentar inefables aflicciones del alma y hablaba de gozo. Habla de gozo porque habia hablado de amor. Con todo el amor tiene tambien sus dolores en este mundo, y él los habia apurado hasta las heces; mas los dolores del amor son temporales, y sus delicias son eternas. Las delicias y el amor son inseparables, como el resplandor es inseparable de la lumbre. Son eternamente inseparables donde resuenan las ruidosas aclamaciones de la alegría, donde la luz sale de la luz, donde las delicias nacen de las delicias, y donde el amor se inflama en el amor.

«Este es mi precepto: que os ameis mútuamente como yo os he amado á vosotros. Nadie tiene mayor amor que este: que dé uno su vida por sus amigos; vosotros sois mis amigos si hiciereis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas os he llamado amigos, porque os he manifestado todo lo que he sabido de mi padre. Vosotros no me habeis elegido á mí, sino que yo os he elegido á vosotros: yo os he puesto para que vayais y produzcais fruto, y permanezca vuestro fruto, para que todo lo que pidiereis á mi padre en mi nombre, os lo dé. Lo que yo os mando es que os ameis unos á otros.»

¿Por qué es esta repeticion tan frecuente? Porque el amor que es el alma de la vida espiritual, está aun en su nacimiento en este mundo, porque el que se detiene en el amor, retrocede, y porque el amor debe sacarse siempre de la fuente primitiva del amor por las obras y la oracion.

«Si el mundo os aborrece, sabed que me ha aborrecido á mí primero que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaria lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os he elegido del mundo, por eso os aborrece el mundo. Acordaos de mi palabra que os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si á mí me han perseguido, tambien os perseguirán á vosotros: si han guardado mis palabras, tambien guardarán las vuestras. Pero harán todas estas cosas con vosotros, porque ignoran el que me ha enviado. Si yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrian pecado; mas ahora no tienen disculpa de su pecado. El que me aborrece, aborrece tambien á mi padre. Si yo no hubiera hecho entre ellos obras que no ha hecho ningun otro, no tendrian pecado; mas ahora las han visto y me han aborrecido á mí y á mi padre. Pero para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley (salmo XXXIV, 19, y LXVIII, 5): Me aborrecieron sin motivo. Mas cuando viniere el paráclito que yo os enviaré del Padre, espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí, y vosotros dareis testimonio que estais conmigo desde el principio (S. Juan, cap. XV).

«Os he dicho esto para que no os escandaliceis. Os echarán de las sinagogas, y llega la hora en que todo el que os quite la vida juzgará que presta un servicio á Dios; y harán esto con vosotros porque no han conocido al Padre, ni á mí. Mas yo os he dicho estas cosas para que cuando llegare la hora de ellos, os acordeis que

os las he dicho. Y no os las he dicho desde el principio porque estaba con vosotros; y ahora voy á aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Mas porque os he dicho esto, se ha llenado de tristeza vuestro corazon. Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo vaya, porque si yo no fuere, no vendrá el paráclito á vosotros; mas si yo fuere os le enviaré. Y cuando él haya venido, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado, porque no creyeron en mí: de justicia, porque yo voy á mi padre y ya no me vereis; y de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado.»

Este pasaje es uno de los mas difíciles del nuevo testamento: yo no me atreveria á añadir lo que sigue si no me autorizase á ello S. Juan Crisóstomo, que se expresa mas largamente sobre este punto en sus homilías sobre el Evangelio de S. Juan.

La iglesia de Dios, propagada rápidamente por medio de prodigios extraordinarios y por la santidad famosa de los apóstoles y de los cristianos llenos del Espíritu Santo, convencerá al mundo del pecado de no haber creido en mí que soy el hijo de Dios; ó mas bien lo hará el mismo Espíritu Santo por los apóstoles y cristianos. Abrirá los ojos al mundo para que vea la *justicia* (palabra que suele expresar el compendio de todas las perfecciones), es decir, mi santidad desconocida en otro tiempo por él y mis divinas perfecciones. Con la destruccion de los templos y altares de los falsos dioses y con la abolicion de los horrores del paganismo demostrará claramente al mundo que ya está juzgado el príncipe de este mundo, *que obra poderosamente sobre los hijos de la desobediencia*, como dice el Apostol, y que se acabó su reinado.

Jesucristo prosigue asi:

«Aun tengo que deciros muchas cosas; pero no po-

deis llevarlas ahora. Mas cuando viniere aquel espíritu de verdad, os enseñará toda verdad, porque no hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que haya oido y os anunciará lo que ha de venir.»

Asi como el Hijo es engendrado del Padre de toda eternidad, del mismo modo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo de toda eternidad. El Espíritu Santo, uno con los dos, como el Hijo es uno con el Padre, comunica á los escogidos de Dios su sabiduría, que es la sabiduría del Padre.

«El me glorificará, continúa Jesus, porque recibirá de lo mio y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mio; por eso he dicho que recibirá de lo mio y os lo anunciará. Dentro de poco tiempo ya no me vereis, y dentro de poco tiempo me vereis otra vez, porque voy á mi padre. Dijeron pues sus discípulos entre sí: ¿Qué es esto que nos dice: Dentro de poco tiempo no me vereis mas, y dentro de poco tiempo me vereis otra vez, porque voy á mi padre? Decian pues: ¿Qué es lo que dice, dentro de poco tiempo? No sabemos lo que habla. Mas Jesus conoció que querian preguntarle, y les dijo: Os preguntais unos á otros por qué he dicho: Dentro de poco no me vereis, y dentro de poco me vereis otra vez. En verdad, en verdad os digo que vosotros llorareis y gemireis; mas el mundo se alegrará (1): vosotros os contristareis; pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. Cuando pare una mujer está triste, porque ha llegado su hora, y despues que ha parido un hijo, ya no se acuerda del aprieto por el gozo, porque ha nacido un hombre al mundo. Asi vosotros teneis ahora tristeza;

(1) El mundo significa aqui los enemigos de Dios y de la verdad, los hijos del siglo que tienen el espíritu del mundo.

mas yo os veré otra vez, y se regocijará vuestro corazon, y nadie os quitará vuestro regocijo. Y en aquel dia no me preguntareis nada. En verdad, en verdad os digo, si pidiereis algo á mi padre en mi nombre os lo dará. Hasta ahora no habeis pedido nada en mi nombre: pedid y recibireis para que vuestro gozo sea completo. Os he dicho esto en parábolas (1). Es llegada la hora en que no os hablaré ya en parábolas, sino que os anunciaré claramente á mi padre. En aquel dia pedireis en mi nombre, y no os digo que rogaré á mi padre por vosotros, porque mi padre mismo os ama, porque me habeis amado á mí y habeis creido que he salido de Dios.»

No debemos entender estas palabras en el sentido de que el Salvador no queria rogar á su padre por los suyos. Su intencion era únicamente inspirar á sus discípulos y tambien á nosotros confianza en su padre y nuestro padre, en su Dios y nuestro Dios, para que le pidamos en su nombre con el afecto y libertad de hijos. El Espíritu Santo nos asegura por boca de los apóstoles que Jesucristo sentado á la diestra de Dios pide por nosotros. «Tenemos por abogado cerca del Padre á Jesucristo, que es el justo, dice el mismo discípulo que nos ha transmitido estos últimos discursos del Señor (Epístola I de S. Juan, cap. II, v. 1)» S. Pablo dice (ad rom. VIII, 34): «Jesucristo está á la diestra de Dios donde intercede por nosotros.» Y en mas de un pasaje de la epístola á los hebreos nos muestra á Jesucristo, el pontífice eterno, que entró en el cielo como en el santuario del templo para pedir por nosotros delante de Dios. Mas sigamos á nuestro Salvador en su discurso.

(1) En parábolas: *paroimia* significa propiamente un proverbio; pero quiere decir tambien en lenguaje figurado una parábola, una sentencia algo obscura.

«He salido del Padre y he venido al mundo; y dejo de nuevo el mundo y voy al Padre. Dícenle sus discípulos: Mira cómo ahora hablas claramente y no dices ninguna parábola. Ahora sabemos que lo sabes todo, y no necesitas que nadie te pregunte: por esto creemos que has salido de Dios.»

En el acto mismo en que hablaban los discípulos en voz baja de lo que acababa de decirles, previno Jesus su pregunta con una respuesta clara, en la que reconocieron la ciencia divina.

«Jesus les respondió: ¿Creeis ahora? Ved que llega la hora, y ya ha llegado, en que os dispersareis cada cual por vuestro lado, y me dejareis solo; mas yo no estoy solo, porque mi padre está conmigo. Os he dicho esto para que tengais la paz en mí. Tendreis grandes tribulaciones en el mundo; pero confiad: yo he vencido al mundo (S. Juan, cap XVI).»

¡Qué tierno es este rasgo de amor con que los prepara á su fuga! ¡Cómo los consuela de antemano para este caso previsto y tan deshonroso para ellos dándoles la seguridad de que su padre estaria con él enmedio de sus tormentos! Al concluir les indica el fin de su discurso: *Para que tengais la paz en mí.* Tambien nos enseña con esto que nuestra salud en este mundo y en el otro consiste en que tengamos la paz en él, es decir, que no confiemos en nosotros mismos ni en los otros hombres, sino en él solo que nos ha sido dado por Dios para que sea nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra redencion, segun la frase del Apostol (Epíst. I ad Cor. I, 30).

Yo he vencido al mundo, dice el Señor. Por eso añade S. Cirilo que el hijo de Dios se hizo hombre, para que en nuestra propia naturaleza de que se habia revestido, combatiese á nuestros enemigos y nos hiciese vencedores con él. Si hubiese vencido al mundo sola-

mente como Dios, esta victoria nos hubiera sido muy indiferente; mas habiéndole vencido como hombre, ó mejor como Dios y hombre juntamente, hemos vencido por él al enemigo que venció él por amor á nosotros.»

«Entonces les dijo Jesus: Todos vosotros os escandalizareis esta noche en mí, porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas; pero despues que resucitare, iré delante de vosotros á Galilea. Pedro respondiendo le dijo: Aunque todos se escandalicen en tí, yo no me escandalizaré nunca. Dícele Jesus: En verdad te digo que en esta noche antes que el gallo cante dos veces, me negarás tú tres. Mas él insistia diciendo: Aunque fuere preciso que yo muera juntamente contigo, no te negaré. Y lo mismo decian todos (S. Mateo XXVI, 31 á 35 y S. Marcos XIV, 27 á 31).»

CAPITULO XVIII.

Oracion fervorosa de Jesus.

«Jesus habló asi, y levantando los ojos al cielo dijo: Padre, ha llegado la hora, glorifica á tu hijo para que tu hijo te glorifique á tí, como le has dado potestad sobre toda carne para que dé la vida eterna á todo lo que le has dado. Y la vida eterna es esta: que te conozcan á tí solo Dios verdadero y á Jesucristo á quien has enviado. Yo te he glorificado sobre la tierra y he consumado la obra que me diste á hacer. Y ahora glorifícame tú, padre mio, en tí mismo con la gloria que tuve en tí antes que fuese el mundo. He manifestado tu nombre á los hombres que me diste del mundo. Tuyos eran, y tú me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me has dado procede de tí; porque yo les he dado las palabras que

tú me diste, y ellos las han recibido y han conocido verdaderamente que he salido de tí y han creido que me has enviado. Y yo pido por ellos: no pido por el mundo, sino por aquellos que me has dado porque son tuyos; y todo lo mio es tuyo, y lo tuyo es mio, y yo soy glorificado en ellos, y ya no estoy en el mundo, y ellos estan en el mundo y yo voy á tí. Padre santo, guarda en tu nombre á los que me has dado para que sean uno como nosotros. Cuando yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. He guardado los que me diste, y ninguno de ellos ha perecido sino el hijo de perdicion, para que se cumpla la Escritura. Mas ahora voy á tí, y digo esto en el mundo para que tengan mi gozo completo en sí mismos. Yo les he dado tus palabras, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo. No pido que los lleves del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como yo no soy del mundo. Santificalos en la verdad. Tu palabra es la verdad. Asi como tú me enviaste al mundo, yo los he enviado al mundo. Y yo me santifico á mí mismo por ellos, para que ellos sean tambien santificados en la verdad. Mas no pido solamente por ellos, sino tambien por los que han de creer en mí por su palabra, para que todos sean uno como tú, ó padre, en mí y yo en tí, para que ellos sean tambien uno en nosotros, para que crea el mundo que me has enviado. Y yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno asi como nosotros somos uno. Yo estoy en ellos y tú en mí, para que esten consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me has enviado y los has amado como me amaste á mí. O padre, quiero que donde yo estoy esten tambien conmigo los que me has dado para que vean mi gloria que me has dado, porque me amaste antes de la creacion del mundo. Padre justo, el mundo no te ha

conocido; mas yo te he conocido, y estos han conocido que tú me has enviado. Y los he hecho conocer tu nombre y se le haré conocer para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos (S. Juan, cap. XVII).»

No queria interrumpir con una sola palabra el soplo vivo y celestial de amor divino que respira en esta oracion. Una meditacion frecuente sobre ella y sobre los últimos discursos de Jesucristo hará conocer su verdadero sentido á los que despues de haberse unido con el Padre suspiran por el Hijo, y para lograrlo procuran con sus oracionei unirse en espíritu con el hombre Dios orando. Sin embargo pudieran no ser del todo superfluas algunas reflexiones para muchos lectores.

Cuando dice el Salvador: «Y la vida eterna es que te conozcan á tí solo Dios verdadero y á Jesucristo á quien has enviado;» no se excluye de la divinidad. Este Dios único y verdadero es el Dios en tres personas, cuyo conocimiento se opone aqui á la supersticion de los paganos que adoraban los idolos; y nosotros no podemos conocerle sino por el Hijo eterno hecho hombre de una manera verdadera y en nuestras relaciones con él; relaciones que abarcan nuestro destino. El conocimiento de Dios tal como nos le dió Jesucristo hombre Dios, que como hijo eterno del Padre *habia sido glorificado en su padre antes que fuese el mundo*, proporciona la vida eterna á los que le son fieles por su conducta.

Guardalos en tu nombre, es decir, guardalos en tí ó para tí mismo, porque la sagrada escritura expresa muchas veces por la palabra *nombre* la esencia de la cosa nombrada. *Guardalos en tí, en tu amor.* Es verdad que todas las cosas no subsisten sino por Dios y en Dios, del mismo modo que traen su origen de él, «porque en él tenemos la vida, el movimiento y el

ser (Actos de los apóstoles XVII, 28)» queramos ó no queramos: en él tiene tambien el demonio la vida, el movimiento y el ser. Mas si lo queremos con una voluntad perfecta y eficaz del amor, nos reunimos con Dios en una caridad inefable, y disfrutamos de la felicidad que Jesucristo nos alcanzó con sus oraciones y nos adquirió.

Santifícalos en la verdad: tu palabra es la verdad. El espíritu suspira por la verdad, del mismo modo que el corazon suspira por el amor. El amor es lo mas sublime que hay, y nos es revelada la verdad para que amemos. Las verdades que Dios nos ha revelado concernientes á nuestras relaciones eternas con él, son las únicas dignas de la sed de nuestra alma inmortal. Mas no basta conocer la verdad, y el conocimiento que tenemos de ella nos hace todavía mas culpables si no la amamos; y no la amamos si no hacemos de ella la regla de nuestra conducta. El Espíritu Santo da este amor á la verdad llenando nuestros corazones del amor á Dios. La verdad sin amor luce como un madero podrido, como un fuego fatuo en un pantano sin dar calor. La operacion del Espíritu Santo enciende en el corazon de los santos (y si no somos santos no veremos á Dios) un fuego del cielo, cuya luz es la verdad, y cuya brasa es el amor.

CAPITULO XIX.

Tristeza y oracion de Jesus. Sueño de los apóstoles.

«Habiendo dicho Jesus esto, salió con sus discípulos para ir al otro lado del torrente Cedron donde habia un huerto llamado Gethsemaní (1), en el cual en-

(1) Gethsemaní significa un molino de aceite. Probablemente habia uno allí, porque el huerto estaba situado cerca del monte Olivete.

traron él y sus discípulos. Y Judas que le vendia, conocia aquel lugar, porque Jesus habia ido allí muchas veces con sus discípulos.»

David, su figura, atravesó este mismo torrente cuando huia de su hijo Absalom (Libro II de los Reyes XV, 23).

«Y dijo á sus discípulos: Quedaos aquí mientras yo voy allí para orar. Orad vosotros para que no entreis en tentacion. Y llevandose consigo á Pedro, Santiago y Juan, comenzó á turbarse y entristecerse, y les dijo; Mi alma está triste hasta la muerte: quedaos aquí y velad conmigo. Y separándose de ellos á la distancia de un tiro de piedra se postró en tierra, y pedia que si era posible se alejase aquella hora de él, y dijo: *Abba*, Padre, todas las cosas son posibles para tí: traslada este caliz de mí; pero con todo no se haga como yo quiero, sino como tú. Y se le apareció un angel del cielo confortándole; y él como en agonía oraba con mas instancia. Y empezó á sudar como gotas de sangre (1) que corria hasta el suelo.»

Desde toda la eternidad habia resuelto el hijo de Dios en el seno del Padre padecer por nosotros lo que no puede padecer ningun hombre y lo que nadie puede comprender. Hubiera sido poco para su amor sufrir

(1) Este pasaje en que se habla de la aparicion de un angel y del sudor de sangre, falta en varios manuscritos; pero se halla en los mas. Los padres de la iglesia hacen mencion de él, y entre otros S. Ireneo que habia conocido y oido muchas veces á S. Policarpo, discípulo de San Juan evangelista. Algunos escritores antiguos y modernos citan ejemplos de sudor de sangre, como tambien algunos médicos célebres, entre los cuales se cuenta á Tomas Bartolino etc. Vease la *Disertacion sobre el sudor de sangre*, por el padre Calmet).

dolores corporales: sus testigos tuvieron que padecer otros semejantes; pero todos los tormentos físicos no son nada en comparacion de la turbacion extremada que padeció su alma. El Señor la sufrió voluntariamente y quiso sufrirla. El hombre Dios libremente obediente tomó aquel caliz de la mano de su padre para presentarnos con la suya propia *el caliz de la salud*, como dice el salmista (salmo CXV, v. 4).

«Porque no tenemos un pontífice que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, pues ha sido tentado en todas las cosas para asemejarse á nosotros, aunque sin pecado. Acerquémonos pues con confianza al trono de la gracia para conseguir misericordia y hallar gracia en el auxilio oportuno.» Asi se explica el Apostol en su epístola á los hebreos (cap. IV, v. 15 y 16). Un gran doctor de la iglesia hablando extensamente en el sentido de este pasaje de la santa escritura dice: «Nada puede movernos mas á admirar el divino amor de nuestro Señor, que esta tristeza y estas agonías. No le bastaba revestirse de mi naturaleza, sino que tomó sobre sí mis sensaciones. Él, que no tenia ningun motivo de llorar por sí mismo, quiso entristecerse por causa mia. Dejando las delicias de la divinidad eterna, quiso sufrir el tedio de mi flaqueza: *Sequestrata delectatione divinitatis eternæ, tœdio meæ infirmitatis afficitur* (S. Amb. ad Luc. XXII, 43 y 44).»

Nosotros no podemos hacer mas que tartamudear al tratar de este misterio *que los ángeles mismos desean conocer*, como dice S. Pedro en su epístola primera (cap. I, v. 12); sin embargo puede afirmarse que la divinidad que asistia al Señor, dió una fuerza sobrehumana á su santa humanidad para soportar los dolores inexplicables que queria padecer; pero que por lo demas se retiró de él para dejarle sin consuelo y privarle de las delicias de la contemplacion divina: *Sequestrata delectatione divinitatis æternæ*. Esta santa humanidad padeció con todas las fuerzas de *su amor*, de que la armó la divinidad para sufrir; y las fuerzas de un amor imperfecto son aun en el mortal manchado de pecados mayores que todas las fuerzas que posee. Con todas estas fuerzas soportó la santa humanidad unos dolores que habia aceptado voluntariamente, y que tenian su origen en la consideracion de todos los pecados que habian cometido los hombres y que podrian cometer aun, desde la concupiscencia sensual y la rebelion orgullosa de nuestros primeros padres hasta la blasfemia del pecador desesperado, á quien debe sorprender el dia del juicio final. ¡Qué aspecto para el hijo de la Virgen sin mancilla, para el *que es solo santo*, para el hijo de Dios! Padeció por los pecados de cada cual de nosotros, como si no hubiera padecido mas que por los pecados de uno solo. Esta idea deberia sumirnos en la mas profunda tristeza del arrepentimiento, inflamarnos en un amor recíproco, levantarnos hácia él por el sentimiento de nuestra redencion y de nuestro amor á él, y transportarnos hasta él y por él al seno del Padre.

Aquellos tormentos procedian tambien de la perspectiva de los tormentos de todos los réprobos. ¡Qué aspecto para aquel que está lleno de amor! Provenian del conocimiento mas profundo y mas vivo, tal cual sola su santa ánima podia experimentar, de la ira del Dios tres veces santo contra la posteridad culpable de Adam por la cual se ofreció al juez. Quiso humillarse á tal grado que un angel su criatura pudiese fortificarle, y esta confortacion misma no hizo mas que darle nuevas fuerzas para un combate mas duro, en el cual luchaba con la muerte; un combate que hizo brotar la sangre de sus venas, y arrancó de lo profundo de su alma la angustia suplicante del amor exaltado.

«Y habiéndose levantado despues de la oracion y venido á donde estaban sus discípulos, los halló dormidos á causa de la tristeza, y dijo á Pedro: ¿Con que no habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion; porque el espíritu está pronto; mas la carne es flaca.»

Bien podian estar tristes los discípulos, porque les habia dicho su divino maestro que heriria al pastor y se dispersarian las ovejas. Asi como una gran tristeza perturba muchas veces el sueño, asi tambien adormece, especialmente cuando el espíritu y el corazon padecen al mismo tiempo, y bien podian los últimos discursos del Salvador haber producido estos dos efectos. Mas los apóstoles debieran haber vencido el sueño supuesto que el Señor les habia mandado velar y orar, y les habia predicho que se escandalizarian todos en él aquella noche, es decir, que se engañarian en cuanto al cumplimiento de sus promesas. Y Pedro sobre todo ¡cuánta razon tenia para velar y orar habiéndole predicho Jesus su caida próxima! Pedro y los otros dos discípulos quisieron sin duda velar; pero la debilidad humana los venció. ¡Cuán suave es la reprension de Jesucristo! Y la excusa que se sigue inmediatamente la hace todavía mas suave: «porque el espíritu está pronto; mas la carne es flaca.»

«Y se fue otra vez y oró diciendo: Padre mio, si no puede pasar este caliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad. Y volvió de nuevo y los halló durmiendo, porque tenían los ojos pesados y no sabian qué responderle. Y dejandolos se fue y oró tercera vez diciendo las mismas palabras. Entonces vino á donde estaban sus discípulos, y les dice: Dormid ya y descansad. Basta: es llegada la hora: ved que el hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores. Levantaos, marchemos: ved que se acerca el que me ha de entre-

gar (1) (S. Mateo XXVI, 36 á 46, S. Marcos XIV, 32 á 42, S. Lucas XXII, 30 á 46 y S. Juan XVIII, 1 á 2).»

CAPITULO XX.

Traicion de Judas. Caen los soldados en tierra. Pedro hiere á Malco.

«Cuando aun estaba hablando, llegó Judas Iscariotes, uno de los doce, y con él una gran turba con espadas y palos, y los criados de los sumos sacerdotes y de los escribas y ancianos del pueblo con linternas y hachas. Y el que le entregó les habia dado esta seña diciendo: Aquel á quien yo besare, él es: agarradle. Y al punto acercándose á Jesus dijo: Dios te guarde, maestro; y le besó. Jesus le dijo: Amigo, ¿á qué has venido? ¿Entregas al hijo del hombre con un beso?»

Resulta como vamos á ver del contexto de los evangelistas cotejados entre sí que el modo inesperado con que Jesucristo habló á Judas, le desconcertó en tales

(1) *Dormid ya y descansad.* Estas palabras admiten tres sentidos en griego, y cada uno de ellos es tan natural como los otros por lo que mira á la lengua.

1.º *Dormid ahora y descansad*: *se acabó el sueño*: porque el *apechei* de S. Marcos puede tener este sentido.

2.º *¿Dormis ahora y descansais?* en forma interrogatoria.

3.º *Vosotros dormid ahora y descansad.*

No creo que el primer sentido que es irónico sea natural en boca de Jesucristo al hablar á sus discípulos en esta ocasion; con todo le admiten los mas de los comentadores. Muy pocos de ellos miran estas palabras como interrogatorias; mas yo dudo que el punto de interrogacion que se halla en algunas ediciones modernas, esté en los manuscritos antiguos. El tercer sentido me parece el

términos que retrocedió y se volvió hácia la tropa de sus satélites.

«Asi Jesus sabiendo todo lo que habia de sucederle se adelantó y les dijo: ¿A quién buscais? Y ellos le respondieron: A Jesus Nazareno. Díceles Jesus: Yo soy. Y Judas que le entregaba estaba con ellos. Mas en cuanto dijo Jesus: Yo soy, retrocedieron ellos y cayeron en tierra. Les preguntó pues otra vez: ¿A quién buscais? Y ellos dijeron: A Jesus Nazareno. Respondió Jesus: Os he dicho que yo soy; con que si me buscais á mí, dejad ir á estos. Para que se cumpliese la palabra que dijo: No he perdido ninguno de los que me has entregado. Y ellos le echaron la mano y le prendieron.

«Simon Pedro que tenia una espada, la sacó é hirió á un criado del pontífice y le cortó la oreja derecha. Llamábase este criado Maleo. Mas Jesus dijo á Pedro: Vuelve tu espada á la vaina, porque todos los que tomaren la espada perecerán por la espada. ¿Crees tú que no puedo yo pedir á mi padre, y me enviará al instante mas de doce legiones de ángeles? Mas ¿cómo se han de cumplir las escrituras? ¿No he de beber yo el caliz que me ha dado mi padre? Conviene que así suceda.

mas probable: «Vosotros dormid ahora y descansad. Basta (*apechei*).» Pareceme ver á nuestro Salvador mirando á sus amados discípulos y diciendoles con el dolor que le causan su flaqueza y el temor é inquietud que los aguarda: «Vosotros dormid ahora y descansad; basta.» Como si dijera: «Hijos buenos y débiles, dormid y descansad siempre: basta: ahora se disipará vuestro sueño.»

S. Agustin opina que el Señor les dijo formalmente: «Dormid ahora y descansad», y que en efecto los dejó dormir un rato y los despertó cuando fueron los soldados á prenderle. Yo preferiria esta interpretacion á la que es irónica (S. Aug. *Consol. evang*, III, IV).

«Mas Jesus dijo: Teneos (1). Y habiendo tocado la oreja de aquel hombre le curó.

«Entonces dijo Jesus á aquella turba: Habeis venido con espadas y palos á prenderme como un ladron. Todos los dias estaba yo sentado entre vosotros enseñendo en el templo y no me habeis prendido; pero esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas. Y todo esto ha sucedido para que se cumpliesen las escrituras de los profetas.

«La cohorte y el tribuno y los ministros de los judíos (2) prendieron á Jesus y le ataron. Entonces todos los discípulos abandonandole huyeron. Mas un joven le seguia cubierto solamente de una sabana y le cogieron; pero él tirando la sábana se escapó desnudo de sus manos (3). S. Mateo XXVI, 47 á 56, S. Marcos XIV, 43 á 52, S. Lucas XXII, 47 á 53 y S. Juan XVIII, 3 á 12) »

(1) *Eate eòs toutou*. En la Vulgata se lee: *sinite usque huc*. Rondet cree que nuestro Salvador dirige estas palabras á la turba que le estrechaba, en cuyo caso habria de traducirse: Dejadme llegar allí; esto es, dejadme adelantar hasta donde está el herido. Mas segun todos los otros intérpretes el Señor quiso reprender á sus discípulos en estos términos: Teneos: no hagais resistencia.

(2) Eran unos alguaciles ó ministros inferiores de justicia que el gran consejo tenia á su disposicion. Por los *judíos* se entiende el senado, como ya hemos advertido.

(3) Yo no sé por qué algunos comentadores han querido que este joven fuese un apostol, cuando se dice formalmente que todos los apóstoles huyeron. Es tambien dificil de creer que estos llevasen la vestidura blanca y fina que se llamó *sindon* como aqui se dice (Hugo Grocio). Lo probable es que el ruido de la turba despertó é hizo salir de la cama á aquel joven que podia vivir enfrente de la ciudad cerca de Gethsemaní, porque la cos-

CAPITULO XXI.

Jesus en casa de Anás y de Caifás. Ultrajes que recibe el Señor. Negacion de S. Pedro y su arrepentimiento.

«Y le llevaron primeramente á la casa de Anás, porque era suegro de Caifás, que era el pontífice de aquel año (1). Y Caifás era el que habia dado este consejo á

tumbre era acostarse con tales vestiduras; por eso no llevaba otra debajo. Bien pudiera suceder que hubiese honrado á Jesus como á un profeta, porque se dice que le siguió. Por los jóvenes que le prendieron se han de entender probablemente los soldados romanos, los cuales segun el idioma griego y latino son llamados á veces *jóvenes, la juventud.*

(1) Este Anás, hijo de Seth, á quien Josefo llama *Ananus*, segun el uso de la lengua griega, consiguió un empleo de Quirino, gobernador romano de la Siria (*præses*), en el año undécimo del nacimiento de Cristo; pero de allí á doce le destituyó Valerio Grato, prefecto romano (*procurator*) en la Judea, quien dió esta dignidad á Ismael. A poco tiempo se la quitó á este y se la concedió á Eleazar, hijo de Anás. Al cabo de un año le despojó tambien á este y confirió aquel cargo á Simon, que fue exonerado asimismo un año despues, y vino á recaer el empleo en José, llamado tambien Caifás, segun el historiador Josefo.

Es verosímil que habia en Jerusalem dos partidos, favorable el uno y adverso el otro á la descendencia de Aaron, que sobornaba á Grato alternativamente (Josefo, *Ant. jud.* XVIII, II, I, ed. Oberthur). Josefo hace la observacion que Anás era reputado por dichosísimo, porque no solo él, sino cinco hijos suyos habian sido investidos de la misma dignidad. Probablemente Caifás llegó á ocupar un puesto tan honorífico por la consideracion que gozaba

los judíos: Conviene que un hombre muera por el pueblo (S. Juan XVIII, 13 y 14).»

Anás vivia probablemente mas cerca de Gethsemaní, y por esta razon fue llevado nuestro Salvador á su casa para despedir allí la mayor parte de la guardia romana y llegar con menos estrépito al palacio del sumo sacerdote, donde se habia reunido el consejo por la noche. Es muy posible que no ocurriese nada notable en casa de Anás, supuesto que tres evangelistas no nos dicen que Jesus fue llevado á ella; pero como todo lo que le concierne es importante, S. Juan ha hecho mencion de esta circunstancia.

«Y los que habian preso á Jesus le llevaron á casa de Caifás, príncipe de los sacerdotes, donde se habian reunido todos los sacerdotes (1) y los ancianos y los escribas, y Pedro le seguia á lo lejos hasta el atrio del príncipe de los sacerdotes, y entrando dentro se sentó con los ministros para ver el fin. Preguntó pues el pontífice á Jesus acerca de sus discípulos y de su doctrina. Y Jesus le respondió: Yo he hablado públicamente al mundo: siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo donde se reunen todos los judíos, y nada he hablado en secreto. ¿Por qué me preguntas?

su suegro Anás. Parece que este dividió la dignidad del pontificado con su yerno, y que ocuparon cada uno un año la silla de Aaron. Queriendo el evangelista S. Lucas (cap. III, v. 2) señalar el año en que comenzó San Juan Bautista su mision, dice: En tiempo de los sumos sacerdotes Anás y Caifás; mas aqui se dice que Caifás era sumo sacerdote aquel año. Este era un gran abuso, porque la dignidad de sumo sacerdote fue en su orígen vitalicia.

(1) Los jefes de las familias sacerdotales suelen llamarse sumos sacerdotes: asi se ve por ejemplo en el capítulo II, v. 4 de S. Mateo.

Pregunta á aquellos que han oido lo que les he dicho: esos saben lo que les he enseñado. Mas en cuanto dijo esto, uno de los ministros que estaban presentes dió una bofetada á Jesus diciendo: ¿Asi respondes al pontífice? Jesus le dijo: Si yo he hablado mal, da testimonio del mal; mas si he hablado bien, ¿por qué me hieres? Y Anás le envió atado á casa de Caifás, sumo sacerdote (1) (S. Juan XVIII, 18 á 24).»

(1) *Apesteilein auton Annas dedemenon k. t. l.* En la Vulgata se escribe: *Et misit eum Annas ligatum.* Lutero dijo tambien: «Y Anás envió etc.» Si esto es exacto, todo lo que acaba de referirse debió pasar en casa de Anás y no en casa de Caifás, y el gran consejo se reuniria primero en casa de aquel y luego en casa de este. Si no se quiere admitir que habia en casa de los dos pontífices criados calentándose á la lumbre, será preciso suponer que Caifás habitaba la misma casa que Anás, porque Pedro sentado á la lumbre renegó de Jesus en casa de Anás y luego otra vez en casa de Caifás. A Rondet no le arredran estas dificultades, y cree que puede desvanecer la que se refiere á Pedro, considerando los versículos 17 y 18 del capítulo XVIII de S. Juan como tomados del capítulo siguiente, lo cual es infundado en todos los casos. Mas toda esta opinion no tiene ningun fundamento, á no ser que quiera sostenerse el *misit* de la Vulgata. El cotejo de los evangelistas, uno solo de los cuales hace mencion de la ida de Jesus á casa de Anás, prueba bastantemente que no pasó alli nada importante; y S. Juan al emplear la expresion *el sumo sacerdote* sin añadir el nombre indica indudablemente á Caifás, de quien nos dice que habia sido sumo sacerdote aquel año. Todas estas dificultades desaparecen cuando siguiendo el ejemplo de muchos traductores modernos que se apoyan en los mejores comentadores, se traduce el *apesteilen* por *miserat*, habia enviado, y no por *misit*, envió. El griego no es el perfecto *misit*, ni el plusquamperfecto *miserat*, sino el aoristo propio de los griegos, que se pone en lugar del plusquamperfecto, á lo menos tantas veces como el perfecto. Asi se emplea este mismo aoristo *apekopse*, que significa *habia cortado*, en el versículo II de S. Juan, de que se trata. Del mismo modo hallamos en S. Mateo (capítulo XIV, v. 3) *edèsen*, para expresar *habia atado*, y en S. Marcos *ekratèse*, para significar *habia prendido*. En los autores clásicos se encuentran muchos ejemplos de esta naturaleza.

En opinion de un comentador muy discreto San Juan recuerda las ligaduras con que sujetaron á Jesus, porque pasando en silencio lo que habian referido los otros evangelistas, llega al punto á la última negacion de Pedro, quien á la vista de su maestro atado entonces, podia desconfiar de su causa. Mas á mí me parece mucho mas natural decir que S. Juan recuerda esta circunstancia de las ligaduras unida á lo que precede inmediatamente, para mostrarnos la crueldad ilegal del consejo, delante del cual osó un criado de motu propio dar una bofetada á un acusado, y lo que es mas grave, á un acusado *atado*.

«Mas los príncipes de los sacerdotes y todo el consejo buscaban un testimonio falso contra Jesus para entregarle á la muerte, y no le hallaron, porque muchos deponian falsamente contra él; mas no concordaban sus testimonios. Por fin llegaron dos testigos falsos y dijeron: Este hombre ha dicho: Yo puedo destruir el templo de Dios y despues de tres dias reedificarle. Y levantándose el príncipe de los sacerdotes le dijo: ¿No respondes nada á lo que estos declaran contra tí? Mas Jesus callaba, y el príncipe de los sacerdotes le dijo: Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, hijo de Dios. Dicele Jesus: Tú lo has dicho. Con todo os digo que un dia vereis al hijo del hombre senta-

do á la diestra de la magestad de Dios, y viniendo en las nubes del cielo. Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras (1) diciendo: Ha blasfemado: ¿á qué necesitamos mas testigos? Ya habeis oido ahora la blasfemia. ¿Qué os parece? Ellos respondiendo dijeron: Es reo de muerte. Entonces le escupieron al rostro y le abofetearon, y otros le cubrieron la cara y le daban bofetadas diciendo: Cristo, profetizanos quién es el que te ha dado: y decian tambien otras muchas cosas blasfemando contra él.»

Mas de una vez y en su último viaje á Jerusalem, habia predicho á sus discípulos de un modo muy terminante que tendria que sufrir estos ultrajes. Véase tambien lo que habia anunciado de él el gran profeta con mucha claridad (Isaias L, 6 y 7): «Entregué mi

(1) Se ha preguntado muchas veces cómo pudo obrar asi cuando la ley se lo prohibia, y algunos autores han respondido algo simplemente que la prohibicion se referia solo al traje de sumo sacerdote. Si se prohibió á este llevar luto por sus deudos á la usanza de Oriente, no fue por la conservacion de sus vestiduras, sino por el sosten de su dignidad; mas no le estaba prohibido rasgar sus vestiduras en una calamidad pública, y asi vemos que lo hizo el sumo sacerdote Jonatas Macabeo despues de sufrir una derrota (Lib. I de los Macabeos, XI, 71, Levítico XXI, 10).

Los judíos rasgaban sus vestiduras, no solo en tales casos, sino cuando estaban poseidos de un sentimiento vivo ó de una indignacion aflictiva. Asi lo ejecutaron los apóstoles S. Pablo y S. Bernabé, segun se dice en los Actos (XIV, 13), cuando en Leitra de Licaonia queria el pueblo tributarles honores debidos solamente á la divinidad. Una blasfemia proferida delante de los jefes de Israel congregados podia muy bien ser una ocasion digna para que el sumo sacerdote de Dios manifestase su dolor con señales exteriores.

cuerpo á los que le herian, y mis mejillas á los que las golpeaban: no aparté mi rostro de los que me insultaban y escupian. El Señor mi Dios es mi auxiliador: por eso no he sido confundido; por eso puse mi rostro como una piedra durísima, y sé que no seré confundido.»

Al mismo tiempo que sus enemigos saciaban su furor en él, le negó uno de sus discípulos mas amados, aquel á quien habia preferido á todos los demas, distinguiéndole con la promesa magnífica de hacerle la piedra fundamental.

Como los cuatro evangelistas refieren las negaciones de S. Pedro, y el uno se detiene mas que el otro en tal ó cual circunstancia de la historia de la pasion; no me atrevia á reunirlas en mi narracion porque podia fácilmente invertir su orden. En consecuencia he creido caminar con mas seguridad exponiendo por separado esta parte de la historia de la pasion de nuestro divino Salvador con las circunstancias que se refieren á ella.

Hemos visto que todos los discípulos huyeron cuando el hijo de Dios se dejó prender por la tropa: Pedro no anduvo mucho tiempo disperso, y ya volviera al punto, ya mientras estuvo en casa de Anás, sabemos que *le siguió á lo lejos con otro discípulo* (1).

(1) Algunos comentadores antiguos y modernos han creido que este otro discípulo era S. Juan, porque solo él hace mencion de esta circunstancia, y suele hablar de sí en tercera persona. Mas á mí me parece muy inverosimil que un pescador galileo hubiese hecho conocimiento con el sumo sacerdote en el breve espacio de tiempo que habia pasado con Jesucristo en Jerusalem. Ademas de los apóstoles podia haber muchos discípulos del Salvador asi en la ciudad como en Galilea.

«Y aquel discípulo era conocido del pontífice, y entró con Jesus en el atrio del pontífice. Mas Pedro se quedó á la puerta de fuera. Salió pues aquel discípulo que era conocido del pontífice, y habló á la portera é hizo entrar á Pedro. Y los criados y ministros estaban junto á la lumbre porque hacia frio, y se calentaban. Y Pedro estaba con ellos de pie y calentándose. Habiendole visto una criada, y mirádole atentamente, dijo: Tambien este estaba con él: ¿no eres tú uno de sus discípulos? Mas él respondió: Mujer, no le conozco. Y salió fuera del atrio, y cantó el gallo.»

La turbacion y el deseo de ver el fin de aquel suceso le hicieron volver muy pronto, porque leemos:

«Y á poco tiempo (1), estando Pedro allí y calentándose, le dijeron: ¿No eres tú tambien de sus discípulos? Y él negó y dijo: Hombre, no soy. Y habiendo pasado como una hora, uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel á quien Pedro habia cortado la oreja, le dijo: Seguramente eres tú uno de ellos: ¿no te he visto yo en el huerto? Porque tu lengua te descubre tambien, pues tú eres galileo. Y otra vez negó con juramento diciendo: Yo no conozco á ese hombre. Y al instante cantó el gallo, y volviéndose el Señor miró á Pedro, y Pedro se acordó de la palabra del Señor cuando habia dicho: Antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres. Y saliendo fuera Pedro lloró amargamente (S. Juan XVIII, 13 á 27, S. Mateo XXVI, 57 á 75, S. Marcos XIV, 53 á 72, y S. Lucas XXII, 54 á 62).»

No se ve muy claramente si Pedro estaba á la lumbre en el patio del palacio ó en el vestíbulo cuando ne-

(1) Salia y volvia á entrar otra vez: ya se sentaba á la lumbre, ya se ponia de pie; muestras naturales de la inquietud que le atormentaba.

gaba al Salvador. Es verdad que la voz griega *aulé* significa un lugar cercado de tapias y á cielo descubierto; pero tambien se usa para designar un vestíbulo y aun un palacio. Desde la sala del consejo fácilmente podia un pórtico dar vista al patio y al vestíbulo. Asi es que por la narracion de los evangelistas parece que la última negacion se verificó despues del primer interrogatorio preliminar de Jesucristo. Los indignos jefes de Israel pudieron quedarse un rato en la sala entre este interrogatorio y el siguiente, reflexionando sobre las medidas que habian de tomarse respecto del pueblo y de los romanos. Mas entonces Jesus debió retirarse como acusado, é igualmente los soldados, alguaciles y criados, algunos de los cuales, precisados á custodiar á Jesus cargado de cadenas, se mofarian probablemente de él, le insultarian, le maltratarian, y dejarian que le insultaran y maltrataran los demas. Puede suponerse que esto pasaba en una galería abierta ó en un pórtico, desde donde nuestro Salvador podia ver á Pedro y ser visto; porque considerar con algunos intérpretes como puramente espiritual la mirada de Jesucristo, obrando la gracia del arrepentimiento y encendiendo un nuevo amor en su discípulo, me parece frio y forzado, mucho mas cuando S. Lucas, á quien debemos esta pincelada celestial de la historia de la pasion de nuestro Señor, dice formalmente que Jesus se volvió y miró á Pedro (*strapheis..... eneblepse*: le miraba de frente).

¡Qué mirada de amor llena de amonestaciones y de misericordia! Sus miradas (tambien las dirige hácia nosotros) son tan poderosas para producir nuevas creaciones de la gracia en un corazon árido y vacío, como lo fue su simple mandato (*sea la luz*) para dar la hermosura, la fertilidad y la vida á la tierra desierta.

CAPITULO XXII.

Jesucristo delante del sanhedrin. Arrepentimiento de Judas. Jesus conducido delante de Pilato y enviado á Herodes. Es remitido otra vez á Pilato y pospuesto á Barrabás. Flagelaciones del Señor. La corona de espinas y el manto de púrpura. Nuevo interrogatorio en casa de Pilato.

El consejo celebrado en el palacio del sumo sacerdote Caifás era mas bien que un juicio legal la deliberacion preparatoria de varios miembros del gran consejo. El temor solo que inspiraba el pueblo, obligó á los jefes á mandar prender á Jesus de noche; pero aun esta medida podia hacerlos odiosos al pueblo, y para darle una apariencia de legalidad era preciso oir al acusado y fallar en el mismo dia y ante el sanhedrin pleno. El resultado de este juicio debia ser remitir al acusado ante el gobernador pagano, porque aunque el gran consejo podia condenar á muerte en los casos concernientes á la ley de Moisés, quedaba reservada al gobernador la ejecucion de la sentencia. Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos se habian reunido en casa de Caifás para deliberar; pero el consejo verdadero y legal se tuvo probablemente en la sala del sanhedrin, que era un edificio dependiente del templo.

«Y luego que fue de dia, se juntaron los ancianos del pueblo y los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y le llevaron á su consejo diciendo: Si tú eres el Cristo, dínoslo. Y él les dijo: Si yo os lo dijere no me creereis; mas si preguntare (1) no me respondereis ni

me soltareis. Mas en adelante estará el hijo del hombre sentado á la diestra de la potestad de Dios. Y dijeron todos: ¿Con que tú eres el hijo de Dios? Y él les respondió: Vosotros decís que lo soy. Mas ellos dijeron: ¿Qué mas testimonio queremos? Porque nosotros mismos lo hemos oido de su boca (S. Luc. XXII, 66 á 71).»

Como el interrogatorio anterior en el palacio del sumo sacerdote no se habia hecho ni en el lugar ni en el tiempo convenientes, y acaso tambien sin el competente número de jueces; debia importar muchísimo á Caifás y á los otros enemigos de Jesus que compareciese este ante el tribunal pleno del sanhedrin para darle ocasion de reiterar sus declaraciones que se le debian imputar como blasfemias, tomandolas por tales todos los que no querian reconocerle por el Mesías. Parece tambien que las diligencias judiciales duraron pocos instantes en el sanhedrin, siendo asi que se habian

(1) La palabra griega *erôtan* significa propiamente preguntar, y asi la interpretan la Vulgata y las traducciones modernas; pero tambien significa en el lenguaje de los dialécticos, que S. Lucas sabia muy bien, *exponer motivos*, *hacer pruebas*. En este sentido la emplea el filósofo Sexto segun dice Grocio, y en el mismo la hallo yo usada en Epicteto (Disert. XI, 19, 10). Creo que el uso de la palabra *erôtan*, asi como el de la voz *zuzêtein*, traen su origen de la dialéctica de Sócrates, porque este filósofo arrancaba á sus discípulos la confesion de la verdad de un modo admirable y por una serie de preguntas, obligando asi á sus adversarios á confesar aquello mismo en que no convenian. Henrique Etienne advierte esta acepcion de *erôtan*, y añade al propio tiempo que Ciceron en el libro *De fato* empleó asimismo el verbo *interrogare* por *arguere*, *raciocinari*, *proponere argumentum* (*Scapulæ lexicon in verbo erôtaô*). Sin embargo el *interrogavero* pudiera muy bien defenderse si no fuera tan natural y casi inevitable la equivocacion.

gastado muchas horas en el interrogatorio hecho antes en el palacio de Caifás.

«Y levantándose toda la multitud de ellos le llevaron atado al pretorio (1) de Pilato. Y era por la mañana. Entonces viendo Judas que le entregó que habia sido condenado, movido á arrepentimiento restituyó las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos diciendo: He pecado entregando la sangre inocente. Mas ellos respondieron: ¿Qué nos importa á nosotros? Tú lo verás. Y él arrojando las monedas en el templo se retiró, y fue y se ahorcó. Mas los príncipes de los sacerdotes tomando las monedas dijeron: No es lícito ponerlas en el tesoro porque es el precio de la sangre. Y despues de deliberar compraron con ellas el campo de un alfarero para sepultura de los forasteros: por lo cual se llamó aquel campo *Haceldama*, esto es, el campo de la sangre, hasta el dia de hoy. Entonces se cumplió lo que habia predicho el profeta Jeremías: Y recibieron treinta monedas de plata, precio del que fue vendido por los hijos de Israel,

(1) *Pretorio* era propiamente la tienda de un general de ejército, porque allí administraba justicia como un pretor en la ciudad. Tambien se dió este nombre á la morada de los gobernadores y prefectos y al lugar donde establecian su tribunal cuando no juzgaban en sus casas. Josefo nos dice en sus *Antigüedades judaicas* que Pilato en otra ocasion estableció su tribunal en el circo de Cesarea, construido por Herodes el Grande. Pero entonces se las habia con un pueblo enfurecido, y mandó cercar aquel lugar con tres filas de soldados romanos. Aqui por el contrario administra probablemente justicia en un palacio. La residencia ordinaria de los gobernadores romanos era en Cesarea; pero iban á menudo á Jerusalem, sobre todo en las fiestas solemnes, y entonces habitaban en el palacio de Herodes el Grande.

y las dieron para comprar el campo de un alfarero, como el Señor me lo mandó (1).»

Los príncipes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo y los otros judíos que llevaban á nuestro Salvador, no entraron en el pretorio, dice S. Juan, para no mancharse y comer la Pascua (2).

«Salió pues Pilato afuera donde estaban ellos, y les dijo: ¿Qué acusacion presentais contra este hombre? Y le respondieron: Si este no fuera un malhechor, no te le hubieramos entregado. Dijoles pues Pilato: To-

(1) Probablemente se debe á la inadvertencia de un copiante antiquísimo el que en casi todos los manuscritos griegos del evangelio de S. Mateo se atribuya al profeta Jeremías este pasaje que se halla en las profecías de Zacarías. Ya lo notó Origenes. La Vulgata y con referencia á ella todas las traducciones modernas nombran á Jeremías en este lugar. Es de presumir que el evangelista no citó el profeta, y que chocandole al copiante aquel pasaje de Jeremías en que cuenta la adquisicion de un campo hecha por orden de Dios, intercaló imprudentemente el nombre de este profeta en el evangelio. En tiempo de San Agustin habia manuscritos del evangelio de S. Mateo en que se leia solamente: *por el profeta*; y en nuestros dias se encuentran tambien algunos. Segun el testimonio del padre Calmet en muchos manuscritos siriacos, árabes, persas y latinos no se nombra al profeta. La adicion *como me lo mandó el Señor*, usada entre los profetas, no se halla en este lugar de Zacarias.

En vez de *precio del que fue vendido por los hijos de Israel*, quiere traducir Grocio: *precio del que ellos habian estimado entre los hijos de Israel*. En efecto se ve usada inmediatamente antes esta misma palabra en este sentido: en el griego tampoco tiene mas que la significacion de *estimar*; y no es raro ver empleado *apo* por *ex*.

(2) Ninguna ley divina prohibió entrar en la casa de un pagano en un dia festivo; pero el derramar la sangre

madle vosotros y juzgadle segun vuestra ley. Le dijeron los judíos: No nos es lícito quitar la vida á nadie, para que se cumpliese la palabra que dijo Jesus manifestando de qué muerte habia de morir (S. Juan XVIII, 29 á 32).»

Si el gran consejo hubiera podido aplicar la pena de muerte, Jesus hubiera sido apedreado, ya le hubieran declarado falso profeta, ya blasfemo. El suplicio de la cruz era un castigo muy raro entre los griegos y comun entre los cartagineses y romanos. No se sabe de cierto, y hasta es inverosimil, que este género de muerte fuese usado entre los judíos, y si Janneo, rey y sumo sacerdote, mandó crucificar cuarenta judíos como rebeldes á la usanza de los romanos, por eso se hizo mucho mas odioso al pueblo.

«Y comenzaron á acusarle diciendo: Hemos encontrado á este subvirtiendo nuestra nacion, prohibiendo pagar los tributos al Cesar, y diciendo que él es el Cristo rey. Pilato pues volvió á entrar en el pretorio y llamó á Jesus y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Respondió Jesus: ¿Dices esto de tí mismo, ó te lo han dicho otros? Respondió Pilato: ¿Acaso soy yo judío? Tu nacion y los príncipes de los sacerdotes te han entregado á mí: ¿qué has hecho? Jesus respondió: Mi reino no es de este mundo: si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearian tambien para que no fuese yo entregado á los judíos; mas ahora mi reino no es de aqui. Díjole pues Pilato: ¿Con que tú eres rey? Jesus respondió: Tú dices que yo soy rey. Yo

de un inocente es una abominacion delante del Señor. La supersticion se traga muchas veces los camellos, y desecha los mosquitos. En un apéndice hablaré de la Pascua y del modo de conciliar este pasaje de S. Juan con la narracion que hacen los otros evangelistas con motivo de la Pascua celebrada la víspera por Jesus.

nací y vine al mundo para dar testimonio á la verdad: todo el que es de la verdad, oye mi voz. Díjole Pilato: ¿Qué es la verdad (1)? Y habiendo dicho esto salió otra vez á donde estaban los judíos, y les dice: Yo no hallo ninguna causa en él.

«Y los sumos sacerdotes le acusaban de muchas cosas, y él no respondió nada. Entonces le dice Pilato: ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra tí? Y no respondió á ninguna palabra, de manera que el gobernador se admiró muchísimo. Mas ellos insistian diciendo: Conmueve al pueblo enseñando en toda la Judea desde Galilea hasta aqui. Mas Pilato oyendo nombrar Galilea preguntó si aquel hombre era galileo; y en cuanto supo que era de la jurisdiccion de Herodes, le remitió á Herodes que estaba tambien en Jerusalem por aquellos dias. Herodes cuando vió á Jesus se alegró mucho, porque deseaba hacia largo tiempo verle por cuanto habia oido muchas cosas de él y esperaba verle hacer algun prodigio. Preguntábale pues con repetidas preguntas; pero Jesus no le respondia nada. Estaban alli los príncipes de los sacerdotes y los escribas acusándole constantemente. Mas Herodes con su comitiva le despreció y se burló de él vistiendole una túnica blanca y le envió otra vez á Pilato. Y en aquel dia se hicieron amigos Herodes y Pilato, porque antes eran enemigos entre sí. Y Pilato convocados los príncipes de los sacerdotes, los magistrados y el pueblo les dijo: Vosotros me habeis presentado este hombre como que subleva al pueblo, y ved que yo preguntándole delante de vosotros no he hallado en él ninguna causa de esas

(1) El gran poeta Klopstock (*Mess. VII*) ha dicho de Pilato con tanta exactitud como elegancia estas palabras: «Y dice con la cara del hombre político que juzga un asunto grave como miope y sonriyendose: ¿Qué es la verdad?»

por que le acusais, ni tampoco Herodes, porque os he remitido á él (1), y ved que nada se le ha hecho digno de muerte. Asi yo le soltaré despues de corregido.

«Acostumbraba el gobernador en el dia solemne dar al pueblo un preso, el que querian; y entonces tenia un preso famoso que se llamaba Barrabas, porque habia cometido una muerte en una sedicion. Todo el pueblo gritó en alta voz (2) y empezó á pedirle que hiciera como hacia siempre. Pilato les respondió y dijo: ¿Quién quereis que suelte, Barrabas ó Jesus, rey de los judíos que se llama Cristo? Porque sabia que los sumos sacerdotes le habian entregado por envidia.

Mas estando él sentado en su tribunal le envió á decir su mujer: No haya nada entre tí y ese justo, porque yo he padecido mucho hoy en una vision por él. Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron al pueblo que pidiera á Barrabas y dejase perecer á Jesus. Continuando pues el gobernador les dijo: ¿Cuál de los dos quereis que ponga en libertad? Mas ellos dijeron: A Barrabas. Díceles Pilato: Pues ¿qué haré con Jesus que se llama Cristo? Todos dijeron: Que sea crucificado. Díceles el gobernador: Pues ¿qué mal ha hecho? No encuentro en él ninguna causa de muerte; le castigaré pues y le soltaré. Mas ellos insistian

(1) *Porque yo os he remitido á él*, *anepempsa gar umas pros auton*. Grocio hace observar con razon que en muchos manuscritos se lee: *Porque él nos le ha remitido*, *anepempse gar auton pros émas*. Este sentido es muy natural; y el *ana* tiene relacion con la vuelta, del mismo modo que el *gar* con *si* en el sentido de nuestro *si*.

(2) *Gritó*, *anaboesas*. Asi se explican la mayor parte de los manuscritos griegos que tenemos. De esta palabra pudo formarse facilmente *Anabas*, subió, segun dice la Vulgata: *Cum ascendisset*. La primera version me parece mas exacta.

pidiendo á gritos que fuese crucificado, y sus voces sobresalian.

«Entonces cogió Pilato a Jesus y le azotó (1). Y los soldados le condujeron al atrio del pretorio, y convocan toda la cohorte, y le visten un manto de púrpura, y tegiendo una corona de espinas se la pusieron en la cabeza y una caña en la mano derecha, y doblando la rodilla delante de él se burlaban diciendo: Salve, rey de los judíos. Y escupiendole en el rostro tomaron la caña y le golpeaban la cabeza.

«Salió pues otra vez Pilato afuera y dijo á los judíos: Aqui os le traigo fuera para que sepais que no encuentro en él ningun delito. (Y Jesus salió llevando la corona de espinas y el manto de púrpura). Y les dice: Aqui está el hombre. Habiendole visto los pontífices y sus ministros gritaban diciendo: Crucificale, crucificale. Pilato les dijo: Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo no hallo delito en él. Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y segun la ley debe

(1) El azote de los romanos consistia en varias tiras de cuero, que atadas á un mango remataban todas en una bolita de plomo ó hierro: por eso el poeta Marcial llama á estas correas *lora horrida*, y Horacio llama al azote *horribile flagellum*. Este suplicio se aumentaba mas con la posicion del paciente, que estaba encorvado y desnudo hasta la cintura y con las manos atadas á un anillo fijo en una columna de piedra que no podia tener mas de pie y medio de alto. Vemos por lo que sigue, que la intencion de Pilato era saciar la rabia de los enemigos del Señor con la flagelacion de este; pero este acto bárbaro no podia quitarles la esperanza de conseguir del gobernador romano la condenacion de Jesus á la pena capital, porque era costumbre entre los romanos azotar á los que eran condenados al suplicio de la cruz antes de conducirlos al patíbulo.

morir porque se ha hecho hijo de Dios. Cuando Pilato oyó estas palabras, temió mas y volvió á entrar en el pretorio y dijo á Jesus: ¿De dónde eres tú? Mas Jesus no le dió respuesta.»

Por muy depravado que fuera Pilato, el continente divino de Jesus unido á la vision de su mujer produjo sin duda gran efecto en él (porque los romanos tenian mucha fé en los sueños y particularmente en los de las mujeres, como vemos por el ejemplo de Cesar y de Augusto entre otros), efecto enteramente opuesto al que esperaban los acusadores de su acusacion; lo cual puede suceder con facilidad que cuando la rabia ciega de los perseguidores halla un juez que no esté preocupado de sus proyectos.

«Dícele pues Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad de crucificarte, y tengo potestad de darte libertad? Jesus respondió: No tendrias tú ninguna potestad sobre mí, si no te hubiese sido dada de arriba. Por eso el que me entregó á tí tiene mayor pecado. Y desde entonces buscaba Pilato cómo librarle. Mas los judíos gritaban diciendo: Si libertas á este, no eres amigo del Cesar, porque todo el que se hace rey se opone al Cesar. Oyendo Pilato estas palabras sacó fuera á Jesus y se sentó en el tribunal en el lugar que se llama lithostrotos y en hebreo gabbatha (1). Era

(1) La palabra griega *lithostroton* significa un pavimento de mármoles, las mas veces de diferentes colores, artísticamente taraceados. En aquellos tiempos gustaban tanto los romanos de estos pavimentos, que Julio Cesar en todas sus campañas llevaba consigo estas piedrecitas talladas para poder formar un pavimento de aquella especie donde quiera que se detenia. Asi lo dice Suetonio. La voz siro-caldea *gabbatha* debe significar un pavimento elevado de piedra. El *lithostroton* estaba levantado probablemente sobre gradas.

aquel dia la parasceve de la Pascua (1), y como la hora sexta (2), y dijo á los judíos: Ahi teneis á vuestro rey. Mas ellos gritaban: Quita, quita, crucifícale. Díceles Pilato: ¿He de crucificar á vuestro rey? Respondieron los pontífices: No tenemos mas rey que el

(1) La voz griega *paraskeue* que se ha conservado en la Vulgata, significa propiamente preparacion, disposicion; pero se llamaba asi cada dia que precedia á una fiesta, y de ahí tal vez proviene tambien el viernes, porque precede al sábado. Asi es lo mismo que lo que el evangelista S. Marcos llama la víspera del sábado.

(2) En la mayor parte de los manuscritos, aun los antiguos, del evangelio de S. Juan, se lee: *como á la hora sexta*, que seria la de medio dia segun el modo de contar entonces las horas. Asi tambien se lee en la Vulgata y en las traducciones modernas. Mas esta version está en contradiccion con el testimonio de S. Marcos, segun el cual fue crucificado nuestro Salvador á la hora de tercia, es decir, á las nueve de la mañana. El padre Calmet opina que S Juan contó aqui segun la usanza de los romanos, de que hallamos vestigios en Gelio; pero me parece poco fundada esta opinion, porque se empezaba á contar á media noche. En este caso habria pronunciado Pilato la sentencia de muerte de Jesus á las seis de la mañana; asercion evidentemente falsa que no dejaria el espacio de tiempo necesario para la ejecucion de todo lo que habia ocurrido ya antes. Tampoco me parece mucho mas fundada la explicacion de Grocio, segun el cual el evangelista S. Juan señaló las horas conforme á un uso antiguo de los judíos. Piensa Grocio que no se nombraban mas que las horas tercera, sexta y nona, porque á estas se hacia la oracion pública en el templo; lo que se anunciaba cada vez al pueblo al son de trompetas, como en nuestros dias se practica al toque de campanas. Asi no se nombraban por separado las horas intermedias, cada una de las cuales se designaba por la hora de la oracion que la precedia; por ejemplo, la séptima y la octa-

César. Viendo pues Pilato que no adelantaba nada, sino que iba en aumento el tumulto, cogiendo agua se lavó las manos delante del pueblo y dijo: Yo estoy inocente de la sangre de este justo: vosotros vereis. Y respondiendo todo el pueblo dijo: Caiga su sangre so-

va por la sexta, la décima por la nona y así de las demas. Pero no hallamos en los evangelistas ningun vestigio de esta determinacion del tiempo; al contrario vemos en el capítulo XX de S. Mateo que se nombra la hora undécima como la tercera, la sexta y la nona, del mismo modo que el evangelista S. Juan hace mencion de la séptima en el capítulo IV. Toda la dificultad desaparece si se admite, segun lo habia hecho ya Eusebio en el siglo IV, que por un error antiguo de un copiante se pasó una *st* (6) en vez de una *g* (3) á causa de la semejanza de las letras griegas en el v. 14 del cap. XIX de S. Juan. En efecto muchos manuscritos antiguos muy estimados dicen: *como á la hora de tercia*. Por último debemos á Nonno un fragmento de S. Pedro, obispo de Alejandría, segun el cual se dice *como á la hora de tercia* en el manuscrito original de S. Juan, que se conservaba aun en la iglesia de Efeso y era muy venerado de los fieles. Aquel obispo entró á ejercer su ministerio el año de 300; ¿y quién se atreveria á poner en duda, no digo yo la posibilidad, sino la probabilidad de la conservacion de este tesoro, sobre todo en la iglesia de Efeso, cuyo obispo fue el gran evangelista? Ademas creo haber hecho notar ya en otro lugar como contaban los griegos y romanos y los judíos tambien en tiempo de nuestro Salvador las horas. Desde la salida hasta la puesta del sol contaban doce horas de dia, y desde la puesta hasta la salida del sol doce horas de noche. Asi estas horas no fueron iguales entre sí, ni iguales á las nuestras sino en la época de los dos equinoccios. Sus horas de la noche iban siendo mas cortas á medida que el sol estaba mas tiempo sobre el horizonte, y al revés. Ademas de esto dividian la noche en cuatro vigilias, y cada una de estas era de tres horas.

bre nosotros y sobre nuestros hijos. Y Pilato mandó que se les concediese lo que pedian, y les entregó el que pedian, que habia sido preso por una muerte y por sedicion, y puso en sus manos á Jesus para que le crucificasen (S. Mateo XXVII, 1 á 26, S. Marcos XV, 1 á 15, S. Lucas XXIII, 1 á 25 y S. Juan XVIII, 28 á 40 y XIX, 1 á 16).»

CAPITULO XXIII.

Jesus es condenado á muerte y conducido al Calvario con la cruz á cuestas. Las hijas de Jerusalem. Jesus es crucificado entre dos ladrones. Los soldados reparten sus vestiduras. Blasfemia de uno de los ladrones y conversion del otro. Palabras de Jesus á su madre. Tinieblas: sed del Señor: su muerte: prodigios asombrosos.

«Y despues que se mofaron de él, le desnudaron el manto de púrpura, y le pusieron sus vestiduras, y le llevaron para crucificarle. Y él llevaba su cruz (1). Y al salir hallaron un hombre de Cirene, llamado Simon, que venia del campo, padre de Alejandro y de Rufo: Y le alquilaron para que llevara la cruz de Jesus (2).

«Y le seguia una gran multitud del pueblo y mu-

(1) Era costumbre entre los romanos que el reo condenado á muerte llevara el instrumento de su suplicio. Vease lo que leemos en Plauto: *Patibulum ferat per urbem, deinde affigatur cruci* (Nonius *ex Plauto*).

(2) Ya he notado en otra parte que habia muchos judíos en Cirene, gran colonia griega situada cerca del mar Mediterraneo en Africa. El evangelista S. Marcos habla de Alejandro y Rufo como de hombres conocidos en su tiempo. Tal vez este Rufo es el que S. Pablo llama en la epístola á los romanos el escogido del Señor, y encarga que se salude á su madre como si fuera la suya propia.

jeres que lloraban y se lamentaban de él (1). Mas Jesus volviéndose hácia ellas dijo: Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos; porque ved que vendrán dias en que se dirá: ¡Dichosas las estériles y las entrañas que no concibieron, y los pechos que no criaron! Entonces empezarán á decir á las montañas: Caed sobre nosotros; y á los collados: cubridnos. Porque si esto hacen con la leña verde, ¿qué harán con la seca?»

Parece que la compasion de estas mujeres no fue mas que una compasion natural. Jesus con sus palabras les dió ocasion de mover su corazon á la consideracion de los pecados por los cuales padecia el Señor, y á la penitencia. De allí á treinta y seis ó treinta y siete años cayeron sobre el pueblo judío los males á que alude aqui el hijo de Dios. Bien pudieran los judíos haber dicho á las montañas y colinas que los cubrieran, cuando para eludir las minuciosas pesquisas de los romanos sedientos de sangre y de oro procuraron algunos, pero en vano, ocultarse en las cuevas de la ciudad, segun dice Josefo (*de bello judaico*).

«Y eran conducidos con él otros dos criminales para que sufriesen la muerte. Y luego que llegaron al sitio que se llama Gólgota, es decir, lugar del Calvario, le dieron á beber vino mezclado con hiel, y habiéndole probado no quiso beber (2).»

Los rabinos afirman que era costumbre entre los judíos dar una bebida muy fuerte á los que habian sido condenados á una muerte violenta para amortiguar sus dolores, y hasta fundan esta costumbre con mas sutileza que exactitud en la sentencia de Salomon (lib. de los Proverbios XXXI, 6): «Dad licores á los tristes, y vino á los que tienen amargura en el corazon.» Que el desvanecimiento fuese el objeto que se proponian, paréceme que resulta del hecho de haberse resistido nuestro Salvador á tomar aquel brevaje, queriendo beber hasta la última gota el caliz de sus tormentos.

«Crucificaron á Jesus y á los dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda. Asi se cumplió aquella palabra de la Escritura: Fue contado con los malvados. Jesus dijo: Padre, perdónales porque no saben lo que hacen.»

Un intérprete moderno (Sacy, *Explicacion de san Lucas*) cita aqui muy á propósito el pasaje de S. Pablo en la epístola á los hebreos (cap IX, v. 7), en que se dice que el sumo sacerdote de la antigua alianza no entraba mas que una vez al año en el santo de los santos, que ofrecia por sus propios pecados y por los del pueblo.

(1) *Y llorando*, koptesthai, plangere. Esto quiere decir que padecian un dolor violento, y le manifestaban golpeándose la cabeza y el pecho; con todo tambien significa lamentarse.

(2) En las mas de las ediciones griegas se lee *vinagre mezclado con hiel* en el cap. XXVII, v. 34 de san Mateo, y *vino mezclado con mirra* en el cap. XV, v. 23 de S. Marcos; pero en algunos manuscritos antiquísimos, entre ellos el de Cambridge, se lee *oinon*, vino, y la Vulgata traduce tambien *vinum*. De *oinon* podia facilmente formarse *oxos*, sobre todo si el copiante tuvo en el pensamiento el brevaje de vinagre que se ofreció al Señor despues. Ademas pudiera decirse tambien con razon que el vino cuando se vuelve agrio, puede llamarse vinagre lo mismo que vino. En cuanto á la mirra de que habla S. Marcos, y la hiel de que S. Mateo hace mencion, es creible que hubiese una y otra en la mixtura, y acaso tambien se nombraron las dos solamente para expresar la extremada amargura del brevaje. Es sabido que la voz *cholé*, hiel, tiene una significacion latísima en el sentido moral y físico.

En este momento el sumo pontífice eterno entra una vez para siempre en el verdadero santo de los santos, y ofrece no por él, sino por todos nosotros. Por muy culpable que fuese la ignorancia de los judíos, y sobre todo la de los caudillos del pueblo, todavía resulta cierto lo que dice el apostol en su epístola primera á los corintios (cap. II, v. 7 y 8): «Si hubieran conocido la sabiduría de Dios que estaba oculta, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria.» Tal vez segun el mismo comentador pensaba S. Pedro en esta peticion del hijo de Dios en favor de sus enemigos, cuando decia en su discurso (Actos de los apóst. III, 17): «Y ahora sé, hermanos, que habeis obrado por ignorancia como vuestros caudillos.»

¿Quién se atreveria á decir ni á creer que la súplica del gran pontífice eterno fuese vana en el momento que entraba en el santo de los santos? La súplica del que pide como hombre y oye como Dios, no es vana. Ya veremos cuantos millares de judíos se convirtieron á él despues de su muerte.

Todo su evangelio enseña la reconciliacion y el amor: toda su vida fue una vida de amor patentizado entre los hombres sus hermanos; y en la cruz pide por sus enemigos y los disculpa delante de su eterno padre. Ved aqui lo que Dios puso en boca de un gran profeta á este propósito: «Porque entregó su vida á la muerte, y fue reputado entre los malvados, y cargó con los pecados de muchos, *y pidió por los transgresores* (de la ley); por eso le daré en porcion un pueblo numeroso, y dividiré los despojos de los fuertes (Isaias LIII, 13).»

Los soldados pues (1), luego que crucificaron á

(1) Un signo patente de la insensibilidad de los romanos es que sus soldados, por otra parte tan altivos, se

Jesus cogieron sus vestiduras (é hicieron cuatro partes una para cada soldado) y la túnica: esta era inconsutil, tejida de arriba á abajo. Dijeron pues entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre cuya ha de ser: para que se cumpliese la Escritura que dice: Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes. Y asi lo hicieron los soldados, y sentados le custodiaban.

«Y Pilato escribió una inscripcion y la puso sobre la cruz. Y estaba escrito: Jesus Nazareno, rey de los judíos. Como el lugar donde fue crucificado Jesus estaba cerca de la ciudad, muchos judíos leyeron aquella inscripcion que estaba escrita en hebreo, griego y latin. Dijeron pues los pontífices de los judíos á Pilato: No escribas rey de los judíos, sino que él ha dicho: Soy rey de los judíos. Respondió Pilato: Lo que he escrito, escrito está (1).»

prestaban al oficio de alguaciles y hasta de perseguidores y verdugos, no solo en los campamentos, sino tambien en las provincias. Hallamos muchos ejemplos de este uso, que provenia sin duda de la multitud de rebeldes exasperados por una opresion cruel: Tertuliano censura severamente y con razon este uso, disuadiendo á los cristianos de su tiempo de abrazar la carrera militar, y les dice: *Et vincula, et carcerem, et tormenta, et suplicia administrabit*? (Tertull., de Corona, XI).

(1) Era costumbre entre los romanos trazar en un cartel y en pocas palabras el delito de los que eran llevados al suplicio, y atarsele al cuello ó hacer que fuera publicándolo en alta voz el pregonero. Respecto de los crucificados se fijaba el cartel sobre la cruz y encima de su cabeza. Como los caudillos del pueblo habian arrancado, por decirlo asi, la sentencia de muerte de Jesus á Pilato, este último se vengó, á lo que parece, con una burla que recayó en parte sobre los judíos, aunque en la apariencia no debia alcanzar mas que á Jesus.

«Y era la hora tercera del dia cuando le crucificaron (es decir, las nueve de la mañana segun nuestro modo de contar).»

El apostol S. Pablo dice en la epístola á los gálatas (cap. III, v. 13): «Cristo nos redimió de la maldicion de la ley, habiéndose hecho maldicion por nosotros, porque escrito está: Maldito todo el que está pendiente del madero.»

El pasaje que cita el Apostol está concebido en estos términos: «Cuando un hombre cometiere un delito que deba castigarte con la muerte, y condenado á muerte fuere colgado en el patíbulo; no permanecerá su cadaver en el madero, sino que será sepultado en el mismo dia, porque es maldito de Dios el que pende del madero (Deuteronomio XXI, 22 y 23).»

Asi queria el hijo de Dios expiar nuestro orgullo y sensualidad (1).

«Y los que pasaban blasfemaban de él meneando la cabeza y diciendo: ¡Eh! Tú que destruyes el templo de Dios y le reedificas en tres dias, salvate á tí mismo. Si eres el hijo de Dios, baja de la cruz. Igualmente se burlaban los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos, y decian: Ha salvado á otros y no puede salvarse á sí mismo. Si es rey de Israel, que baje ahora

(1) Los rabinos aseguran que segun costumbre de los judíos solo se colgaban en un palo para inspirar terror los cadáveres de ciertos criminales que habian perecido ahorcados ó apedreados, y que no se oraba, á lo menos en público, por el alma del que permanecia atado al palo, siendo asi que por otros muertos se oraba en las sinagogas por espacio de once meses.

Los griegos y romanos ataban algunas veces el crucificado á la cruz con cuerdas; pero otras le clavaban con clavos que le traspasaban las manos y los

mismo de la cruz y creeremos en él. Confia en Dios: que le libre ahora Dios si le quiere, pues ha dicho: Yo soy el hijo de Dios. Y los soldados le insultaban tambien acercándose y ofreciéndole vinagre y diciendo: Si eres el rey de los judíos, sálvate.

«Y uno de los ladrones que estaban colgados, blasfemaba de él diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros. Mas el otro le reprendia diciendo: Ni aun temes á Dios porque sufres la misma pena; y nosotros á la verdad con justicia, porque recibimos el castigo merecido por nuestros delitos; mas este no ha hecho ningun mal. Y decia á Jesus: Señor, acuérdate de mí cuando fueres á tu reino. Y Jesus le dijo: En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el paraiso (S. Mateo XXVII, 31 á 34, S. Marcos XV, 20 á 32, S. Lucas XXIII, 26 á 43, y S. Juan XIX, 17 á 24).»

Dos evangelistas dicen que los dos ladrones crucificados con Jesus blasfemaban de él; mas S. Lucas por el contrario dice formalmente: *Unus autem de his qui pendebant latronibus* &c. Hallamos en los evangelistas diferentes pasajes en que parece que uno atribuye á todos los discípulos en general lo que segun otro no dijo mas que uno solo. Asi por ejemplo S. Mateo (capí-

pies: entonces se apoyaban estos en una tabla, en que la parte inferior del cuerpo se sostenia con una cuña que atravesaba la cruz. Tertuliano dice hablando de esta tortura que era una atrocidad propia de la crucifixion: *Quæ propria crucis est atrocitas* (Tertull. *adversùs judæos* XI). Plauto hace tambien mencion de este uso en aquel pasaje: *Ego dabo ei talentum, primus qui in crucem excucurrerit, sed eâ lege ut affigantur bis pedes, bis brachia* (Plaut. *in Motellaria, act.* 2, s. 1, 12, 33).

tulo XIV, v. 17) pone en boca de los discípulos lo que solo dijo S. Andres segun S. Juan (cap. VI, v. 8 y 9). Asi dicen los discípulos segun S. Mateo (cap. XXVI, v. 8) lo que solo dijo Judas Iscariotes segun S. Juan (cap. XII, v. 4 y 5). En otros pasajes hace decir un evangelista á todos los discípulos lo que únicamente dijo Pedro segun el testimonio cierto de otro Lo seguro en todos estos casos es que el discípulo nombrado dijo lo que sepone en boca suya; pero no es tan cierto que los otros lo dijesen igualmente.

Una vez que el evangelista S. Lucas dice en términos formales que uno de los ladrones blasfemó de Jesus, es verosimil que no lo hizo el otro; con todo yo no me atreveria á asegurarlo con certeza. Acaso el uno blasfemaba con furor mientras que el otro se dejaba llevar por una culpable ligereza á proferir una expresion injuriosa, cuyo sincero arrepentimiento produjo en él una centella de salvacion.

Segun la profecía de Simeon fue puesto Jesucristo *para la ruina y resurreccion de muchos en Israel.* A ejemplo de aquel que fue crucificado con él, muchos pudieron caer, asi como muchos pudieron levantarse otra vez.

Esto dió lugar á dos escándalos. Hay hombres que se valen de este *tizon arrancado del fuego*, segun una expresion profética, como de un pretexto para diferir la penitencia, y se engañan torpemente. Esta es una locura y un crímen: como si un hombre estuviera seguro de no morir repentinamente: como si la mayor parte de las enfermedades no redujesen el enfermo al estado de letargo é indiferencia en todo lo que no toca directamente á los sentidos que padecen: como si el enfermo no experimentase nunca un sopor absoluto el sueño ó el delirio, resultado de una fiebre ardiente. ¿No se le ha visto nunca padecer sueños que representan imágenes que

abraza el alma con ansia, hasta que la arrebata la muerte? ¡Qué locura esperar á los dias por otra parte tan inciertos del dolor, del letargo y de una fiebre ardiente para levantar el alma y el corazon á Dios, para fijar seriamente el alma en las cosas invisibles y el corazon en Dios, de quien se desvia uno de intento por entregarse á la concupiscencia de la carne, á la concupiscencia de los ojos y á la soberbia de la vida, lo cual no viene del Padre, sino del mundo, como dice S. Juan! del mundo por quien no pedia Jesus cuando desahogó su corazon en la presencia de su padre celestial por amor á los suyos. ¡Qué locura esperar á aquellos dias en que tal vez todos los que rodeen al enfermo se dedicarán exclusivamente á apartar de él el pensamiento saludable de la muerte como moscas incómodas! ¡Qué locura! Pero la locura que arriesga la eternidad, es un delirio. ¡Qué ingratitud! Pero la ingratitud hácia nuestro criador y salvador, hácia el que nos ha santificado, es un crímen. ¡Qué locura y qué ingratitud renunciar á Dios por el mundo con la esperanza de que podremos, cuando el mundo nos abandone, echarnos en el seno de la misericordia divina! Pero las circunstancias mas favorables, rarísimas por cierto, que pueden presentarse en el lecho de la muerte, dejan poca esperanza al que se ha burlado de aquella misericordia. El temor del abismo abierto, aun cuando le vieramos á nuestros pies, no puede encender el amor en el corazon, y sin amor de Dios nadie verá la cara de Dios. El arrepentimiento sin amor es un presentimiento del infierno (1).

(1) El autor, impelido de un zelo fervoroso, pinta aqui con energía las dificultades de la conversion dilatada de propósito hasta la hora de la muerte; pero no se vaya á inferir por eso que la reputa como imposible. Léanse

El que haya abusado desdeñosamente de los llamamientos misericordiosos de Dios, es probable que á la hora de la muerte esté mas cercano de la desesperacion que del arrepentimiento mezclado de amor: ó le endurecerá la impiedad, ó le cegará la ilusion acerca del estado de su alma, y algunos consoladores afligidos (engañados como él) mantendrán aquella ilusion. Hasta los mundanos hacen á veces los falsos devotos junto al lecho del dolor de su compañero; y si muere con vanas esperanzas, se consuelan ellos con la de que algun dia cuando ya no tenga el tiempo nada que concederles, y se acerque la eternidad, tendrán tambien parte en las delicias del cielo.

Mas tambien se equivoca y es ingrato aquel para quien la misericordia que Dios concedió al ladron, se vuelve un motivo de duda, de murmuracion y de mofa. Tal vez aquel ladron era un joven precipitado en el mal en un instante de olvido: tal vez mientras estaba aherrojado en la carcel habia levantado ya los ojos á Dios; pero tales suposiciones son superfluas. Lo cierto es que era un gran pecador y que ultrajó al hijo de Dios de concierto con sus enemigos. Asi tampoco él sabia lo que hacia, y la súplica del pontífice eterno obraba en él en los últimos instantes de su vida. El hijo de Dios ha recibido dones para los hombres, aun para los rebeldes, como dice el real profeta (salmo LXVII, v. 19). El rayo de la divina gracia puede penetrar la noche del pecado, y ablandar corazones duros como un peñasco. Si es un frenesí audaz querer vivir en el pecado y contar con que este rayo de la gracia de Dios iluminará la noche de la muerte: tambien es una temeridad frenética sostener que el sol de justicia que está inmóvil en su horizonte, no alumbrará jamás con su resplandor la noche en que está sumergida el alma del pecador.

las tres páginas siguientes, y se aclararán todas las dudas. Tambien se entenderá mejor esta proposicion: *El arrepentimiento sin amor es un presentimiento del infierno*; la cual conviene en el fondo con la doctrina de todos los teólogos ortodoxos sobre la contricion perfecta é imperfecta.

(*N. de los RR. de la B. R.*)

¡Qué cruel es la filosofia que no concede ninguna misericordia al verdadero arrepentimiento del moribundo, só pretexto de que no está ya en su mano, como dice aquella, destruir la secuela del pecado, practicar ninguna virtud, ni hacer buenas obras! Nosotros no podemos dar valor y duracion á nuestras virtudes, ni precio á nuestras acciones, sino refiriéndolas á Dios y dirigiendo nuestra voluntad y nuestro amor hácia él: nada podemos ofrecer á Dios mas que nuestra voluntad. Todo el que se la consagra realmente (y el simple temor de la muerte no puede hacerlo sin amor), todo el que derrama lágrimas amargas de arrepentimiento, arrancadas, no solo por el temor de la muerte, sino por la idea de no haber amado al único que es digno de amor, al ser de los seres, al Padre que entregó su hijo por nosotros, al Hijo que murió por nosotros, al Espíritu Santo que nos santifica; todo el que reconoce con lágrimas haber quebrantado su ley, y está dispuesto á dedicar en su servicio toda la vida si Dios se la restituye; no debemos nosotros que *somos malos* segun expresion del evangelista, juzgarle ni desesperar de su salvacion, mucho menos cuando tiene los sentimientos del rey penitente, que levantándose gloriosamente del hondo abismo en que cayera, decia de lo íntimo de su abrasada alma: «El sacrificio para Dios es una alma partida de dolor: ó Dios, tú no despreciarás un corazon contrito y humillado.»

Aquel que con la conciencia de sus pecados se arrastra por el polvo como un gusano delante del juez de la tierra con un arrepentimiento verdadero y con un amor que impide que el temor llegue hasta la desesperacion; aquel que implora la misericordia desde lo profundo de un corazon ya contrito, y la espera solamente en virtud de los méritos de Jesucristo; ya se ha apiadado Dios de él poniendo en su corazon esta fé, esta esperanza y esta caridad. Asi, como Dios solo puede conceder misericordia, es una demencia y un crímen dilatar la penitencia, haciéndose cada vez mas indigno de esta gracia; pero como Dios puede concederla, es una temeridad decir que no la concede en tal ó cual caso.

Dios es impenetrable en su gracia como en sus juicios. Al paso que los ancianos del pueblo de Israel, los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes, esos hombres que estaban sentados en la cátedra de Moisés y de Aaron, desconocen al Mesías esperado hacia tanto tiempo, le ultrajan y le crucifican, un ladron colgado de un madero le confiesa en alta voz. Este es el primer fruto y uno de los mas nobles del arbol de la cruz. Si para un cristiano es una gloria confesar á Jesucristo crucificado, si como él mismo dice es dichoso el que no se escandaliza en él; debemos reputar por feliz al que confesó á Jesucristo en la hora en que sufria la mas atroz ignominia, aquel para quien *Jesucristo crucificado* era entonces *la fuerza y la sabiduría*, como dice el Apostol (epist. I ad corint., I, 24). El instante de mayor escándalo fue para aquel hombre colmado de gracias un instante de confesion, de confianza y de misericordia de Dios.

Su confianza estaba llena de humildad, y su humildad llena de confianza. Una verdadera humildad y una verdadera confianza son hijas del amor y son insepara-

bles. Solamente pedia al Señor que se acordara de él cuando entrase en su reino. ¡Dichoso aquel de quien se acuerda Jesucristo en su gracia! ¡Qué deliciosa satisfaccion debió sentir cuando el hijo de Dios le hizo esta promesa: Hoy estarás conmigo en el paraiso! En el paraiso, es decir, en el lugar del descanso y de la alegria, donde todas las almas de los justos esperaban hasta que Jesus fue á tomarlas y conducirlas consigo al tiempo de su ascension al cielo, sitio de las manifestaciones de Dios, en donde el que llena el universo con su presencia, hace bienaventurados los espíritus con su vista.

«Y estaban de pie junto á la cruz de Jesus su madre y la hermana de su madre, María de Cleofas (1) y María Magdalena. Habiendo pues visto Jesus á su madre, y que estaba á su lado el discípulo que él amaba, dice á su madre: Mujer, hé ahí tu hijo. Despues dice al discípulo: Hé ahí tu madre. Y desde aquella hora la recibió el discípulo en su casa.»

Entonces fue cuando la espada atravesó el corazon de María, segun se lo habia predicho el santo anciano

(1) *De Cleofas* segun el modo de hablar ordinario, es decir, la hija de Cleofas; sin embargo hallamos una excepcion de este uso de la lengua en los Actos de los apóstoles (cap. I, v. 13), donde Judas, hermano de Santiago el menor, es llamado despues de este *Judas de Santiago*. La opinion probable es que á esta María, hermana de la madre de Jesus, se la llama *de Cleofas*, porque era su esposo este, que debió ser el mismo que Alfeo, ó como juzga Tillemont, primero fue mujer de Alfeo, y muerto este se casó con Cleofas. De Alfeo tuvo cuatro hijos, Santiago, José, Simon y Judas, que como primos de Jesus se llamaron sus hermanos. Santiago y Judas son los autores de las epístolas que llevan su nombre, y se cuentan entre los libros canónicos.

poco despues del nacimiento de su divino hijo. Las palabras amorosas de este le procuraron algun consuelo; y ¡qué santo gozo no debió sentir en adelante asi ella como el discípulo amado de Jesus, con la santa al anza que el Señor mismo formó entre ellas en aquel instante!

«Y era como la hora sexta, y llegada la hora sexta del dia se esparcieron las tinieblas por toda la tierra (1) hasta la hora nona, y se obscureció el sol.

«Y á la hora nona clamó Jesus con una gran voz diciendo: Eloi, Eloi, lamma sabacthani; que se interpreta: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?»

(1) La expresion *epi pasan tên gên* de S. Mateo y *eph' olên tên gên* de S. Marcos y S. Lucas puede significar *por todo el pais* lo mismo que *por toda la tierra*. Muchos santos padres aplican estas palabras á toda la tierra, es decir, al hemisferio que el sol iluminaba á aquella hora. Orígenes y otros muchos comentadores las aplican solamente á la Judea. Eusebio ha conservado en su *Crónica* un pasaje notable de un escrito de Flegon, liberto del emperador Adriano (cuyo reinado fue desde el año 117 al 138), que dice asi: «En el año cuarto de la olimpiada 202 hubo un eclipse de sol que fue mayor que todos los de que tenemos noticia. A la hora sexta (el mediodia) era de noche de modo que se veian las estrellas, y en Bethania hubo un gran terremoto que arruinó una porcion considerable de la ciudad de Nicea (Eusebio, *Cronolog.*)» Segun la cronología de una multitud de sabios, la época de que aqui se trata coincide con el año de la muerte de nuestro Salvador. El mismo Eusebio cita sin nombrarle otro escritor griego que se expresa asi: «El sol se habia obscurecido: un temblor de tierra conmovia la Bethania, y gran parte de la ciudad de Nicea se arruinó (*Crónica* de Eusebio).»

Julio Africano que vivió al principio del siglo III, cita este pasaje y al mismo tiempo el de otro autor (Talo)

¿Quién puede hablar de los misterios del amor de Dios sino con lengua balbuciente? En este instante sobre el Gólgota su divinidad, que no se separaba de él, privó á su santa humanidad de todo consuelo, como le habia privado la víspera en el huerto de Getsemaní. *Habiendose hecho él maldicion para rescatarnos de la maldicion* en frase del Apostol, nos mereció la bendicion eterna, y quiso sentirse abandonado de su padre para que *nosotros fuesemos uno, como él y el Padre son uno, y estuviese él en nosotros y el Padre en él.*

Cuando el Salvador pronunció en alta voz las palabras: *¿por qué me has abandonado?* con que principia el salmo XXI, quiso recordar á los que le oian, el contenido de todo el salmo, que encierra las quejas mas lamentables, la imagen mas viva de sus tormentos, la confianza ilimitada en Dios, su alabanza y las consecuencias gloriosas de la redencion.

á quien refuta, porque este miraba aquella obscuridad como efecto de un eclipse ordinario de sol, que no puede verificarse en el plenilunio.

Tertuliano que florecia en el siglo II, y vivió hasta el año 216, y Rufino que vivió hasta el de 410, remiten los romanos paganos á los archivos públicos para la prueba de dichas tinieblas.

Es evidente que aquella obscuridad no podia ser efecto de un eclipse ordinario de sol, porque este no puede ocurrir en el plenilunio, y la Pascua de los judíos debia celebrarse siempre durante él. Si Flegon habla de *esta* obscuridad, y es verdad que se vieron las estrellas en el firmamento; este fenómeno no podia proceder tampoco de obscurecimiento de la atmósfera que precede ó acompaña de ordinario á los grandes terremotos. El Señor quiso que la misma naturaleza atestiguase con señales extraordinarias á favor del mayor acontecimiento que ocurrió jamás sobre la tierra.

«Y algunos de los circunstantes al oirle decian: Ved que llama á Elias.

«Despues sabiendo Jesus que todo está consumado, para que se cumpliese la Escritura dijo: Tengo sed. Y uno de ellos corriendo empapó una esponja en vinagre y poniéndola al cabo de una caña (1) le daba de beber diciendo: Dejad, veamos si viene Elias á bajarle (de la cruz)»

Hé aqui lo que habia predicho el salmista (salmo LXVII, v. 29): «Y me dieron hiel por alimento, y para apagar mi sed me dieron vinagre.»

«Luego pues que Jesus tomó el vinagre, dijo: Todo está consumado.

«Y Jesus dando otra vez un gran grito dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo estas palabras espiró.»

El Señor pronunció estas palabras del salmo XXX con voz fuerte para manifestar asi que segun las fuerzas de la naturaleza todavía podia vivir algunas horas, y que queria morir entonces porque todo estaba consumado, porque habia apurado el caliz de sus tormentos hasta la última gota, es decir, la medida marcada desde la eternidad. Murió entonces porque lo queria asi el que habia dicho á los judíos unos cuatro meses antes: «Por eso me ama mi padre, porque doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita; pero la doy yo de mí mismo; y tengo potestad de darla y tengo po-

(1) S. Juan dice *hyscpo*, una caña de hisopo; expresion que puede concertarse bien con la de los otros evangelistas (*calamo*, *arundini*), si se tiene presente que el hisopo, planta humilde y de poca elevacion en nuestros climas, llega en el Asia á adquirir la fuerza y altura de una caña.

testad de tomarla de nuevo (1). Yo he recibido este mandato de mi padre (S. Juan X, 17 y 18).»

¡Qué respeto nos enseña á la palabra de Dios, esa guia segura en nuestro estado de infancia, ese bordon de peregrinante que se nos ha dado mientras viajamos á la patria celestial, para que *sea la antorcha que dirija nuestros pasos*, *la luz que alumbre la senda*, cuando atravesemos el valle tenebroso de la muerte. En las últimas horas de su vida pronuncia dos veces las palabras de David, y exhala el último suspiro profiriendo lo que el Espíritu Santo habia dictado al profeta rey.

«Y el velo del templo se rasgó por medio de arriba abajo, y la tierra tembló, y las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de los santos que habian muerto se levantaron, y saliendo de sus sepulcros, despues de resucitados, fueron á la ciudad santa y se aparecieron á muchos (S. Mateo XXVII, 31 á 53, S. Marcos XV, 20 á 38, S. Lucas XXIII, 26 á 46 y S. Juan XIX, 16 á 30).»

La naturaleza habia vestido luto por tres horas enmedio de una obscuridad milagrosa: poco antes de la muerte del Salvador desapareció esta. Apenas habia inclinado el Señor la cabeza, vinieron nuevas señales de

(1) *Clavado en la cruz*, dice Tertuliano, *espiró con una palabra*. Si yo no me equivoco, compara aquel doctor el obscurecimiento del sol enmedio del dia á la espiracion de Jesucristo, cuyas fuerzas no estaban aun aniquiladas. Veamos cómo se explica: *Et tamen* (yo leo con Rigault *et tandem*) *suffixus spiritum cum verbo dimisit prævento carnificis officio. Eodem momento dies, medium orbem signante sole, subducta est.* ¿No es de creer que Tertuliano escribiese *eodem modo*, mucho mas cuando las tinieblas habian empezado ya tres horas antes de morir Jesus?

terror á anunciar la grandeza del que estaba pendiente de la cruz como una maldicion.

Condenado Jesucristo á muerte por Pilato fue conducido al Gólgota como á la hora tercera (las nueve de la mañana), cuando se celebraba el sacrificio matutino. Inclinó la cabeza y entregó su espíritu en manos de su padre como á la hora nona (las tres de la tarde) cuando se hacia el sacrificio vespertino, que era mas solemne que el de la mañana, y al que asistian mayor número de fieles que habian ido al templo á orar. Durante los dos sacrificios estaba un sacerdote en el santuario quemando incienso en el altar de los aromas: se colocaba inmediatamente delante del santo de los santos, y tenia la cara vuelta á esta parte del santuario de que solo le separaba el velo. El pueblo mirando hácia el santuario se quedaba en el vestíbulo de las mujeres, donde se quemaba la víctima de la mañana ó de la tarde sobre el altar de los holocaustos. Era esta un cordero degollado, y de consiguiente se derramaba sangre. Cada uno oraba para sí segun le inspiraba su corazon, mientras que habia unos hombres especiales entre el pueblo y el santuario en el vestíbulo estrecho de Israel, que representaban á las doce tribus y rezaban ciertas oraciones en alta voz. Presumo que cantaban tambien salmos y alabanzas á Dios. Por consiguiente el sacerdote que quemaba el incienso debia ver la rasgadura milagrosa del velo. El santo de los santos en el que el sumo sacerdote entraba una sola vez al año, el dia de la *fiesta de las propiciaciones*, habiendo quedado descubierto, debia presentarle una señal terrible de la ira de Dios, mucho mas cuando las tinieblas habian precedido á este suceso. El sacerdote aterrado corrió sin duda desde el santuario al vestíbulo de Israel, y aun cuando se hubiera quedado hasta el fin del sacrificio, no por eso dejaria de contar á los que estaban en

el vestíbulo, y al pueblo de qué modo terrible se habia manifestado el Señor, y cómo el santo de los santos habia quedado descubierto. Asi Dios habia cuidado de que no pudiera originarse duda ninguna acerca de la hora en que se rasgó el velo. El hecho de descubrirse el santo de los santos indicaba la abolicion de las sombras, porque el gran pontífice eterno habia entrado en el verdadero santo de los santos en el dia verdadero de las propiciaciones. En el instante en que dijo Jesus: *Todo está consumado*, cesó la antigua alianza con los hijos de Abraham segun la carne, y principió la nueva con los hijos de Abraham segun la promesa, que es: «Vosotros sois todos hijos de Dios por la fé en Jesucristo (S. Pablo, epist. á los galat. III, 26).»

Los fariseos y saduceos habian pedido un dia á Jesus un signo en el cielo: el Mesias al morir y despues de muerto les dió signos en el cielo cubierto de una obscuridad profunda, signos en la tierra que se conmovió, y signos en lo hondo de los abismos y en el templo.

S. Mateo cuenta la resurreccion de los santos como acaecida al mismo tiempo que el prodigio de la rasgadura del velo del templo y el temblor de tierra, porque todos estos signos glorificaban al hijo de Dios despues de su muerte; pero nos dice juntamente que los santos no salieron de sus sepulcros hasta despues de la resurreccion de Jesucristo. No resucitaron hasta despues de resucitado el hijo de Dios, porque Jesucristo se hizo las primicias de los que duermen en el sueño de la muerte (Epist. I ad cor. XV, 20). No nos dice la sagrada escritura si estos santos eran algunos patriarcas y profetas ó personas muertas poco habia, que se aparecieron á las que conocian personalmente. Unos juzgan que dejaron sus cuerpos transfigurados para resucitar de nuevo en el dia del juicio final: otros

por el contrario suponen que acompañaron á Jesucristo al cielo el dia de su gloriosa Ascension.

Nadie pone en duda que los que fueron resucitados por los profetas, por nuestro Señor, por sus apóstoles y por santos posteriores, muriesen de nuevo, porque no resucitaban con un cuerpo transfigurado; pero parece que los que salieron de sus sepulcros despues de la resurreccion del hijo de Dios, resucitaron con cuerpos transfigurados, porque se dice de ellos que *se aparecieron á muchos*, cuya expresion da á entender que no eran visibles para todos.

Con todo la opinion dominante de los santos padres es que los resucitados que aparecieron con cuerpos transfigurados, dejaron de nuevo sus cuerpos en los sepulcros antes de acompañar al hijo de Dios en su subida al cielo para llegar á la vista de Dios, de la que estaban privados como lo habian estado todas las almas antes de la Ascension de Jesucristo (esto es no solamente una opinion, sino un dogma de la iglesia). Las razones que saca S. Agustin de la palabra de Dios para defender que se despojaron de nuevo de sus cuerpos transfigurados, me parecen perentorias Hállalas en la epístola á los hebreos, cuyo autor iluminado por el Espíritu Santo dice hablando de los grandes santos de la antigua alianza: «Y todos estos probados con el testimonio de la fé no recibieron la promesa (es decir, el objeto de la promesa segun el uso de la lengua hebrea), proveyendo Dios algo mejor por nosotros, para que no fuese consumada su felicidad sin nosotros (cap. XI, 39 y 40).» No quiere decir esto que esten privados de la dicha de ver á Dios hasta el dia del juicio; pero solo entonces recibirán el cuerpo *configurado al cuerpo de su gloria* (de Jesucristo) *segun la virtud eficaz con que puede tambien sujetar á él todas las cosas*, como dice el Apostol (ad philip. III, 21).

LIBRO SEXTO.

DESDE LA MUERTE DE JESUCRISTO HASTA LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO SOBRE LOS APOSTOLES.

CAPITULO I.

Impresion que hicieron estos prodigios en el centurion y en la multitud de espectadores.

«Y viendo el centurion que estaba enfrente de él, el temblor de tierra, y que habia espirado dando un grito dijo: Verdaderamente este hombre era hijo de Dios.

«Y toda la multitud de los que asistian á este espectáculo y veian lo que pasaba, se volvian dándose golpes de pecho.

«Y estaban á lo lejos todos los conocidos de Jesus y las mujeres que le habian seguido desde Galilea viendo esto, y entre ellas estaban María Magdalena y María, madre de Santiago el menor y José, y Salomé, madre de los hijos de Zebedeo, que le habian seguido tambien cuando estaba en Galilea y le servian, y otras muchas que habian subido con él á Jerusalem (1) (San Mateo XXII, 54 á 56, S. Marcos XV, 39 á 41 y San Lucas XXIII, 47 á 49).»

(1) *Diakonein*, *ministrare* debe entenderse aqui de la asistencia en las necesidades de la humanidad, que son el alimento y el vestido á que quiso sujetarse el hijo de Dios como vemos en S. Lucas. «Porque vosotros sabeis, dice S. Pablo (epist. I ad cor. VIII, 9), cuál fue la caridad de nuestro Señor Jesucristo que siendo rico se hizo

CAPITULO II.

Un soldado traspasa á Jesus el costado con la lanza.

«Los judíos pues (porque era el dia de la parasceve) para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado (porque era grande aquel dia de sabado), suplicaron á Pilato que se les quebrantasen las piernas y fuesen bajados. Vinieron pues los soldados y quebrantaron las piernas de los dos que habian sido crucificados con él. Mas al llegar á Jesus como vieron que ya habia muerto no le quebrantaron las piernas (1); pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua. Y el que lo vió dió testimonio, y su testimonio es verdadero, y sabe que dice verdad, para que vosotros creais tambien. Porque esto sucedió para que se cumpliese la Escritura: No quebrantareis ninguno de sus huesos. Y otra escritura dice tambien:

pobre por amor vuestro para que vosotros fueseis ricos por su pobreza.» El mismo Jesucristo dijo: «Las zorras tienen sus guaridas y los pájaros sus nidos; mas el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.» Vease lo que dice S. Francisco de Sales á este propósito: «Abrazad pues esta pobreza como la amiga querida de Jesucristo, quien nació y murió con la pobreza, que fue su nodriza toda la vida (*Introduc. á la vida devota*, lib. III, cap. XIII).»

(1) Se quebrantaban las piernas á los crucificados para acelerar su muerte; con todo no siempre se conseguia este objeto, y á veces vivian aun todo el dia siguiente. En tiempo de Orígenes, es decir, en la primera mitad del siglo III se traspasaban las axilas de los crucificados para terminar sus tormentos. Asi nos lo dice aquel doctor en sus comentarios al Evangelio de S. Mateo.

Verán á quién traspasaron (S. Juan XIX, 31 á 37).»

No quebrantareis ninguno de sus huesos. Dios decia estas palabras respecto del cordero pascual, figura de Jesucristo, que fue inmolado por nosotros en la fiesta de la Pascua, y que se ofreció voluntariamente por nuestra salud.

El tono solemne con que nos habla el evangelista S. Juan de la abertura del costado de Jesus, y la manera con que el profeta la habia predicho y que aquel menciona de nuevo en su Apocalipsis, me parece que justifican la interpretacion de los santos padres, los cuales veian una significacion misteriosa en este suceso. En la sangre y el agua vieron los dos sacramentos principales, el bautismo y la eucaristía, que encierran las gracias copiosas encomendadas por el hijo de Dios á su iglesia, á quien él llama su esposa, y que salió, por decirlo asi, con estos sacramentos del costado de su cuerpo, que dormia un breve sueño de la muerte, á la manera que salió Eva del cuerpo de Adam dormido. El mismo discípulo amado dice de Jesus en su primera epístola (capitulo V, v. 6): «Este Jesucristo es el que vino por el agua y la sangre, no solamente con el agua, sino con el agua y la sangre.»

CAPITULO III.

Sepultura del Señor: guardias en su sepulcro.

«Y siendo ya tarde (porque era la parasceve que es el dia antes del sábado), José de Arimatea, noble decurion, hombre virtuoso y justo que esperaba tambien el reino de Dios, como que era discípulo de Jesus, pero oculto por miedo á los judíos, y que no habia consentido en el designio ni en los actos de los otros, entró atrevidamente en casa de Pilato y le pidió el cuerpo de Je-

sus (1). Mas Pilato, extrañando que hubiese muerto ya, llamó al centurion y le preguntó si estaba ya muerto, y habiendolo asegurado el centurion, mandó Pilato que fuese entregado el cuerpo á José. Este habiendo tomado el cuerpo le envolvió en una sábana limpia.

«Y vino Nicodemus, aquel que se habia presentado de noche á Jesus en otra ocasion, y llevaba una mixtura de mirra y aloes como unas cien libras. Tomaron pues el cuerpo de Jesus y le envolvieron en una sábana blanca con aromas, segun acostumbran los judíos sepultar. Y habia en el lugar en que fue crucificado, un huerto y en el huerto un sepulcro nuevo que José habia mandado labrar en la piedra, y en el cual no habia sido puesto nadie. Las mujeres que habian seguido á Jesus desde Galilea, María Magdalena y la otra María, madre de José (2), estaban sentadas alli delante del sepulcro. Alli pues pusieron á Jesus á causa de la parasceve de los judíos porque este sepulcro estaba cerca de Jerusalem.

(1) José de Arimatea se llamó asi de una ciudad que se cree ser la misma que Rama en las montañas de Efraim, patria de Samuel. Asá, rey del reino de Judá, la habia conquistado del poder de Baasa, rey de Israel (libro III de los Reyes XV, 22). Demetrio Soter la restituyó á los judíos que la habian perdido en tiempo de Macabeo Jonatas (lib. I de los Macabeos XI, 34). En el dia no es mas que un lugar que se llama Samuele. Algunos autores han creido que José era senador de aquella ciudad; pero esta opinion no estriba en ningun fundamento. Habia mandado labrar un sepulcro en la piedra viva para sí cerca de Jerusalem; luego habitaba en esta ciudad, y una vez que se dice formalmente que no consintió en el designio ni en los actos de los otros, resulta de ahí que era miembro del sanhedrin en Jerusalem, es decir, del gran consejo.

(2) Madre de José y de Santiago el menor, de Judas Tadeo y de Simon: era la hermana de la madre de Dios.

Y José colocó una piedra á la entrada del sepulcro (1), y empezaba el dia del sábado.

«Mas las mujeres que consideraban el sepulcro y cómo habia sido puesto alli el cuerpo de Jesus, volviéndose prepararon aromas y perfumes, y descansaron el sábado segun el precepto.»

El sábado empezaba á la aparicion de las primeras estrellas en el cielo. La diligencia que practicó José en casa de Pilato donde se retardó, porque este hizo llamar al centurion, la compra de la sábana blanca, de los aromas y perfumes, el descendimiento de Jesus de la cruz y su ungimiento, todo esto debia ejecutarse en el tiempo que pasó entre la muerte del Señor y el principio del sábado, es decir, en unas cuatro horas. Se llamaba *la tarde* todo el tiempo que quedaba desde el sacrificio vespertino, es decir, desde las tres de la tarde.

José y Nicodemus habian reconocido á Jesus por el Mesias en vida; pero *el temor de los judíos*, es decir, de sus compañeros en el gran consejo los habia quitado reconocerle públicamente; sin embargo le amaban, y el peligro de muerte en que estaba el amado animó su amor. No podemos dudar que Nicodemus y José se declarasen abiertamente por Jesus luego que el gran consejo se reunió contra él. El testimonio dado manifiestamente á Jesus enmedio de sus enemigos atrae nuevas gracias sobre aquel que le da. José se atrevió á presen-

(1) Ya hemos notado que segun el uso de la lengua de los antiguos se atribuia muchísimas veces á uno la accion que mandaba hacer á todos ó hacia juntamente con ellos. José solo no podia rodar la piedra *porque era muy grande*, y necesitó de la ayuda de muchos. Es posible y aun probable que por respeto y amor al que estaba en el sepulcro, ayudó á llevar la piedra.

tarse al gobernador romano, y ambos tributaron el obsequio de un precioso embalsamamiento al santo cuerpo que habia pendido de la cruz como una maldicion, y esto á la vista de los romanos para quienes Jesus era *una locura*, y en presencia de los judíos para quienes era un *escándalo*. José le depositó en su propio sepulcro.

«Y al otro dia que era despues de la parasceve, se juntaron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos en casa de Pilato diciendo: Señor, nos acordamos que aquel seductor dijo cuando vivia: Despues de tres dias resucitaré. Manda pues que sea custodiado el sepulcro hasta el tercer dia, no sea caso que vengan sus discípulos y le roben, y digan al pueblo: Ha resucitado de los muertos; y el último error será peor que el primero. Pilato les dijo: Teneis guardias (1), id y guardadle como sabeis. Y ellos yendose pusieron guardias al rededor del sepulcro y sellaron la piedra (S. Mat. XXVII, 37 á 66, S. Marcos XV, 42 á 47, S. Lucas XXIII, 50 á 56 y S. Juan XIX, 38 á 42).»

Es menester confesar que la prudencia humana empleó los medios mas seguros para evitar la supuesta impostura que se temia. El sello del gran consejo ó del sumo sacerdote y la guardia de soldados romanos debian preservar el sepulcro de toda violacion; pero todas aquellas medidas precautorias tomadas solemnemente no habian de servir sino para divulgar con mas prontitud y generalidad la resurreccion de Jesus y para probar su autenticidad. La sabiduría eterna que no estaba sin ejercer su poder, lo dispuso asi para que á cau-

(1) Una cohorte de romanos estaba destinada á guardar el templo ó mas bien á evitar que el pueblo se sublevara en él como habia acontecido muchas veces. De esta tropa habla Pilato, y de ella debian tomar los judíos la guardia necesaria.

sa de estar próximo el sábado depositase José el cuerpo en su propio sepulcro cerca de la ciudad que debia ser testigo, y muy cerca del Calvario donde eran sepultados los criminales, y en el enterramiento de un rico segun la prediccion del gran profeta: «Se le reservaba la sepultura del impío, y fue sepultado en el sepulcro del rico (Isaias LIII, 9).»

CAPITULO IV.

Desciende Jesucristo á los infiernos.

Podemos sentarnos en espíritu con las santas mujeres cerca del sepulcro del hijo de Dios, y al verlas dejar aquel lugar con llanto podemos regocijarnos de antemano enmedio de la afliccion de su alma cubierta de tinieblas por el triunfo próximo de nuestro divino Salvador. Mas asi como hemos seguido su cuerpo hasta el sepulcro, ¡ojalá sigamos tambien su alma hasta el lugar á donde fue despues que inclinó la cabeza y se consumó todo lo que habia decretado padecer por nosotros desde la eternidad!

Hemos oido qué palabras de salud dirigió Jesucristo, *que tiene la palabra de la vida eterna*, desde su cruz convertida por él en un trono de gracia al buen ladron pendiente de otra cruz á su lado. *Hoy*, le dice, *estarás conmigo en el paraiso.* Entró pues el hijo de Dios en el paraiso el dia de su muerte. Pero ¿qué paraiso era este? ¿Era el que llamaban los israelitas el seno de Abraham, ó era el cielo en donde los justos perfectos gozan la dicha de ver á Dios por toda la eternidad en compañía de los espíritus puros?

En nuestros libros santos, asi del antiguo como del nuevo testamento, hallamos pasajes muy notables sobre la aparicion del hijo de Dios entre las almas de los

muertos y sobre el objeto de esta aparicion. Dichos pasajes son rayos sueltos; pero reunidos en un foco por la tradicion despiden tal luz en el abismo que podemos seguir al hijo de Dios hasta que se oculta á nuestras miradas.

Luego que Jesucristo inclinó la cabeza y se consumó todo lo que habia resuelto padecer por nosotros desde la eternidad, su alma fue (segun nos enseña la santa tradicion de la iglesia desde el tiempo de los apóstoles) á visitar las almas de los justos, que aunque existentes en un lugar de descanso y de alegría (que nuestro Salvador llama una vez el seno de Abraham segun la expresion hebrea, y otra el paraiso), aguardaban su visita con un deseo ardiente (S. Lucas XVI, 22, XXIII, 43). Aquellas almas no habian tenido aun la dicha de ver á Dios cara á cara: Jesucristo se la proporcionó llevandolas consigo al tiempo de su ascension cuando se sentó á la diestra de su padre.

En este paraiso estaban juntamente las almas que no habian necesitado purificarse despues de la muerte, y las que habian pasado por esta purificacion. Los alemanes llaman *Vorholle* (que en latin quiere decir *limbus*) este lugar de descanso y de alegría, que no es aun el de la dicha perfecta de los justos; pero ¿por qué no se le ha de llamar con nuestro Salvador el paraiso? Al lugar de purificacion llamado en latin *purgatorium* dan los alemanes el nombre de *Fegfeuer*, fuego que purifica.

No sabemos si nuestro Salvador visitó tambien las almas del purgatorio, ó si á su ascension las llevó consigo al cielo. Pareceme que puede suponerse: á lo menos no debe mirarse como absurda tal opinion, supuesto que todas las almas que esten en el purgatorio en el dia del juicio final, deben pasar á la bienaventuranza de los justos. Tambien me parece que varios pasajes de

nuestros libros santos que hablan de esta visita con que nuestro Salvador honró á los justos, se aplican mas naturalmente á las almas que estaban en este lugar de purificacion, que á las del paraiso.

Por último creen algunos que el vencedor de la muerte y del infierno se apareció á los réprobos y á los ángeles rebeldes. Tan temerario seria afirmar nada acerca de esta última opinion como el querer adivinar todos los designios que podia tener el hijo de Dios al visitar las almas de los justos. Sigamos á Jesucristo con santo respeto mientras nos guia la luz de la divina escritura y de la santa tradicion; pero detengámonos á la entrada del abismo donde nos abandona esta luz.

Llamamos esta visita que hizo Jesucristo á los muertos, la bajada á los infiernos conforme al modo antiguo de hablar, en que se designaban con la voz *infierno* el sepulcro, los lugares inferiores de la tierra y todo el reino de las sombras. (El *scheol* de los hebreos y el *hades* de los griegos, cuya expresion se halla tambien en el nuevo testamento). La palabra infierno tenia la misma significacion entre los antiguos germanos y los escandinavos; de donde vino entre estos últimos el nombre Hela que daban á la diosa de la muerte. Esta voz corresponde á *gruta* ó hueco, cuya imagen encierra tambien la idea del desmayo. De arriba nos viene la luz que todo lo alegra y vivifica: por cima de nuestra cabeza giran esos luminares magestuosos del cielo, cuya influencia es tan benéfica y tan independiente de nosotros: este es un motivo mas de unir la idea del poderío con la de la elevacion. Todas las naciones se han representado y se representan aun arriba el sitio de delicias inefables, la mansion de los dioses, ya fuese en encumbradas montañas, ya en el cielo. La alegría levanta, y la tristeza abate la cabeza de los hombres. El

levantar la cabeza es un privilegio que tiene el hombre sobre los animales, cuyas miradas conformes á su naturaleza se inclinan hácia la tierra y hácia su alimento. La vida nos levanta y la muerte nos tiende en el suelo, y el cuerpo tendido es sepultado en el seno de la tierra. Es muy natural que el hombre haya unido á la idea de altura las de poderío, alegría y gracia y á la de profundidad las de debilidad, afliccion y temor. Me parece que al examinar los pasajes de la sagrada escritura que hablan de la bajada de Jesucristo á los infiernos, deberia saltar á los ojos la idea de este modo de presentar las cosas que ha pasado al lenguaje.

Reunamos ahora los pasajes de nuestros libros santos que hablan de este misterio. En el salmo XV, versículo 10, donde seria imposible desconocer una profecía relativa al Mesias, aun cuando el apostol S. Pedro no nos lo dijere formalmente en el libro de los actos, dice el real profeta: «Porque no abandonarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea la corrupcion.»

Vease lo que leemos en otro salmo (LXVII, v. 5): «Cantad á Dios: decid salmos á su nombre: preparad el camino al que subió sobre el ocaso (1). El Señor es un hombre; saltad de júbilo en su presencia.» Y en el v. 7 del mismo salmo: «El es el que llama á los desterrados á su patria (que obliga á los impíos á habitar los peñascos)»; ó como se lee en la Vulgáta y en los Setenta: «á los que irritan su cólera y habitan en los sepulcros.»

(1) Asi se lee en los Setenta y en la Vulgata. Aquilla traduce *entè aoikétô*, en el desierto y S. Gerónimo, *per deserta*. Ambas versiones expresan una sombría imágen de los lugares inferiores de la tierra, una expresion que entre los griegos significaba tambien el ocaso. Homero dice: *Poti zophon hécroenta*, *en el sombrío ocaso*.

«Subiste á lo alto y llevaste muchos cautivos: recibiste dones para los hombres, aun para los incrédulos (v. 19).»

Veamos qué uso hace S. Pablo de este pasaje. En la epístola á los de Efeso (cap. IV, vers. 7 á 10) dice: «Mas á cada uno de nosotros se nos ha dado la gracia segun la medida de la donacion de Cristo; por lo cual dice la Escritura: Subiendo á lo alto llevó cautivo el cautiverio y dió dones á los hombres. ¿Y qué quiere decir que subió, sino que bajó primero á las partes inferiores de la tierra? El que bajó, es el mismo que subió sobre todos los cielos para cumplirlo todo.»

El profeta Zacarias se expresa del modo siguiente (cap. IX, vers. 9 á 11): «Salta de gozo, hija de Sion: regocíjate, hija de Jerusalem: mira que vendrá hácia tí tu rey justo y salvador, y al mismo tiempo pobre y montado en una pollina y en el hijo de la pollina. Y yo destruiré los carros de Efraim y los caballos de Jerusalem, y se romperá el arco de la guerra, y él hablará paz á las naciones, y su poder se extenderá de un mar á otro mar y desde los rios hasta los confines de la tierra. Tú tambien sacaste en la sangre de tu testamento tus cautivos del lago en que no hay agua.»

Tambien es muy notable un testimonio del profeta Jeremias que nos han conservado dos padres de los mas antiguos de la iglesia, á saber S. Ireneo, discipulo de S. Policarpo, que lo habia sido de S. Juan evangelista, y S. Justino martir, contemporaneo de San Ireneo. Este cita tres veces este pasaje del profeta Jeremías, y S. Justino le trae en su diálogo con el judío Trifon (1). Dice asi: «El Señor, el santo en Israel, se

(1) En la primera cita de esta sentencia en S. Ireneo se lee el nombre de Isaias; lo cual debe ser un error del copiante, porque la segunda cita la atribuye como S. Jus-

acordó de los muertos que dormian en el polvo de la tierra, y bajó hácia ellos para llevarles la feliz nueva de su salud (S. Just. *in dialogo cum Triphone.* — San Iren., *advers. herœs.*, III, 23, IV, 89, v. 31). «No hay por qué extrañar la pérdida de una sentencia del profeta Jeremías que se hallaba ya en pocos manuscritos en tiempo de S. Justino y S. Ireneo. Cualquiera, por poca atencion que ponga en la lectura de este profeta, debe advertir la inversion de orden de sus profecías aun en la parte histórica. En los Setenta este orden se aparta mucho del original que han seguido naturalmente la Vulgata y todas las traducciones modernas; pero tambien está invertido en los Setenta y faltan diferentes pasajes del original. El testimonio de dos padres de la iglesia tan distinguidos es de mucho peso, y no nos deja duda de la autenticidad del pasaje.

Entre los textos que deben ocupar aqui un lugar, se cuenta tambien la sentencia de Jesus, hijo de Sirach, en la cual se introduce á la sabiduría hablando asi: «Yo penetraré en todas las partes inferiores de la tierra, y visitaré á todos los que duermen, é iluminaré á todos los que esperan en el Señor (Eclesiástico XXIV, 45).» Es verdad que esta sentencia no se halla en la traduc-

tino martir á Jeremías. La tercera no nombra á nadie, sino que dice solamente *el profeta etc.* Yo no quisiera sostener con S. Justino que los judíos suprimieron de intento esta sentencia de las profecías de Jeremías, ya porque no han destruido otras que hablaban mucho mas claramente del Mesías que debia padecer, ya porque no hubiera sido posible adulterar todos los manuscritos, entonces que los judíos estaban dispersos en tres partes del mundo, y por último porque tampoco traen los Setenta esta sentencia, no obstante que se hallaban en manos de los cristianos.

cion griega hecha por el nieto del santo, autor en tiempo de Tolomeo Evergetes; pero se halla en la latina de la Vulgata que es antiquísima, pues que la citan los primeros padres de la iglesia. S. Gerónimo que habia visto el original hebreo dejó esta traduccion sin tocarla.

Confieso que la version griega del nieto que acaba de mencionarse, tendria una prevencion á su favor si se tratara de un sentido diversamente interpretado de esta sentencia; pero cuando se halla un pasaje en una traduccion es mucho mas verosimil que se haya omitido en el original por error del copiante, que el que le haya intercalado el traductor. Esta consideracion determinó tambien á David Martin, teólogo reformado y de gran mérito, á poner segun la Vulgata esta sentencia y otras que faltan igualmente, en su traduccion francesa hecha del griego, «porque es verosimil, dice, que el autor de esta edicion tenia á la vista algun ejemplar mas perfecto que los que usamos ahora.»

Terminemos estos testimonios de la sagrada escritura con el expresivo pasaje de la primera epístola de S. Pedro, que dice asi: (cap. III, v. 18 á 20): «Porque Jesucristo murió una vez por nuestros pecados, siendo justo por los injustos para ofrecernos á Dios, muerto á la verdad en la carne, pero vivificado en el espíritu, por el cual fue á predicar á aquellos espíritus que estaban en prision, que habian sido incrédulos en otro tiempo, cuando esperaban la paciencia de Dios en los dias de Noé mientras se fabricaba el arca en la que unos pocos, es decir, ocho almas se salvaron en medio de las aguas.»

Inmediatamente despues de este pasaje dice el mismo apostol (cap. IV, v. 6): «El evangelio fue tambien anunciado á los muertos.»

La bajada de nuestro Señor á los infiernos, si se

entiende por esta expresion la visita que hizo á las almas á quienes su ascension abrió el cielo, no solo se creia como una opinion desde los primeros tiempos de la iglesia, sino que tambien se enseñaba y confesaba como un artículo de fé, segun vemos por el símbolo de los apóstoles. Asi perderia yo inutilmente el tiempo si con trazas de una prolija disertacion quisiera referir todos los testimonios de los santos padres en favor de este dogma. Baste pues nombrar algunos de estos testigos respetables, como S. Ignacio que fue discípulo de los apóstoles, S. Justino, S. Ireneo, S. Atanasio, San Epifanio, los dos Gregorios de Nacianzo y Nisa, San Basilio, S. Juan Crisóstomo, S. Cirilo de Jerusalem, S. Gerónimo, S. Ambrosio, S. Agustin, S. Leon, San Gregorio el Grande, S. Fulgencio, S. Pedro Crisólogo &c., y ademas de estos Origenes, Tertuliano y Eusebio.

CAPITULO V.

Resurreccion de Jesucristo, é importancia de este acontecimiento.

«Se humilló á sí mismo haciendose obediente hasta la muerte y muerte de cruz; por lo cual le ensalzó Dios, y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (S. Pablo epist. ad Philip. II, 8 á 11).»

La resurreccion de Jesucristo es un punto fundamental de nuestra religion santa y su prueba mas patente. Por lo cual decia el grande apostol de los gentiles á los corintios: «Si Jesucristo no ha resucitado, nuestra predicacion es vana, y vuestra fé es vana tambien.» La misericordia de Dios manifestó y confirmó

esta gran verdad de la resurreccion de Jesucristo sobre que estriba nuestra fé, con pruebas y testimonios tan multiplicados, tan visibles y tan convincentes, que es imposible dudar de ella por poco sincero que sea uno.

Cuatro autores coetaneos han escrito la narracion de este grande acontecimiento, y dos de ellos, acaso todos, vieron muchas veces al Señor, le hablaron, le tocaron, y comieron y bebieron con él despues de su resurreccion. Tres de ellos escribieron su evangelio en una época en que vivian todavía los mas de los contemporaneos de nuestro Señor, y S. Mateo escribió el suyo en el año octavo despues de la resurreccion del Salvador en Jerusalem y le compuso en lengua hebrea á la vista de los enemigos de Jesucristo y del sumo sacerdote Caifás. Al undécimo dia de la ascension del hijo de Dios los doce apóstoles (porque S. Matias le siguió tambien, si no como uno de los doce, á lo menos como uno de sus discípulos desde el bautismo de Juan hasta el dia que subió á los cielos), los doce apóstoles, repito, testificaban la resurreccion de Jesucristo con alegría y valor en vida lo mismo que en el instante de morir á presencia de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos que habian entregado nuestro Señor á Pilato (el cual estaba en Jerusalem), á vista de todo el pueblo sin amedrentarse por las amenazas, ni dejarse vencer con las prisiones, los maltratamientos, el martirio y la muerte; y convertian muchos miles de personas que se hicieron testigos de esta doctrina por una vida santa y por la confesion espontanea y gozosa de su creencia entre las cadenas y enmedio de los tormentos.

CAPITULO VI.

Contradicciones aparentes entre los evangelistas. Temblor de tierra: las guardias huyen y son sobornadas. Aparicion de Jesus á Maria Magdalena.

Los evangelistas cuentan con ingenuidad el acontecimiento mas grande que ha ocurrido jamás entre los hombres. Algunas contradicciones aparentes en ciertas circunstancias accesorias prueban que no se concertaron para escribir; y aun cuando no pudieran conciliarse estas, contribuirian por lo mismo á confirmar la autenticidad del hecho principal tanto mas ciertamente, cuanto que no ha sucedido nunca que cuatro ni aun dos personas íntimamente unidas hayan referido un acontecimiento acompañado de circunstancias accesorias sin discordar en estas. Mas la diferencia no proviene siempre de la falta de verdad, de la ignorancia ó del olvido, aunque lo parezca: las mas veces procede de que el uno cuenta ciertas circunstancias que el otro toca ligeramente ú omite, y que ninguno de ellos refiere las circunstancias que mencionadas completamente hubieran puesto en cabal concordancia la narracion del uno con la del otro.

Cualquiera que haya presenciado una declaracion de testigos delante de los tribunales, convendrá conmigo en este punto. ¡Cuántas veces sucede que dos deposiciones de testigos diferentes parece que se contradicen sobre circunstancias accesorias, y se concilian perfectamente con una simple pregunta del juez! ¡Cuántas veces se ha menoscabado la fama del hombre de bien, cuántas veces ha corrido la sangre del inocente por la sentencia de jueces engañados, que á resultas de un testimonio posterior ó del descubrimiento de una nueva circunstancia han conocido demasiado tarde que

los testimonios primitivos eran conformes á la verdad, y la contradiccion solo aparente!

Con arreglo á estas indicaciones debemos mirar como enteramente fidedignas las narraciones de los evangelistas sobre la resurreccion de Jesucristo aun tomandolas por testimonios puramente humanos, y abstenernos de juzgar acerca de algunas contradicciones aparentes que recaen sobre circunstancias accesorias, porque aquellas declaraciones llevan á no dudarlo el sello de la verdad. En efecto nadie puede figurarse por que habian de haber querido por amor á un hombre crucificado que los hubiera engañado, sostener una mentira que debia acarrearles la ignominia y la muerte; y seria inconcebible que el senado y el gobernador romano no hubieran reprimido al punto esta mentira, y mas inconcebible aun que tantos miles de individuos la hubieran creido en Jerusalem, y que una multitud innumerable hubiera dado fé y testimonio de ella asi con la santidad de la vida, como con el desprecio de los tormentos y de la muerte. Mas si sucediera que despues de un maduro examen desapareciesen estas contradicciones con el cotejo de las mismas declaraciones entre sí, entonces estamparian el sello de la conviccion, que la verdad sola puede dar, en el conjunto de la narracion. Espero convencer á mis lectores de que se halla en este caso la de los cuatro evangelistas, tan completamente como me he convencido yo mismo con la obra de un ingles de muchísimo mérito (1).

(1) *Observations onthe history and evidence of the resurrection of Jesus Crhist*, by Gilbert. West. Este libro ha convertido á la religion muchos ingleses que no tenian mas que una fé dudosa. Ya en el año 1748 se publicó en Alemania la traduccion del célebre Sulzer. El autor halla

Para poner claramente á la vista de mis lectores las contradicciones aparentes que se han tachado á los autores sagrados, los dejaré hablar uno despues de otro. Vease lo que dice S. Mateo (cap. XXVIII, v. 1).

«Mas en la noche del sábado cuando comenzaba el primer dia de la semana (1), fueron María Magdalena y la otra María á ver el sepulcro.»

en la materia de su obra ocasion de suministrar diferentes pruebas de la religion de un modo muy convincente y conciso y con un juicio sólido. Cuanto mas obligado estoy á él, mas me aflige que un hombre de su clase se haya atrevido á estampar algunas imputaciones tan acres como infundadas contra los católicos y en particular contra nuestro clero, en una obra que merecia estar exenta de defectos.

(1) *Opse de sabbatón tê epiphôskousê eis mian sabbatôn elthe María ê Magdalenê k. t. l.*

Esta palabra asi en el singular *to sabbatón* como en el plural *ta sabbata* significa á veces el séptimo dia de la semana, el dia de descanso, el sábado de los judíos, y otras toda la semana. *Opse* con el genitivo quiere decir *despues*: asi se halla en Filóstrato: *opse tón Troikón*, despues del destino de Troya. Grocio cita varios ejemplos de este autor, y ha encontrado tambien otro del mismo género en Plutarco. Este uso de la lengua que no es clásico, pudiera estar admitido en la vida comun. *Tê epiphôskouse eis mian sabbatón*. Aqui se sobreentiende la voz *êmera* segun un uso muy habitual en los griegos: asi suele hallarse en los autores clásicos *tê epaurion*, al dia siguiente. *Nia*, una, en vez de primera es un hebraismo que hallamos en los Setenta y en los autores sagrados del nuevo testamento. En aquellos (Génesis I, 5): *Kai egeneto espera, kai egeneto prói, emera mia*: era la tarde, y era muy temprano, el primer dia. Aquel á quien pueda parecer ambiguo este ejemplo, los hallará mas positivos en el nuevo testamento: yo no citaré mas que uno solo. S. Pablo ex-

El evangelista ha designado ya esta otra María que era la madre de Santiago y de José: habia visto con María Magdalena y Salomé á Jesus clavado en la cruz, y se habia sentado delante de su sepulcro con María Magdalena, mientras que José estaba ocupado en sepultar el cuerpo de Jesus (S. Mateo XXVII, 56 á 61).

«Y hé aqui que se sintió un gran terremoto, porque un angel del Señor bajó del cielo y acercándose derribó la piedra y se sentó en ella (1). Y su semblante era como el relámpago y su vestidura como la nieve.

horta á los corintios á recoger las limosnas para los pobres, y les dice: *Kata mian sabbaton ekastos umôn par eautô tithetô thêsaurizon oti an euodôthe*: que el primer dia de cada semana cada uno de vosotros separe algo en su casa reuniendo lo que quiera dar (epístola I ad cor. XVI, 2).

Tê epiphôskousê (es decir *êmera*) se usa aqui para indicar el principio del dia, asi como dice Herodoto: *am êmerê de diaphôskousê*. Diodoro se vale de la misma expresion *tês êmeras upophôs-kousês*. Tal vez hay esta diferencia: que los autores griegos hablan del alba natural del dia, mientras que el evangelista entendió acaso la claridad de las estrellas con la cual empezaba el dia civil de los judíos, que no contaban de media noche á media noche, sino desde una aparicion de las estrellas á otra. S. Lucas emplea la palabra *epiphôskein*. Veremos por la relacion de S. Juan que María Magdalena habia salido muy de mañana segun se probará cotejando los evangelistas. Yo opino que en el capítulo XXVIII de S. Mateo se habla del alba, de la salida de la aurora.

(1) Es muy verosimil que el terremoto atribuido al angel del Señor que rodó la piedra, fue solamente local, y se sintió en las inmediaciones del sepulcro nada mas, donde con la aparicion del angel debieron aturdirse y aterrarse los soldados romanos. No parece que le sintieron las dos Marias, sin embargo de que estaban ya en camino.

Mas las guardias se aterraron de miedo y quedaron como muertos.»

La narracion es concisa y compendiada. S. Mateo deja un vacío entre el versículo cuarto y quinto que los otros evangelistas cuidaron de llenar.

«Mas el angel respondiendo á las mujeres dijo: No temais, porque sé que buscais á Jesus que ha sido crucificado. No está aqui porque ha resucitado segun dijo: venid y ved el lugar donde estaba sepultado el Señor. Y yendo al punto decid á sus discípulos que ha resucitado y va delante de vosotros á Galilea: alli le vereis: mirad que os lo anuncio. Y ellas salieron prontamente del sepulcro con temor y un gran regocijo corriendo á dar la nueva á los discípulos. Y hé aqui que Jesus les salió al paso diciendo: Dios os guarde. Y ellas se acercaron y abrazaron sus pies y le adoraron. Entonces les dijo Jesus: No temais: id y anunciad á mis hermanos que vayan á Galilea, y alli me verán.

«Habiendo partido ellas, algunos soldados de la guardia fueron á la ciudad y participaron á los principales sacerdotes todo lo que habia sucedido. Y congregados con los ancianos despues de deliberar dieron mucho dinero á los soldados diciendo: Decid que sus discípulos fueron por la noche y le robaron estando vosotros durmiendo: si el gobernador supiere esto, nosotros le persuadiremos y os pondremos en seguro. Y los soldados habiendo recibido el dinero hicieron segun habian sido instruidos. Y se divulgó esta noticia entre los judios hasta el dia de hoy (S. Mateo XXVIII, 2, 15).»

S. Justino martir echa en cara á Trifon que los judíos de Jerusalen, es decir, el gran consejo, enviasen hombres especialmente escogidos para esto á todos los paises donde habia judíos, para prevenir á estos que se habia levantado una secta impia sosteniendo que habia subido al cielo un cierto Jesus de Nazareth mandado

crucificar por los magistrados, y cuyo cuerpo habian robado sus discípulos del sepulcro.

Una vez que el sanhedrin quiso cerrar su corazon á la verdad que le habian anunciado los soldados, no debe asombrarnos la medida que tomó por ridícula que fuese, porque no lo era no quedandole otra que tomar. Cualquiera medida debió ser insuficiente para sofocar este suceso, mucho mas cuando solo unos pocos soldados volvieron inmediatamente á dar parte á los príncipes de los sacerdotes (1), y los otros no dejarian ciertamente de hablar del terremoto y de la aparicion del angel con una figura del todo divina, ya porque todos son inclinados á contar las cosas maravillosas que han presenciado, ya tambien porque no habia la menor razon que pudiera explicarles la abertura del sepulcro encomendado á su custodia ó justificar su fuga y librarlos de la muerte que los amenazaba por haber abandonado la guardia.

Asi la divina providencia ordenó las cosas de modo que obligó á los romanos á aumentar el número de los testigos, y aun permitió que la deposicion comprada de los otros fuese una prueba manifiesta de la verdad, porque estos decian que los discípulos habian robado el cuerpo de Jesus mientras ellos dormian. ¿Cómo toda una guardia romana se habia de haber dormido? ¿Y cómo podian atestiguar lo que habia sucedido cuando estaban dormidos? Ademas los discípulos que habian abandonado á su maestro y huido cuando le aprisionaron, ¿se habian de haber convertido de repente en hom-

(1) La circunstancia de haber ido inmediatamente algunos de los romanos á participar lo sucedido á los príncipes de los sacerdotes da peso á la suposicion de que esta guardia se habia sacado de la cohorte romana encargada de velar sobre la conservacion del orden en el templo.

bres audaces? Ellos sabian que los romanos custodiaban el sepulcro, ¿y tendrian bastante atrevimiento para acometer semejante empresa? O si no lo sabian, ¿cómo continuaron sin embargo su obra hallando guardias cerca del sepulcro? ¿Y habrian quitado la piedra de la entrada del sepulcro en la conviccion de que no despertarian los romanos, es decir, de que Dios haria un milagro? Los romanos no despertaron: su sueño dió bastante tiempo á los discípulos para entrar en el sepulcro y llevarse tranquilamente el cuerpo; ¿y solo entonces sentirian moverse la tierra y verian el angel resplandeciente? Y el gran consejo ¿no habria hecho ninguna informacion y habria dejado á los discípulos andar libremente por Jerusalem? ¿Y Pilato? ¿Habria dejado tambien á los soldados en libertad? Pero ¿por qué razon habian de haber robado los discípulos el cuerpo de su maestro? ¿Por el gusto de decir que habia resucitado Jesus? Mas si eran capaces de tal bellaqueria, ¿por qué no publicaron desde luego que habia subido al cielo? Despues del rapto del cuerpo ¿se habrian divertido por espacio de cincuenta dias en concertar una mentira para venir publicando despues que se habia aparecido en Jerusalem y en Galilea durante cuarenta dias? ¿Quién se atreveria á mentir de un modo tan singular y tan propio para dificultar el sosten de la mentira? Y sin embargo ellos la sostuvieron sin que se desconcertase uno solo y sin dejarse vencer de las cadenas y de las ignominias ni amedrentar con los tormentos y la muerte. ¿Y por qué? ¿Podian prever por ventura que su fábula se extenderia del Oriente al Occidente: que derribaria los altares de los falsos dioses y produciria una moral pura, á la que tendrian que rendir homenaje los mismos incrédulos: que la mentira mas extravagante traeria en pos de sí las verdades mas sublimes, que ni siquiera sospecharon jamás los mayores filósofos? ¡Qué

absurdo tan monstruoso se ve obligado el incrédulo á tragar con la piedra del sepulcro!

Pasemos al evangelio de S. Marcos.

«Y habiendo pasado el dia del sábado, Maria Magdalena y María madre de Santiago compraron aromas para ir á embalsamar á Jesus (1). Y el primer dia dela semana muy de mañana fueron al sepulcro al salir el sol, y se decian unas á otras: ¿Quién nos quitará la piedra de la puerta del sepulcro? Porque esta piedra era muy grande. Y mirando vieron que estaba quitada. Y entrando en el sepulcro vieron un joven sentado á la derecha cubierto de una túnica blanca, y se quedaron asombradas. Y él les dice: No os atemoriceis, vosotras buscais á Jesus Nazareno crucificado: ha resucitado: no está aquí: ved el sitio donde le depositaron. Mas id y decid á sus discípulos y á Pedro (2) que va delante de vosotros á Galilea: allí le vereis como dijo. Y ellas saliendo huyeron del sepulcro, porque se habia apoderado de ellas el temor y el temblor, y no dijeron nada á nadie porque temian. Mas Jesus resucitando por la mañana el primer dia de la semana se apareció primeramente á María Magdalena, de la que habia lanzado siete demonios. Esta fue y lo participó á los que

(1) José y Nicodemus no habian embalsamado el santo cuerpo en la tarde del viernes, sino que le habian envuelto solamente en una sábana con perfumes, ya por el poco tiempo que les dejaba la proximidad del sábado, ya porque el embalsamamiento era obra de las mujeres.

(2) A este propósito hace Grocio una excelente observacion. «Pedro, dice, es nombrado particularmente como jefe del colegio apostólico (*dux apostolici cœtus*) y asi es un ejemplo notable de la flaqueza humana, de una penitencia formal y de una fé renovada, que se ofrece á todos. Aquí se cumplió el gozo de los ángeles por el pecador convertido,» de que habló Jesucristo.

habian estado con él y lloraban y gemian. Mas ellos oyendo decir que vivia y que habia sido visto por ella, no lo creyeron (S. Marcos XVI, 1 á 11).»

Veamos lo que refiere S. Lucas:

«Y el primer dia de la semana muy temprano fueron ellas al sepulcro (es decir, las santas mujeres de que habia hablado poco antes el evangelista, y mas abajo nombra las mas distinguidas) llevando los aromas que habian preparado, y encontraron quitada la piedra del sepulcro; y entrando no hallaron el cuerpo del Señor Jesus. Y sucedió que estando turbadas interiormente por esto aparecieron junto á ellas dos hombres con vestidos resplandecientes. Y como ellas temieron é inclinaron la cabeza hácia el suelo les dijeron aquellos: ¿Por qué buscais entre los muertos al que está vivo? No está aqui, sino que ha resucitado: acordaos como os habló cuando estaba aun en Galilea diciendo: Conviene que el hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores, y crucificado, y que resucite al tercero dia. Y ellas se acordaron de las palabras de Jesus. Y habiendo vuelto del sepulcro contaron todo esto á los once y á todos los demas. Y las que decian esto á los apóstoles, eran María Magdalena y Juana y María madre de Santiago y las demas que iban con ellas (1). Y estas palabras les parecieron á ellos como un delirio, y no creyeron. Mas Pedro levantándose corrió hácia el sepulcro, é inclinándose vió solo la sábana en el suelo y se fue admirándose interiormente de lo que habia sucedido (S. Lucas XXIV, 1 á 12).»

Oigamos ahora al discípulo amado.

(1) En el capítulo VIII de S. Lucas se dice de estas mujeres que siguieron á Jesus con María Magdalena, una llamada Susana y otras, y le asistieron con sus bienes. Juana era la mujer de Chusé, mayordomo de Herodes.

«El primer dia de la semana María Magdalena fue por la mañana al sepulcro cuando aun estaba obscuro, y vió quitada la piedra. Corrió pues en busca de Simon Pedro y del otro discípulo á quien amaba Jesus, y les dice: Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos donde le han puesto. Salieron pues Pedro y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrian los dos juntos; mas el otro discípulo se adelantó á Pedro en la carrera y llegó el primero al sepulcro. Y habiendose inclinado vió la sábana en el suelo; pero no entró. Llegó Simon Pedro que le seguia, y entró en el sepulcro y vió la sábana en el suelo y el sudario que habia tenido en la cabeza, no puesto con la sábana sino doblado aparte en otro lugar. Entonces entró el discípulo que habia llegado el primero al sepulcro, y vió y creyó (1); porque aun no sabian la Escritura que era preciso que re-

(1) *Y creyó*. Los mas de los intérpretes dan esta explicacion: creyó entonces lo que habia dicho María Magdalena, es decir, que se habian llevado el cuerpo de Jesucristo; porque inmediatamente se lee esta reflexion: no sabian que era preciso que resucitase de entre los muertos. S. Agustin es tambien de esta opinion. Mas no fue su entrada en el sepulcro la que se convenció de que estaba vacío, porque si no lo hubiese advertido á la primera mirada, hubiera entrado de seguida. Al entrar echó de ver que la sábana y el sudario estaban doblados y puestos con orden: de donde infirió, como nota S. Cirilo, que no habia sido robado el cuerpo inanimado, y entonces creyó que Jesucristo habia resucitado segun predijo. Asi las palabras *porque no sabian aun la Escritura que convenia que resucitase de entre los muertos*, no son mas que una censura de la incredulidad en que perseveraba S. Pedro á la que parece, y de la que solamente se curó S. Juan al ver como estaba doblada la sábana y puesto el sudario en un sitio aparte. Si el evangelista hubiera querido expresar el primer sentido, habria dicho: Y creyó lo que Maria Magdalena habia

sucitase de entre los muertos. Volviéronse pues los discípulos á su casa.

«Y María estaba de pie á la parte afuera del sepulcro llorando. Mientras lloraba, se bajó y miró hácia el sepulcro, y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados el uno á la cabeza y el otro á los pies, donde habia estado puesto el cuerpo de Jesus. Dícenle ellos: Mujer, ¿por qué lloras? Y ella les responde: Porque se han llevado á mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Habiendo dicho esto volvió la cabeza atrás y vió á Jesus de pie, y no sabia que era Jesus. Dícele Jesus: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella juzgando que era el hortelano, le dice: Señor, si tú le has llevado, dime dónde le has puesto, y yo me le llevaré. Dícele Jesus: María. Y volviéndose ella le responde: *Rabboni* (que significa mi maestro). Jesus le dice: No me toques, porque aun no he subido á mi padre; pero vé á mis hermanos y díles: Yo subo á mi padre y padre vuestro, mi Dios y Dios vuestro. María Magdalena fue anunciando á los discípulos: He visto al Señor y me ha dicho esto (S. Juan XX, 1 á 18).»

¿Seria posible desconocer el caracter de sencillez y de verdad en estas narraciones admirabilísimas? ¿Qué asunto mas maravilloso que este, ni qué expresion mas sencilla? Es evidente que los discípulos de Jesucristo, que como vamos á ver, no daban al pronto ninguna fé al dicho de las santas mujeres; pero que refieren despues que le vieron resucitado, que le vieron diferentes veces por espacio de cuarenta dias, y que comieron y bebieron con él, no pudieron equivocarse en cuanto á su persona. Una ilusion de esta naturaleza

dicho. La expresion breve y sencilla *creyó* se emplea siempre de este modo para indicar la fé de las verdades divinas.

seria el milagro mas asombroso de todos. ¿Y hablarian así unos entusiastas? ¿Lleva su narracion la marca de la impostura? ¿Inventan de esta manera unos impostores? ¿Serian sus relaciones tan lacónicas, tan decisivas, aun cuando sus contradicciones aparentes no desvaneciesen toda sospecha de un plan concertado entre ellos? ¿Hubieran podido todos de un modo tan uniforme y sin preparacion ni advertencia sentar unos hechos que nos causan el mayor asombro, á la manera del relámpago que brilla enmedio del cielo sereno? Fijemos un momento la consideracion en la narracion del discípulo amado de Jesus. ¡Qué verdad tan convincente en lo que cuenta de María Magdalena!

Sale esta por la mañana cuando aun estaba obscuro, y sale la primera porque rebosa actividad, ardor y amor. Acercándose al sepulcro ve que está quitada la piedra. De la relacion de los otros evangelistas aparece que esto no fue obstáculo para que otras santas mujeres que la acompañaron, visitasen el sepulcro; mas ella no lo hizo. La piedra está quitada; luego se han llevado el cuerpo. Ocurrírsele esto y partir de allí, todo fue uno. Como amiga ardiente corre á buscar á Pedro, amigo ardiente tambien. *Corre*, y Pedro y Juan corren asimismo al sepulcro: este echando una mirada ve que la sábana en que habia sido envuelto Jesus, estaba colocada con órden (circunstancia notable que debe alejar toda idea de un rapto violento del cuerpo). Pedro dejándose llevar de la impetuosidad de su caracter entra en el sepulcro y ve algo mas, el sudario que estaba doblado y puesto en un lugar aparte. Juan oyendo esto entra tambien en el sepulcro, y su alma grande y bella se convence de la verdad del hecho, y *cree*. Los dos discípulos se vuelven á su casa.

A Magdalena la traen otra vez sus congojas, y situándose cerca del sepulcro llora. Con el corazon par-

tido de dolor y el rostro bañado en llanto dirige sus miradas al sepulcro, y ve dos ángeles vestidos de blanco. En aquel momento no teme nada y es insensible al temor lo mismo que á la esperanza. ¿Qué le importan los ángeles en el sepulcro? No estando Jesus en él, está vacío para ella. Dícenle los ángeles: Mujer, ¿por qué lloras? Y ella les responde: Porque se han llevado á mi Señor, y no sé dónde le han puesto. ¡Cuán bien caracteriza la expresion indeterminada *se han llevado á mi Señor* el dolor que no tiene mas que un sentimiento, y que no fijando la vista mas que en un solo objeto claramente delineado, ve todo lo demas por entre tinieblas! Todo lo que no era él, no era nada para ella en aquel instante: por eso la aparicion de los ángeles no la sorprendia, ni la atemorizaba, ni aun la alegraba. Si todo esto fuera una ficcion poética, seria la poesía mas elevada que se ha inventado jamás, porque no puede compararse con ella el silencio sublime de Ayax en el imperio de las sombras que pinta Homero.

No dice el evangelista si nuestro Señor que estaba de pie detras de Maria Magdalena, habia tomado otra forma, ó si le fascinó los ojos al tiempo de volver ella la cabeza, como hizo despues con dos de sus discípulos que caminaban con él, para que no le conocieran. Ella se volvió y le tuvo por el hortelano, porque al punto le ocurrió que este podia saber mejor lo que habia pasado con el muerto: por eso deseaba que fuese el hortelano, figurándose que pudiera él muy bien haberse llevado el cuerpo de Jesus. Nuestro Salvador debió anticiparse á hablar á María, porque le dirigió estas palabras: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

Aunque abatida con el dolor habla sin embargo respetuosamente á aquel cuyo corazon quiere mover: Señor, si tú te le has llevado, díme dónde le has puesto, y yo me le llevaré. Al decir estas palabras aparta los ojos de él como es natural en quien tiene un deseo ardiente, y busca á su rededor esperando la respuesta. Dícele Jesus: *María.* Entonces ella se volvió y le dijo: *Rabboni.* Las delicias del cielo habian penetrado é inundado su alma, y con una sola palabra derrama ella su corazon entero delante de su Señor. A lo que parece quiere echarse á los pies de este, y besarle ó abrazar sus rodillas; mas Jesus le dice: No me toques, porque aun no he subido á mi padre; pero vé á mis hermanos y díles: Yo subo á mi padre y padre vuestro, á mi Dios y Dios vuestro.

Enagenada y turbada con tanta felicidad creyó probablemente que el Salvador iba á subir al instante al cielo, y que su dicha iba á desaparecer como un relámpago. La tristeza de la separacion se habia mezclado con el gusto de verle; mas el Salvador la tranquiliza acerca de esto diciendo: No me toques, porque aun no he subido á mi padre; como si dijera: Aun me verás en la tierra: todavía no ha llegado la hora de nuestra despedida (1). Mas como estas palabras podian abatir á María, dejando en ella la idea dominante de que el Señor subiria á su padre, añadió las siguientes

(1) A estas palabras: *No me toques, porque no he subido aun á mi padre*, han dado algunos el sentido de que debia apartar su espíritu de la presencia sensual de su santa humanidad, y dirigirle al cielo donde estaria el Señor antes de poco tiempo á la diestra de Dios, y donde ella le contemplaria algun dia. Pero me parece mas natural el sentido que yo les he dado. Mas adelante no se opuso Jesus á que dos santas mujeres, María, madre de Santiago, y Salomé, abrazaran sus pies, verosímilmente porque estaban atemorizadas y necesitaban de esta licencia para recobrarse.

tan amables como sublimes: Pero vé á mis hermanos y diles: Yo subo á mi padre y padre vuestro, á mi Dios y Dios vuestro.

¡Cuán bien pintan estas palabras el caracter del hombre Dios! La pluma se me cae de las manos. El cristiano que cree en su Dios y en su padre como en el Dios y en el padre de Dios hecho hombre, que espera en él y le ama, no ha menester mis palabras; y ¿cómo me atreveria yo á hacer mella en los que me han seguido hasta ahora, y al leer lo que dicen de aquel los evangelistas no se han convencido de la grandeza infinita, de la amabilidad y de la divinidad del hombre Dios? Sin embargo: digamos dos palabras. Jesucristo llama aqui á sus discípulos hermanos suyos: Poco despues dijo tambien á María, madre de Santiago, y á Salomé: Id y decid á mis hermanos. No vemos que les diese un nombre tan tierno antes de su resurreccion. ¡Qué ternura de afecto muestra ahora que ha resucitado, y se manifiesta mas que antes como el Mesías, como el hijo de Dios, dando el nombre de *hermanos* á los que tres dias antes le habian abandonado por flaqueza, á los que le habian permanecido á la verdad fieles en el corazon; pero dudaban aun en su entendimiento del cumplimiento de las divinas promesas.

Mas esta circunstancia es notable tambien bajo otro respeto, de que ya he hablado en otro lugar. En el salmo XXI que encierra profecías tan terminantes sobre el abatimiento y elevacion del Mesías, se dice (v. 23) que «contará el nombre de Dios á sus hermanos cuando Dios le haya salvado de la boca del leon.» Este pasaje es una de las muchísimas alusiones á la historia de Jesucristo, que se encuentran en las profecías; alusiones que los evangelistas no hacen notar, y que por esta razon son mucho mas propias para convencer.

Ninguno de los cuatro evangelistas nos dice de qué manera salió Jesucristo del sepulcro: bástales exponer la resurreccion, y esto lo hacen todos. Este silencio que echa un velo sobre el instante en que pasó el acontecimiento mas glorioso, es sublime y mas á propósito para convencer el corazon, que la descripcion mas bella que se hubiera hecho de él. Vemos que no refieren sino lo que presenciaron ellos, ó lo que contaron otros testigos oculares. Un historiador poético no hubiera podido ni querido reducirse á límites tan estrechos. Guardan silencio en esta parte, y esa es una señal cierta de su inspiracion divina, del mismo modo que no nos hacen ninguna descripcion de la felicidad del cielo. Este misterio queda sellado; pero con el sello de una verdad santa. Todas las religiones falsas pintan el cielo; mas la de Jesucristo no lo hace: dicenos que veremos á Dios; pero deja envuelta en las tinieblas la dicha inefable de que habla el Apostol en estos términos: «Lo que los ojos no vieron, lo que los oidos no oyeron y lo que el corazon del hombre no concibió jamás, he ahí lo que Dios tiene preparado para los que le aman.»

CAPITULO VII.

Comparacion de la narracion de los cuatro evangelistas. Aparicion de Jesus á las santas mujeres. El Señor camina con los discípulos de Emmaus. Se aparece á sus apóstoles y les reprende su incredulidad.

Antes de pasar á cotejar estas cuatro narraciones y el concierto que resulta de ellas segun el ejemplo del autor inglés ya citado (Gilberto West), me parece que no es superfluo recordar otra vez cómo debe entenderse la expresion *tres dias y tres noches*. Los israelitas segun su modo de determinar un espacio de tiem-

po contaban muchísimas veces como entera una parte de la época transcurrida y otra parte de la época comenzada: así por ejemplo llamaban un periodo de tres años al que comprendia ademas de un año entero unos cuantos meses del anterior y otros cuantos del siguiente. Sin esta observacion no hubiera podido entenderse jamás el cálculo cronológico de los libros de los Reyes y del Paralipomenon, y por medio de ella algunos célebres cronologistas como Usher y Simson han ilustrado tanto la cronología de nuestros libros santos. San Mateo nos suministra un ejemplo muy claro de este modo de calcular cuando nos cuenta (cap. XXVII, v. 63 y 64) cómo se dirigieron á Pilato los príncipes de los sacerdotes y los fariseos para que les diese una guardia para el sepulcro: «Nos acordamos, le dijeron, que aquel seductor dijo cuando vivia: *Despues de tres dias resucitaré.* Manda pues que sea guardado el sepulcro *hasta el tercer dia.*» Leemos en la historia de Ester que esta suplicó á Mardoqueo congregara á todos los judíos que residian en Susa, y los exhortara á ayunar tres dias y tres noches: que ella ayunaria tambien con sus doncellas antes de entrar en la habitacion del rey, y vemos que entró al tercer dia; por consiguiente el ayuno no habia durado mas que un dia completo, dos noches y acaso algunas horas del primer dia y del tercero (Lib. de Ester, IV, 16 y V, 1).»

José predijo al copero mayor y al panadero mayor de Faraon lo que debia acontecerles *despues de tres dias*, y su prediccion se cumplió *al tercer dia* (Génesis XL)

Los judíos al determinar así el tiempo no separaban el dia de la noche, sino que expresaban con una sola palabra todo el espacio de veinte y cuatro horas que transcurre desde una aparicion de las estrellas á otra, del mismo modo que los griegos llamaban *nucthêmeron* (dia de noche) el espacio que transcurre de media noche á media noche, y los alemanes de los Paises Bajos le llaman aun hoy *evenlied* (1).

Es verdad que nuestro Salvador resucitó antes de la salida del sol; pero como el dia entre los judíos empezaba al aparecer las estrellas, ya iban transcurridas nueve ó diez horas del dia tercero, porque la resurreccion se verificó unos quince dias despues del equinoccio de primavera.

De la comparacion de los cuatro evangelistas resulta: 1.º que las santas mujeres fueron al sepulcro en ocasiones diferentes y divididas en varios cuerpos: 2.º que vieron diversas apariciones de ángeles: 3.º que los ángeles no fueron siempre visibles, sino que segun lo tenian por conveniente, eran visibles ó invisibles: 4.º que diferentes mujeres anunciaron á los apóstoles acontecimientos diferentes y en horas diferentes del mismo dia: 5.º que Jesucristo se apareció á unas santas mujeres en dos ocasiones: 6.º que S. Pedro fue dos veces al sepulcro. El primer dia de la semana que se seguia inmediatamente al sábado, y que era el tercero despues de la muerte de Jesucristo, María Magdalena, María, madre de Santiago (hijo de Alfeo), y Salomé, madre de Juan y Santiago (hijos de Zebedeo), fueron por la mañana al rayar el alba para visitar el sepulcro. María Magdalena que salió probablemente la primera

(1) Hallamos aun la antigua voz *eve* (*la tarde*) en el *evening* de los ingleses, y los poetas de esta nacion emplean todavía la palabra *eve*. *Lied*, cancion, significa en galo *glied*, miembro; de donde ha venido *augenlied*, párpado; pero tambien quiere decir una cosa que consta de muchos miembros. De ahí ha procedido la palabra *lied*, cancion, porque esta consiste en varias estrofas, y la melodía en varios compases. El *melos* de los griegos significa unas veces miembro y otras cancion.

de su casa, fue á buscar á la otra María, y luego las dos pasando á la de Salomé se la llevaron consigo.

La intencion de ver el sepulcro que S. Mateo atribuye á las dos Marías, no excluia el intento principal que tenian las mujeres de Galilea de embalsamar el cuerpo; antes estaba subordinado á él. El objeto de aquellas era ver si se hallaba todo en el mismo estado en que lo habian dejado el viernes por la tarde, para examinar antes que llegasen sus amigas para el embalsamamiento, si habia que tomar algunas disposiciones, ya respecto del lugar, ya respecto de las personas ú otras circunstancias, con el fin de acabar su santa obra con la mayor tranquilidad posible.

Sin duda no tenian ninguna idea de la presencia de la guardia que los príncipes de los sacerdotes habian pedido á Pilato el dia anterior, probablemente despues del oficio divino del sábado de Pascua, y que debiendo impedir que fuese robado el cuerpo por la noche, no se habia puesto hasta la víspera del sábado.

Cuando las santas mujeres se pusieron en camino, ó quizás un poco antes, fue cuando se sintió un gran terremoto *cerca del sepulcro*, porque un angel del Señor bajó del cielo, y acercándose derribó la piedra y se sentó en ella. Su rostro era como el relámpago, y su vestidura como la nieve. Los soldados de la guardia quedaron aterrados de temor y como muertos.

Podia suceder muy naturalmente que las santas mujeres no hubiesen encontrado á los soldados que huian, ya porque estos llevaran otra direccion, ya porque hubiesen huido antes de salir aquellas de Jerusalem. Por lo demas esta circunstancia de no encontrarse entraba indudablemente en los planes de la Providencia. Por lo tanto creo que las mujeres no habian advertido el terremoto, que era local, y no se extendió mas que á las cercanías del sepulcro, porque

este terremoto debia aterrar, no á las mujeres, sino á los soldados que custodiaban aquel.

Cuando fueron las mujeres al sepulcro á la salida del sol, dijeron entre sí: ¿Quién quitará la piedra de la entrada del sepulcro? y mirando vieron que estaba quitada, porque la piedra era muy grande.

María Magdalena llevada de la idea de que el cuerpo habia sido robado, corre enmedio de su congoja á buscar á Simon Pedro y al otro discípulo á quien Jesus amaba, y les dice: Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos donde le han puesto.

Es cierto que el angel no se habia aparecido á ella ni á las otras mujeres: tampoco estaba sentado en la piedra, como veremos, cuando llegaron ellas al sepulcro; y es muy posible que el angel doblase la sábana en el sepulcro y pusiese el sudario aparte, porque estas circunstancias, por insignificantes que parezcan á un lector poco atento, debian convencer poco á poco á los dos apóstoles.

María, madre de Santiago, y Salomé al entrar en el sepulcro vieron un joven sentado á la derecha y cubierto de una túnica blanca, y se quedaron atónitas. Y él les dice: No temais: vosotras buscais á Jesus Nazareno crucificado: ha resucitado, no está aqui: ved el sitio en que le depositaron. Mas id y decid á sus discípulos y á Pedro que va delante de vosotros á Galilea: allí le vereis, segun os dijo. Ellas saliendo huyeron del sepulcro porque estaban sobrecogidas de terror y temblor, y no dijeron nada á nadie porque temian.

Esto es lo que nos cuenta S. Marcos, y sabemos por la narracion concisa de S. Mateo que este angel era el mismo que habia causado el terremoto. Se apareció á las santas mujeres lleno de gracia y vestido de una larga túnica blanca, signo de paz; pero habia in-

troducido el terror en el corazon de los romanos, apareciéndose bajo una figura terrible como la del relámpago.

Luego que salieron del sepulcro María y Salomé, llegaron Pedro y Juan á resultas de la triste nueva que les llevó María Magdalena. Es probable que María y Salomé los encontraron ó los vieron á cierta distancia, y que sobrecogidas de terror no les comunicaron la noticia que les habia encargado el angel, porque se dice en el texto sagrado: Ellas no dijeron nada á nadie porque temian. Con todo no puede esto entenderse sino del breve espacio que transcurrió entre la aparicion del angel y la de Jesucristo, que se les apareció cuando iban de camino. Tal vez las encontraron tambien otros á quienes no dirian nada por estar sobrecogidas de terror.

Corrieron juntos Pedro y Juan; pero este aventajó á Pedro en la carrera, y llegó el primero al sepulcro. Y habiéndose bajado vió la sábana en el suelo; pero no entró. Simon Pedro que le seguia, llegó y entró en el sepulcro y vió la sábana en el suelo y el sudario que le habian puesto en la cabeza, que no estaba con la sábana, sino doblado aparte en otro lugar. Entonces pues entró el otro discípulo que habia llegado el primero al sepulcro, y vió y creyó, porque no sabian aun la Escritura, que dice que era preciso que resucitase de entre los muertos. Los discípulos pues se volvieron á su casa.

Despues de esta aparicion de Jesucristo á María Magdalena, que fue la primera de las apariciones, como lo dice formalmente S. Marcos, el Señor encontró á María y á Salomé. S. Mateo cuenta que corrian ellas á participarselo á sus discípulos, y que se presentó Jesus á ellas y las saludó. Las santas mujeres se acercaron, abrazaron sus pies y le adoraron. Entonces les dijo Jesus: No temais: id y decid á mis hermanos que vayan á Galilea: allí me verán. Cuando hubieron partido, fueron á la ciudad algunos de los guardias, y participaron á los príncipes de los sacerdotes todo lo que habia ocurrido, y congregados estos con los ancianos dieron despues de deliberar mucho dinero á los soldados diciéndoles: Decid que sus discípulos fueron de noche y se llevaron el cuerpo mientras vosotros dormiais; y si el gobernador lo sabe, nosotros le persuadiremos y os pondremos á seguro. Los soldados recibieron el dinero é hicieron lo que les habian dicho; y la voz que extendieron, dura aun hoy dia entre los judíos.

La sabiduría de Dios quiso que S. Mateo que escribió su evangelio en hebreo y en Jerusalem á los ocho años de la pasion del Señor, contase el convenio ajustado entre los jefes de Israel y los soldados romanos. Las tres circunstancias del tiempo, del lugar y del idioma en que este apostol escribió, dan á su testimonio un peso de conviccion, que es dificil eludir.

Despues que estas santas mujeres y los dos apóstoles salieron del sepulcro para volverse á Jerusalem, llegó Juana con unas mujeres de Galilea llevando los aromas que habian preparado, y vieron la piedra quitada del sepulcro. Y entrando no hallaron el cuerpo del Señor; y sucedió que mientras estaban turbadas interiormente por esto, aparecieron junto á ellas dos hombres con vestidura resplandeciente (1). Y como ellas temiesen y bajasen el rostro hácia el suelo, les

(1) No hay que figurarse el sepulcro como un atahud estrecho donde se pone el cadaver: era una bóveda ó enterramiento de familia que José habia mandado labrar en la peña. La piedra no estaba por encima, sino que José la habia puesto delante del sepulcro para impedir la entrada.

dijeron aquellos: ¿Por qué buscais entre los muertos al que está vivo? No está aqui, sino que ha resucitado. Recordad cómo os habló cuando estaba aun en Galilea: Es preciso que el hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y crucificado, y que resucite al tercero dia. Y ellas se acordaron de las palabras de Jesus. Y habiendo vuelto del sepulcro participaron todo esto á los once y á todos los demas. Y las que decian esto á los apóstoles, eran María Magdalena, Juana, María, madre de Santiago, y las demas que iban con ellas. Y estas palabras les parecieron á ellos un delirio y no creyeron. Pero Pedro levantándose corrió hácia el sepulcro, y bajándose vió la sábana sola en el suelo, y se fue admirándose interiormente de lo que habia sucedido. El evangelista nombra aqui á Juana al mismo tiempo que á las dos Marías y las otras mujeres, porque todas estaban convencidas en efecto de la resurreccion de Jesucristo con las apariciones, y llevaban la nueva de la salud á los apóstoles y demas discípulos. Pero ellas habian tenido apariciones diferentes: Juana y sus compañeras no habian visto mas que ángeles, al paso que las dos Marías y Salomé habian visto á Jesus resucitado. Tampoco llevaron la noticia al mismo tiempo. No se sabe á punto fijo si la segunda vez que fue Pedro al sepulcro, lo hizo por el aviso de Juana, que con las mujeres que la acompañaban no habia visto mas que ángeles, ó por el de Magdalena ó la otra María y Salomé; con todo es mas probable, asi por la coyuntura en que el evangelista S. Lucas recuerda esta excursion al sepulcro, como por la circunstancia de que el apostol miraba de nuevo en este, que solo habia oido hablar de la aparicion de los ángeles referida por Juana, y que queria cerciorarse si se veian aun en el sepulcro.

Se ha embrollado mucho la historia de la resurreccion, confundiendo esta segunda visita de Pedro solo con la que hizo antes con Juan de resultas de la triste nueva llevada por María Magdalena; sin embargo es fácil distinguirlas una de otra. La primera vez corrieron Pedro y Juan al sepulcro: la segunda corrió Pedro solo. En su primera visita entró este en el sepulcro y se cercioró de que no estaba allí el cuerpo: á la segunda no hizo mas que echar una mirada, probablemente para ver si estaban aun los ángeles que se habian aparecido á Juana y sus compañeras cuando fueron al sepulcro. Por eso dice el Evangelio: «Y bajándose vió la sábana sola en el suelo, y se fue admirando interiormente de lo que habia sucedido.»

Nuestro Señor se le apareció tal vez cuando estaba todavía en el huerto de José de Arimatea, ó en su regreso á Jerusalem, porque ya veremos que se manifestó á él antes que á los otros apóstoles. La misericordia infinita tuvo lástima de la afliccion de su discípulo penitente, y vió un amor sin límites en el corazon de aquel á quien habia juzgado digno de una mirada afectuosa en el instante mismo en que acababa de negarle. Colmaba de gracias extraordinarias á la cabeza de los apóstoles, la piedra sobre que edificó la iglesia, aquel hombre que era un ejemplo tan patente de la flaqueza humana, y que despues fue un ejemplo tan estimulante y glorioso de la fuerza de la fé y del amor. Cuanto mayor fue su dolor cuando reconoció la verdad de lo que habia dicho Jesucristo á sus discípulos pocas horas antes de la caida de Pedro: *Sin mí vosotros no podeis nada*; tanto mas profunda fue su humildad, mas fuerte su fé, mas gozosa su esperanza y mas ardiente su amor.

Asi como es probable que cuando S. Pedro corrió por segunda vez al sepulcro, no habia oido hablar mas que de la aparicion de los ángeles que Juana y sus

compañeras habian visto; es evidente por la relacion de S. Lucas que los dos discípulos á quienes se apareció el Salvador en el camino, solo tenian noticia de aquella misma aparicion.

Escuchemos lo que dice el evangelista:

«Y hé aqui que dos de ellos iban en el mismo dia á un lugar llamado Emmaus que distaba sesenta estadios de Jerusalem (como unas dos leguas largas); y hablaban entre sí de todo lo que habia sucedido, y mientras iban hablando y discurriendo juntos, Jesus mismo acercándose caminaba con ellos; mas sus ojos estaban cerrados para que no le conociesen. Y él les dijo: ¿Qué conversaciones son esas que llevais entre vosotros mientras caminais, y por qué estais tristes? Y respondiendo uno de ellos llamado Cleofas (1) le dijo: ¿Eres tú

(1) Se duda si este Cleofas era el mismo que el que se llama Alfeo y fue esposo de María, hermana de la Vírgen Santísima y padre de Santiago el menor, de Joses ó José, de Simon y de Judas Tadeo, ó si era otro de los setenta discípulos. Algunos escritores tienen al otro discípulo por el evangelista S. Lucas; mas como este dice al principio de su evangelio: «Supuesto que muchos han intentado ordenar la narracion de las cosas que se han cumplido entre nosotros segun nos las han contado los que las vieron desde el principio y fueron los ministros de la palabra etc.;» no podia ser aun discípulo en tiempo de nuestro Salvador. Otros ven á Santiago el menor en el compañero de Cleofas, el cual dicen hablaba como padre. Por último otros suponen que fue S. Pedro; mas como se dice formalmente que estos dos discípulos al volver de Emmaus hallaron congregados á los once apóstoles y á los que estaban con ellos, y que decian: El Señor ha resucitado verdaderamente y *se ha aparecido á Simon*; es evidente que el compañero de Cleofas no era uno de los once apóstoles. El erudito y distinguido poeta Klopstock cree que este discípulo era S. Mateo. S. Pablo dice (I ad cor.

solo forastero en Jerusalem cuando no sabes lo que ha ocurrido en ella estos dias? Y él les dijo: ¿Qué? Y respondieron ellos: Acerca de Jesus Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo le han entregado los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados para condenarle á muerte y le han crucificado. Mas nosotros esperabamos que él redimiria á Israel, y hoy es el tercer dia que ha sucedido todo esto. Y algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han aterrado, porque fueron antes de amanecer al sepulcro, y no

XV, 5): Que Jesus se apareció á Cefas (es decir Pedro) y despues á los doce apóstoles. No habia mas que once; pero poco despues de la Ascension del Hijo de Dios y aun antes de la venida del Espíritu Santo fue agregado San Matias como duodécimo apostol, y este con los otros *fue testigo de la resurreccion del señor Jesus*, segun se dice, en los Actos de los apóstoles. Sin embargo podia tambien haber visto á nuestro Salvador con los otros setenta, del mismo modo que José Barsabás, cuyo nombre se sacó á la suerte al propio tiempo que el de S. Matias. S. Pablo pudo asimismo muy bien llamar doce á los apóstoles, porque este era su número primitivo y se completó inmediatamente despues de la muerte de Judas Iscariotes. El evangelio apócrifo de los hebreos que nos conservó S. Gerónimo, contenia la siguiente relacion muy dudosa de una aparicion de Jesus á Santiago Alfeo. Allí se dice que el jueves por la noche durante la santa cena y asi que recibió el caliz prometió no comer mas hasta que viese á Jesucristo (que habia anunciado su muerte á los apóstoles), resucitado de entre los muertos: que Jesus se apareció á él el dia de su resurreccion, tomó pan, le bendijo, le partió y dió de él á Santiago diciéndole: Come, hermano, tu pan, porque el hijo del hombre ha resucitado de entre los que duermen el sueño de la muerte.»

S. Pablo nos manifiesta que nuestro Señor se apareció

habiendo hallado su cuerpo vinieron diciendo que habian visto una vision de ángeles, los cuales dicen que él vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron ser asi como dijeron las mujeres; mas á él no le encontraron. Y Jesus les dijo: ¡O insensatos y tardos de corazon para creer todo lo que hablaron los profetas! ¿Por ventura no convino que Cristo padeciera esto y entrase asi en su gloria? Y comenzando desde Moises y siguiendo por todos los profetas les interpretaba lo que se habia dicho de él en todas las escritu-

en particular á uno de los dos apóstoles Santiagos; pero esta aparicion se verificó mas adelante despues que Jesus se habia manifestado ya á los once, y de consiguiente á ellos tambien. Vease aqui este pasaje notable: «Se apareció á Cefas y despues á los once: en seguida se manifestó á mas de quinientos hermanos reunidos, muchos de los cuales viven todavía y otros han muerto: despues se dejó ver á Santiago y luego á todos los apóstoles (epístola I á los de Corinto XV, 5 á 7).» Es probable que se hable aqui de una aparicion particularmente notable del hijo de Dios que se verificó poco antes de su Ascension, y en la cual daria acaso una instruccion especial á los apóstoles sobre los asuntos de su iglesia, y los iniciaria aun mas que antes *en los secretos del reino de Dios*. Tal vez se dirá que San Pablo toma aqui la palabra apostol en un sentido mas lato, queriendo designar no solo á los doce sino tambien á otros grandes doctores animados del espíritu de Dios (Actos de los apóstoles XIV, 13), asi como él y Bernabé fueron llamados apóstoles por S. Lucas, y el mismo S. Pablo da este nombre á Andrónico y Junia (epist. ad rom. XVI, 7). Sea de esto lo que quiera, no hay duda ninguna que todos estuvieron presentes á esta aparicion de Jesucristo que se manifestó á quinientos discípulos juntos, y S. Pablo la distingue de la que se verificó despues para Santiago, y de otra que tuvieron posteriormente todos los apóstoles.

ras. Y se acercaron al lugar á donde iban, y él fingió ir mas lejos. Mas ellos le obligaron diciendo: Quedate con nosotros, porque se va haciendo tarde y ya está para caer el dia. Y entró con ellos, y sucedió que estando sentados á la mesa tomó el pan y le bendijo y le partió y les daba á ellos. Entonces se abrieron sus ojos y le conocieron; mas él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: ¿No se abrasaba nuestro corazon dentro de nosotros cuando hablaba en el camino y nos descubria las escrituras? Y levantándose en aquella misma hora regresaron á Jerusalem, y hallaron congregados á los once y á los que iban con ellos, diciendo: El Señor ha resucitado verdaderamente. Y ellos contaban lo que les habia pasado en el camino, y cómo le conocieron al partir el pan (S. Lucas XXIV, 13 á 15).»

¿Quién no desearia por poco que crea en su nombre que se hubiese dignado el Espíritu Santo de darnos á conocer el discurso en que Jesucristo explicaba las escrituras á los dos discípulos que no le habian conocido? Mas no tratemos de saber lo que Dios ha querido ocultarnos. Una vez que su hijo nos enseñó que ningun pájaro cae en tierra sin la voluntad del Padre, y que todos los cabellos de nuestra cabeza estan contados, debemos estar seguros que ninguna palabra de su hijo se ha perdido sin su santa voluntad. Su sabiduría que ordenó el curso de los astros, nos ha revelado precisamente lo que nos era necesario y provechoso saber en nuestra peregrinacion. Nosotros caminamos en el mundo enmedio de la obscuridad, de donde salen algunos resplandores para nuestra salvacion. El hijo de Dios caminó delante de nosotros, y sus huellas son nuestras guias. «Tu vida, dice el venerable Tomas de Kempis, tu vida es nuestro camino, y por una santa paciencia caminamos hácia tí (Imitacion de Cristo, lib. III, 18).»

Si el evangelista no nos ha comunicado el contenido del discurso de Jesucristo, á lo menos nos ha hablado del modo con que explicaba las escrituras. Empezando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas les interpretaba lo que se habia dicho de él en todas las escrituras: el corazon de los discípulos estaba abrasado; ¿y por qué? Porque el Señor encendió en ellos aquellas antorchas que convierten un obscuro laberinto en un templo de Dios magníficamente ordenado, y les presentó las escrituras como un todo que se refiere enteramente á él, y que solo por este respeto tiene significacion y dignidad; como un todo cuyo centro es él, que es el sol, manantial de la luz, del calor y de la vida. ¿Quién prestará aun oidos á esos falsos doctores que procuran con tantos esfuerzos persuadirse que las santas escrituras no se aplican á él? Dejadlos; son ciegos y guias de ciegos; mas si un ciego guia á otro ciego, ambos caen en la hoya.

El evangelista S. Marcos solo habló de los discípulos de Emmaus en estos términos: «Y despues de esto se manifestó en otra figura á dos de ellos que iban de camino y se dirigian á un pueblo. Y estos fueron á participarlo á los demas y tampoco les creyeron (capítulo XVI, v. 12 y 13).»

Dificil es concordar estas palabras con la narracion de S. Lucas, quien refiere que los once y los que estaban con ellos, recibieron con esta exclamacion de alegría á los dos discípulos que volvian de Emmaus: «El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido á Simon.» Mas esta contradiccion aparente se disipa cuando se piensa cómo estaban dispuestos entonces los ánimos de los apóstoles y de los otros discípulos. No creyeron lo que les habian contado las santas mujeres respecto de las apariciones y testimonios de los ángeles; pero como no podian suscitar ninguna duda sobre la veraci-

dad de aquellas personas á quienes conocian de muchos años antes, tomaron por una ilusion de su imaginacion exaltada dichas apariciones, aunque no podia ocultárseles la inverosimilitud de tal suposicion, una vez que las diferentes mujeres que habian tenido apariciones, convenian todas en decir que Jesucristo habia resucitado. La circunstancia de estar el sepulcro vacío era tambien para llamar la atencion, y por último no es posible que las palabras con que Jesucristo les habia predicho que seria crucificado y resucitaria al tercero dia, hubiesen dejado de vencer su incredulidad. Esta, así como la credulidad, es de dos clases: la una es la conviccion, y la otra la duda. La incredulidad de los apóstoles era de esta última especie: es vacilante, sobre todo cuando el objeto de nuestra creencia nos parece importantísimo, y por este motivo la incertidumbre produce grande inquietud en nosotros.

Los apóstoles creyeron cuando S. Pedro les atestiguó que habia visto al Señor. No sabemos nada de las circunstancias de esta aparicion: tal vez duró muy poco y desapareció y se desvaneció rápidamente: tal vez iba acompañada de circunstancias que no podian hacer vacilar la conviccion de S. Pedro; pero que podian dejar en los ánimos de los que le escuchaban, algunas dudas leves ó una secreta disposicion á creer que tambien él habia padecido ilusion. Con todo se dieron por convencidos porque deseaban con viva ansia serlo. En aquel instante entraron en el aposento Cleofas y su compañero, y fueron recibidos por los once apóstoles con aquella impaciencia tan natural en nosotros cuando queremos esforzar nuestra propia conviccion publicándola y comunicándola, y con esta exclamacion de gozo: El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido á Simon. La palabra *verdaderamente* prueba que entonces estaban plenamente convencidos ó creian es-

tario. Asi cuando los dos discípulos les contaron lo que les habia sucedido en el camino y en Emmaus, cómo le habian visto y hablado y no le habian conocido hasta que partió el pan, empezaron á dudar. Se ve que su fé estaba todavía muy vacilante, por la relacion de la aparicion de Jesucristo que se siguió inmediatamente despues, y en la cual segun dice S. Marcos *les reprendió su incredulidad y la dureza de su corazon, porque no habian creido á los que le habian visto resucitado.* Y San Lucas, al decir del cual acababan de afirmar aquellos que Jesus habia resucitado y se habia aparecido á Pedro, nos manifiesta igualmente que cuando el hijo de Dios se presentó enmedio de ellos, estaban turbados y sobrecogidos de terror figurándose ser un espíritu hasta que les permitió tocar sus manos y sus pies. La misma turbacion en que estaban hacia algunas horas, producia tal efecto en ellos á lo que parece, que el gozo de que estaban poseidos causó algunas dudas y no se disiparon estas del todo hasta que el Señor les pidió de comer y comió á su presencia.

Oigamos la historia de esta aparicion sacada de la narracion de los tres evangelistas comparados entre sí.

«Y mientras hablaban esto, apareció Jesus enmedio de ellos estando cerradas las puertas del aposento donde estaban congregados los discípulos por miedo de los judíos (1), y les dijo: La paz con vosotros: yo soy, no

(1) Es de presumir que la causa de este miedo dependia tambien de la relacion de los soldados romanos, que sobornados con dinero aseguraban que los discípulos de Jesus habian robado su cuerpo. S. Mateo cuenta las negociaciones que mediaron sobre esto entre los príncipes de los sacerdotes y los soldados, y S. Juan habla de las puertas cerradas. Asi un evangelista suele completar muchas veces la narracion de otro, sin que por eso concurran ambas narraciones en un punto perceptible de similitud; y

temais. Mas ellos turbados y sobrecogidos de terror juzgaban ver un espíritu. Y él reprendió su incredulidad y dureza de corazon, porque no habian creido á los que le habian visto resucitado. Y les dijo: ¿Por qué os turbais y se levantan esos pensamientos en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies, y ved que soy yo mismo. Tocad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos como veis que tengo yo.

«Y habiendo dicho esto les enseñó las manos y los pies y el costado. Mas como no creyesen ellos todavía, y estuviesen enagenados de gozo, les dijo: ¿Teneis aqui algo que comer? Y ellos le presentaron un trozo de pez asado y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos, tomó los resíduos y se los dió. Y les dijo: Estas son las palabras que yo os hablé cuando estaba aun con vosotros: que es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento para que entendiesen las escrituras y les dijo: Porque está escrito, y asi convenia que padeciese Cristo (1), y resucitase de entre los muertos al tercer dia, y que se predicara en su nombre la peniten-

esto mismo marca sus testimonios con un nuevo sello de verdad. Cuando de muchas relaciones hechas con la mas noble sencillez é indudablemente sin haberse concertado sus autores, se ve salir un todo; este todo adquiere un caracter de elevada autenticidad que no puede desconocerse. Cualquier lector debe percibir que diferentes contradicciones aparentes destruyen la posibilidad de toda sospecha de un plan concertado; mas si se desvanecen tambien estas contradicciones aparentes, ¿qué mas se quiere? A no ser que se exija un Evangelio que halague el orgullo y la sensualidad: esta es precisamente la causa de la incredulidad.

(1) *Christos* quiere decir en griego el ungido, y en hebreo el *Mesias*.

cia á todas las naciones empezando por Jerusalem. Y vosotros sois testigos de estas cosas. Y les dijo de nuevo: La paz con vosotros: como mi padre me ha enviado, asi os envio yo. Y habiendo dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: aquellos á quienes remitiereis los pecados, les serán remitidos; y aquellos á quienes los retuviereis, les serán retenidos (S. Lucas XXIV, 36 á 48, S. Marcos XVI, 14, y S. Juan XX, 19 á 23).»

S. Marcos cuya sucinta narracion sobre esta aparicion de Jesus va incluida en la que acaba de leerse, empieza asi: «*Despues de esto* se apareció á los once cuando estaban á la mesa.» La Vulgata traduce *novissimè*, y Lutero *últimamente*; mas la voz griega *usteron* significa *paulò post*, un poco despues, y la palabra *novissimè* de la Vulgata puede traducirse del mismo modo. No debe pues inferirse de este *novissimè* que el acontecimiento referido por S. Marcos es diferente del que cuentan S. Lucas y S. Juan con circunstancias mas individuales. Sin duda se ha entendido mal la palabra *usteron*, porque en efecto S. Marcos pasa inmediatamente de esta narracion á la última aparicion de Jesucristo y á su ascension; mas ¿no hace lo mismo San Lucas? Y con todo refiere claramente en el capítulo XXIV lo que habia acontecido el dia antes de resucitar Jesucristo, asi como S. Juan que empieza su narracion con estas palabras: «La tarde del mismo dia que era el primero de la semana.» Entre este dia de la resurreccion del Salvador y el de su ascension transcurrió, segun dice S. Lucas en los Actos de los apóstoles, un espacio de cuarenta dias, de que dicen muy poco S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas; pero S. Juan habla mas; y para que no se diga que S. Marcos no sabia nada de las apariciones que se verificaron en Galilea, quiso la sabiduría de Dios que en su evangelio advirtiese el an-

gel del sepulcro á los discípulos por medio de las santas mujeres que fuesen á Galilea. Los evangelistas suelen pasar de un suceso á otro inadvertidos, por decirlo asi; pero si se comparan sus narraciones, resulta un conjunto bien ordenado y completo. Asi se ve en muchos libros del antiguo testamento. Los dos últimos de los Reyes y los del Paralipómenon se apoyan y completan recíprocamente y muchas veces tambien con los pasajes históricos de Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. Cada profeta tiene su modo particular de escribir, que no puede ocultarse al lector atento é inteligente. Este saca una satisfaccion mas viva de los evangelios, y su concordancia, que no ocurre al lector superficial, y de que no hicieron mucho caso los evangelistas, viene á ser mas evidente para aquel.

Ya habia dicho nuestro Salvador á sus discípulos antes de morir: «Despues que resucitare, iré delante de vosotros á Galilea.» El dia de su resurreccion encargó á las santas mujeres por el intermedio de un angel que previniesen á los discípulos que fueran á Galilea, y él mismo repitió este encargo cuando se apareció á aquellas; pero su amor no se contentó con el cumplimiento de lo que habia prometido. Dios cumple siempre lo que promete; pero á veces hace mas. Jesucristo se apareció á sus discípulos la noche misma del dia de su resurreccion segun acabamos de ver, y probablemente les encomendó que permaneciesen aun en Jerusalem toda la fiesta de Pascua y aun mas, pues que segun veremos se les apareció de nuevo en dicha ciudad de alli á ocho dias, antes que le hubiesen visto muchas veces en Galilea.

CAPITULO VIII.

Jesus se aparece de nuevo y confunde la incredulidad de Tomas.

«Y Tomás, uno de los doce, que se llama Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesus. Dijeronle pues los otros discípulos: Hemos visto al Señor; mas él les respondió: Si yo no viere la señal de los clavos en sus manos, y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y mi mano en su costado, no creeré. Y de alli á ocho dias estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Vino Jesus estando cerradas las puertas y se puso enmedio y dijo: La paz con vosotros. Despues dice á Tomás: Mete tu dedo aquí y mira mis manos, y trae tu mano y metela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: Señor mio y Dios mio. Jesus le dijo: Tomas, porque me has visto has creido: dichosos los que no vieron y creyeron (S. Juan XX, 24 á 29).»

Es de extrañar la incredulidad de este apostol, que despues de no haber querido dar fé á la relacion de las santas mujeres á ejemplo de los otros apóstoles no creyó ni aun á sus condiscípulos, los cuales incrédulos al principio como él le decian entonces con seguridad: *Hemos visto al Señor*. La sabiduría misericordiosa de Dios permite á veces que las faltas de sus hijos, cuando se expian con un arrepentimiento verdadero sean provechosas no solo á ellos, sino á otros. ¡Con qué profunda humildad y con qué abrasado amor exclamaria el dichoso discípulo: ¡*Señor mio y Dios mio*! Y si la tenaz incredulidad de los discípulos que los evangelistas declaran á menudo, da una fuerza irresistible á sus testimonios, ¿qué peso no debe darles la incredulidad de Tomás? Del mismo modo que Moisés por quien fue dada la ley, hizo brotar agua del peñasco con su vara, asi Jesucristo por quien vinieron la gracia y la verdad, convirtió

aquellos hombres incrédulos en confesores ardientes de su santo nombre, é hizo correr por ellos el manantial vivificante sobre las naciones.

¡Cuán afectuosa es la prediccion del Señor á su discípulo! Y ¡qué palabras de salvacion pronunció para nosotros si es que somos del número de aquellos bienaventurados que no le ven ahora; pero que creen y esperan en él y le aman de todo corazon!

S. Juan continua así (cap. XX, v. 30 y 31):

«Jesus hizo otros muchos milagros que no estan escritos en este libro, en presencia de sus discípulos. Mas estos se han escrito para que creais que Jesus es el Cristo hijo de Dios, y para que creyendo tengais la vida en su nombre.»

En su nombre, es decir, segun S. Juan Crisóstomo, para que tengamos la vida eterna por sus méritos y su gracia. La circunstancia de estar las puertas cerradas, que se habia notado ya en la primera aparicion de Jesucristo y que se vuelve á repetir aqui, no debe explicarse en el sentido de que Jesus se les apareció á una hora adelantada de la noche, segun entendieron Calvino y algunos sabios siguiendo á este, ni tampoco como opina Grocio en una reunion secreta. Jesucristo se apareció de un modo milagroso; por eso habla San Juan *de otros muchos milagros* que aquel habia hecho.

CAPITULO IX.

Aparicion de Jesus á orillas del mar. El Señor encomienda á Pedro sus corderos y sus ovejas.

«Y los once discípulos se fueron á Galilea á la montaña donde Jesus les habia ordenado (S. Mateo XXVIII, 16).»

S. Mateo enlaza en su breve narracion el viaje de los discípulos á Galilea con la relacion de una aparicion

de Jesucristo en la montaña á donde los habia convocado para manifestarse á ellos, y pasa en silencio una aparicion anterior de Jesucristo, que tambien habia hecho en Galilea mas de lo que habia prometido á sus discípulos, porque su amor los sorprendió en el lago de Tiberiades (que tambien se llama lago de Genezaret) antes que llegasen á la montaña. Vease cómo lo cuenta S. Juan.

«Despues se manifestó Jesus otra vez á sus discípulos á orillas del mar de Tiberiades, y se manifestó así: estaban juntos Simon Pedro y Tomas que se llama Dídimo, y Natanael que era de Caná en Galilea, y los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos del Señor. Diceles Simon Pedro: Voy á pescar. Y le dicen ellos: Nosotros tambien vamos contigo. Y salieron y subieron en una barca y no cogieron nada aquella noche. Mas habiendo amanecido, apareció Jesus en la playa; sin embargo los discípulos no conocieron que era Jesus.»

No nos dice el evangelista si estaban fascinados sus ojos de modo que no le conocian, ó si se les apareció en otra figura.

«Dijoles pues Jesus: Hijos ¿no teneis alguna vianda (1)? Respondieronle: No. Y él les dice: Echad la red á la derecha y hallareis. La echaron pues y ya no podian sacarla por la muchedumbre de peces. Entonces dijo á Pedro aquel discípulo á quien Jesus amaba: Es el Señor. Habiendo oido Simon Pedro que era el Señor se ciñó la túnica (porque estaba desnudo) (2), y se

(1) La palabra griega *prosphagion* significa literalmente un plato intermedio: la Vulgata dice *pulmentarium*. Una y otra significan por lo comun algo que se come con pan, como *opsom*, *opsarion y opsoniun*. Todas estas palabras se usan las mas veces cuando se trata de pescados.

(2) El griego *gumnos* y el latin *nudus* se emplean muchísimas veces para designar los que no llevan mas que

arrojó al mar. Los otros discípulos vinieron en la barca tirando la red llena de peces, porque no distaban de tierra sino como unos doscientos codos. En cuanto desembarcaron, vieron la lumbre puesta y el pescado encima y pan. Diceles Jesus: Traed de los peces que habeis cogido ahora. Subió Simon Pedro á la barca y sacó á tierra la red llena de ciento cincuenta y tres peces grandes, y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesus les dijo: Venid, comed. Y ninguno de los que estaban sentados, se atrevia á preguntarle: ¿Quién eres tú? sabiendo que era el Señor. Y fué Jesus y tomó pan y les dió é igualmente peces.

«Esta fue la tercera vez que Jesus se manifestó á sus discípulos despues de haber resucitado de entre los muertos. (S. Juan XXI, 1 á 14).»

En toda la noche, que es el tiempo mas favorable para la pesca, no habian cogido nada; y apenas les dijo el Señor que echaran la red, cogieron mas peces de los que podian esperar. Jesucristo les enseñó, y á nosotros en ellos, que no podemos nada sin él; pero que lo podemos todo con el auxilio de su gracia. Si no se rompió la red, fue efecto de otro milagro, que estampó un nuevo sello de verdad en el primero.

Juan conoció que el Señor era el que les habia dicho que echaran la red al otro lado: Pedro arrojándose medio desnudo al mar nadó hácia donde él estaba. ¡Cómo sigue aqui cada cual el impulso de su carácter!

el vestido de abajo. Asi deberia entenderse aqui aun cuando no se dijese que se ciñó la túnica al rededor (*tunicâ succinxit; se*). El vestido de abajo cumple con la ley del pudor, pero no con la del respeto: Pedro debia el uno á sí y á los otros discípulos, y el otro á su divino maestro. La expresion griega *ependutês* significa un vestido de encima, una túnica, por oposicion al vestido de abajo *upo dutês*. La túnica se sujetaba á la cintura con un ceñidor.

En el uno se ven la luz y la contemplacion silenciosa del amor: en el otro la impetuosidad del amor, una hoguera ardiendo.

Mientras que los discípulos entregados á sus faenas echaban la red y la sacaban á tierra, Jesucristo habia proporcionado lumbre, peces y pan por un efecto de su poder, para que aprendieran aquellos que Dios no necesita de nuestro trabajo. Cuando permite á los hombres que conduzcan su obra, es una gracia. Sin embargo les permitió comer de los peces que habian cogido. ¡Cuán instructiva y afectuosa es esta conducta!

«Luego pues que hubieron comido, dice Jesus, á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos? Dícele: Si, Señor, tú sabes que te amo. Jesus le dice: Apacienta mis corderos. Le dice segunda vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Dícele: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesus le dice: Apacienta mis corderos. Le dice tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se contristó porque le dijo por tercera vez: ¿me amas? y le respondió: Señor, tú lo conoces todo: tú sabes que te amo. Díjole Jesus: Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo cuando eras mas joven te ceñias tú é ibas á donde querias; mas cuando fueres viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará á donde no quieres. Y esto lo dijo dando á entender con qué muerte habia de glorificar á Dios. Y habiendo hablado asi le dice: Sígueme (S. Juan XXI, 15 á 19).»

Pedro habia negado tres veces á su Señor, y Jesucristo le pregunta tres veces si le ama: el discípulo se contristó de esta pregunta reiterada. Esta leve penitencia le fue impuesta; mas *todo contribuye al bien de los que aman á Dios*, como dice el Apostol (ad rom. VIII, 28).

Con esta pregunta tres veces repetida queria nuestro Señor dar á su apostol, la cabeza futura de la iglesia, ocasion de manifestar su amor y de confesar la divinidad de Jesucristo: Señor, tú lo conoces todo: tú sabes que te amo.

La pregunta del que lo sabe todo, dirigida á S. Pedro y junta á la gracia insigne que le concedió inmediatamente despues, á resultas de asegurarle en su respuesta que le amaba, no nos deja duda de que san Pedro amó realmente al hijo de Dios mucho mas que ningun otro apostol. Todos le amaban de lo íntimo de su corazon; y las últimas pláticas y la oracion de Jesucristo antes de luchar con la muerte atestiguan bastante cuánto los amaba á todos: los amaba con un amor divino.

Jesus profesó la amistad mas tierna y santa á san Juan, *el discípulo á quien amaba*. Fundábase aquella en el conocimiento íntimo de las cualidades puras, apreciables y santificadas del alma de este discípulo que estaba adornado de las prendas mas nobles. La memoria de la amistad que tuvo el hijo de Dios á san Juan, excita una alegría que enagena. Esta amistad no es infructuosa para nosotros, porque por ella santificó Jesucristo el vínculo de una amistad noble, de la misma manera que santificó la alianza del amor conyugal por su union con su iglesia, que es su esposa. El Señor recomendó su madre llena de gracia á S. Juan, su íntimo amigo, y la recomendó, segun la excelente observacion de S. Juan Crisóstomo, desde el arbol de la cruz en el instante mismo en que una espada de dolor le traspasaba el alma.

Mas si S. Pedro que alcanzó tan gran perdon, amó al hijo de Dios aun mas que S. Juan, no podemos dudar que el hijo de Dios, que vuelve amor por amor (una vez que segun S. Agustin recompensa sus propios dones en sus escogidos, cuyo amor hácia él es

un beneficio de su amor), no podemos dudar, repito, que amaba á S. Pedro aun mas que á S. Juan. A san Pedro fue, segun nota S. Juan Crisóstomo, á quien encomendó el gobierno de su iglesia.

El amor que se tiene al Señor, es siempre humilde. Cuando Jesus preguntaba á S. Pedro: ¿Me amas tú mas que estos? No se metió S. Pedro á hacer comparaciones, sino que apeló al escudriñador de los corazones que acababa de preguntarle y sabia cuál era su amor.

Cuando cerca de un año antes le hizo nuestro Señor la magnífica promesa de edificar su iglesia sobre él, le habló en estos términos: *Dichoso tú, Simon, hijo de Jonás &c.* Este modo de llamar á uno por su nombre añadiendo el de su padre era muy honorífico en los pueblos antiguos, como lo es aun hoy en ciertas naciones, y muchas veces se empleó tambien para dar solemnidad al discurso y al asunto.

La materia de la plática de Jesucristo era tan solemne esta vez como la otra, porque entonces prometió á este discípulo lo que le concede ahora, la gran mision de gobernar toda su iglesia. En efecto de la recomendacion tres veces repetida de apacentar su rebaño resultaria claramente, aun cuando no tuvieramos ninguna noticia de la promesa anterior, que se concedió á S. Pedro la supremacía de un modo particular y propio de él, mayormente cuando nuestro Señor le dice estas palabras á presencia de otros seis apóstoles, entre los cuales se hallaban Santiago y S. Juan. De la misma manera la supremacía de S. Pedro sobre los otros apóstoles se probaria por la promesa que se le hizo anteriormente, aun cuando no supieramos que se le concedió en esta última circunstancia. Reunidas estas dos pruebas tienen una fuerza invencible, y no comprendo cómo pueden eludirla nuestros hermanos separados de la iglesia.

Muchos de ellos confiesan en efecto que el hijo de Dios habia elevado el apostol S. Pedro á una categoría superior á la de sus condiscípulos en el apostolado, y Grocio tan franco como entendido y docto le llama el príncipe de los apóstoles, *princeps apostolorum* (Hug. Grot. Annot. in N. T. ad Joan. XXI, 15). Pero en otro lugar probaré claramente que la preeminencia y autoridad de que el hijo de Dios invistió á S. Pedro, no se concedieron solamente á este, sino tambien á sus sucesores; y que desde los primeros tiempos reconocieron esta preeminencia todos los obispos sucesores de los apóstoles en las tres partes del mundo aun en vida de S. Juan evangelista.

Si nuestro Salvador dice que otro ceñirá á S. Pedro y le llevará á donde no quiera, no por eso podemos pensar que este grande apostol no hubiese consagrado su vida á la confesion de Jesucristo de todo corazon; pero el Salvador habla solo aqui del apego á la vida y del temor natural del martirio que es comun á todos los hombres, y que hace un martir del confesor fiel de la verdad cuando sabe vencer aquel. S. Juan se detiene con un amor notable, con una santa humildad en la preferencia concedida por el hijo de Dios á su amigo, y habla con la mas honorífica distincion de su martirio, con el cual *debia glorificar á Dios.*

«Volviéndose Pedro vió detrás á aquel discípulo á quien Jesus amaba, que se reclinó sobre su pecho en la cena, y dijo: Señor, ¿quién es el que te entregará? Habiéndole pues visto Pedro, dijo á Jesus: Señor, ¿y qué será de este? Dícele Jesus: Quiero que permanezca asi hasta que yo venga: ¿qué te importa á tí? Tú sígueme. Divulgóse pues la especie entre los hermanos de que aquel discípulo no moriria. Y no le dijo Jesus: No muere; sino: Quiero que permanezca

asi hasta que yo venga: ¿qué te importa á tí? (S. Juan XXI, 27 á 23).»

La pregunta de S. Pedro era un tanto indiscreta, y nuestro Salvador no satisfizo su curiosidad. No debe extrañarse que en virtud de la respuesta de Jesucristo pensasen los discípulos que S. Juan no moriria, porque el hijo de Dios no los habia informado de la época de su segunda venida, y aun no se les habian dado en su plenitud las luces prometidas del Espíritu Santo. Pero lo que pasma es que en todos los siglos que han transcurrido desde la muerte de S. Juan, haya hallado defensores la opinion que él mismo combate como acabamos de ver.

Hé aqui cómo termina su Evangelio inmediatamente despues de las palabras que hemos citado:

«Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y escribió esto; y sabemos que su testimonio es verdadero. Mas hay tambien otras muchas cosas que hizo Jesus; y si se escribieran cada una de por sí, juzgo que ni en todo el mundo podrian caber los libros que hubieran de escribirse (S. Juan XXI, 24 á 25).»

CAPITULO X.

Aparicion de Jesus á sus once apóstoles y á mas de quinientos discípulos en Galilea.

«Despues de esto nuestro Salvador se apareció á los once en Galilea en la montaña á donde los habia convocado (S. Mateo XXVIII, 16).»

Tal vez era el monte Tabor donde se cree que se transfiguró el Señor. Entonces sin duda fue cuando se dejó ver á mas de quinientos discípulos; de lo cual habla S. Pablo en estos términos (I ad corint. XV, 6):

«Despues se manifestó á mas de quinientos hermanos congregados, muchos de los cuales viven aun, y algunos se han muerto;» porque el evangelista refiere (1): «Y viéndole le adoraron; pero algunos dudaron (san Mateo XXVIII, 17).» Esta duda no podia existir en los once, algunos de los cuales le habian visto tres veces *á lo menos*, y los otros *á lo menos* dos despues de su resurreccion. Si se dice *que algunos de los quinientos dudaban*, la duda no recaia sobre la resurreccion del hijo de Dios, sino solamente sobre su persona: dudaban que aquel que estaban viendo sobre la montaña quizás á cierta distancia, fuese en efecto el Señor resucitado. Por eso no vemos que se les reprenda su incredulidad; al contrario se dice: «Y acercándose Jesus les habló diciendo: A mí me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra. Id pues y enseñad á todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolos á guardar todo lo que yo os he mandado; y ved que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos (S. Mateo XXVIII, 18 á 20). El que creyere y fuere bautizado, se salvará; mas el que no creyere, se condenará. Y los milagros que harán los que creyeren, serán estos: lanzarán los demonios en mi nombre: hablarán nuevas lenguas: tocarán las serpientes; y si bebieren algun veneno mortal, no les hará daño: impondrán las manos sobre los enfermos, y estos sanarán (S. Marcos XVI, 16 y 18).»

Examinemos las palabras de S. Mateo que hemos citado últimamente: «Y acercándose Jesus les habló diciendo (este modo de principiar excita un movimien-

(1) Opínase que S. Pablo escribió su primera epístola á los corintios el año 56, y por consiguiente veintidos despues de la Ascension de Jesucristo.

to de atencion): «A mí me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra.»

Esta potestad le fue dada segun su naturaleza divina desde toda la eternidad en virtud de su participacion en la esencia divina por su padre eterno. Segun su naturaleza humana le fue dada por la participacion de la naturaleza divina, y tambien le fue comunicada por su padre celestial á causa de su encarnacion, de su pasion y de su muerte.

«Id pues y enseñad á todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolos á guardar todo lo que os he mandado; y ved que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.»

Los apóstoles han muerto; pero el Señor está con sus sucesores que enseñan: está con ellos hasta la consumacion de los siglos el que recibió toda potestad en el cielo y en la tierra. Aun cuando la iglesia no tuviera ninguna otra promesa, estaria bastante segura de su infalibilidad y duracion.

CAPITULO XI.

Aparicion particular á Santiago. Ascension de Jesucristo á los cielos.

Despues de esta aparicion del hijo de Dios á mas de quinientos hermanos congregados, que era probablemente como hemos dicho la de la montaña de que habla S. Mateo (cap. XXVIII, v. 16), se manifestó á Santiago, segun dice S. Pablo en la primera epístola á los corintios (cap. XV, v. 7). ¿Era á Santiago el Zebedeo, á quien Jesucristo habia distinguido muchas veces particularmente al mismo tiempo que á Pedro y Juan entre los otros apóstoles, haciéndole con aquellos testigo de su transfiguracion y luego de su agonía en el

huerto de Gethsemaní, y el primero de los doce que selló con su sangre la confesion del nombre del Señor? ¿O era á Santiago, hijo de Alfeo, á quien los cristianos y los judíos han apellidado el justo? Eso es lo que no dice S. Pablo, verosimilmente porque hablaba de esta aparicion como de una cosa sabida entonces. Mas segun algunos testimonios respetables de la antigüedad, á quien Jesus se manifestó en particular, fue á Santiago, hijo de Alfeo. Asi lo supone S. Juan Crisóstomo (homilía LVIII in epist. S. Pauli ad corint.) sin querer no obstante decidir nada sobre este punto, y funda su opinion en la tradicion de que el mismo hijo de Dios nombró obispo de Jerusalem á este Santiago. Clemente de Alejandría que florecia en la última mitad del siglo II, aseguraba en uno de sus escritos que se ha perdido, pero de que nos ha conservado Eusebio un pasaje en su Historia eclesiástica, que nuestro Señor despues de su resurreccion concedió grandes luces (*tén gnósin*) á S. Pedro, S. Juan y Santiago el Justo con preferencia á los otros apóstoles: que aquellos las comunicaron á sus condiscípulos; y que estos hicieron participantes á los setenta, entre los que se hallaba Bernabé (1).

Los evangelistas apenas escribieron nada sobre lo que nuestro Señor dijo é hizo en los cuarenta últimos dias que pasó con ellos en la tierra; sin embargo san Juan asegura que obró otros muchos milagros en pre-

(1) Ya que cito aqui á Clemente de Alejandría, no debo pasar en silencio que él, S. Gregorio Niseno y S. Cirilo de Jerusalem han distinguido de Santiago Alfeo á Santiago el Justo, primer obispo de esta ciudad: asi lo hacen tambien los griegos modernos. Mas no es este el lugar de demostrar hasta qué punto es inverosimil semejante opinion.

sencia de sus discípulos (cap. XX, v. 30); y S. Lucas habla *de diversas maneras con que se manifestó él mismo vivo despues de su pasion, apareciendoseles durante cuarenta dias y hablando del reino de Dios* (Actos de los apóstoles I, 1 á 5). Una santa obscuridad le oculta muchas veces á nuestros ojos en este espacio de tiempo, asi como nos le ocultó en los treinta años primeros de su vida. Solo de cuando en cuando aparece en la escena para probar su resurreccion y ascension, y demostrar el fundamento de su iglesia que él mismo sentó. El Espíritu Santo trataba con una sabiduría misericordiosa de confirmarnos en nuestra fé, y no de satisfacer nuestra curiosidad; y como la tradicion trae su orígen precisamente de la época en que conversaba del reino de Dios con sus apóstoles, era natural que el contenido de sus discursos nos fuese transmitido por la via de la tradicion.

La sagrada escritura no nos dice si Jesucristo se apareció despues de su resurreccion á su madre santísima; pero ¿quién puede dudarlo? Ella era la última que nombró antes de morir cuando atravesó una espada su alma; y sin duda fue una de las primeras á quienes se manifestó despues de su resurreccion. María que habia acompañado á su divino hijo á Jerusalem con los apóstoles y las santas mujeres, fue sin duda con ellos á Galilea y luego volvió á Jerusalem, donde segun S. Lucas permaneció siempre desde la Ascension de Jesus hasta la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles *con ellos y las santas mujeres que perseveraban unánimemente en la oracion* (Actos de los apóstoles I, 14). Respetemos el velo virginal con que la escritura santa ha cubierto á la que es bendita sobre todas las mujeres, aquella á quien todas las generaciones debian llamar dichosa y proclamar tal hasta la segunda venida de su hijo.

Por su orden se dirigieron de nuevo los apóstoles á Jerusalem donde *los congregaba* (1) y les dijo: «Y yo os envio la promesa (2) de mi padre; mas vosotros permaneced en la ciudad hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto: porque Juan bautizó en el agua; pero vosotros sereis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos dias. Y los sacó fuera hácia Bethania (3). Ellos pues estando reunidos le preguntaban diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino de Israel en este

(1) Donde los congregaba, *sunalizomenos, congregando.* La acepcion de la palabra es muy sabida y se halla en los mejores autores. La Vulgata dice *convescens*, comiendo juntos. Si se quisiera dar esta acepcion á aquella palabra, habria que derivarla de *alas* ó de *als*, *sal*, porque *alizein* significa *salar* lo mismo que *reunir ó congregar.* En este último sentido debe derivarse de *alis*, bastante, en abundancia, juntamente. Dícese que las traducciones siriaca y árabe concuerdan en este punto con la Vulgata; y S. Juan Crisóstomo se declara por esta acepcion. He creido deber indicar todo esto; pero estoy convencido de que S. Lucas que era muy versado en el griego, no usaria la voz *sunalizesthai* para expresar la idea *de comer con*, porque esta acepcion seria á lo menos muy extraña y afectada, y debia ocurrir á cualquier lector el sentido propio de la palabra *reunir ó congregar.*

(2) Segun un hebraismo la voz *promesa* se toma aqui por el objeto de ella como en otros muchos lugares del nuevo testamento. Asi hallamos muchas veces en los hebreos *la fé y la esperanza* en lugar del objeto de la fé ó de la esperanza. Nosotros decimos tambien: Es mi amor, es decir, el objeto de mi amor.

(3) No hasta el pueblo sino hácia el camino de Bethania y tal vez en su territorio. Este lugar estaba situado en las cercanías de Jerusalem al otro lado del monte Olivete; pero al pie de la montaña desde donde nuestro Señor subió al cielo.

tiempo? Mas él les dijo: No os toca á vosotros conocer los tiempos ó los momentos que el Padre puso en su poder; pero recibireis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y sereis testigos por mí en Jerusalem y en toda la Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra. Y levantando las manos los bendijo; y á vista de ellos se elevó, y una nube le recibió y le apartó de sus ojos, y era llevado al cielo. Y cuando ellos le contemplaban subiendo al cielo, hé aqui que aparecieron junto á ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales dijeron: Galileos, ¿por qué estais mirando al cielo? Este Jesus que de enmedio de vosotros se ha elevado al cielo, vendrá de la misma manera que le habeis visto subir al cielo. Y ellos adorandole se volvieron á Jerusalem con gran gozo, y estaban siempre en el templo alabando y bendiciendo á Dios (S. Lucas XXIV, 49 á 53, S. Marcos XVI, 19, Actos de los apóstoles I, 5 á 11).»

CAPITULO XII.

Se reunen los apóstoles en Jerusalem y eligen á Matias en lugar de Judas.

S. Lucas termina su Evangelio con las últimas palabras del capítulo anterior. Veamos lo que dice en los Actos de los apóstoles (capit. I, v. 12 á 14).

«Entonces volvieron á Jerusalem del monte que se llama Olivete, que dista de Jerusalem la jornada de un sábado (1). Y habiendo entrado en el cenáculo subieron á donde permanecian Pedro y Juan, Santiago y Andres,

(1) Una ley humana de la que no se habla absolutamente en la ley divina, prohibia á los judíos alejarse en sábado mas de dos mil codos de su morada.

Felipe y Tomas, Bartolomé y Mateo, Santiago, hermano de Alfeo, y Simon Zelotes y Judas, hermano de Santiago. Todos estos perseveraban unánimemente en la oracion con las mujeres y María, madre de Jesus, y sus hermanos.

Si alguno tratase de acusar á S. Lucas de que se contradice, porque en su Evangelio dice que los apóstoles permanecian siempre en el templo, y en los Actos de los apóstoles asegura por el contrario que perseveraban unánimemente en el cenáculo en oracion con las santas mujeres, con María, madre de Jesus, y sus hermanos; seria facil conciliar estos pasajes. Los apóstoles iban diariamente al templo, tal vez á todas las horas del sacrificio, que se hacia tres veces al dia; pero pasaban lo demas del tiempo en su casa con las otras santas personas cantando las alabanzas de Dios que habia glorificado á su hijo único, y pidiendo con fervorosas oraciones y súplicas la plenitud del Espíritu Santo, que Jesucristo habia prometido muchas veces á los apóstoles antes de su muerte y despues de su resurreccion. Las santas mujeres unian sus oraciones á las de los apóstoles. Con esta misma intencion la iglesia de Jesucristo exhorta aun hoy á sus hijos cuatro veces al año á que pidan por tres dias *al Señor de la mies que envie operarios á su mies*, del mismo modo que Jesucristo hizo orar á sus discípulos.

«En aquellos dias levantándose Pedro enmedio de los hermanos dijo (y habia reunidos una multitud como de ciento veinte hombres): Hermanos mios, convenia que se cumpliese la Escritura que predijo el Espíritu Santo por boca de David, acerca de Judas que fue el caudillo de los que prendieron á Jesus; porque era contado entre nosotros y recibió su parte de este ministerio. Y este poseyó un campo del precio de la iniquidad, y colgandose reventó y se derramaron toda

sus entrañas (1). Y esto fue sabido de todos los habitantes de Jerusalem (2), de suerte que aquel campo fue llamado *Haceldama*, esto es, campo de la sangre. Porque está escrito en el libro de los salmos: Quede desierta la morada de ellos, y no haya quien habite en ella, y reciba otro su episcopado. Conviene pues que de estos varones que han estado reunidos con nosotros en todo el tiempo que el señor Jesus entró y salió entre nosotros empezando desde el bautismo de Juan (3) hasta el dia en que fue arrebatado de enmedio de nosotros, se saque uno que sea testigo de su resurreccion con nosotros. Y presentaron dos, José que se llamaba Barsabas y fue apellidado el justo, y Matias. Y orando dijeron: Señor, tú que conoces los corazones de todos, muestranos cuál de estos dos has elegido para que ocupe el lugar del ministerio y apostolado de que prevaricó Judas para ir á su morada. Y echaron suertes sobre ellos, y cayó la suerte sobre Matias, y fue contado con los once apóstoles (Actos de los apóstoles I, 15 á 26).»

¡Qué junta esta! Solo eran ciento veinte (4); pero ¡qué almas! La bienaventurada madre del hijo de Dios y sus apóstoles que se sentarán en doce tronos juzgan-

(1) *Poseyó un campo*, es decir, el campo fue comprado con el precio de su traicion. Las circunstancias de la muerte de Judas referidas aqui se concilian muy bien con la breve narracion de S. Mateo: *Habiendose retirado fue y se ahorcó*. Probablemente se rompió la cuerda, cayó Judas boca abajo y reventó. El apostol S. Pedro tuvo ocasion de hablar á los que tenian todavía presente en la memoria aquel suceso horrible.

(2) Asi el traidor debia ser tambien un testigo.

(3) *Desde el bautismo de Juan*, quiere decir desde el tiempo en que Jesucristo fue bautizado por S. Juan.

(4) Solamente ciento veinte, es decir en Jerusalem. De aquellos *quinientos hermanos* á quienes se habia apa-

do á las doce tribus de Israel, que vivieron tres años con Jesus, y que recibian de su boca el dulce título de amigos y hermanos suyos.

Aquellas almas piadosas ignoradas de un mundo lleno de templos consagrados á los ídolos, y en el que las pasiones mas feroces estaban desenfrenadas cual nunca, si se exceptúa el tiempo anterior al diluvio; aquellas almas, digo, estaban reunidas mostrando unas virtudes que el mundo no conocia, ni aun tenia nombres que darles, la humildad, la fé, la esperanza y la caridad.

Pedro entró en su ministerio de gran pastor como vicario visible del invisible gran pastor de las ovejas, que el Dios de paz resucitó de entre los muertos por la sangre del testamento eterno, y á quien él mismo llama en su epístola *el príncipe de los pastores y el obispo de nuestras almas*. Los apóstoles entraron á ejercer al mismo tiempo que él sus santas funciones de obispos y pastores para las que los habia consagrado el hijo del mismo Dios. Su soplo crió una alma viva en Adam, y su soplo animó tambien á los futuros pastores de fuerzas para renovar la humanidad caida. Ya entonces eligieron un coapostol, un obispo como ellos. Presentaron dos santos hombres; pero como los dos les parecian igualmente dignos, recurrieron á la suerte, no sin el auxilio del Espíritu Santo, que les inspiró esta resolucion queriendo influir indirectamente en ellos, porque aun no se habian hecho hombres, ni se habian derramado aun sobre ellos en toda su plenitud los dones y virtudes del Espíritu Santo que aguardaban orando (1).

recido Jesucristo sin duda ninguna en Galilea despues de su resurreccion, los mas eran probablemente galileos, porque Jesus habia pasado la mayor parte del tiempo de su ministerio en aquel pais.

(1) En lo sucesivo no se hizo por suerte la eleccion de los obispos.

APÉNDICES

Á LA HISTORIA DE JESUCRISTO.



APENDICE PRIMERO

sobre las dos tablas genealógicas de Jesucristo, segun los evangelistas S. Mateo y S. Lucas

POR EL DOCTOR KISTEMAKER.

Segun S. Mateo.	*Segun S. Lucas.*
David.	David.
Salomon.	Nathan.
Roboam.	Mutatá.
Josías.	Melqui.
Jeconías.	Neri.
Salathiel (hijo propio de Jeconías).	Salathiel (yerno de Neri).
Zorobabel (de la familia de Salomon).	Zorobabel (tambien de la familia de Nathan).
Abiud.	Resa.
Jacob.	Heli.
José,	José.
esposo de María, de quien nació Jesus, que se llama hijo de David (San Mateo, I, 1 á 16).	Jesus, segun se reputaba, hijo de José, que fue hijo de Heli (S. Lucas III, 23).

Para quitar las dificultades que se notan en estas dos tablas genealógicas, y explicar los puntos en que se apartan entre sí, me parece que se deberia proceder empezando por arriba y no por abajo. De este modo acaso se sacaria alguna luz acerca de los últimos personajes. Asi

1. En las dos tablas genealógicas aparecen Salathiel y su hijo Zorobabel. En la de S. Mateo el padre de Salathiel se llama Jeconías, y en la de S. Lucas Neri. El hijo de Zorobabel ó nieto de Salathiel se llama Abiud en S. Mateo, y Resa en S. Lucas.

2. Salathiel y Zorobabel que viven en la misma época, son las mismas personas con distintos nombres en los dos evangelistas. No hay razon para dudarlo, mucho menos cuando entre los pocos que habian vuelto del desierto, no podria conjeturarse esta doble coincidencia de los nombres del padre y del hijo. Es verdad que existia entonces otro Zorobabel, hijo de Fadaia (I del Paralipom III. 19); pero para distinguir á este del que nombran S. Mateo y S. Lucas, le llama Esdras Zorobabel, hijo de Salathiel, y el profeta Ageo le da cinco veces este nombre. Asi sin fundamento sostiene Jansenio que los nombres que usaron S. Mateo y San Lucas, se aplican á personas diferentes.

3. ¿Cómo se explicará esta circunstancia que Salathiel se llama hijo de Jeconías en S. Mateo é hijo de Neri en S. Lucas? Salathiel, hijo de Jeconías, se casó con la hija de Neri: esto es posible:

(A) Porque los israelitas de linaje distinguido (vease en la version griega el libro de Tobías, I, 9 y IV, 12, y el de Judith VIII, 1 y 2), principalmente los de la familia de David de la que debia salir el Mesias, trataban de no mezclar su sangre con la de otra tribu, ó bien

(B) Porque Neri no tenia hijos, sino solamente hijas, tal vez una hija única. Esta última suposicion es cierta, y voy á deducirla de las razones siguientes: (*a*) Cuando un padre tenia uno ó mas hijos, estos llevaban su nombre y heredaban sus bienes. (*b*) Solamente en el caso de no haber hijos conservaba el nombre y la familia del padre su yerno, á quien tocaban en herencia los bienes del mismo. (*c*) Pues en las tablas genealógicas de S. Mateo y S. Lucas vemos que Zorobabel, hijo de Salathiel, tal vez hijo único, es contado tambien entre los descendientes de Neri, y que uno de los hijos de este último llamado Abiud continuó la descendencia de Jeconías, y que el otro llamado Resa continuó la familia de Neri; luego por consecuencia heredó tambien los bienes patrimoniales de este.

4. Segun esto las familias de Salomon y de Nathan se confundian en Zorobabel.

5. Resulta de un pasaje importante de Zacarias (cap. XII, v. 10 á 13) que existia aun á la vuelta del destierro el linaje de Nathan, y que debia conservarse hasta el tiempo del Mesias.

6. Convencidos los apóstoles de que Jesus no era mas que el hijo de María, le llamaron hijo de David como dice entre otros S. Pablo (ad rom. I, 3): que nació de la descendencia de David segun la carne. Los rabinos llaman á María Mirjam, hija de Heli, y dicen que la mujer de Nathan, hijo de David, es la madre del Mesias (vease los Guomos de Bengel). El testimonio de los rabinos es mucho mas importante por cuanto habrán hecho las mayores investigaciones sobre el origen de Jesus para impugnar su mision (1).

(1) Las tradiciones cristianas llaman Joaquin al padre de la santísima Virgen, que en hebreo quiere decir Jehojakim; pero Jehojakim y Heli son un mismo nombre en hebreo. Ya se ha advertido en otro lugar que los judíos

7. Por lo que se ha dicho mas arriba (n. 3, A), puede admitirse que José, descendiente del linaje de David, se casó con una mujer parienta suya, mucho mas cuando se consideraba entonces como próxima la venida del Mesías, que debia salir de la tribu de David. Que se haya verificado la suposicion mencionada mas arriba (B), es decir, que Heli no tuviese mas que hijas ó una sola (María), eso es lo que yo no me atrevo á afirmar, ni tampoco hay necesidad de afirmarlo, á causa de lo que se ha dicho mas arriba (A), y de la conducta de Dios que velaba de un modo particular sobre todo esto.

8. En lo que hemos dicho arriba (n. 6 y 7), se funda (en cuanto nos lo permite la obscuridad que se advierte en esta clase de genealogías), la explicacion facil, suficiente y verdadera de S. Lucas (cap. III, v. 23): *Jesus, hijo, segun se reputaba, de José, de Heli* (asi dice textualmente la version griega). Esto quiere decir: Un hijo de José que fue yerno de Heli (porque hijo suele tomarse en este sentido); ó bien: Jesus, aunque fuese reputado como el hijo de José, fue hijo de Heli por su madre María, hija de Heli (porque el nieto es llamado muchas veces hijo). Las dos explicaciones vienen á ser una misma cosa segun se ve. Beausobre y Lenfant no quieren admitir mas que la última construccion de estas en las observaciones sobre este pasaje.

9. En el libro I del Paralipomenon (c. I, v. 50) se

por respeto al nombre de Jehovah no pronunciaban con gusto los que empezaban con J, sino que los cambiaban en otros que significaban lo mismo. Por esta causa el apostol Judas, hermano de Santiago, fue llamado Tadeo: uno y otro quieren decir *alabanzas*. Joiada se cambió en Baraquias: uno y otro significan *Bendito del Señor*.

ve que tambien en el antiguo testamento se formaban las tablas genealógicas por la familia de las mujeres. ¡Con cuánta mas razon podia hacerse esto para el nacimiento milagroso de Jesus!

10. Todas las dificultades pueden desvanecerse de un modo muy congruente por medio de la explicacion que hemos dado acerca de la genealogía segun S. Lucas; á saber: (A) ¿Por qué S. Mateo saca la consecuencia que Jesus es hijo de David, de que José era el esposo de María, de quien nació Jesus? María era tambien de la familia de David, y S. Mateo parece que lo supone como una cosa sabida ó conforme á los usos, segun lo que hemos dicho n. 3, A. (B). ¿Cómo se cumplió lo que se dijo á David (lib. II de los Reyes, VII, 12 á 16), que saldria el Mesías del linaje de David por Salomon? (No se dice por Nathan). Las tribus de Nathan y de Salomon se reunieron en Zorobabel (véase mas arriba el n. 4).

Diferentes intérpretes se inclinan á seguir la opinion de Julio Africano, que admitia un matrimonio levítico entre Jacob y la viuda de su hermano Heli, que habia muerto sin sucesion; de cuyo matrimonio naciera José, que de este modo habria sido hijo de Jacob segun la naturaleza é hijo de Heli segun la ley. Los padres de la iglesia S. Gerónimo, S. Ambrosio y S. Agustin se muestran igualmente favorables á la opinion de Julio Africano (Hier. in Math., Amb. in Luc., Aug. Retract. VI, 71 et alibi). Pero esta explicacion, fuera de no fundarse mas que en la simple autoridad de este escritor, ofrece algunas dificultades, porque en tal caso descenderia Jesus de David por Heli y María únicamente segun las formas y la fuerza legales.

Otros doctores de la iglesia, por ejemplo S. Basilio, dicen que José se habia casado con María porque

era de su tribu (Basil. VIII contra Juliano). Esta explicacion parece que es la mas antigua, como vemos por la objecion que Celso hace á este propósitto (Orig. lib. II, n. 32): «La mujer del carpintero, descendiente de tal linaje (la estirpe real), no hubiera vivido seguramente tan ignorada.» El griego dice: *Ouk an ê tou tektonos gunê têlikoutou genous tugchanousa êgnôei*, que se traduce asi en la reimpresion de la edicion de Delarue hecha en Wurzburgo: *Neque fabri uxor tanto genere ortam se ignorasset.* Esto á mi juicio es inexacto y contrario á la respuesta siguiente de Orígenes: «¿Con que los pobres descienden necesariamente de parientes pobres, y los reyes no pueden descender mas que de reyes? En nuestros dias vemos algunos que descendiendo de un linaje rico y distinguido son mas pobres que María, y otros que descienden de una familia obscura, y son príncipes y reyes.» Con esta ocasion haré observar con sentimiento que la traduccion latina, aun en las ediciones griegas mas estimadas, suele ser defectuosa, é induce en error á muchos lectores. Asi ha sucedido con motivo del pasaje de Celso citado arriba: que nadie pensaba que *agnoein* podia tener la rara significacion pasiva, como *akoueí* en *akouei basileus*, *rex dicitur*.

Bullet ha tratado á fondo esta cuestion en su obra intitulada: *Respuestas críticas sobre diversos pasajes de los libros santos*, y yo he adoptado la mayor parte de su explicacion. A los pasajes que he sacado ya de su libro, añadiré los siguientes:

(1). «No hay oposicion entre estas dos genealogías, porque en la una se da la de María y en la otra la de su esposo. No hay error en una ni en otra. Jesus es verdaderamente hijo de David segun la carne, porque las ramas de Salomon y Nathan se reunieron en Zorobabel, uno de los antepasados de su madre María, y es

hijo de S. José por adopcion y por educacion; en cuya calidad tiene los mismos derechos que si hubiera sido su hijo natural.»

(2). «No puede esperarse razonablemente que demostremos con evidencia la concordancia de estas dos genealogías, por habernos arrebatado el tiempo los monumentos necesarios..... Todo lo que puede pedírsenos con justicia, es que demos una solucion plausible á la dificultad que se nos opone..... Ademas cuando se encuentran algunos lugares obscuros en los autores griegos y latinos, no se espera de los sabios que los pongan en un grado de evidencia que no deje nada que desear, y quedamos satisfechos si facilitan su inteligencia por medio de alguna conjetura probable.»

«Las costumbres de los judíos aumentan mas la obscuridad (aqui se citan los matrimonios levíricos (1), las adopciones, los nombres dobles y los nombres semejantes que se daban á personas distintas).»

No solo Bullet y otros han admitido las explicaciones que acabamos de repetir, sino tambien en cuanto á los hechos principales Bergier *De la religion*, el autor del *Evangelio meditado* y el de una memoria impresa en Ewald el año 1804 con este título: *Ewalds Christliche monatsschrift* (Coleccion mensual y cristiana de Ewald). Esta no trae nada de nuevo mas que la conjetura siguiente: José convino con María en inscribirse cuando el empadronamiento decretado por los romanos, no bajo el nombre de *su propio padre*, sino bajo el de *su suegro*, para confirmar la *verdadera* genealogía del niño ilustre á los ojos de la posteridad. De este padron

(1) *Matrimonio levírico* quiere decir el que un hombre ha contraido con la viuda de su hermano que murió sin hijos, para darle sucesion (se deriva del latin *levir*, el hermano del marido).

hecho por los romanos sacó S. Lucas que escribió para Teófilo, la tabla genealógica &c. Este convenio supuesto entre José y María no estriba en ningun fundamento que le haga probable, y no es siquiera necesario para aclarar la obscuridad. José se hubiera comprometido si no se hubiese empadronado bajo el verdadero nombre de su padre. Es cierto que el evangelista S. Lucas tenia otras fuentes donde bebió; y aun cuando hubiese visto la supuesta tabla genealógica dada por José, no hubiera podido servirle para toda la sucesion de sus antepasados hasta Nathan y David, que no se contenia ciertamente en aquella tabla.

APENDICE SEGUNDO

sobre la Pascua celebrada por nuestro Salvador con sus discípulos la víspera de su muerte.

Por terminantes que esten los testimonios de tres evangelistas, que parece dejan fuera de duda que nuestro Señor celebró la víspera de su muerte con los apóstoles la Pascua prescrita por la ley de un modo legal y en el tiempo requerido; ha habido sin embargo hombres muy cristianos que han suscitado dudas sobre este punto, creyendo por algunas expresiones de S. Juan que debia darse otro sentido á aquellos testimonios. Esta opinion se ha expuesto con erudicion y sagacidad, y se ha refutado del mismo modo. Paréceme haberse probado que los pasajes de S. Juan pueden conciliarse de una manera muy natural con los testimonios de los otros evangelistas, sin que sea necesario forzar en nada el sentido de los unos ni de los otros.

Para aclaracion de lo que vamos á decir no será inútil echar una ojeada hácia la institucion de la fiesta pascual entre los israelitas. Cuando aun despues de las nueve plagas que Dios envió sobre Egipto siguió endurecido el corazon del rey hasta el punto de no dejar

marchar á los israelitas, el Señor hizo saber á estos por conducto de Moisés que queria castigar con otra plaga el pais, el exterminio de todos los varones primogénitos. En la noche del dia catorce del mes de Abib, que desde entonces era el primero de su año religioso, cada padre de familia debia matar un cordero y señalar con su sangre los postes ó dinteles de su casa. Debian asar el cordero al fuego, y comerle con pan ázimo y lechuga. Habian de comerle todo entero con los habitantes de su casa, de modo que segun una familia era reducida ó numerosa, varias familias comian de un cordero, ó una sola comia mas de uno. No debia quebrantarse ningun hueso al cordero (1), y habian de comerle ceñidos y calzados, con el báculo en la mano y de pie como personas dispuestas á emprender un viaje. Nadie debia salir de la casa hasta el otro dia por la mañana. El Señor queria exterminar por la noche á los primogénitos de los egipcios, pasando por delante de las casas señaladas con la sangre del cordero, sin dejar entrar en ellas al angel exterminador. Por esta causa se llamó aquella fiesta *Passah*, es

(1) Asi como todo fue figurativo en la institucion y celebracion de la Pascua, asi tambien fue típico el modo de asar el cordero que nos han transmitido los rabinos. No se usaba asador de hierro, sino un palo de granado que se atravesaba al cordero desde arriba por el cuello: los pies delanteros se ataban á un travesaño, imagen de la cruz en que debia morir el arquetipo del cordero pascual. Los rabinos explican este uso á su manera, y dicen que si se hubiera asado en un asador de hierro, este hubiera contribuido algo á la coccion; en lo cual se hubiera contrariado la ley que prescribia se asara al fuego. Este es un verdadero capricho de rabino.

decir, pasar mas allá. En memoria de este acontecimiento degollaban los sacerdotes los corderos pascuales en el patio del templo todos los años la noche del catorce del mes de Abib, que se llamó Nisan en los tiempos posteriores, y correspondia á una parte de nuestro mes de marzo y á otra del de abril. Por la noche se comia el cordero con lechuga y pan ázimo en memoria de que los israelitas, al instituirse esta fiesta en Egipto, comieron pan ázimo porque no tuvieron tiempo de hacerle fermentar. Los rabinos afirman que no comian ya el cordero pascual de pie y con un báculo en la mano, ni estaban obligados á permanecer en sus casas aquella noche. Lo que prueba este último aserto, es que las puertas del templo quedaban abiertas aquella noche (Jos., *Antiq. jud.* XVIII).

El quince del mes de Nisan empezaba la gran fiesta de Pascua, que duraba siete dias, y que se llamó tambien la fiesta de los Azimos. Si Josefo habla alguna vez de la fiesta de ocho dias, es porque cuenta la tarde del catorce en que se comia el cordero pascual, y era fiesta desde las tres. El quince de Nisan era una gran solemnidad, en que se daba de mano á toda obra servil, asi como el veintiuno en que concluian las fiestas. Sin embargo diferenciábanse estas del sábado propiamente dicho, en que no prohibian la preparacion de la comida como este (Levítico XXIII, 11). El dia segundo de la fiesta se ofrecia la primera gavilla de cebada (1), y contando desde este la solemnidad de Pen-

(1) El quince se llamaba tambien sábado, asi como todas las fiestas en que estaba prescrita la suspension del trabajo. Lo que demuestra asimismo que se habla de este dia en el pasaje citado, es que Josefo dice formalmente: En el dia segundo de la fiesta que es el diez y seis del mes, se ofrecen á Dios las primicias de la cebada (Jos. *Ant. jud.* III).

tecostes instituida en memoria de la promulgacion de la ley sobre el Sinai cayó en el dia quincuagésimo, porque esta se dió á los cincuenta de la salida de los israelitas de Egipto.

Mis lectores verán mas abajo que estas observaciones preliminares no son agenas del asunto que tratamos.

Reunamos pues los pasajes de los evangelistas en que se habla de la celebracion de la última Pascua de Jesucristo (1). S. Mateo dice (cap. XXIV, v. 17 á 20):

«Y el dia primero de los Azimos se acercaron á Jesus sus discípulos diciendo: ¿Dónde quieres que te preparemos la Pascua? Mas Jesus dijo: Id á la ciudad y decidle á cierto hombre: El maestro dice: Mi tiempo está cerca: yo hago la Pascua en tu casa con mis discípulos. Y los discípulos hicieron segun los mandó Jesus, y prepararon la Pascua. Y llegada la noche estaba á la mesa con sus doce discípulos.»

San Marcos se expresa asi (cap. XIV, v. 12 á 18):

«Y el dia primero de los Azimos cuando inmolaban la Pascua (2), le dicen los discípulos: ¿A dónde

(1) Cuando se habla de la fiesta de siete dias, el quince del mes de Nisan se llama comunmente el primer dia de los Azimos: si no, se llama el décimocuarto, en atencion á que en la noche de este dia empezaba el uso del pan sin levadura en el banquete pascual.

(2) La voz griega *thuein* significa sacrificar y degollar. Los sacerdotes inmolaban estos corderos, que fueron ofrecidos al Señor antes de comerlos en las casas; de donde provino que fuera aneja á aquella la idea de sacrificio.

quieres que vayamos y que te preparemos la Pascua? Y envió dos de sus discípulos y les dijo: Id á la ciudad, y os saldrá al paso un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle, y donde quiera que entrare decid al dueño de la casa que dice el maestro: ¿Dónde está el lugar donde yo coma la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un cenáculo grande y adornado: preparad allí la Pascua para nosotros. Y fueron sus discípulos, y llegaron á la ciudad, y encontraron como les habia dicho, y prepararon la Pascua. Y llegada la noche fue con los doce. Y estando ellos á la mesa comiendo.....»

Oigamos ahora á S. Lucas (cap. XXII, v. 7 á 16):

«Y vino el dia de los Azimos, en el que era necesario inmolar la Pascua. Y envió á Pedro y Juan diciendo: Id á prepararnos la Pascua para que comamos. Mas ellos dijeron: ¿Dónde quieres que la preparemos? Y él les dijo: Al entrar vosotros en la ciudad os saldrá al paso un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle á la casa donde entre, y direis al padre de familia de la casa: El maestro te dice: ¿Dónde está el lugar donde yo coma la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un cenáculo grande y adornado: preparad allí la Pascua. Y yendo ellos hallaron como les dijo, y prepararon la Pascua. Y habiendo llegado la hora se puso á la mesa y los doce apóstoles con él, y les dijo: He deseado con deseo comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que en adelante no la comeré hasta que se cumpla en el reino de Dios.»

Estos pasajes son claros y no nos dejan duda alguna de que nuestro Señor comió con sus doce discípulos el verdadero cordero pascual, prescrito por la ley y en el tiempo legal. Sin embargo parece que varios pasajes del evangelista S. Juan demuestran que en aquel año

se comió el cordero pascual el viernes, dia de la muerte de nuestro Salvador.

Las dificultades que se originan de los primeros pasajes del Evangelio de S. Juan, pueden desvanecerse fácilmente: porque este pasaje: «Seis dias antes de la Pascua llegó Jesus á Bethania donde habia muerto Lázaro etc.;» lo cual aconteció probablemente el sábado, porque su entrada en Jerusalem al dia siguiente fue en domingo segun la tradicion (de donde vino nuestro domingo de Ramos), no prueba lo que se ha querido probar. Si el evangelista determinó en este lugar el tiempo segun un estilo muy usado entre los judíos, lo mismo incluye en su indicacion el sábado que el jueves de la víspera de Pascua, y en este caso habla de la víspera de Pascua en que Jesus y sus discípulos comieron el cordero pascual. Esta víspera de Pascua solia llamarse la Pascua; pero la fiesta que empezaba al dia siguiente, se llamaba tambien la Pascua. Si contó á nuestra manera como sucedia á veces, habló del viernes.

Estas dos acepciones de la palabra Pascua quitan tambien la dificultad que pudiera sacarse de otro pasaje en que dice S. Juan del jueves por la noche: «Antes de la fiesta de la Pascua etc.»

Pero bajo este respeto parece que es mas importante el siguiente pasaje del mismo evangelista: «Llevaron pues á Jesus desde la casa de Caifás al pretorio. Y era por la mañana, y no entraron ellos en el pretorio para no mancharse y comer la Pascua (San Juan XVIII, 28).»

Mucho mas importante todavía es en mi concepto este pasaje: «Los judíos pues (es decir, los príncipes de los sacerdotes y los ancianos), porque era la parasceve, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado (porque era grande aquel dia de sábado), suplicaron á Pilato que se les quebrantasen las piernas y fuesen bajados (los reos) (S. Juan XIX, 31).»

Tratase de desvanecer la dificultad del primer pasaje de estos diciendo que por la Pascua, que los perseguidores de Jesus querian comer tambien el viernes, no se entiende el cordero pascual, sino los manjares que provienen de los sacrificios celebrados durante la solemnidad. Es verdad que en la sagrada escritura se llaman tambien Pascua estas ofrendas; pero me cuesta trabajo creer que por comer estos manjares no hubiesen querido entrar los príncipes de los sacerdotes y los ancianos en el pretorio para no mancharse, si es que la celebracion del primer dia de la festividad de Pascua se lo hubiera permitido. Yo no puedo sin pruebas dar tal importancia á estos manjares que provenian de los sacrificios de que acabamos de hablar.

En el segundo pasaje el dia de la muerte de Jesucristo se llama *paraskeuê*, dia de la preparacion ó víspera del sábado. Se dice que todos los viernes se llamaban asi con respecto al sábado siguiente: puede ser; pero no hallo pruebas en ninguna parte. Mas concedamoslo; sin embargo yo no puedo creer que el primer dia de la fiesta de Pascua se llamase asi cuando caia en viernes, porque me parece que debió mirarse como el dia mas solemne de todo el año, y el viernes en el pasaje citado se halla evidentemente obscurecido, y solo se menciona como el dia de la preparacion, diciendose del sábado siguiente: *porque era grande aquel dia de sábado.* Y ¿por qué era mas solemne que los otros sábados? Porque era el sábado de la semana de Pascua. Mas si este sábado sacó su celebridad de la fiesta, el primer dia de esta era mas solemne que él.

Ciertos autores atajados por estas dificultades han sostenido que aquel viernes era el dia catorce del mes de Nisan; y por esta razon segun ellos no quisieron los

príncipes de los sacerdotes y los ancianos entrar en el pretorio para poder comer el cordero pascual por la noche. Nuestro Señor, decian, no comió el verdadero cordero pascual prescrito por la ley, sino que celebró solamente un banquete en memoria de aquel, porque habiendo previsto que su prision debia efectuarse por la noche, conoció que no podria comer el cordero pascual el viernes segun la ley. De esta opinion son Grocio, Lami, Thoynard y el P. Calmet, que escribió una disertacion particular sobre esta materia, y otros aun entre los protestantes, por ejemplo Eduardo Simson en su excelente *Chronicon catholicon* (Anales universales).

Los defensores de esta opinion alegan tambien pruebas de analogía. Convenia, dicen, que nuestro Salvador, el arquetipo de aquellos corderos figurativos, y á quien el apostol S. Pablo llama *el cordero pascual que fue inmolado por nosotros*, espirase á la hora misma en que fue inmolado el cordero pascual típico. Las analogías no prueban nada; pero cuando son evidentes como esta, dan cierto peso á las opiniones, y sobre todo cuando se trata como aqui de la Pascua que abundaba en símbolos. Ya veremos que no quedará perdida esta analogía en la opinion que me parece mas probable.

El P. Calmet apela á los cálculos astronómicos modernos, segun los cuales el catorce del mes de Nisan cayó en viernes el año 33 de la era vulgar, que los mas célebres cronologistas han considerado que fue el de la muerte de nuestro Señor. Plumyoen que ha respondido muy bien á la disertacion del P. Calmet, dice que se equivocó respecto de los cálculos del célebre Pablo Middelbourg, segun los cuales el catorce de Nisan del año en cuestion cayó en jueves (Biblia de Rondet). Como quiera que sea, no tenemos ningun motivo para creer que los judíos fuesen tan grandes astrónomos que pu-

dieran hacer los cálculos difíciles con una precision imposible entonces de conseguir. En lo sucesivo veremos cuánta dificultad tenian los cristianos aun en tiempo de los emperadores cristianos, cuando estaban todos los recursos á su disposicion, determinar cada año por reglas astronómicas el dia en que debia celebrarse nuestra Pascua.

Mucho se engañaria el que quisiera juzgar de los conocimientos astronómicos de los judíos por la admirable precision del periodo de su jubileo, que daba un grado de exactitud á su cronología que no tiene ni aun la cronología gregoriana. El periodo del jubileo provenia de Dios, y fue resultado de teorias que no conocian. Estaban tan poco versados en astronomia, que si hemos de creer á los rabinos, mandaban observar en unas montañas todos los meses la aparicion de la luna nueva para poder fijar sus fiestas: este método sujetaba sus conocimientos á las nubes y nieblas.

Una multitud de testigos y testigos muy respetables, los padres de la iglesia griegos y latinos, hablan desde el tiempo de S. Ireneo del banquete que celebró nuestro Salvador la víspera de su muerte, como de la Pascua legal que celebraba en el tiempo y de la manera prescrita por la ley. ¿Y cómo pudieran explicarse si no las expresiones tan claras de tres evangelistas? Con gusto convendré en que nuestro Señor *deseó con deseo comer aquella Pascua con sus discípulos*, porque quiso instituir el santísimo sacramento del altar durante la cena; pero no puedo creer que hablando tan sencilla y afectuosamente á sus discípulos no entendiese por la expresion cordero pascual ó Pascua el cordero que se ocurria naturalmente á los apóstoles: de este hablaba primero. No es pues necesario que yo repita las palabras todavía mas terminantes sobre el dia *en que era preciso inmolar la Pascua etc.* Si los pasajes del evange-

lista S. Juan no concordasen naturalmente con la narracion de los otros tres evangelistas, seria preferible conforme á las reglas tan sabidas como exactas de la crítica explicar las palabras del uno por las del otro, que proceder del modo contrario. Antes que forzar el sentido claro de estas narraciones y los testimonios de la respetable antigüedad me fijaria en la explicacion de aquellos comentadores, que suponen que *la Pascua* que querian comer los perseguidores de Jesus segun S. Juan, consistia en los manjares procedentes de las ofrendas, y que *el dia de la preparacion* fue el primero de la fiesta porque el segundo caia en sábado, por mas difícil que me pareciese por otra parte esta explicacion.

Desvanecese esta dificultad si se admite que nuestro Señor comió el cordero pascual con sus discípulos el jueves catorce de Nisan por la noche, y de consiguiente en el tiempo y de la manera requerida por la ley: que los príncipes de los sacerdotes y los fariseos no le comieron hasta el dia siguiente; y que probablemente la mayor parte de los judíos ó casi todos hicieron lo mismo.

Muchos autores han sostenido ya esta opinion. Mas como la ley divina señaló el 14 de Nisan para la celebracion del banquete pascual y el quince del mismo mes para la primera solemnidad de la fiesta de los siete dias; naturalmente se pregunta: ¿cómo era posible que Jesucristo comiese el cordero pascual el jueves, siendo asi que los príncipes de los sacerdotes y los fariseos le comieron el viernes? Ya quiso responder á esta pregunta S. Juan Crisóstomo cuando dijo: «No fue Cristo quien traspasó el tiempo prescrito para la Pascua, sino los judíos, que habiendo osado cometer todos los crímenes se atrevieron tambien á diferir la Pascua para satisfacer sus deseos sanguinarios.» Creo que pocos comprenderán el motivo de esta dilacion indicada por el gran

doctor de la iglesia: por mi parte no me parece fundado. Los príncipes de los sacerdotes y el sanhedrin que temian mucho al pueblo, segun vemos por varios pasajes de los evangelistas, no se hubieran atrevido á proceder con tanta arbitrariedad, mucho menos cuando solo algunos dias antes, al presentarse Judas á ofrecerles la entrega de su divino maestro, habian variado su resolucion anterior de no quitar la vida á Jesus durante la fiesta. Los evangelistas no hubieran tampoco pasado en absoluto silencio esta circunstancia.

Harduino, tan ingenioso, aunque las mas veces original en sus opiniones, y no pocas original hasta rayar en extravagante, sentó otra hipótesis que me parece no seria de desechar si no se presentara otra mejor. Presume que en atencion á la multitud de corderos pascuales que debian ser degollados todos en el vestíbulo del templo (1), los habitantes de Jerusalem y de la Judea propiamente tal comian el cordero pascual segun la ley el dia catorce del mes de Nisan por un uso introducido, y los galileos y todos los demas israelitas llegados de paises extranjeros le comian el dia trece por la noche. Por eso nuestro Salvador que se habia criado en Nazareth y habitaba lo mas del tiempo en Cafarnaum, comió la Pascua el trece del mismo mes con sus discí-

(1) En vano han querido disputar algunos autores la necesidad de que los sacerdotes degollaran los corderos pascuales en el templo. Vemos en Josefo que pocos años antes de la ruina de Jerusalem los sacerdotes accediendo á los deseos de Cestio, gobernador romano de la Siria, extendian un estado de los corderos degollados la víspera de Pascua para poder averiguar por este medio el número de almas que concurrian á Jerusalem para celebrar aquella fiesta. Degollabanse doscientos cincuenta y seis mil y quinientos corderos, y por cada uno se contaban diez convidados (Jos. de *bello jud.*).

pulos que eran todos galileos, conformándose así con la voluntad de los que sentados en la cátedra de Moises habian preceptuado esta doble solemnidad.

Me parece mucho mas probable la opinion del célebre Vosio. Segun ella el jueves, en cuyo dia comió nuestro Salvador el cordero pascual con sus discípulos, era el catorce del mes de Nisan y por consiguiente el fijado por la ley; pero los príncipes de los sacerdotes y el gran consejo, para evitar que hubiese dos sábados seguidos, que prohibian todo trabajo servil, trasladaron la fiesta de Pascua del viernes al séptimo dia, al sábado, es decir, del quince al diez y seis. Jesus que cumplia la ley en todos los puntos, no observó esta innovacion (*Vossius de sacris cœnæ dominicæ symbolis disputatio*, (1).

Esta sencillísima explicacion quita á mi parecer todas las dificultades, y hace concordar enteramente las palabras de S. Juan con las de los otros tres evangelistas. Acaso las siguientes de S. Lucas (XXII, 7.º): Y llegó el dia de los Azimos, en que era preciso inmolar la Pascua: *en ê édei thuesthai to Pascha*, encierran una leve censura de la conducta arbitraria de los indignos jefes de Israel.

Ademas en un tiempo en que se hallaban en Jerusalem un gobernador desconfiado y hostil y una multitud que detestaba el yugo de los romanos, y en especial al gobernador, podian aquellos jefes tener razones plausibles de temer algunas excursiones de los pueblos vecinos, descontentos, oprimidos y zelosos de su libertad, y recelar algunos disturbios, que eran mas inminentes por cuanto los judíos estaban desocupados los dias festivos, y podian incitarlos las chanzas de los romanos contra unos usos que no comprendian. Digo razones plausibles, porque ninguna podia autorizarlos para separarse del orden prescrito por la ley, y debieran haber

tenido bastante confianza en el Dios de Israel para estar ciertos que si seguian sus senderos y procuraban mantener el pueblo en ellos, continuaria en protegerlos como los habia protegido tantos siglos, impidiendo de un modo verdaderamente milagroso que los pueblos comarcanos de la tierra santa se aprovechasen del tiempo en que se ausentaban los israelitas á celebrar la Pascua, para invadir y saquear el pais despoblado ó estrechar por hambre á la innumerable multitud reunida en Jerusalem.

Segun esta hipótesis de Vosio que á mi juicio quita todas las dificultades, nuestro Salvador comió el cordero pascual prescrito por la ley el jueves por la noche en el tiempo y de la manera legal, de lo cual no nos dejan ninguna duda los testimonios reunidos de tres evangelistas. (Acaso otros tambien para quienes era un justo motivo de escándalo la innovacion de los sacerdotes y ancianos, le comieron en el mismo dia). Mas los príncipes de los sacerdotes y los ancianos no le comerian hasta el viernes, y probablemente harian lo mismo los mas de los israelitas. Por los pasajes citados del evangelista S. Juan y segun la actividad con que anduvieron aquel dia los jefes del pueblo, se hace inverosimil en el mas alto grado que pudiesen dedicarse en el mismo al interrogatorio jurídico en una causa de vida y muerte, á negociar con los paganos y á hacer los preparativos y operaciones de la crucifixion del acusado, si hubieran celebrado el primer dia de la solemnidad pascual. San Juan llama este dia la parasceve ó preparacion, y dice del siguiente que era grande aquel sábado.

Segun esto no dudo que nuestro Señor despues de haber comido la Pascua en el tiempo requerido por la ley murió el viernes, precisamente cuando fueron inmolados en el templo los corderos simbólicos de Pascua.

Hay tambien una circunstancia que inclina á creer que se difirió al sábado el primer dia de la fiesta de

Pascua. En el segundo, es decir, en el diez y seis de Nisan, como expresa formalmente Josefo, se ofrecieron las primeras gavillas de cebada segun la institucion divina; y contando desde este dia la fiesta de Pentecostes de los judíos caia en el quincuagésimo. Segun la tradicion admitida universalmente esta fiesta ocurrió en domingo aquel año. Mas si las primeras gavillas de cebada se hubieran ofrecido el séptimo dia de la semana (el sábado), la fiesta de Pentecostes debiera haber caido en el séptimo dia de la semana, en sábado. Si se quisiera objetar que si Pentecostes hubiese caido en domingo, hubieran resultado dos sábados seguidos, á saber, la víspera y el dia de Pentecostes; entonces no habria ningun inconveniente en creer que en este caso tambien difirieran la fiesta los príncipes de los sacerdotes, y que la celebraran los apóstoles en el dia prescrito.

APENDICE TERCERO.

Dos palabras sobre los posesos.

Las frecuentes relaciones de los evangelistas acerca de los posesos no pueden ocultarse ni aun al lector mas superficial. Aquellos santos autores nos hablan de una multitud de personas atormentadas por los espíritus malos: de estos unos se apoderaban á lo que parece de todo el cuerpo de los posesos, y hasta cierto punto de las facultades de su alma; al paso que otros los privaban solamente del uso de un sentido, ó los dejaban paralíticos de un miembro, ó los afligian con alguna enfermedad. El hijo de Dios arrojó los espíritus impuros de todos los que se mencionan, ya le saliesen al encuentro los posesos instigados por el demonio, ó ya le fuesen presentados. Nadie ponia en duda la naturaleza del estado de aquellas personas; y cuando los enemigos de Jesucristo le calumniaban por el socorro milagroso que prestaba á los posesos, ya que no podian negar la existencia de estos, sostenian que el Señor lanzaba los demonios, por Beelzebub, príncipe de los demonios con quien estaba en comunicacion. Asi nos lo dicen los evangelistas S. Mateo (IX, 34 y XII, 24), S. Marcos (III, 22) y S. Lucas (XI, 15).

Era tan poco dudoso despues de tres siglos largos el hecho de haber lanzado Jesucristo los demonios del cuerpo de los posesos, que Juliano el apóstata, este enemigo tan ingenioso como violento del nombre cristiano, le confesó. «No se considerará ciertamente, decia para envilecer á nuestro Señor, como una cosa muy maravillosa que en los pueblos de Bethsaida y Bethania curase algunos lisiados y ciegos, y exorcizara á algunos posesos.»

Lo que confesaban la sinagoga y Juliano, lo han negado descaradamente ciertos saduceos modernos, que con los discípulos circuncisos de Sadoc dicen *que no hay resurreccion, ni angel, ni espíritu.* Pero no solo niegan esto los que dicen abiertamente que no quieren tener ninguna parte con el hijo de David, ni en la herencia de la nueva Jerusalem, sino tambien algunos falsos doctores que confiesan el cristianismo para minarle por los cimientos, otros que tienen una idea tan baja de Dios que se creen llamados á purificar el oro de su palabra en el crisol de barro de su arrogancia, y vaciarle en el molde agradable de una filosofía sutil, y por último aquellos que son bastante pusilánimes para acomodarse al espíritu del siglo y temer la crítica de un autor cuyo escrito prospera hoy, y mañana es arrojado al fuego.

Algunos niegan el estado de los posesos porque niegan la existencia de los demonios; en lo cual los han ayudado diversos teólogos protestantes, que desde la última mitad del siglo anterior han asestado tiros secretos contra el cristianismo, ya con malicia, ya con la descarada serenidad de la irreflexion. La impresion que hicieron en tanta multitud de personas, es una prueba evidente de la necesidad *de una iglesia edificada sobre la piedra*, y el signo de la sabiduría sobrehumana, que hablaba por boca de S. Pablo cuando enseñaba á Timoteo cómo debia conducirse en la casa de Dios, que es la columna y el sosten de la verdad (1).

La religion es un todo magnífico, un templo armónico en todas sus partes. La rotura de una desfigura y conmueve el todo, ó mas bien, como esto no está en la mano de los hombres, el todo no tiene ya armonía para el que oculta una parte de él: entonces no tarda uno en inclinarse á ocultar otras partes hasta que desaparece la imágen del templo mismo enmedio de las partes aisladas é incoherentes, y los que contemplaban su belleza, se retiran por no hallar ya nada agradable á la vista.

(1) Despues del pasaje que acabo de citar, se explica asi el Apostol: «Ciertamente es una cosa grande este misterio de amor que se manifestó en la carne, que fue autorizado por el espíritu, se apareció á los ángeles, fue predicado á las naciones, creido en el mundo, y elevado á la gloria (Epist. I ad Timot. III, 16).»

Algunos han osado quitar á la iglesia de Dios vivo las denominaciones honoríficas del Apostol, que la llama la columna y el sosten de la verdad, empezando el versículo 16 por estas palabras: *Columna y sosten de la verdad*, y leyendo asi: Te escribo esto, aunque espero ir pronto á verte; pero por si tardare, para que sepas cómo conviene conducirte en la casa de Dios, «que es la columna y sosten de la verdad; y claramente es grande el misterio de amor que se manifestó en la carne etc.»

Ni Lutero en su traduccion alemana, ni Beza, amigo y discípulo de Calvino, en su traduccion latina, ni Martin, el docto calvinista, en su version francesa, ni aun el intérprete anglicano en la inglesa dicen una palabra de esta innovacion. Asi es mas extraño para mí hallarla en 1807 en una traduccion alemana del nuevo testamento por Carlos y Leandro de Esz. Esta innovacion no me era desconocida; pero sabia cuán pocos partidarios habia hallado aun entre los protestantes. Acaso no

La audacia de estos doctores modernos fue recibida por unos con indiferencia y por otros con aplausos. Los primeros juzgaban que no se perdia nada perdiendo al diablo, y los segundos se alegraban de no oir hablar mas de este odioso enemigo, porque muchas personas se parecen al avestruz, que segun se cuenta, cuando descubre al cazador mete la cabeza en una mata, creyendose seguro porque no ve ya al que le persigue.

Se aparentó justificar la conducta de Dios, el cual segun se decia no podia permitir que un espíritu nos arrastrase al mal, y se exageró esta idea, aunque sabiamos

la hubieran admitido Carlos y Leandro de Esz, antes monjes benedictinos y hoy curas católicos, si hubieran visto cómo se expresa Grocio sobre este punto. Vease lo que dice este intérprete docto, entendido é ingenuo: «*Stulos kai edraiòma tès alètheias* (columna y sosten de la verdad): estas son unas denominaciones honoríficas de la iglesia.» Es cosa sorprendente cómo se esfuerzan los que se las envidian, en enlazar estas palabras con el periodo siguiente. Despues de demostrar con toda claridad lo contrario que era este proceder al sentido y al lenguaje, y despues de hacer ver cómo el Apostol, luego que habló de la casa de Dios, buscó una nueva imagen en la idea de un templo en que algunas columnas se apoyan sobre basas; pero en el que las columnas sostienen la parte superior del edificio, y cómo compara este último con la verdad, continúa Grocio asi: «La iglesia sostiene y levanta la verdad (*veritatem sustentat atque attollit ecclesia*), para que no se oculte á los entendimientos y sea vista en todo lugar, porque para unos hombres que no son obstinados, el testimonio de una multitud de sugetos íntegros, que dicen todos haber recibido esta doctrina y estos preceptos de los apóstoles, tiene mucha fuerza (Hug. Grotius *Annot*. in N. T. adep. I, Timoth. III, 16).»

por la Escritura que aquel enemigo de Dios y de los hombres no tiene otro poder que el que Dios le concede, y que recibimos fuerzas del Señor para resistirle y vencerle. No querian convenir que se formaba una opinion indigna de Dios, figurándose que no ha representado mas que una fantasma en la sagrada escritura, y que el Espíritu Santo nos mantiene alerta contra un fuego fatuo, cuyas ilusiones no hacen otra cosa que dividir y extraviar nuestra vigilancia.

¿Y cómo ha de mirarse á Satanás y á sus ángeles como puras ficciones orientales, á pesar de la claridad y precision de las advertencias de las santas escrituras y á pesar del estrecho enlace de la doctrina relativa á los espíritus malos con las doctrinas mas sublimes de nuestra religion? Porque segun la tradicion de la antigüedad mas remota se ha hallado bajo diferentes formas la idea de espíritus caidos y enemigos en todas las naciones, ¿habria de desecharse lo cierto juntamente con lo falso por una sabiduría tan bastarda, tan presuntuosa y superficial, y habria de olvidarse que esta creencia está fundada en la verdad, de la misma manera que las sombras atestiguan la presencia de un objeto real?

Otros menos audaces que estos se limitaban á negar que existiesen endemoniados á pesar de los muchos testimonios de la Escritura, y miraban como una simple enfermedad el estado de los desgraciados á quienes curaron Jesucristo y sus discípulos. Sin embargo los autores sagrados aseguran formalmente que estaban poseidos del demonio; pero se replica que ellos no sabian mas. Con todo el hijo de Dios mismo manda á los diablos que dejen á los posesos, y estos son curados; á lo cual se responde que el Señor, como un doctor sabio del pueblo, se conformó con sus preocupaciones y curó simplemente á unos enfermos (aun-

que de una manera milagrosa). Sus enemigos entre los judíos decian: Lanza á los demonios por el príncipe de los demonios. Sus falsos amigos entre los cristianos dicen que el *que vino al mundo para dar testimonio á la verdad*, se conformó con una supersticion y afirmó la mentira con sus palabras y acciones, y aun mas, la confirmó con milagros.

Prescindiendo de la blasfemia de estos autores (si es que puede dejarse un instante sin condenar la impiedad de semejante aserto), no puede discurrirse ninguna razon para que Jesus tardase en abrir los ojos al pueblo acerca de su supersticion. pudiendo hacer que fuese creida su palabra con la curacion repentina de los cojos, ciegos y dementes. ¿Acaso no le hubieran creido si hubiese dicho: Hombres de Israel, estos que veis aqui no estan poseidos del demonio, sino que este es ciego como lo son otros ciegos; aquel joven lunático es como todos los lunáticos, y estotro loco tiene trastornada la cabeza; y asi tú, ciego, mira hácia arriba: tú, lunático, á quien extravian tus accesos, levantate; y tú, que echas espumarajos de rabia, recobra la sana razon? ¿No le hubieran creido, repito, si por su palabra hubiera visto el ciego, se hubiera levantado el lunático, y el loco furioso aplacado con una expresion se hubiera echado á sus pies como discípulo, y solicitado seguirle? ¿No le hubieran seguido si él, el gran taumaturgo, hubiera clamado severamente contra la extravagante supersticion que veia demonios en ciertos enfermos? Mas el hijo de Dios no habló asi; antes dijo él mismo que lanzaba á los demonios, y dió á sus discípulos el poder de lanzarlos. ¿Habria engañado tambien á sus discípulos? ¿No sabian tampoco los setenta lo que hacian cuando curando enfermedades reales creian lanzar demonios? ¿Y los habria él confirmado en esta ilusion, supuesto que decia que habia

visto á *Satanás caer del cielo como el relámpago*? ¿Era la enfermedad de los dos gadarenos la que entró en los puercos y los hizo precipitarse en el lago? ¡Qué frenesí! ¿O los precipitó el hijo de Dios en lo profundo de las aguas para confirmar con un milagro la extravagante supersticion de los hombres á quienes queria instruir, y marcarle el sello del poderío de Dios? ¡Qué aserto tan loco y temerario (1)!

Y ¿por qué es defender tal hipótesis? ¿por qué no puede haber demonios? ¿Cómo puede una generacion que ha visto tiranos é impostores, negar la posibilidad de la perversidad y astucia de Satanás? Si la providencia infinitamente sabia de nuestro Dios tolera á los unos, ¿por qué no toleraria á los otros poniéndoles límites que no pueden traspasar? ¿O por ventura puede el hombre, cuya limitada inteligencia no sabe cómo obra su propia alma sobre el cuerpo, negar la posibilidad de la influencia de un espíritu extraño sobre nuestros órganos? ¿Sabemos acaso cómo se forman nuestros sueños, ó podemos comprender el estado del lunático somnámbulo, que con los ojos cerrados anda de noche por el alero de un tejado sin caerse si no se le despierta y se le hace conocer el peligro? ¿Quién puede explicar este estado ó negar su realidad?

(1) No por eso es menos aventurada esta asercion. Estos doctores nuevos que obraban con tanta astucia como descaro, acababan por negar tambien los milagros. Dejan que la divinidad de la doctrina descanse en la divinidad no disputada aun del doctor, y luego una vez hecha sospechosa esta, pronto se negó aquella. La moral sublime del cristianismo y las grandes lecciones sobre la Providencia y la inmortalidad debieron subsistir por sí mismas, hasta que al cabo se arrojó la máscara, y el descarado ateismo vino á insultar con la sonrisa de Satanás á los hombres afligidos.

Uno de los sabios mas ilustres que han existido, dice con tanta exactitud como elegancia: «De todas las objeciones que hace un incrédulo, no hay ninguna peor que la que proviene de la falta de entendimiento (Haller, Cartas sobre el Apocalipsis).»

¿De dónde pues proceden esas negaciones magistrales de nuestra época? ¿Hemos adquirido nuevos conocimientos en la filosofía sobre la union secreta de los seres espirituales entre sí ó sobre su influencia con respecto al mundo físico? Nuestros filósofos que existen de ayer, ¿son mas sabios que Bacon, Newton, Pascal, Fenelon, Leibnitz y Haller? Antes ganaba el imperio de la filosofia con una serie no interrumpida de doctores, bajo cuya direccion el discípulo perfecto se aprovechaba de los conocimientos y de la experiencia del maestro, y formaba tambien discípulos dóciles: ahora unos hombres que acaban de aparecer, se rebelan, desprecian todo lo que nos ha dado el tiempo, y halagan los pasiones y la vanidad de una multitud no emancipada todavía: un edificio de doctrinas construido en el aire sucede á otro: el arquitecto es sublimado á la clase de los dioses, y en vida llega á saber que ya está olvidado. Estos directores del gobierno en el imperio de la filosofía se suceden con igual rapidez que los emperadores romanos del siglo tercero: hoy son proclamados á son de trompeta, y mañana se los recibe con la sonrisa de la compasion.

Si hubieramos de dudar de todo lo que no podemos explicar en el mundo físico; seriamos unos centauros raros, un conjunto de extravagancia y estupidez, porque tambien en el mundo físico encontramos á cada paso cosas que no entendemos, y casi todo procede de lo que es incomprensible, pues que los fenómenos provienen de una causa que indicamos por los efectos: tratamos de explicar esta causa, y no la comprendemos. ¿Querriamos negar los fenómenos porque ignoramos su causa? Pero ¿qué necesidad hay de pararse en semejante locura? Y ¿seriamos bastante atrevidos para juzgar el mundo espiritual? ¿Seria porque aqui podemos ir á tientas con mas seguridad, sin caer en el fuego ó en el agua?

¿Nos atreveriamos, aun cuando no neguemos la posibilidad de ciertas relaciones del mundo espiritual, á determinar por qué leyes (que nosotros le prescribimos) deberia obrar el Todopoderoso, y conducirse la suma sabiduría para gobernar el mundo?

Jesucristo abatiéndose hasta nosotros en su misericordia ¿no nos abrió los ojos con esta doctrina relativa á los espíritus malignos, cuando nos hizo ver en ellos unos enemigos de Dios y del hombre (¿no los vemos, aun entre los hombres?), á los cuales puso un freno desde el principio del mundo, contra los cuales nos da fuerzas, cuyas tentaciones ejercitan y conservan nuestra virtud, y cuya audacia debe estrellarse en aquellos que el Señor redimió? Este Señor, el adorable hijo de María, el Dios hecho hombre ¿no quitó á estos espíritus en el instante de su victoria aparente el poder con respecto á todos los que quieren caminar delante de Dios, á su ejemplo, por la fuerza que nos alcanzó con su vida y su muerte?

ERRATA.

Pág. 156, línea 5.ª En algunos ejemplares dice: *Pedro hiere á Mateo*; léase: *Pedro hiere á Malco.*

INDICE.

LIBRO IV.

(Continuacion).

LIBRO V.

DESDE LA ENTRADA DE JESUCRISTO EN JERUSALEM HASTA SU MUERTE.

LIBRO VI.

DESDE LA MUERTE DE JESUCRISTO HASTA LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO SOBRE LOS APÓSTOLES.